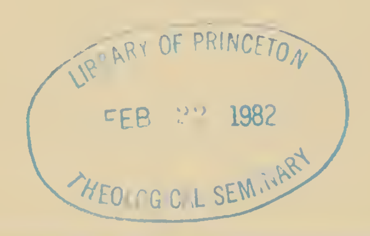
FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

LA SANTA MISA

ESTUDIO HISTÓRICO, TEOLÓGICO Y LITÚRGICO





LIBRARY OF PRINCETON
FEB 1982
THEOLOGICAL SEMINARY



LA SANTA MISA

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

LA SANTA MISA

ESTUDIO HISTÓRICO, TEOLÓGICO Y LITÚRGICO



EDITORIAL SEMILLA

MADRID

Nihil obstat:

Fr. Germán del Prado,
Cens. Ord.

Puede imprimirse:

Abadía de Silos, 15 de septiembre de 1951.

✠ Fr. Isaac María Toribios,
Abad de Silos.

Nihil obstat:

Abilio Ruiz Valdivielso,
Cens. Eccles.

Imprimatur:

✠ José María,
Obispo Auxiliar y Vicario General.

Madrid, 20 de octubre de 1951.

José Ruiz Alonso, impresor - Quiñones, 2 - Teléf. 24 86 51 - Madrid



DI SVA SANTITA

N.º 66453.

DA CITARSI NELLA RISPOSTA

DAL VATICANO, 27 de septiembre de 1943.

Reverendo Padre:

Tengo el gusto de dirigirme a Vuestra Reverencia para comunicàrle que el Augusto Pontífice ha acogido con paternal agrado el filial homenaje que le ha hecho de todas sus publicaciones.

Su Santidad se ha dignado examinar sus numerosas e interesantes obras, frutos de investigación y celo laudables, y no ha podido menos de complacerse en ver la constante actividad que Vuestra Reverencia desarrolla en el este campo, en el que sus libros, apreciados y alabados por la crítica, han dado un estimable contributo a los estudios históricos, ascéticos y literarios para bien de la Iglesia, provecho de las almas y gloria de las letras patrias.

El Santo Padre, que le agradece de todo corazón este obsequio, hecho por Vuestra Reverencia como testimonio de fervorosa devoción al Vicario de Cristo y de inquebrantable adhesión a la Sede de Pedro y expresado con tan piadosos sentimientos, pide al Espíritu Santo que le

ilumine siempre con sus divinas luces para que pueda continuar sus trabajos con idénticos resultados. Con estos votos, el Augusto Pontífice envía benévolamente a Vuestra Reverencia una particular Bendición Apostólica

Con las seguridades de mi distinguida y religiosa consideración, soy

de Vuestra Reverencia
devoto servidor,

L. Card. Maglione

R. P. Dom Justo Pérez de Urbel, O. S B.
Monasterio Benedictino de

SILOS

PROLOGO

En varios de mis libros he ido tratando, a mi manera, los varios aspectos de la sagrada Liturgia: el ciclo anual, las fiestas principales, el sentido de los símbolos, el contenido del misal y del breviario. A comentar los principales momentos de la Misa dediqué una serie de capítulos en el Itinerario litúrgico, *capítulos que hoy me parecen superficiales y, desde luego, insuficientes. El deseo de completarlos, de darles algo más de consistencia y de plenitud, es el que me mueve al publicar este libro. Si allí mi propósito era, ante todo, captar la emoción religiosa, aquí he procurado, juntamente con eso, descender más despacio hasta el terreno sólido de la doctrina y acudir también al dato histórico en cuanto pueda ser alimento de la piedad.*

Son innumerables los libros acerca de la Misa, libros de devoción y libros de investigación, libros teológicos o libros puramente históricos, libros dedicados a estudiar de una manera general la doctrina del sacrificio cristiano o libros, a veces voluminosos, en que se estudia sólo alguna de sus partes, como el Canon o la Colecta o la Comunión. Recientemente apareció en Alemania una obra en dos grandes volúmenes, que trata únicamente, pero de una manera exhaustiva, de la evolución de cada uno de los ritos.

Este libro no pretende ser mejor que ninguno otro; quiere tan sólo presentar al alma devota, al cristiano, preocupado por conocer esa fuente sobrenatural de vida y de consuelo, una guía, un comentario, una interpretación, que esencialmente será—y en caso contrario, mejor sería el silencio—,

la misma que puede haber encontrado en otras partes, pero que en su forma externa tal vez le ofrezca algún atractivo mayor.

Por lo demás, aunque los tratados sobre la Misa podrían formar una biblioteca, digna de tentar las aficiones de un coleccionista, siempre seguirá siendo indispensable insistir en la exposición de sus excelencias, de sus misterios, de sus enseñanzas y de sus bellezas, cómo insistía en el siglo IV San Juan Crisóstomo, en el VII San Isidoro, en el IX Rabano Mauro, en el XII San Bernardo, en el XIV Durando de Mende, en el XVI Molina, el cartujano; en el XIX Dom Gueranger, y en nuestros días, Dom Chotard, Duchesne, Cabrol, Rojo, Azcárate, Fortescue, Ghir, Parsch, Bussard, Martindale, Schulte, Capelle y otros muchos.

La Misa no es una devoción cualquiera; es y será siempre el centro de la vida cristiana, el acto primero y principal del culto, acto obligatorio y necesario para el desarrollo de la parte mejor de nuestro ser. Y, no obstante, son muchos los cristianos que no se interesan por él; que asisten a la Misa únicamente porque saben que la ausencia supone un pecado mortal, y asisten, por tanto, sin entusiasmo, sin interés, sin atención amorosa, sin afán de recoger las enseñanzas y los frutos que ella les brinda. Unos pasean la mirada del techo a las imágenes y del público al altar con síntomas perentorios de sentirse impacientes o aburridos; otros, para no aburrirse ni distraerse, ¡oh admirable fervor!, hacen su novena a San Antonio, o rezan las oraciones de la mañana, o pasan las cuentas del rosario, o abren un libro bellamente encuadernado, que probablemente no es el Misal. Y entre tanto, el celebrante dirige la palabra a los que asisten, hace lecturas para ellos, reza por su salud y bienestar, los saluda..., y sólo le responde el monaguillo. Se cumple el precepto de oír Misa, pero sin sacar el menor provecho de la Misa. Todo cuanto en ella se ha realizado

ha sido ajeno, si no a los sentidos, por lo menos a los afectos de los asistentes o de una gran parte de los asistentes.

Urge corregir esta actitud dañosa y absurda; y la corrección sólo puede venir del mejor conocimiento de la sagrada Liturgia, de la parte que en ella nos cabe y del modo de expresar en nuestra vida de piedad el espíritu con que ella intenta hacernos vivir. Alguien pudiera creer que el mal radica en la ineptitud práctica del Sacrificio para conmover las almas, que sienten ante él menos devoción acaso que en una procesión, en una novena, en el rezo de cualquier oración reciente o en la bendición del Santísimo. A ciertas personas pueden estorbarles ciertamente algunos detalles o circunstancias ajenas a su preparación cultural, como la lengua, el ceremonial, los gestos, que han adquirido con el tiempo un hieratismo oscuro y misterioso, toda la decoración exterior, el canto mismo, que trae ecos de otras edades. A otras las asusta la idea abstracta y para ellas imprecisa del Sacrificio. Saben efectivamente que el sacrificio es un acto simbólico, destinado a expresar nuestra absoluta dependencia con respecto a Dios por medio de una inmolación, de la ofrenda de una víctima. ¿Pero no es esto un tanto complejo y sutil para la preparación que lleva la mayor parte de los fieles? ¿Y es que muchos de ellos saben esto tan sólo? ¿Es que han llegado a relacionar el sacrificio de la Misa con el sacrificio de la cruz? ¿Es que se han dado cuenta de esa verdad tan clara y tan sencilla de que cada vez que asisten a la Misa es como si se encontrasen en el Calvario, en el Viernes Santo de la Parasceve, viendo a Jesús que expira en el madero por salvar a los hombres?

No, el mal no está en la ineptitud que para conmover tienen nuestros grandes misterios; está más bien en nuestra ignorancia, en nuestra falta de preparación en ese de-

rrotero que va tomando la piedad moderna, afanosa de amontonar prácticas y oraciones de toda clase, pero olvidada de que la Misa es la devoción máxima, la oración perfecta, la práctica "en que se ejerce la obra de nuestra redención". Es la conclusión que yo quisiera poner en el alma de todos los que lean este libro. Quisiera con él instruir y dirigir la piedad de los fieles, descifrar e iluminar gestos, fórmulas y actitudes, explicar doctrinas, presentar las categorías de lo humano y lo divino en nuestra vida interior, de lo religioso y lo moral en su jerarquía auténtica; en una palabra: hacer comprender y amar a todos los católicos esa fuente de santificación que Dios ha puesto a su alcance, esa fórmula oficial de la oración, transida de eficacia y de divina urgencia. Pero hablemos de iniciar más que de instruir. Iniciación quiere decir ciertamente comienzo; pero parece aludir también a una manera especial de comunicar la instrucción, a una manera más íntima, en que se transmite con el conocimiento un fervor entusiasta por la cosa conocida, un apego generoso y tenaz, una actitud decidida y ardiente de proselitismo. Es la actitud que yo quisiera también para mis lectores. Ojalá que estas páginas hagan de ellos amantes apasionados de la Liturgia, en lo que tiene de más bello y esencial, sacrificadores conscientes, fervientes adoradores en espíritu y en verdad. No dudo de que la explicación de esos ritos, vacíos a primera vista; el conocimiento de su evolución a través de los tiempos, que han impreso en ellos su huella; la revelación de la idea encerrada en esos símbolos, que en su hieratismo les habían parecido estériles y herméticos, y la iluminación de la doctrina sublime, que es el alma de todo este aparato exterior, a pesar de la torpeza de mis palabras, abrirán a sus miradas nuevos horizontes y a sus anhelos caminos insospechados.



ORDINARIO DE LA MISA

ORDINARIO DE LA MISA

MISA DE CATECUMENOS

PRIMERA PARTE

PREPARACION

LA SEÑAL DE LA CRUZ

Bajado del altar, después de haber preparado el cáliz y el Misal, el sacerdote hace genuflexión y se santigua inmediatamente, diciendo:

En el nombre del Padre, ✠ y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Antífona.—Entraré al altar de Dios.

R. Al Dios que alegra mi juventud.

In nómine Patris ✠ el Fílii et Spíritus Sancti. Amen.

Antiphona.—Introibo ad altáre Dei.

R. Ad Deum qui laetifícat juventútem meam

SALMO 42: JUDICA ME,

(*Se omite en las Misas de Difuntos y en el Tiempo de Pasión*)

℣. Júzgame Tú oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada: líbrame del hombre inicuo y engañador.

℟. Porque Tú eres, oh Dios, mi fortaleza. ¿Por qué me has rechazado y por qué camino triste, cuando me aflige mi enemigo?

℣. Envía tu luz y tu verdad: ellas me guiarán y llevarán a tu santo monte y a tus tabernáculos.

℟. Y entraré al altar de Dios: al Dios que alegra mi juventud.

℣. Te alabaré con la cítara a

℣. Júdica me, Deus, et discérne causam meam de gente non sancta: ab hómine iníquo, et dolóso érue me.

℟. Quia tu es, Deus, Fortitúdo mea: quare me repulísti, et quare tristis incédo, dum áffligit me inimícus?

℟. Emitte lucem tuam et veritátem tuam: ipsa me deduxérunt, et adduxérunt in montem sanctum tuum, et in tabernácula tua.

℟. Et introibo ad altáre Dei: ad Deum qui laetificat juventútem meam.

℣. Confitébor tibi in cíthara,

Ti, oh Dios, Dios mío: ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas?

℟. Espera en Dios, porque todavía le alabaré: El es mi Salvador y mi Dios.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Como era en el principio, y ahora, y siempre: y por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona.—Entraré al altar de Dios.

℟. Al Dios que alegra mi juventud.

Deus, Deus meus: quare tristis es, ánima mea, et quare contúrbas me?

℟ Spera in Deo, quóniam adhuc confitébor illi: salutáre vultus mei, et Deus meus.

℣. Glória Patri, et Fílio; et Spíritui Sancto.

℟. Sicut erat in principio et nunc et semper et in saecula saeculórum. Amen.

Antiphona.—℣. Introibo ad altáre Dei.

℟. Ad Deum qui laetíficat juventútem meam.

CONFESION GENERAL

Ps. 123.—℣. Nuestra ayuda está en el nombre del Señor.

℟. Que hizo el cielo y la tierra.

Yo, pecador, me confieso a Dios Todopoderoso, a la Bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los santos, y a vosotros, hermanos (y a ti, padre), de haber pecado gravemente con el pensamiento, palabra y obra (aquí se golpea el pecho tres veces): por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Por tanto, ruego a la Bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los santos, y a vosotros, hermanos (y a ti, padre), oréis por mí a Dios, nuestro Señor.

Ps. 123.—℣. Adjutórium nostrum in nómine Dómini.

℟. Qui fecit caelum et terram.

Confiteor Deo omnipoténti, beátae Maríae semper virgini, beáto Michaeli Archángelo, beáto Joánni Baptistae, sanctis Apóstolis Petro et Paulo, ómnibus Sanctis et vobis, fratres (et tibi, pater): quia peccávi nimis cogitatióne, verbo, et ópere (hic percútitur pectus ter): mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa, Ideo precor beátam Maríam semper vírginem, beátum Michaelem Archángelum, beátum Joánnem Baptístam, sanctos Apóstolos Petrum et Paulum, omnes sanctos, et vos frates (et te, pater), oráre pro me ad Dóminum Deum nostrum.

Después que el sacerdote ha recitado el *Confiteor*, el ministro o ayudante se vuelve cara a él, y dice:

℣. Compadézcase de ti el Dios Todopoderoso, y, perdonados tus pecados, te lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

℣. Misereátur tui omnipotens Deus, et dimissis peccátis tuis, perdúcat te ad vitam aetérnam.

℟. Amen.

Respondido *Amén* por el sacerdote, el ayudante recita, a su vez, el *Confiteor*. Pero en vez de decir: *Et vobis, fratres. Et vos, fratres,* dice: *Et tibi, pater. Et te, pater.* Terminado el *Confiteor* por el ayudante, dice el sacerdote:

℣. Compadézcase de vosotros el Dios Todopoderoso, y, perdonados vuestros pecados, os lleve a la vida eterna.
℟. Amén.
℣. El Señor omnipotente y misericordioso nos conceda el perdón, la absolución ✠ y la remisión de nuestros pecados.
℟. Amén.
℣. Oh Dios, vuelto Tú, nos vivificarás.
℟. Y tu pueblo se alegrará en Ti.
℣. Muéstranos, Señor, tu misericordia.
℟. Y danos tu Salud.
℣. Señor, escucha mi oración.
℟. Y llegue a Ti mi clamor.
℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

℣. Misereátur vestri omnípotens Deus, et dimissis peccátis vestris, perdúcat vos ad vitam aetérnam.
℟. Amen.
℣. Indulgéntiam, ✠ absolutiónem, et remissiónem peccatórum nostrórum tribuat nobis omnípotens et misericors Dóminus.
℟. Amen.
℣. Deus, tu convérsus vivificábis nos.
℟. Et plebs tua laetábitur in te.
℣. Osténde nobis, Dómine, misericórdiam tuam.
℟. Et salutáre tuum da nobis.
℣. Dómine, exáudi oratiónem meam.
℟. Et clamor meus ad te véniat.
℣. Dóminus vobíscum.
℟. Et cum spíritu tuo.

SUBIDA AL ALTAR

Terminadas las preces anteriores, el sacerdote sube al altar. diciendo mientras sube:

Oremus. — Suplicámoste, Señor, apartes de nosotros nuestras iniquidades: para que merezcamos entrar en el santo de los Santos con puras almas. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Orémus.—Aufer a nobis, quaesumus, Dómine, iniquitátes nostras, ut ad Sancta Sanctórum puris mereámur méntibus introire. Per Christum Dóminum nostrum. Amen.

Una vez en medio del altar, el sacerdote se inclina profundamente. y dice:

Rogámoste, Señor, por los méritos de tus Santos, cuyas reliquias están aquí (besa el altar), y de todos los Santos, te dignes perdonar todos mis pecados. Amén.

Orámus te, Dómine, per mérita Sanctórum tuórum quorum reliquiae hic sunt (osculátur altáre), et ómnium Sanctórum. ut indulgére dignéris ómnia peccáta mea. Amen.

INCENSACION DEL ALTAR

En las Misas cantadas, el sacerdote, antes de leer el Introito, bendice el incienso que le presenta el diácono, diciéndole:

D. Bendice Padre reverendo.	D. Benedícite, Pater reverénde.
S. Bendígate + Aquel en cuyo honor vas a ser quemado. Amén.	S. Ab illo benedicáris + in cujus honóre cremáberis. Amen

A continuación incensa el crucifijo, las reliquias de los Santos, si estuvieran expuestas en el altar y, por último, el altar. Al terminar de incensar el altar, el diácono recoge el incensario e incensa al celebrante.

INTROITO

Después de incensar el altar, o en las Misas rezadas, después de rezar la segunda Oración arriba apuntada, el sacerdote se dirige al lado izquierdo del altar y lee en el Misal el Introito del día. (Véase el Propio en el Misal.) Al comenzar la lectura del Introito, hace la señal de la cruz. En las Misas de Difuntos no se santigua, sino que traza con la mano derecha la señal de la cruz sobre el Misal abierto.

KYRIES

Leído el Introito, el sacerdote va al medio del altar y, con las manos juntas, recita, alternando con los ministros o con el ayudante, los siguientes:

¡Señor, ten piedad!	Kyrie, eléison.
¡Señor, ten piedad!	Kyrie, eléison.
¡Señor, ten piedad!	Kyrie, eléison
¡Cristo, ten piedad!	Christe, eléison
¡Cristo, ten piedad!	Christe, eléison
¡Cristo, ten piedad!	Christe, eléison
¡Señor, ten piedad!	Kyrie, eléison.
¡Señor, ten piedad!	Kyrie, eléison.
¡Señor, ten piedad!	Kyrie, eléison

GLORIA

A continuación de los Kyries se dice el Gloria *in excelsis*, el cual se omite durante todo el tiempo de Adviento y Cuaresma, en las Misas de Difuntos y en las Misas de Feria, excepto durante el Tiempo Pascual. El Gloria es como sigue:

Gloria a Dios en las alturas. Y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad. Alabámoste. Bendecímoste. Adorámoste. Glorificá-	Glória in excélsis Deo. Et in terra pax homínibus bonae voluntátis. Laudamus te. Benedicimus te. Adorámus te. Glorificámus te. Grá-

moste. Dámoste gracias por tu gran gloria. Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre Omnipotente. Señor, Hijo Unigénito, Jesucristo Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Tú, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros. Tú, que quitas los pecados del mundo, acepta nuestras súplicas. Tú, que estás sentado a la diestra del Padre, ten piedad de nosotros. Porque Tú solo eres Santo, Tú solo Señor, Tú solo altísimo, oh Jesucristo. Con el Espíritu Santo ✠ en la gloria del Padre. Amén.

tias ágimus tibi propter magnam glóriam tuam. Dómine Deus, Rex caeléstis, Deus Pater omnipotens. Dómine Fili unigénite Jesu Christe. Dómine Deus, Agnus Dei, Filius Patris. Qui tollis peccáta mundi, miserére nobis. Qui tollis peccata mundi, súscipe deprecatiónem nostram. Qui sedes ad déxteram Patris, miserére nobis. Quóniam tu solus sanctus, tu solus Dóminus, tu solus altissimus, Jesu Christe. Cum Sancto Spiritu ✠ in glória Dei Patris. Amen.

SEGUNDA PARTE

INSTRUCCION

ORACION O COLECTA

Después de terminar el Gloria, el sacerdote besa el altar, se vuelve de cara a los fieles, y les saluda, diciendo:

℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

℣. Dóminus vobiscum.
℟. Et cum spíritu tuo.

Va después al Misal y, con las manos extendidas recita la primera oración de la Misa, llamada Colecta. (Véase el Propio.) Al final de la Oración responde el pueblo o el ayudante:

℟. Amén.

℟. Amen.

EPISTOLA

Después de la Oración u Oraciones anteriores, el sacerdote lee la Epístola del día. (Véase el Propio.) En las Misas cantadas, mientras el sacerdote lee la Epístola en voz baja, la canta en voz alta el Subdiácono. Al final de la Epístola responde el pueblo o el ayudante:

℟. Gracias a Dios.

℟. Deo grátias.

GRADUAL, ALELUYA, TRACTO

Después de la Epístola, se lee o canta el Gradual. seguido del Aleluya con su verso. Este Aleluya se omite durante toda la Cuaresma, diciéndose en su lugar un nuevo texto o salmo llamado Tracto. En algunas solemnidades se añade también otra nueva pieza, llamada Secuencia. Todas estas piezas se encuentran en el Propio del Misal, en el día correspondiente.

EVANGELIO

Terminada la lectura o el canto de las anteriores piezas, el sacerdote va al medio del altar, se inclina profundamente, y reza en silencio la Oración siguiente:

Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios omnipotente, como purificaste los labios del profeta Isaías con un carbón encendido, y dígnate purificarme con tu grata misericordia de tal modo, que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Dígnate, Señor bendecirme.

El Señor esté en mi corazón y en mis labios, para que anuncie digna y competentemente su Evangelio. Amén.

Munda cor meum ac lábia mea, omnipotens Deus, qui lábia Isaíae Prophétae cálculo mundásti ignito: ita me tua grata miseratióne dignáre mundáre, ut sanctum Evangélium tuum digne váleam nuntiáre. Per Christum Dóminum nostrum. Amen.

Jube, Domne, benedícere.

Dóminus sit in corde meo et in lábiis meis, ut digne et competénter annúntiem Evangélium suum. Amen.

En las Misas de Difuntos no se dice más que hasta Jube Domne exclusive. Terminada esta Oración, el sacerdote se dirige hacia el Misal, que el ayudante, o el subdiácono, ha trasladado al lado derecho del altar, y dice inmediatamente:

℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

℣. Dóminus vobíscum.
℟. Et cum spíritu tuo.

A continuación hace la señal de la cruz sobre el comienzo del texto del Evangelio, diciendo al mismo tiempo:

℣. Comienzo (o continuación) del santo Evangelio, + según San...
℟. Gloria a Tí, Señor.

℣. Inítium (vel Sequéntia) sancti Evangélii + secúndum N...
℟. Glória tibi, Dómine.

Después de esto, el sacerdote lee pausadamente, y en voz inteligible, el Evangelio del día. (Véase el Propio.) Terminada su lectura, el sacerdote besa el comienzo del Evangelio, diciendo al mismo tiempo:

Por las palabras evangélicas sean borrados nuestros pecados.

Per evangélica dicta deleántur nostra delícta.

Al terminar el sacerdote la lectura del Evangelio, y mientras besa el libro, dice el ayudante o el subdiácono:

℟. Alabanzas a Ti, Cristo. | ℟. Laus tibi, Christe.

En las Misas cantadas, el sacerdote hace lo mismo que queda indicado. Mientras el celebrante lee el Evangelio, el diácono toma el Evangeliario, lo deposita en medio del Altar, se arrodilla después con ambas rodillas en la grada y recita en secreto la Oración: *Munda cor meum*, hasta Jube, Domne exclusive. Luego se levanta, sube al altar, y profundamente inclinado de cara al sacerdote, pide a éste su bendición diciendo:

D. Dígnate, Señor, bendecirme.
S. El Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que anuncies digna y competentemente su Evangelio. En el nombre del Padre, ✠ y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

D. Jube, Dómine, benedícere.
S. Dóminus sit in corde tuo, et in lábiis tuis, ut digne et competénter annúnties Evangélium suum. In nómine Patris, ✠ et Fílii, et Spíritus Sancti. Amen.

Recibida la bendición, el diácono marcha, escoltado por dos acólitos con ciriales y por el turiferario con el incensario encendido, a cantar el Evangelio. Terminado el canto del Evangelio, da el libro al subdiácono, para que lo lleve a besar al celebrante. A continuación, el diácono inciensa tres veces al celebrante, yendo después los tres ministros al medio del altar.

CREDO O PROFESION DE FE

Terminada la lectura o el canto del Santo Evangelio, el sacerdote recita con voz inteligible el Credo. Este Credo, que se dice en la Santa Misa, fué redactado en el concilio de Nicea (325) y completado después en el de Constantinopla (381). Se dice el Credo todos los domingos en las fiestas de los Apóstoles y de los Doctores, y en otras varias solemnidades del año. Es como sigue:

Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, hacedor del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios. Y nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios, de verdadero Dios. Engendrado no hecho, consustancial al Padre por quien fueron hechas todas las cosas. Que por nosotros, los hombres, y por nuestra salud descendió de los cielos. (Aquí se arrodilla.) Y se encarnó, por obra del Espíritu Santo, en la Virgen María: y se hizo Hombre.

Credo in unum Deum, Patrem omnipoténtem, factorem caeli et terrae, visibilium ómnium et invisibilium. Et in unum Dóminum Jesum Christum, Filium Dei unigénitum. Et ex Patre natum ante ómnia saecula. Deum de Deo, lumen de lúmine, Deum verum de Deo vero. Génitum, non factum, consubstantiálem Patri: per quem ómnia facta sunt. Qui propter nos hómines, et propter nostram salútem descéndit de caelis. (Hic genuflectitur.) *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine: et homo factus est.* Crucifixus étiam pro nobis: sub

Crucificado también por nosotros, padeció bajo Poncio Pilatos, y fué sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y subió al cielo: está sentado a la diestra del Padre. Y vendrá otra vez con gloria, a juzgar a los vivos y a los muertos: cuyo reino no tendrá fin. Y en el Espíritu Santo, Señor, y vivificante. Que procede del Padre y del Hijo. Que, con el Padre y el Hijo, es adorado y glorificado. Que habló por los profetas Y en una sola Iglesia, santa, católica y apostólica. Confieso un solo Bautismo, para perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos. Y la vida ✝ del siglo venidero. Amén.

Póntio Piláto passus, et sepúltus est. Et resurréxit tértia die. secúndum Scriptúras. Et ascéndit in caelum: sedet ad déxteram Patris. Et íterum ventúrus est cum glória judícare vivos et mórtuos: cujus regni non erit finis. Et in Spíritum Sanctum, Dóminum, et vivificántem. Qui ex Patre, Filióque procedit. Qui cum Patre et Filio simul adorátur, et conglorificátur. Qui locútus est per Prophétas. Et unam, sanctam, cathólicam et apostólican Ecclésiam. Confiteor unum Baptisma in remissiónem peccatórum. Et exspécto resurrectiónem mortuórum. Et vitam ✝ ventúri saeculi. Amen.

MISA DE LOS FIELES

PRIMERA PARTE

PREPARACION DEL SACRIFICIO DEL OFERTORIO AL PREFACIO

OFERTORIO

Terminada la recitación del Credo, o cuando no hay Credo, después de la lectura del Evangelio, el sacerdote va al medio del altar, lo besa, se vuelve de cara al pueblo, y dice:

℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

℣. Dóminus vobíscum.
℟. Et cum spíritu tuo.

Volviéndose de nuevo de cara al altar, dice:

Oremos.

Orémus.

A continuación recita con voz inteligible el Ofertorio del día. (Véase el Propio.) En las Misas cantadas, después que el sacerdote ha dicho: *Orémus*; el coro canta la Antífona del Ofertorio. Mientras tanto, el celebrante hace la ofrenda del pan y el vino.

OFRENDA DEL PAN

Recitada la Antífona del Ofertorio, el sacerdote hace inmediatamente la ofrenda del pan, diciendo:

Recibe, oh Santo Padre, omnipotente y eterno Dios, esta inmaculada Hostia, que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco a Ti, mi Dios vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, y ofensas y negligencias, y por todos los circunstantes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos: para que, a mí y a ellos, nos aproveche para la salud en la vida eterna. Amén.

Súscipe Sancte Pater, omnípotens aetérne Deus hanc immaculátam Hóstiam, quam ego indígnus fámulus tuus óffero tibi, Deo meo vivo et vero, pro innumerabilibus peccátis, et offensiónibus et negligéntiis meis, et pro ómnibus circunstántibus sed et pro ómnibus fidélibus christiánis vivis adque defúnctis: ut mihi, et illis profíciat ad salútem in vitam aetérnam. Amen.

INFUSION DE LAS GOTAS DE AGUA

Hecha la ofrenda del pan, el sacerdote purifica el cáliz, echa vino en él y añade después unas gotitas de agua. Antes de mezclar las gotas de agua, traza sobre ellas la señal de la cruz. (Esta bendición se omite en las Misas de Difuntos.) Mientras echa las gotas de agua y limpia el cáliz, recita en voz baja la Oración siguiente:

✝ Os Dios, que creaste maravillosamente la dignidad de la naturaleza humana, y la reformaste más maravillosamente aún: haz que, por el misterio de este agua y vino seamos consortes de la divinidad de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad. El cual vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

✝ Deus, qui humánae substántiae dignitátem mirabíliter condidísti, et mirabílius reformásti: da nobis per hujus aquae et vini mystérium, ejus divinitátis esse consórtes, qui humanitátis nostrae fíeri dignátus est párticeps, Jesus Christus Fílius tuus Dóminus noster: Qui tecum vivit et regnat in unitáte Spíritus Sancti, Deus, per ómnia saecula saeculórum. Amen.

En las Misas cantadas, mientras el celebrante recita la Antífona del Ofertorio, el diácono prepara el cáliz y el subdiácono echa las gotitas de agua en el vino. Antes de echarlas en el cáliz, pide la bendición al celebrante con una inclinación de cabeza, diciendo:

Sub. Bendice, padre reverendo.

Sub. Benedícete, pater reverénde.

El celebrante, volviendo su cara hacia el subdiácono traza en el aire la señal de la cruz, mientras recita en voz baja la Oración anterior.

OFRENDA DEL VINO

Una vez que el sacerdote, o el diácono, ha preparado el vino, el celebrante toma el cáliz, va al medio del altar y, teniendo el cáliz elevado con las dos manos, reza en voz baja la Oración siguiente:

Ofrecémoste, Señor, este Cáliz de salud, implorando tu clemencia: para que, con olor de suavidad, suba hasta la presencia de tu divina Majestad, por nuestra salud y por la de todo el mundo. Amén.

Offérimus tibi, Dómine, Cálicem salutáris, tuam deprecántes cleméntiam: ut in conspéctu divínae majestátis tuae, pro nostra, et totíus mundi salúte, cum odóre suavitátis ascéndat. Amen.

OFRENDA DE SI MISMO

Hecha la ofrenda del vino, el sacerdote deposita sobre el altar el cáliz, lo cubre con la palia, se inclina después reverente y, con las manos juntas y apoyadas en el altar, recita con voz baja la Oración siguiente:

Con espíritu de humildad y con ánimo contrito seamos recibidos por Ti, Señor: y sea tal hoy en tu presencia nuestro sacrificio, que te agrade, oh Señor Dios

In spíritu humilitátis, et in ánimo contríto suscipiámur a te, Dómine: et sic fiat sacrifícium nostrum in conspéctu tuo hódie, ut pláceat tibi, Dómine Deus.

INVOCACION DEL ESPIRITU SANTO

Recitada la Oración anterior, el sacerdote se incorpora de nuevo y, alzando en alto sus manos, las junta otra vez en seguida, para trazar sobre el cáliz la señal de la cruz. Mientras hace estas ceremonias, recita en voz baja la Oración siguiente:

Ven santificador omnipotente, eterno Dios: y bendice ✠ este sacrificio preparado para tu santo nombre.

Veni, santificátor omnípotens, aetérne Deus; et bénedic ✠ hoc sacrifícium tuo sancto nomini praeparátum.

INCENSACION DE LA OBLATA

En las Misas cantadas, después de la Oración anterior, tiene lugar inmediatamente la incensación de la Oblata, del altar y de los fieles. Al concluir dicha oración, el celebrante se acerca al diácono con la naveta del incienso en la mano, y le dice:

D. Bendice, padre reverendo.

D. Benedícete, pater reverénde.

El celebrante contesta al ruego del diácono con la Oración siguiente:

Por intercesión del bienaventurado San Miguel Arcángel, que está a la diestra del altar del incienso, y de todos sus elegidos, dígnese el Señor bendecir ✠ este incienso, y recibirlo en olor de suavidad. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Per intercessiónem beáti Michaélis Archángeli, stantis a dextris altáris incénsi et ómnium electórum suórum, incénsum istud dignétur Dóminus benedícere ✠ et in odórem suavitátis accípere. Per Christum Dóminum nostrum. Amen

Mientras recita esta Oración, echa incienso en el incensario y traza después sobre él la señal de la cruz. Toma luego el incensario de manos del diácono, e inciensa la Oblata, diciendo:

Este incienso, por Ti bendecido, suba hasta ti, Señor: y descienda sobre nosotros tu misericordia.

Incénsum istud, a te benedíctum, ascéndat ad te, Dómine: et descéndat super nos misericórdia tua.

Después de la Oblata, inciensa también el *Cristo y el altar*, diciendo mientras tanto:

Diríjase, Señor, mi oración, como el incienso. hacia tu presencia, la elevación de mis manos sea como un sacrificio vespertino. Pon, Señor, guarda en mi boca, y una puerta de silencio en mis labios: para que no se incline mi corazón a palabras de malicia, ni a buscar excusas en los pecados.

Dirigátur, Dómine, orátio mea, sicut incénsum in conspéctu tuo: elevátio mánuum meárum sacrifícium vespertínum. Pone, Dómine, custódiam ori meo, et óstium circumstántiae lábiis meis: ut non declínet cor meum in verba malítiae, ad excusándas excusatiónes in peccátis.

Terminada la incensación de la Oblata y del altar, el sacerdote entrega el incensario al diácono, diciendo al mismo tiempo en voz baja:

Encienda en nosotros el Señor el fuego de su amor y la llama de la eterna caridad. Amén.

Accéndat in nobis Dóminus ignem sui amóris et flammam aetérnae caritátis. Amen.

Recibido el incensario de manos del celebrante, el diácono inciensa primero al sacerdote, luego al coro y, finalmente, al subdiácono. Entrega después el incensario al turiferario, el cual inciensa primero al diácono y después a toda la asamblea de los fieles. En las Misas de Difuntos no se inciensa más que al sacerdote.

LAVATORIO DE LAS MANOS

Terminada la incensación del altar, el celebrante, antes de continuar el santo Sacrificio, se lava las manos, diciendo:

1. Lavaré entre los inocentes mis manos: y rondaré tu altar, Señor.

2. Para oír la voz de tu alabanza: y contar todas tus maravillas.

3. Señor, he amado el decoro de tu casa: y el lugar donde reside tu gloria.

4. No pierdas con los impíos mi alma, oh Dios: ni mi vida con los hombres sanguinarios.

5. En cuyas manos están las iniquidades: y su diestra está llena de regalos.

6. Mas yo he caminado en mi inocencia: redímeme, y ten piedad de mí.

7. Mi pie siempre ha sido recto: en las asambleas te bendeciré, Señor.

8. Gloria al Padre...

9. Como era...

1. Lavábo inter innocéntes manus meas: et circúmdabo altáre tuum, Dómine.

2. Ut áudiam vocem laudis: et enárrem univérsa mirabilia tua.

3. Dómine, diléxi decórem domus tuae: et locum habitatiónis glóriae tuae.

4. Ne perdas cum ímpiis, Deus, ánimam meam: et cum viris sánguinum vitam meam.

5. In quorum mánibus iniquitátes sunt: déxtera eórum repléta est munéribus.

6. Ego autem in innocéntia mea ingréssus sum: rédime me, et miserére mei.

7. Pes meus stetit in dirécto: in ecclésiis benedícam te, Dómine.

8. Glória Patri...

9. Sicut erat...

(*En las Misas de Difuntos, y en las del Tiempo de Pasión, se omite el Gloria*)

OFRENDA A LA SANTISIMA TRINIDAD

Lavadas las manos, el celebrante va al centro del altar, se inclina profundamente, y reza en silencio la Oración siguiente:

Recibe, oh Santa Trinidad, esta Oblación, que te ofrecemos en memoria de la Pasión, de la Resurrección y Ascensión de Jesucristo, nuestro Señor: y en honor de la Bienaventurada siempre Virgen María, y del bienaventurado San Juan Bautista, y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y de éstos, y de todos los santos: para que aproveche en su honor y a nuestra salud: y se dignen interceder por nosotros en los cielos aquellos cuya memoria celebramos en la tierra. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

Súscipe, sancta Trínitas, hanc oblatiónem, quam tibi offérimus ob memóriam passiónis, resurrectiónis et ascensiónis Jesu Christi Dómini nostri: et in honórem beáte Maríae semper Vírginis, et beáti Joánnis Baptístae, et sanctórum Apostolórum Petri et Pauli, et istórum et ómnium Sanctórum: ut illis profíciat ad honórem, nobis autem ad salútem: et illi pro nobis intercédere dignéntur in caelis, quórum memóriam ágimus in terris. Per eúmdem Christum Dóminum nostrum. Amen.

ORATE FRATES

Rezada la Oración anterior, el celebrante besa el altar, se vuelve después de cara a los fieles y, abriendo sus brazos, les invita a orar, diciendo:

S. Orad, hermanos: para que este sacrificio, mío y vuestro, sea aceptable ante el Dios Padre omnipotente.	S. Oráte, fratres: ut meum ac vestrum sacrificium acceptábile fiat apud Deum Patrem omnipoténtem.

El pueblo, por boca del subdiácono o del ayudante, responde diciendo:

R. Reciba el Señor el sacrificio de tus manos, para loor y gloria de su nombre, y también para utilidad nuestra y de toda su santa Iglesia.	R. Suscípiat Dóminus sacrifícium de mánibus tuis, ad laudem, et glóriam nóminis sui, ad utilitátem quoque nostram, totiúsque Ecclésiae suae sanctae.

A estas palabras responde el celebrante con un *Amén* dicho en voz baja.

Dicho el *Amén* anterior, el celebrante lee en silencio la Secreta o Secretas del día. (Véase el Propio.) Con estas Oraciones se termina la primera parte de la Misa de los Fieles, o sea, la preparación inmediata para el Sacrificio eucarístico.

SEGUNDA PARTE

REALIZACION DEL SACRIFICIO

(Del Prefacio al Pater noster)

Leída la Secreta o Secretas del día, el sacerdote dice, levantando la voz:

℣. Por todos los siglos de los siglos.	℣. Per ómnia saecula saeculórum.
℟. Amén.	℟. Amen.
℣. El Señor sea con vosotros.	℣. Dóminus vobíscum.
℟. Y con tu espíritu.	℟. Et cum spíritu tuo.
℣. ¡Arriba los corazones!	℣. Sursum corda.
℟. Los tenemos (elevados) al Señor.	℟. Habémus ad Dóminum.
℣. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.	℣. Grátias agámus Dómino Deo nostro.
℟. Es digno y justo.	℟. Dignum et justum est.

PREFACIO COMUN

Se dice en todas las fiestas que no lo tienen propio y en las ferias del año, excepto las de Cuaresma. También se dice en las fiestas de la Dedicación a la Iglesia y las de los Angeles.

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable, que, siempre y en todas partes, te demos gracias a Ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: por Cristo, nuestro Señor. Por quien a tu Majestad alaban los ángeles, la adoran las dominaciones, la temen las potestades. Los cielos y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines, la celebran con igual exaltación. Con los cuales te suplicamos admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión:

Vere dignum et justum est, aequum et salutáre, nos tibi semper, et ubíque grátias ágere: Dómine sancte, Pater omnipotens, aetérne Deus: per Christum Dóminum nostrum. Per quem majestátem tuam laudant Angeli, adórant Dominatiónes, tremunt Potestátes. Caeli, caelorúmquem Virtútes, ac beáta Séraphim, sócia exsultatióne concélebrant. Cum quibus et nostras voces, ut admítti júbeas deprecámur, súpplici confessióne dicéntes:

SANCTUS

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. ¡Hosanna en las alturas!

Bendito sea el que viene en nombre del Señor. ¡Hosanna en las alturas!

Sanctus, Sanctus, Sanctus Dóminus Deus Sábaoth. Pleni sunt caeli et terra glória tua. Hosanna in excélsis!

Benedíctus qui venit in nómine Dómini. Hosánna in excélsis!

CANON

Terminado el Prefacio y el Sanctus, el celebrante, elevando al cielo las manos y los ojos, e inclinándose después profundamente, dice con voz silenciosa:

A) Invocación al Padre Eterno.

A Ti, pues, clementísimo Padre, humildemente rogamos y pedimos por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, aceptes y bendigas estos dones, estos presentes, estos santos sacrificios ilibados.

Te igitur, clementíssime Pater, per Jesum Christum Filium tuum Dóminum nostrum, súpplices rogámus, ac pétimus, uti accépta hábeas, et benedícas, haec ✠ dona, haec ✠ númera, haec ✠ sancta sacrifícia illibáta.

B) Memento de los vivos.

Que te ofrecemos, en primer lugar, por tu santa Iglesia católica: para que te dignes pacificarla, cus-

In primis, quae tibi offérimus pro Ecclésia tua sancta cathólica: quam pacificáre, custodire, aduná-

todiarla, unirla y regirla en todo el orbe de las tierras: junto con tu siervo, nuestro Papa N... y nuestro obispo N..., y todos los ortodoxos que profesan la fe católica y apostólica.

re et régere dignéris toto orbe terrárum: una cum fámulo tuo Papa nostro N... et Antístite nostro N... et ómnibus orthodóxis, atque cathólicae et apostólicae fidei cultóribus.

Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N., y de todos los circunstantes, cuya fe y devoción te son conocidas, por los cuales te ofrecemos, o ellos mismos te ofrecen, este Sacrificio de alabanza, por ellos y por todos los suyos: por la redención de sus almas, por la esperanza de su salud y de su incolumidad: y presentan sus votos a Ti, eterno Dios, vivo y verdadero.

Meménto, Dómine, famulórum famularúmque tuárum N. et N., et ómnium circumstántium, quorum tibi fides cognita est, et nota devótio, pro quibus tibi offérimus: vel qui tibi ófferunt hoc sacrifícium laudis, pro se, suísque ómnibus pro redemptióne animárum suárum, pro spe salútis, et incolumitátis suae: tibique reddunt vota sua aetérno Deo, vivo et vero.

C) Recuerdo de los Santos.

Unidos en una misma comunidad, veneramos la memoria, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo: y también la de tus santos Apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo: Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián: y la de todos tus santos, por cuyos méritos y preces te suplicamos hagas que seamos defendidos en todo con el auxilio de tu protección. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

Communicántes, et memóriam venerántes, in primis gloriósae semper Vírginis Maríae, Genitrícis Dei et Dómini nostri Jesu Christi: sed et beatórum Apostolórum ac Mártyrum tuórum, Petri et Pauli, Andréae, Jacóbi, Joánnis, Thomae, Jacóbi, Philíppi, Bartholomaei, Matthaei, Simónis et Thaddaei, Lini, Cleti, Cleméntis, Xysti, Cornélii, Cypriáni, Lauréntii, Chrysógoni, Joánnis et Pauli, Cosmae et Damiani, et ómnium Sanctórum tuórum, quórum méritis, precibúsque concédas, ut in omnibus protectiónis tuae muniámur auxílio. Per eumdem Christum Dóminum nostrum. Amen.

D) Oraciones preparatorias para la Consagración.

Suplicámoste, pues, Señor aceptes aplacado esta oblación de nuestra servidumbre, y de toda tu familia: y dispongas nuestros días en tu paz: y nos libres de la condenación eterna; y mandes contarnos en la grey de tus elegidos. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Hanc igitur oblatiónem servitútis nostrae, sed et cunctae familiae tuae quaesumus, Dómine, ut placátus accípias diésque nostros in tua pace dispónas atque ab aetérna damnatióne nos éripi, et in electórum tuórum júbeas grege numerári. Per Christum Dóminum nostrum. Amen.

La cual oblación, te suplicamos, oh Dios, te dignes hacerla en todo bendita, + adscripta, + rata, † racional y aceptable: a fin de que se haga para nosotros Cuerpo + y Sangre + de tu dilectísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo.

Quam oblatiónem tu Deus, in ómnibus, quaesumus, benedictam, + adscriptam, + ratam, † ratiónabilem, acceptabiliemque fácere dignéris: ut nobis Corpus + et Sanguis + fiat dilectissimi Fílii tui Dómini nostri Jesu Christ.

E) Consagración del Pan.

El cual, el día antes de morir, tomó el pan en sus santas y venerables manos, y, elevados los ojos al cielo, a Ti, Dios, Padre suyo omnipotente, dándote gracias, lo bendijo, + lo partió y lo dió a sus discípulos, diciendo: «Tomad, y comed, porque éste es mi Cuerpo.»

Qui pridie quam paterétur, accépit panem in sanctas, ac venerábilis manus suas et elevátis óculis in caelum ad te Deum Patrem suum omnipoténtem, tibi grátias agens, benedíxit, + fregit, deditque discípulis suis, dicens: Accípite, et manducáte ex hoc omnes. Hoc est enim Corpus meum.

F) Consagración del Vino.

De igual modo, después de cenar, tomando también este precioso Cáliz en sus santas y venerables manos, dándote igualmente gracias a Ti, lo + bendijo, y lo dió a sus discípulos, diciendo: Tomad, y bebed todos de él, porque éste es el Cáliz de mi Sangre del nuevo y eterno Testamento: (el misterio de la fe), la cual será derramada por vosotros y por muchos, para remisión de los pecados.

Cuantas veces hiciéreis esto, lo haréis en memoria de Mí.

Símili modo postquam coenátum est, accipiens et hunc praeclárum Cálicem in sanctas ac venerábilis manus suas: item tibi grátias agens, benedixit, + deditque discípulis suis, dicens: Accípite et bibite ex eo omnes. Hie est enim Calix Sánguinis mei, novi et aetérni testaménti: mystérium fidei: qui pro vobis et pro multis effundétur in remissiónem peccatórum.

Haec quotiescúmque fecéritis, in mei memóriam faciétis.

G) Ofrenda de la Víctima Sacrificada.

Por lo que, acordándonos también, Señor, nosotros tus siervos, y tu santo pueblo, de la bienaventurada Pasión del mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, y de su resurrección del sepulcro, y también de su gloriosa Ascensión a los cielos: ofrecemos a tu preclara Majestad, de tus dones y dádivas, esta Hostia + pura, esta Hostia + santa, esta Hostia + in-

Unde et mémores, Dómine, nos servi tui, sed et plebs tua sancta, ejúsdem Christi Fílii tui Dómini nostri tam beátae Passiónis, nec non et ab inferis Resurrectiónis, sed et in caelos gloriósae Ascensiónis: offérimus praeclárae majestáti tuae, de tuis donis, ac datis, hóstiam + puram, hóstiam + sanctam, hóstiam + inmaculátam. Panem sanc-

maculada, este Pan + santo de la vida eterna, y este Cáliz + de perpetua salud.

tum + vitae aetérnae, et Cálicem + salútis perpétuae.

Sobre los cuales (dones) dígnate, Señor, mirar con rostro propicio y sereno: y acéptalos, como te dignaste aceptar los de tu justo siervo Abal, y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham: y el que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec, sacrificio santo, hostia inmaculada.

Supra quae propítio ac seréno vultu respícere dignéris: et accépta habére, sicuti accepta habére dignátus es múnera puéri tui justi Abel, et sacrifícium Patriárchae nostri Abrahae: et quod tibi óbtulit summus sacérdos tuus Melchísedech, sanctum sacrifícium, immaculátam hóstiam.

Inclinándose después profundamente, prosigue, diciendo:

Rogámoste humildemente, oh Dios omnipotente, mandes que estos dones sean llevados por las manos de tu santo Angel a tu sublime altar, ante tu divina majestad: para que todos los que participando de este altar recibiéramos el sacrosanto Cuerpo + y Sangre + de tu Hijo, seamos colmados de toda bendición celeste y de toda gracia. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén

Súpplices te rogámus, omnipotens Deus: jube haec perférri per manus sancti Angeli tui in sublime altáre tuum, in conspéctu divinae majestátis tuae: ut quotquot, ex hac altáris participatióne sacrosánctum Fílii tui Corpus + et Sánguinem + sumpsérimus, omni benedictióne caelésti et grátia repleámur. Per eúmdem Christum Dóminum nostrum. Amen.

H) Mementos de los Difuntos.

Acuérdate también, Señor, de tus siervos y siervas N. y N., que nos han precedido con el signo de la fe y duermen el sueño de la paz.

Meménto étiam, Dómine, famulórum, famularúmque tuárum N. et N., qui nos praecessérunt cum signo fidei, et dórmiunt in somno pacis.

A ellos, Señor, y a todos los que descansan en Cristo, te rogamos les des el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo, nuestro Señor. Amén.

Ipsis, Dómine, et ómnibus in Christo quiescéntibus, locum refrigérii, lucis et pacis ut indúlgeas, deprecámur. Per eúmdem Christum Dóminum nostrum Amen

I) Invocación de los Santos.

Dándose después un golpe de pecho, el celebrante prosigue en secreto:

A nosotros también, pecadores, siervos tuyos, que confiamos en la abundancia de tus misericordias, dígnate darnos alguna parte y com-

Nobis quoque peccatóribus fámulis tuis, de multitúdine miseratiónum tuárum sperántibus, partem áliquam, et societátem donáre dig-

pañia con tus santos Apóstoles y Mártires: con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Agueda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y con todos tus santos: en cuyo consorcio te rogamos nos admitas, no por nuestros méritos, sino por tu gracia. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

néris, cum tuis sanctis Apóstolis et Martyribus: cum Joánne, Stéphano, Matthía, Bárnaba, Ignátio, Alexándro, Marcellino. Petro, Felicitáte, Perpétua, Agatha, Lúcia, Agnéte, Caecilia, Anastásia et ómnibus Sanctis tuis, intra quorum nos consórtium, non aestimátor mériti, sed véniae, quaesumus, largítor admitte. Por Christum Dóminum nostrum. Amen.

Antiguamente se bendecían en este momento las primicias del trigo, del vino y de los frutos de la tierra. Hoy se bendice todavía. El Jueves Santo, el Oleo de los enfermos.

Por quien, Señor, siempre creas todos estos bienes, los ✠ santificas, los ✠ vivificas, los ✠ bendices, y nos los das a nosotros.

Per quem haec ómnia, Dómine, semper bona creas, ✠ sanctificas, ✠ vivificas, ✠ benedícis, et praestas nobis.

J) Doxología final.

Por ✠ El, y con ✠ El y en ✠ El, es a Ti, oh Dios Padre ✠ omnipotente, en la unidad del Espíritu ✠ Santo todo honor y gloria. Por todos los siglos de los siglos.

Per ✠ ipsum, et cum ✠ ipso, et in ✠ ipso, est tibi Deo Patri ✠ omnipoténti, in unitáte Spíritus ✠ Sancti, omnis honor, et glória. Per ómnia saecula saeculórum

El pueblo, por boca del ayudante, responde:

℟. Amén.

℟. Amen.

TERCERA PARTE

COMUNION O BANQUETE SACRIFICIAL

(Del Pater noster a las abluciones)

EL PADRE NUESTRO

Después de cubrir el Cáliz, el sacerdote hace genuflexión, se levanta de nuevo, y dice con voz inteligible:

Oremos.—Amonestados con preceptos saludables, y formados por la enseñanza divina, nos atrevemos a decir:

Orémus.—Praecéptis salutáribus móniti, et divina institutióne formáti, audémus dícere:

Al llegar aquí, el celebrante extiende sus manos, y prosigue después en voz alta:

Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu nombre: venga a nos el tu reino: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación.

Pater noster, qui es in caelis: Sanctificétur nomen tuum: Advéniat regnum tuum: Fiat volúntas tua, sicut in caelo et in terra. Panem nostrum quotidiánum da nobis hódie: et dimitte nobis débita nostra, sicut et nos dimittimus debitóribus nostris. Et ne nos indúcas in tentatiónem.

El pueblo, por boca del ayudante, responde:

℟. Mas líbranos del mal.

℟. Sed líbera nos a malo.

El celebrante concluye diciendo por lo bajo: *Amén.* Después prosigue diciendo en silencio:

Suplicámoste, Señor, nos libres de todos los males, pasados, presentes y futuros: y, por intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios, y de tus santos Apóstoles Pedro y Pablo y Andrés, y de todos los santos, da propicio la paz a nuestros tiempos: para que ayudados con el auxilio de tu misericordia, estemos siempre libres de pecado, y seguros de toda perturbación. Por el mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. El cual vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios. Por todos los siglos de los siglos

Libera nos, quaesumus, Dómine, ab ómnibus malis, praetéritis, praeséntibus et futúris: et intercedénte beáta, et gloriosa semper Vírgine Dei Genitrice María cum beátis Apóstolis tuis Petro et Paulo atque Andréa, et ómnibus Sanctis, da propítius pacem in diébus nostris: ut ope misericórdiae tuae adjúti, et a peccáto simus semper liberi, et ab omni perturbatione secúri. Per eúmdem Dóminum nostrum Jesus Christum Filium tuum. Qui tecum vivit et regnat in unitáte Spíritus Sancti, Deus, per ómnia saecula saeculórum.

El pueblo, por boca del ayudante, responde:

℟. Amén.

℟. Amen.

FRACCION DEL PAN

Mientras el celebrante pronuncia las últimas palabras de la Oración anterior, parte la sagrada Hostia en dos mitades. Deja después en la patena la parte de la mano derecha, y de la que tiene en la mano izquierda, rompe una nueva partícula, con la cual hace después tres cruces sobre el cáliz, diciendo al mismo tiempo:

℣. La paz ✠ del Señor ✠ sea siempre ✠ con vosotros

℣. Pax ✠ Dómini sit ✠ semper vobis ✠ cum.

El pueblo, por boca del ayudante, responde:

℟. Y con tu espíritu.	℟. Et cum spíritu tuo.

El celebrante echa ahora en el cáliz la partecita de Hostia que tiene entre los dedos y dice al mismo tiempo:

Esta mezcla y consagración del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo nos sirva, a los que la tomamos para la vida eterna Amén.	Haec commixtio, et consecrátio Córporis et Sánguinis Dómini nostri Jesu Christi, fiat accipientibus nobis in vitan aetérnam. Amen.

AGNUS DEI

A continuación dice en voz inteligible:

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten piedad de nosotros.	Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi: miserére nobis.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: ten piedad de nosotros.	Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi: miserére nobis.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz.	Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi: dona nobis pacen.

En las Misas de Difuntos se dice de esta otra forma:

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: dales el descanso.	Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi: dona eis réquiem.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: dales el descanso.	Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi: dona eis réquiem.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: dales el descanso eterno.	Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi: dona eis réquiem sempitérnam.

ORACION DE LA PAZ

Señor mío Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: la paz os dejo, mi paz os doy, no mires mis pecados, sino la Fe de tu Iglesia; y dígnate pacificarla y unirla, según tu voluntad. Tú, que vives y reinas, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.	Dómine Jesus Christe, qui dixisti Apóstolis tuis: Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis; ne respicias peccáta mea, sed fidem Ecclésiae tuae eámque secúmdum voluntátem tuam pacificáre et coadunáre dignéris. Qui vivis et regnas, Deus, per ómnia saecula saeculórum. Amen.

Esta Oración se omite en las Misas de Difuntos. En las Misas cantadas, después de la Oración anterior, el celebrante besa el altar y, volviéndose de cara al diácono, le da el ósculo de paz, diciendo:

S. La paz contigo.
D. Y con tu espíritu.

S. Pax tecum.
D. Et cum Spíritu tuo.

El diácono, a su vez, da la paz al subdiácono y éste al presidente del coro. Tanto el que da como el que recibe la paz dicen las mismas palabras anteriores. En las Misas de Difuntos se omite el ósculo de paz.

ORACIONES PREPARATORIAS A LA COMUNION

Antes de comulgar, el celebrante recita todavía las dos oraciones siguientes:

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que, por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, vivificaste al mundo con tu muerte: por este tu Sacrosanto Cuerpo y Sangre líbrame de todas mis iniquidades y de todos los males, y haz que siempre me adhiera a tus mandatos, y no permitas que nunca me separe de ti. Tú, que, con el mismo Dios Padre, y con el Espíritu Santo, vives y reinas, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

La recepción de tu Cuerpo, Señor mío Jesucristo, que yo, indigno, me atrevo a tomar, no sea para mí causa de juicio y condenación: antes, por tu piedad, me aproveche para defensa del alma y del cuerpo, y para alcanzar alivio. Tú, que vives y reinas con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Dómine Jesu Christe Fili Dei vivi, qui ex voluntáte Patris, cooperánte Spíritu Sancto, per mortem tuam mundum vivificásti: libera me per hoc sacrosántum Corpus et Sánguinem tuum ab ómnibus iniquitátibus meis, et univérsis malis: et fac me tuis semper inhaerére mandátis, et a te nunquam separári permittas: Qui cum eódem Deo Patre, et Spíritu Sancto, vivis et regnas, Deus, in saecula saeculórum. Amen.

Percéptio Córporis tui Dómine Jesu Christe, quod ego indignus súmere praesúmo, non mihi provéniat in judícium et condemnatiónem: sed pro tua pietáte prosit mihi ad tutaméntum mentis et córporis, et ad medélam percipiéndam: Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitáte Spíritus Sancti, Deus, per ómnia saecula saeculórum. Amen.

COMUNION DEL CELEBRANTE

Dichas las Oraciones anteriores, el celebrante hace genuflexión, se levanta, toma en sus manos la sagrada Hostia y dice en voz baja:

Tomaré el Pan celestial e invocaré el nombre del Señor.

Panem caeléstem accípiam, et nomen Dómini invocábo.

Luego, dándose tres golpes de pecho con la mano derecha, dice por tres veces consecutivas y en voz inteligible:

Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada: mas di sólo una palabra, y será sana mi alma.

Dómine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo, et sanábitur ánima mea.

Elevando un poco la sagrada Hostia y trazando con ella una cruz en el aire, dice al mismo tiempo:

El Cuerpo + de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.

Corpus + Dómini nostri Jesu Christi custódiat ánimam meam in vitam aetérnam. Amen.

Recibido el sacrosanto Cuerpo del Señor, el celebrante se detiene unos momentos, meditando en el rico tesoro que encierra en su pecho. Luego prosigue en voz baja:

¿Qué retornaré al Señor por todo lo que El me ha dado? Tomaré el cáliz de la salud e invocaré el nombre del Señor.
Invocaré al Señor con alabanzas, y seré salvo de mis enemigos.

Quid retribuam Dómino pro ómnibus quae retribuit mihi? Cálicem salutáris accipiam, et nomen Dómini invocábo.
Laudans invocábo Dóminum et ab inimicis meis salvus ero.

Tomando después en sus manos el cáliz, lo eleva un poco, traza con él una cruz en el aire, e inclinando la cabeza, dice:

La Sangre + de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.

Sanguis + Dómini nostri Jesu Christi custódiat ánimam mean in vitam aetérnam. Amen.

COMUNION DE LOS FIELES

Mientras el celebrante consume el precioso Sanguis, el ayudante, arrodillado en la grada del altar, reza en voz alta el Confiteor. XVI. Mientras tanto, los fieles que comulguen dentro de la Misa se acercan ordenadamente al altar. Cuando el ayudante ha terminado de rezar el Confiteor, el sacerdote hace genuflexión, abre el sagrario, saca el copón con las sagradas formas, lo destapa, vuelve a hacer genuflexión y, poniéndose un poco cara a los comulgantes dice con las manos juntas:

℣ Compadézcase de vosotros el Dios omnipotente, y, perdonados vuestros pecados os lleve a la vida eterna.
℟ Amén.

℣. Misereátur vestri omnipotens Deus et dimissis peccátis vestris perdúcat vos ad vitam aetérnam.
℟. Amen.

Luego, trazando una cruz en el aire con la mano derecha, dice al mismo tiempo:

El Señor omnipotente y misericordioso os conceda la + indulgencia, la absolución y el perdón de vuestros pecados.
℟ Amén.

Indulgéntiam, + absolutiónem, et remissiónem peccatórum vestrórum tribuat vobis omnipotens et miséricors Dóminus.
℟. Amen.

Volviéndose después de cara al altar, hace genuflexión, se levanta, toma con la mano izquierda el copón de las sagradas formas y con la mano derecha una de dichas formas. Se vuelve después de cara al pueblo, y levantando la sagrada forma con los dedos pulgar e índice de la mano derecho, dice en voz alta:

He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo.	Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccáta mundi.

Conservando después en alto la sagrada forma dice por tres veces consecutivas y también en voz alta:

Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada: mas di sólo una palabra, y será sana mi alma.	Dómine, nos sum dignus ut intres sub tectum meum: sed tamtum dic verbo, et sanábitur ánima mea.

Dichas tres veces las palabras anteriores, el celebrante baja al comulgatorio y da a los fieles la sagrada Comunión, diciendo a cada uno de ellos al alargarles la sagrada forma:

El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna. Amén.	Corpus Dómini nostri Jesu Christi custódiat ánimam tuam in vitam aetérnam. Amen

Terminada la Comunión de los fieles, el celebrante torna de nuevo al altar y, sin decir nada, hace genuflexión, mete en el Sagrario el copón, vuelve a hacer genuflexión, cierra la puerta del Sagrario, y así termina esta ceremonia.

CUARTA PARTE

ACCION DE GRACIAS

(De la Comunión al final)

LAS ABLUCIONES

Consumido el Sanguis o, si hubiere comunión de los fieles, después de terminada ésta, el celebrante purifica el cáliz, diciendo:

Lo que hemos tomado con la boca, Señor, recibámoslo con el alma pura: y, de presente temporal, tórnese para nosotros remedio eterno.	Quod ore súmpsimus, Dómine, pura mente capiámos: et de múnere temporáli fiat nobis remédium sempitérnum.

A continuación, purifica también los dedos. Mientras el ayudante echa el vino y el agua sobre los dedos del celebrante éste dice la Oración siguiente:

Tu Cuerpo, Señor, que he tomado; y tu Sangre, que he bebido, adhiéranse a mis entrañas: y haz que no quede mancha de pecado en mí, a quien han alimentado estos puros y santos Sacramentos. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Corpus tuum, Dómine, quod sumpsi, et Sanguis quem potávi, adhaereat viscéribus meis et praesta, ut in me non remáneat scélerum mácula, quem pura et sancta refecérunt sacramenta: Qui vivis et regnas in saecula saeculórum. Amen.

ANTIFONA DE LA COMUNION

Purificado el Cáliz y los dedos, y consumidas las abluciones, el celebrante cubre el Cáliz y lo deposita en medio del altar. Va después al lado de la Epístola, y lee en el Misal la Antífona de la Comunión. (Véase Propio.)

POSCOMUNION

Dicha la Antífona de la Comunión, el celebrante torna al medio del altar, y volviéndose de cara a los fieles, dice:

℣ El Señor sea con vosotros.
℟ Y con tu espíritu.

℣. Dóminus vobíscum.
℟. Et cum spíritu tuo.

Luego se dirige de nuevo al Misal y lee o canta en voz alta la Poscomunión. (Véase el Propio.) Al fin de esta Oración, el pueblo, por boca del ayudante, responde:

℟ Amén.

℟. Amen.

ITE MISSA EST

Terminada de leer o cantar la Poscomunión o Poscomuniones del día, el celebrante cierra el Misal, va al centro del altar, besa éste, se vuelve de cara al pueblo y dice:

℣ El Señor sea con vosotros.
℟ Y con tu espíritu.
℣ Id, ha terminado la Misa.
℟ Gracias a Dios.

℣. Dóminus vobíscum.
℟. Et cum spíritu tuo.
℣. Ite Missa est.
℟. Deo grátias.

En las Misas cantadas el diácono es el que canta el Ite Missa est. Lo hace vuelto de cara al pueblo.

En las Misas que no tienen Gloria *in excelsis*, en vez del Ite Missa Est, se dice:

℣ Bendigamos al Señor
℟ Gracias a Dios.

℣. Benedicámus Dómino.
℟. Deo grátias

En las Misas de Difuntos no se dice ni Ite Missa Est, ni Benedicámus Dómino, sino que se dice:

℣ Descansen en paz.
℟ Amén.

℣. Requiéscant in pace.
℟. Amen.

OFRENDA A LA SANTISIMA TRINIDAD

Dicho el Ite Missa Est, o el Benedicámus Dómino, el sacerdote se inclina en medio del altar y, con las manos juntas y apoyadas en él, dice en secreto.

Agrádete, oh Santa Trinidad, el obsequio de mi servidumbre, y haz que este Sacrificio que yo, indigno, he ofrecido a los ojos de tu Majestad te sea acepto y, por tu misericordia, sea propiciatoria para mí y para aquellos por quienes lo he ofrecido. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Pláceat tibi, sancta Trinitas, obséquium servitútis meae: et praesta, ut sacrifícium, quod oculis tuae majestatis indignus obtuli, tibi sit acceptabile, mihique et ómnibus, pro quibus illud óbtuli, sit te miseránte, propitiábile. Per Christum Dóminum nóstrum. Amen

BENDICION FINAL

Rezada la Oración anterior, el celebrante besa el altar, se vuelve de cara a los fieles y, trazando sobre ellos una cruz en el aire con la mano derecha, dice al mismo tiempo:

Bendígaos ✠ el Dios omnipotente: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
℟ Amén.

Benedicat ✠ vos omnípotens Deus: Pater, et Filius, et Spíritus Sanctus.
℟. Amen.

ULTIMO EVANGELIO

Daba la bendición, el celebrante se dirige al lado derecho del altar y de pie, lee con voz inteligible el Evangelio de San Juan diciendo:

℣ El Señor sea con vosotros.
℟ Y con tu espíritu.
℣ ✠ Comienzo del santo Evangelio de San Juan.
℟ Gloria a ti, Señor.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todo fué hecho por El: y sin El, no fué hecho nada de lo hecho: en El estaba la vida, y la vida era la luz de

℣. Dóminus vobíscum.
℟. Et cum spíritu tuo.
℣ ✠ Initium sancti Evangélii secúndum Joánnem.
℟. Glória tibi Dómine.

In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Hoc erat in principio apud Deum. Omnia per ipsum facta sunt: et sine ipso factum est nihil, quod factum est: in ipso vita erat, et vi-

los hombres: y la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino a ser testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era la luz, sino que (vino) para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Estuvo en el mundo, y el mundo fué hecho por El, y el mundo no lo conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dió potestad de hacerse Hijos de Dios: los cuales no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino que han nacido de Dios. (Aquí se arrodilla.) Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros: y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

℟. Gracias a Dios.

ta erat lux hóminum: et lux in ténebris lucet, et ténebrae eam non comprehendérunt Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joánnes. Hic venit in testimónium, ut testimónium perhibéret de lúmine, ut omnes créderent per illum. Non erat ille lux, sed ut testimónium perhibéret de lúmine. Erat lux vera, quae illúminat omnem hóminem veniéntem in hunc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognóvit. In própria venit et sui eum non recéperunt. Quotquot autem recepérunt eum, dedit eis potestátem fílios Dei fieri, his, qui credunt in nómine ejus: qui non ex sanguínibus, neque ex voluntate carnis, neque voluntate viri, sed ex Deo nati sunt. (Hic genufléctitur.) Et Verbum caro factum est, et habitávit in nobis: et vídimus glóriam ejus, glóriam quasi Unigéniti a Patre, plenum grátiae et veritátis.

℟. Deo grátias

Así termina la Misa solemne. En las Misas rezadas, dicho el último Evangelio, el sacerdote se arrodilla en la grada del altar, y dice tres Avemarías, la Salve y dos oraciones en que se pide la protección de los santos y en particular de San Miguel sobre la santa Iglesia. Estas preces fueron prescritas por León XIII. Pío X añadió más tarde las tres invocaciones finales al Sagrado Corazón.



LA SANTA MISA

CAPITULO PRIMERO

LAS VESTIDURAS SACERDOTALES

El Ejército, la Universidad, la Magistratura, todas las grandes instituciones sociales, tienen sus distintivos, sus uniformes, sus vestiduras propias, con la obligación de llevarlos en los actos más solemnes del ejercicio de su profesión. Otro tanto sucede con el sacerdocio. Ya en el Antiguo Testamento nos encontramos con esta lírica descripción: «Como la estrella de la mañana en medio de la niebla, como el lirio a la orilla del arroyo, como el aroma del incienso entre los ardores del estío, así era Simón, hijo de Osías, en el templo de Dios, cuando se presentaba con su vestido de gloria y las insignias de su dignidad.» Cuando un hombre aparece ante el altar, lleva la representación de la multitud. Ya no es el mismo, sino el pueblo en cuyo nombre va a hablar, y el pueblo necesita ver hasta en su exterior algo que denote



Un presbítero en la Iglesia primitiva.

esta superposición o transformación de personalidad que le haga olvidar la persona privada, momentáneamente iluminada en virtud del oficio que se va a desarrollar. El uso de los vestidos sacerdotales no es más que el símbolo visible de esta íntima realidad, más íntima y real en el sacrificio cristiano, puesto que el sacerdote es en él al mismo tiempo ministro de Cristo y representante del pueblo.

Comienzo de la diferenciación

No hay que creer, sin embargo, que las vestiduras nacen al mismo tiempo que el Sacrificio o que fueron creadas por decreto de alguna Congregación romana. El primer Sacrificio de la nueva Ley fué el que ofreció el mismo Cristo en la noche de la Cena. Su indumentaria en aquel momento era la que iba a llevar al día siguiente al Calvario, la que se iban a repartir, codiciosos, los soldados: la túnica inconsútil y el amplio manto, si es que había vuelto a ponerlo sobre sus hombros después de lavar los pies a sus discípulos. Y cuando en Troas, después de haber hablado durante toda la noche, procedió San Pablo a la fracción del pan, no podemos imaginarle entrando en la sacristía, buscando los ornamentos sagrados y colocándolos sobre su ropa de viaje. Es seguro que en estos primeros tiempos los sacerdotes no tenían vestidos especiales para decir la Misa. Los vestidos de celebrar eran los que llevaban en todo momento, tal vez con la única preocupación de presentarse ante el público con mayor decoro y limpieza o en la forma más elegante que exigía la Majestad de Dios. Esta preocupación va a crear, andando el tiempo, el traje de la ceremonia sacrificial.

Un sacerdote podía proceder de una familia humilde, podía ser un esclavo, como lo había sido el Papa San Calixto, que gobernó la Iglesia a principio del siglo III; pero en el

momento en que subía al altar para llevar la voz de todos los cristianos, tenía ya una categoría que debía manifestarse hasta en su porte exterior. Por eso no podía presentarse con el traje de las gentes humildes, sino vistiendo a la manera de las personas acomodadas. Todavía hacia el año 600, es decir, en tiempo de San Gregorio, el gran organizador de la Liturgia, se miraba como una cosa absurda la prescripción de un uniforme especial para la celebración de la Misa, exigiéndose únicamente de los ministros del culto que para celebrar usasen un traje más decente que el que llevaban en la vida de sociedad y que lo reservasen para las ceremonias del templo. Con esos fines añadieron muy pronto algunos adornos llamativos, como cruces, símbolos litúrgicos o anchas franjas de lienzo que hubieran hecho poco práctico su uso en la calle. Y por eso, mientras el traje de sociedad evolucionaba, llevando a la desaparición del hábito talar entre los hombres, en la Iglesia se conservaban las principales prendas del antiguo traje romano, adaptadas a las exigencias de las ceremonias sagradas y transformadas en un sentido hierático y convencional.

Las prendas del patriciado

Pero si para llegar al hábito del monje influirá, sobre todo, el romano del pueblo y de la aldea, la indumentaria de los ministros del altar se inspirará especialmente en los vestidos que llevaba el patricio. Y de esta manera perdurará dentro del templo el traje de la Roma imperial, aunque en forma estilizada y con cambios impuestos por las necesidades del culto. En el *amito*, que envuelve la garganta, cubre la cabeza y cae por la espalda, sobrevive el *amictus*, que abrigaba la parte superior del cuerpo. El *alba*, con su correspondiente *cíngulo*, es sencillamente la túnica antigua. Su

nombre alude al color que hoy tiene; pero en los primeros tiempos no era necesariamente blanca. Lo que importaba, sobre todo, es que estuviese hecha de lino, y por eso se la llamaba *linea*. Un romano distinguido debía llevar también un *sudarium* o *mápula*, es decir, el pañuelo destinado a enjugar el sudor, a asear las manos o a limpiar la cara. Es el *manípulo*, llamado así porque se le llevaba en la mano o se le ocultaba entre la manga. La Liturgia lo conservó como adorno del brazo izquierdo. Pero se necesitaba además otro lienzo para limpiar los vasos sagrados y la boca de los que iban a comulgar. El sacerdote y el diácono, cuando oficiaban en la Misa, lo suspendían al cuello, y con las extremidades realizaban aquel oficio de purificación y limpieza. Por eso se le llamaba *orarium*, de la palabra latina *ora*, que significa *borde, extremidad*. Más tarde se destinó a estos usos otro pequeño lienzo, que recibió el nombre de *purificador*, y el *orarium* se convirtió en una prenda de adorno, recibiendo equivocadamente el nombre de *estola*, que era entre los romanos un vestido talar abierto por delante. Todavía en Oriente, según la rúbrica, cuando el sacerdote se dirige al pueblo diciendo: «Venid y bebed todos», el ministro debe limpiar los bordes del cáliz con el *orarium*, como se le llama todavía en las liturgias griegas.



Vestiduras sacerdotales: 1. *Amito.*—2. *Alba.*—3. *Cingulo*—4. *Manipulo.* 5. *Estola.*—6. *Casulla.*

La casulla

En los últimos tiempos del Imperio, la toga de los romanos había acabado por convertirse en una especie de manto de amplios pliegues, que tomaba dos formas principales:



La Eucaristía en la primitiva Iglesia.

una circular, con un orificio en el centro para dar paso a la cabeza; otra, con dos aberturas laterales para los brazos, además del orificio central. Este manto fué adoptado por la Liturgia en su doble forma. En la forma primera es el ornamento superior del sacerdote. Muy parecido al poncho americano, aunque de más holgado corte, envolvía al sacerdote como bajo una tienda, cayendo hasta los pies por todos los lados. Por eso recibía el nombre de *casulla*, es decir, *casa pequeña*, de donde viene el nuestro de *casulla*. En algunos sitios pareció incómoda esta prenda para el movimiento de los brazos, y así aparecieron las dos aberturas de los lados. Esta

innovación parece que se hizo en Dalmacia, de donde la pénula, así modificada, empezó a llamarse *dalmática*. Hoy es todavía la prenda superior que llevan en las Misas solemnes el diácono y el subdiácono.

Estabilidad y evolución

Tal es el origen de los ornamentos sagrados que vienen a realzar la liturgia de la Misa. No hay en él preocupaciones de significación simbólica, ni de evocación evangélica, ni pensamiento ninguno de carácter teológico. El respeto al gran Sacrificio, la conciencia de la presencia de Dios, se imponen desde el primer momento a la consideración de los cristianos, existiendo un cuidado especial en la indumentaria que debía llevarse en el templo ; y ya Clemente de Alejandría afirmaba en el siglo II que las personas destinadas al servicio del altar debían usar en ese servicio sus vestidos más preciosos. Ese mismo respeto hizo que la ropa de la Iglesia quedase pronto separada de todo uso exterior, pues vemos que ya en el año 530 el Papa Esteban prohibía que los vestidos sagrados se llevasen fuera del templo. Había ya, por tanto, unos vestidos sagrados distintos de los que se usaban en la calle. Estos vestidos sagrados, usados sólo en el culto divino y con frecuencia sumamente preciosos, eran más duraderos que los que se llevaban constantemente en la vida social. Además, una preocupación respetuosa de hieratismo y de apego a la tradición religiosa los libraba de los cambios continuos de la moda. La diferencia entre ellos y la indumentaria vulgar fué haciéndose cada vez mayor, hasta el punto de que hoy apenas podemos comprender que los ornamentos sacerdotales tengan su origen en el vestido ordinario de las gentes.

Sin embargo, también ellos hubieron de someterse a la ley de la evolución : el amito ya no cubre la cabeza y el cuello sino en algunas Ordenes religiosas ; el alba ha de ser nece-

sariamente blanca, y desde el siglo XVII aparece adornada de los más finos encajes. La *mapula* se transformó en el manípulo, y perdió su uso primitivo, quedando reducida a un simple adorno; una transformación semejante sufre el *orarium,* que cambia de nombre y pierde su antigua utilización; la casulla conserva el nombre, pero deja de ser lo que el nombre significa. En ella se realiza una lenta transformación, que tiene su origen en el mismo principio de la comodidad que hizo la dalmática, pues en vez de buscar una salida para los brazos por unas aberturas laterales, como hicieron los monjes con sus cogullas, se fué reduciendo siglo tras siglo por ambos lados, hasta llegar a las casullas actuales, que tienen la forma de una guitarra. En el primer paso de este cambio el vuelo llega hasta las manos, y ésta es la casulla que suelen llevar las estatuas yacentes de los prelados en las tumbas sepulcrales de la época románica. Un salto más, y ya no llega más que hasta el codo, como en las casullas pétreas de los sarcófagos que adornan nuestras catedrales. En el siglo XVI todavía cubre ampliamente los hombros y desciende hasta el suelo, como puede verse en las magníficas colecciones de ornamentos sagrados que se conservan en los tesoros de nuestras iglesias, especialmente en El Escorial, en Guadalupe y en la Catedral de Toledo.



Lauda de Dardanic. Indumentaria del siglo IV.

Goticismo y romanismo

De esta evolución nos habla también la distinción de ornamentos góticos y romanos que se han introducido en época reciente y en torno a la cual se van condensando predilecciones y apasionamientos. Hay que observar ante todo que los nombres están muy mal puestos. Ni los ornamentos romanos son los romanos, ni los góticos son góticos. Los ornamentos romanos son, en realidad, la última evolución de la indumentaria litúrgica, lo más distante, por tanto, de la toga de Cicerón y de la pénula de Constantino, lo más distinta de lo romano y de lo litúrgico primitivo. Es difícil señalar por qué se llamaron romanos, pues de hecho no tienen más de tres siglos de existencia. Se ha dado en llamar ornamentos góticos a los de vuelo más holgado, de más amplios pliegues y de forma más solemne y ampulosa, sobre todo en la casulla, que vuelve a extenderse por los lados, como en los primeros siglos del cristianismo y como en las figuras orantes de las catacumbas. En vez de los encajes y de una pesada decoración, buscan el efecto estético en la gracia de los pliegues y en la belleza de la línea ; pero más que góticos se los podría llamar romanos primitivos. Probablemente un contemporáneo de San Calixto o de Santa Inés o de San Gregorio Magno llegaría a reconocer con facilidad a un sacerdote vestido con esos ornamentos llamados *góticos*, y, en cambio, quedaría desconcertado ante esos otros vestidos más recientes, que hemos dado en llamar *romanos*. Muchos desearían que los ornamentos góticos se extendiesen rápidamente; otros se oponen tenazmente a su uso, y existen decretos de la Sagrada Congregación de Ritos que los favorecen ; pero la misma Congregación abre con razonables dispensas el camino hacia lo nuevo, cortando el pase a los caprichos y a las extravagancias. En definitiva, se tra-

ta de una cuestión en la que hay que juntar la obediencia al buen gusto. Diríase que al llegar al extremo de la evolución se hacía ya imposible seguir hacia adelante. Porque ¿qué se les podía quitar a esas casullas que apenas llegaban ya hasta la rodilla y, reduciéndose sin cesar por ambos lados, sólo conservaban ya junto al cuello la estrecha franja necesaria para sostenerse? Había que dar marcha atrás, y en esto estamos todos de acuerdo: lo pedía el instinto del buen gusto, afinado por la restauración litúrgica, y al mismo tiempo ese sentido de variación que tiene todo lo que vive. Pero ¿en qué siglo íbamos a quedarnos? ¿Buscaríamos las normas nacionales que nos señalan los brocados y los terciopelos de nuestra época imperial? ¿Tomaríamos como modelos a las figuras de sacerdotes y prelados que duermen el último sueño en nuestros claustros o en nuestras basílicas, envueltos en las hopalandas majestuosas, indicadoras de su dignidad? ¿O iríamos más lejos todavía, remontándonos a las épocas en que estas vestiduras desaparecían de la calle para comenzar en el templo una existencia más gloriosa y más brillante? Es, en cierto sentido, el problema que se presenta ante el arquitecto que busca inútilmente una forma nueva para levantar un templo, y que, en definitiva, se ve obligado a seguir las lecciones de una tradición milenaria, indeciso ante la graciosa simplicidad de la basílica primitiva, o ante la mística religiosidad del estilo románico, o ante el anhelo generoso de la arquitectura ojival, o ante las líneas puras y clásicas del Renacimiento. El tiene libertad omnímoda dentro de su arte o de su religión. En lo que se refiere a los ornamentos sagrados, hay unas normas, normas obligatorias, pero que no pueden estar en contra del arte.

CAPITULO II

EL SIMBOLISMO DE LOS ORNAMENTOS

El mundo del gótico

Se ha dicho, con razón, que el arte gótico no es solamente un estilo del arte, sino también un estilo del tiempo. Es la expresión del alma de una época, de sus anhelos, de sus audacias, de sus rebeldías, de su actitud ante la vida y ante la muerte. Nuevas formas, nueva manera de ser. Mientras que hasta entonces los pueblos jóvenes que se estaban organizando en lo que fué el solar del antiguo Imperio romano recogían con avidez, como dóciles imitadores, las lecciones del orden viejo, que tenía como represadas las energías más íntimas y originales de su ser, al llegar ese momento empiezan a considerarse bastante fuertes y experimentados para expresar su vida con todo el vigor de su recia espontaneidad. Es un orden nuevo que nace. Irrumpe vigorosamente lo individual y lo subjetivo, la manera propia de ver y de sentir, de pensar y de realizar, acentuándose la expresión de lo concreto, surgiendo a la superficie de la vida las fuerzas de lo real y lo auténtico, y dando así salida a una multitud de formas que estaban como represadas y encarceladas. Este espíritu nuevo invade también el campo del sentimiento religioso, y tiene su manifestación en la evolución del culto y hasta en la liturgia de la Misa. Es entonces cuando las bóvedas se le-

vantan al espacio en una espiritualización de la materia, y es entonces también cuando, siguiendo la dirección de las líneas arquitectónicas, se levantan las miradas y las almas de los fieles, como atraídas por las especies sacramentales, que se alzan también en el nuevo rito de la elevación, protesta contra el hereje Berengario, que no parece darse cuenta de que han pasado el artesonado de cortos vuelos de la basílica primitiva y la recogida penumbra del templo románico en su primera hora. Un principio gótico es el de la acumulación, el de la repetición de un mismo rasgo, el de la reincidencia en la ornamentación, y también él deja su huella en la liturgia de la Misa. Hasta el siglo XII, el celebrante sólo besaba el altar cuando iba a empezar el sacrificio y cuando, una vez terminado, iba a salir de la iglesia. Esta era la tradición. Desde el siglo XIII estos ósculos se multiplican ; los vemos aparecer en el *Supplices,* en la oración *Veni Sanctificator omnipotens,* cada vez que el sacerdote se vuelve hacia el pueblo ; lo mismo sucede con las cruces, con los movimientos de las manos, con los tonos de la voz, con la actitud del cuerpo y la elevación de los ojos. «Hay que extender las manos en forma de cruz, —dicen las rúbricas de la época— ; hay que levantarlas un poco en señal de que Cristo, el León invicto, resucitó: hay que alzar los brazos para indicar la Ascensión de Cristo, Dios y Hombre.» Y un anónimo decía, a fines del siglo XIII : «Por lo que a la Misa se refiere, todo cuanto hay que enseñar a los laicos se refiere a estas tres cosas : a las fórmulas textuales, a las vestiduras y a los gestos, es decir, a los siete ósculos, a las cinco veces que debe volverse el sacerdote, a las cuatro inclinaciones, a las veinticinco cruces o bendiciones.»

Todo va concretándose en un número definido, que tiene su significado, que no puede dejarse al azar. Cada gesto será desde ahora la figura o la evocación de algo. Los

tres silencios que guarda el sacerdote en la Secreta, en el Canon y en el *Pater Noster* significan los tres días que pasó Cristo en el sepulcro; las cinco veces que el sacerdote se vuelve hacia el pueblo recuerdan las cinco apariciones de Cristo a sus discípulos después de la Resurrección; las tres cruces del *Te igitur* son la figura de las injurias que sufrió Cristo ante los tres tribunales del Sumo Sacerdote, de Herodes y de Pilatos.

Lo simbólico

Esta concepción simbolista es otro rasgo de la época, que se reflejará lo mismo en la Liturgia que en el arte, y puede decirse que hasta en la vida. Se escriben libros con títulos como éstos: *Imagen del mundo, Espejo de la naturaleza*. La naturaleza reflejaba los atributos y perfecciones de Dios; el mundo era mirado como la imagen de otro mundo superior, ya que, según la Sagrada Escritura, todo estaba dispuesto en número, peso y medida. Y lo que Dios había hecho en sus obras debían hacerlo los hombres en las suyas. El abad Súger, uno de los hombres que más influyeron en el arte medieval, se expresa de esta manera: «Cuando sucede que el variado brillo de las piedras preciosas encadena mi mirada y aparta mi pensamiento de las cosas exteriores, una piadosa meditación, transportando mi espíritu de las cosas materiales a las inmateriales, me hace ver allí la diversidad de las virtudes, que son el ornamento de nuestra alma. Y entonces creo hallarme en un lugar extraño, de alguna manera, a este mundo, un lugar que no está enteramente en el barro de la tierra, ni tampoco en la región pura de los cielos. Pero me parece que desde esta morada inferior puedo ya, por permisión divina, levantarme a aquella otra que está mucho más arriba.»

Y el hombre que así sentía podría grabar en el frontispicio de su basílica de San Dionisio, de París, aquel verso que resume su pensamiento:

Mens hebes ad Deum per naturalia surgit.

El mundo material era una escala para subir al inmaterial; los animales extraños esculpidos en los capiteles de los claustros y las iglesias eran otros tantos centinelas que estaban dictando al pasajero de la vida una lección de moral; una florecilla en una ménsula, una cabeza que se asomaba en un alero, un número, un gesto, encerraban un pensamiento y hablaban un lenguaje fácil de interpretar, y que las gentes mismas del pueblo estaban preparadas para comprender. Todos sabían que el número tres era el número de la Divinidad, y el número cuatro el de la humanidad, a causa de los cuatro elementos de que se componen las cosas; y todos sabían que el número siete, integrado por ambos, representaba el mundo espiritual y su conjunción con el mundo material. Y lo mismo que los números, tenían su significado los colores. Santa Hildegardis, la gran mística del siglo XII, escribe un libro sobre las piedras preciosas, sus propiedades sus virtudes y el simbolismo de sus diversos matices y coloraciones.

Los colores

Como era de esperar, estas ideas entran también en la Liturgia. Es ahora cuando se fijan definitivamente los colores litúrgicos y sus relaciones con las fiestas y los tiempos del año eclesiástico, de acuerdo con estas prescripciones, que, aunque pertenecen a una época posterior, reflejan una costumbre varias veces secular: «Los ornamentos del altar, del celebrante y de los ministros han de ser del color conveniente al oficio y misa del día... En la celebra-

ción de la Misa y en otras funciones eclesiásticas no se permite usar ornamentos, aunque sean preciosos, que no correspondan a los colores prescritos por la rúbrica... En lo tocante a los ornamentos, debe observarse estrictamente lo que manda el misal.»

Estas prescripciones son relativamente recientes; pero antes que hablase la Congregación de Ritos se había llegado a una especie de consentimiento general de la cristiandad. Es sorprendente, por ejemplo, leer en la vida de San Livino, escrita hacia el año 600, que su maestro, San Agustín de Cantorbery, apóstol de Inglaterra, le dió el día de su ordenación una casulla de púrpura, prenda dulcísima de su caridad y anuncio de su glorioso martirio, que estaba recamada de oro y piedras preciosas, símbolo de sus virtudes y merecimientos. No obstante, es en el siglo XII cuando se llega a una norma fija y constante. A principios del siglo, el *Liber ordinarius* o Ceremonial de los Premonstratenses nos dice todavía que las casullas deben ser todas de un solo color; pero unos años antes de terminar ese mismo siglo, publicaba ya el cardenal Lotario, que será luego Inocencio III, su libro *Sobre el misterio sagrado del altar,* clásico entre los liturgistas, que señala el punto más alto de aquellas explicaciones alegóricas, tan gratas a sus contemporáneos, y a semejanza de los colores que usaba el Sumo Sacerdote en la Ley antigua: el oro, el jacinto, el púrpura y el grana, establecía otros cuatro para la Ley nueva, indicando las fiestas a que correspondía cada uno de ellos. El nos habla sólo del blanco, del encarnado, del verde y del negro, pero a ellos deben reducirse todos los demás: al encarnado, el purpúreo; al negro, el violáceo; al verde, el croceo o azafranado. No tarda, sin embargo, también el color violeta en ser admitido con todos los honores dentro de la Liturgia. El *Ordo romanus* del siglo XIV lo cita ya con los otros cuatro, y con ellos recibe la sanción

definitiva cuando San Pío V hace la revisión del Misal en el siglo XVI. A ellos se agregará más tarde el color de rosa, sustitutivo del morado en el tercer domingo de Adviento y en el cuarto de Cuaresma, y más tarde el azul o cerúleo, que, admitido en España y en el Perú por concesión especial de 12 de febrero de 1884, se está haciendo ya de uso general para la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Su significado

Cada color tiene sus días señalados, según las imágenes que evoca y las ideas a que va asociado dentro del ciclo cultural de Occidente. El blanco es el color simbólico que conviene principalmente a la verdad ; es el color de la luz y el símbolo de su esplendor, y se le considera a la vez como emblema de la pureza y santidad, como expresión de la castidad y la inocencia, como anuncio de alegría y como reflejo de la gracia y de la gloria. Es el color de las vestiduras de Cristo en el Tabor, el que le atribuye San Juan en el Apocalipsis y el que lleva en los monumentos, cuando se presenta como maestro de la Verdad. Por eso lo llevaban los catecúmenos en los días siguientes a su bautismo, y por eso la Iglesia lo usa en las festividades de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de los santos que no dieron su vida por la fe, de la dedicación de los templos y en las misas de velaciones.

El encarnado es el color más vivo ; recuerda el fuego y la sangre, el amor y el sacrificio, fruto del amor ; simboliza la llama ardiente y consumidora que el Espíritu Santo enciende en los corazones ; la caridad generosa que, sacrificando el más precioso de los bienes de la tierra, la vida, triunfa de la muerte. Es, por tanto, el color de Pentecostés, de las fiestas de los mártires, de los santos apóstoles, todos los cuales dieron su sangre por Cristo, y del triun-

fo e invención de la Santa Cruz, cifra de amor y heroísmo.

El verde ha sido en todos los tiempos símbolo de la esperanza, y este sentimiento universal ha movido a la Liturgia para adoptarlo desde la octava de la Epifanía hasta Septuagésima y durante la época que va desde Pentecostés hasta Adviento, es decir, cuando los bosques y las praderas, los montes y los valles, toda la Naturaleza, rompe en una vida nueva y exuberante, adornándose de flores y perfumes, cubriéndose de hojas y de frutos, y evocando así la vida floreciente de la Iglesia y la floración de virtudes y esperanzas que la venida de Cristo y sus misterios pusieron en el corazón del hombre.

El morado se usa en los tiempos de Adviento, de Septuagésima y de Cuaresma, así como en las vigilias y en las bendiciones del fuego, del agua bautismal, de la ceniza, de los ramos y de las candelas. Es un color de penitencia, retiro y humildad; se le llama también *violáceo,* porque nos hace pensar en la violeta, flor modesta y solitaria, pequeña y en apariencia insignificante, que se esconde entre la hierba y pasaría inadvertida si no la delatase su recio y delicado aroma. Ninguna imagen más propia del alma que busca el retiro para entregarse a los íntimos anhelos de la oración, envuelta en una dulce melancolía y animada por el vivo deseo del perdón y la tierna nostalgia del cielo.

Pero si el morado tiene todavía un sentido de honda dulzura en medio de la tristeza, el negro, negación del color, nos habla de la desaparición de la luz y de la vida, nos trae anuncios de muerte y sepultura, de tragedia y desolación. Ningún color podría expresar mejor nuestro duelo ante la muerte del Hombre Dios y ante la desaparición de nuestros hermanos; ninguno sería capaz de reflejar más vivamente nuestra angustia por los vacíos que la muerte va dejando en torno nuestro. El día de Viernes Santo, él representa el dolor de la Iglesia al recordar el drama del Cal-

vario ; el 2 de noviembre, él acompaña sus sollozos y oraciones ante el pensamiento de los que nos precedieron con el signo de la fe y duermen con el sueño de la paz, y él es también el que expresa nuestra pena y pone palabras doloridas en nuestros labios siempre que ofrecemos por los difuntos el Santo Sacrificio.

La mística de los ornamentos

Un mundo de ideas nuevas y de bellos sentimientos entró así durante la época gótica a enriquecer la Liturgia y a embellecerla. En adelante, el color mismo serviría para llevar a los ojos una verdad, para expresar el estado interior del alma o para despertarlo. Pero, afanosos de ideal, preocupados por envolverlo todo en la luz misteriosa de la teología, aquellos hombres no se contentaron con eso. Si todas las cosas del mundo material, los animales y las plantas, las estrellas y las piedras preciosas, los transportaban hacia el mundo invisible, mucho más debían encontrar este sentido ascensional en cada objeto que veían en el templo, los capiteles y los vitrales, las imágenes y los relieves. Los ornamentos mismos con que se vestía el sacerdote para la celebración de los oficios hubieron de someterse a este principio hermenéutico de la alegoría. Ya conocemos su origen histórico ; ya vimos cómo ese ropaje, hoy hieratizado, surgió de una antigua indumentaria, salida del salón y de la calle, del palacio y del hogar. Pero más que la historia importaba la mística, y esa mística divina, que llenaba el ambiente, se encargó de dar ese sentido más alto a cada prenda de la indumentaria sacerdotal. El amito recordaría unas palabras en que San Pablo habla del casco de salud con que debemos cubrir nuestra cabeza contra los asaltos del enemigo ; el alba de lino, que se blanquea al sol como el alma se purifica por los rayos de la gracia,



San Millán diciendo Misa.—Vestiduras sacerdotales en el siglo XI.

significaría la pureza interior, que permite la entrada en el festín de las eternas delicias; el cíngulo sería como un llamamiento a la lucha contra las pasiones y a la continencia que debe brillar en el que reparte el pan de los ángeles; el manípulo, espiritualizando su uso primitivo de pañuelo para el sudor y las lágrimas, significaría el dolor y el trabajo de esta vida, como anuncio de gozo y recompensa; la estola vendría a ser ahora un recuerdo de la gracia que perdimos por la prevaricación de nuestros primeros padres, pero que, recuperada por la Pasión de Cristo, nos permite asistir confiados a sus sagrados misterios; la casulla, finalmente, vestidura preciosa, que se coloca encima de las demás, será una imagen de la caridad, la más alta de las virtudes y la que encierra y penetra todas. Por eso representa también el yugo de Cristo, yugo santo de amor que hace ligera la carga de la ley.

Estos simbolismos los recuerda todavía el sacerdote cuando se reviste con los ornamentos sacerdotales en las breves plegarias que está obligado a decir entre tanto. No le interesa recordar que un día esas vestiduras fueron adorno de los patricios en el Foro; sólo ve en ellas, desde Amalario, el liturgista del siglo IX, y, sobre todo, desde los expositores de la Misa en el siglo XIII, ese significado más alto, ese valor de teología, esa exhortación espiritual que le habla de pureza y santificación, de combate y de gloria.

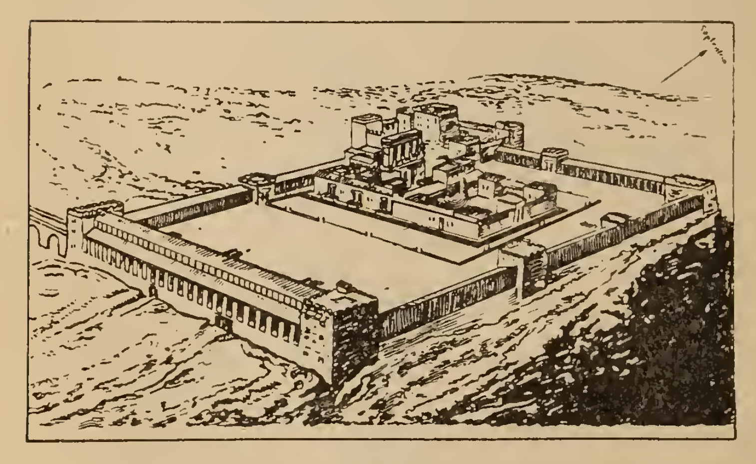
Por eso, al tocar su cabeza con el amito, reza de esta manera: «Pon sobre mi cabeza, Señor, la cimera de la salud para rechazar los asaltos del demonio.» Por eso dice cuando toma el cíngulo: «Cíñeme, Señor, con el ceñidor de la pureza, y seca en mis redaños el humor de la liviandad, para que permanezca en mí la virtud de la continencia y la castidad.» Todo se ha enriquecido con una significación; todo se ha animado y espiritualizado; todo se ha hecho idea, norma, teología.

CAPITULO III

NUESTRO ALTAR

El altar primitivo

Parece como si con la venida del cristianismo, el altar —palabra y significado—estuviese en peligro de desaparecer. *Altare* es lo mismo que *alta ara,* es decir, que nos evoca



El templo de Salomón.

la idea de elevación: una piedra que se yergue en medio del desierto, un dolmen, una colina, un montículo de tierra o de césped levantado artificialmente, un otero—los filólogos nos dicen que la palabra *otero* viene de *altarium*—,

cualquier cosa que se acerque al cielo, para que Dios vea y reciba las víctimas que se ponen en ella. Cuando Noé sale del arca levanta un altar para sacrificar víctimas en honor de Jehová, que le había librado de las aguas del diluvio; cuando Jacob lucha con el ángel en Betel, erige una piedra, derrama aceite sobre ella y dice: «Este es verdaderamente un lugar santo.» Todas las alturas de Palestina tenían para los judíos un sentido sagrado, y no les costó poco a los profetas apartar de ellas los ojos de la multitud para concentrarlos en el templo de Jerusalén. Pero el templo mismo era un altar, una colina, el otero del Moria. En él está el lugar del incienso, una especie de cipo recubierto de oro, de un metro de altura, en que ardían sin cesar los perfumes del culto; y el lugar de los holocaustos, un estrado de tres codos de alto, hecho de madera de acacia con revestimientos de bronce, sobre el cual corría la sangre de las víctimas, símbolo de la expiación del pecado.

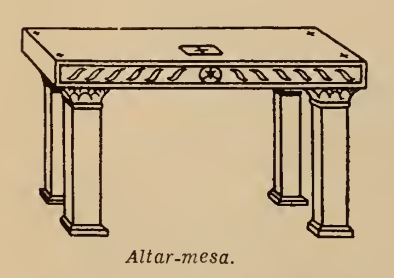
En el paganismo

La misma idea inspira el culto de los paganos. Recordemos los templos egipcios, los monumentos megalíticos de los celtas, las construcciones con escalinatas interminables de las civilizaciones primitivas del Eufrates y del Tigris; las torres en que los persas encendían el fuego, que les recordaba la gloria de Ormuz, y también el monte sagrado, que se presenta unas veces iluminado por las luces radiantes del amanecer, otras envuelto en el misterio de las nubes, otras aureolado por las luminarias de la tempestad. Zeus quiere ser venerado en el Olimpo; Apolo tiene su residencia en el monte liceo de Arcadia; Minerva protege a su ciudad de Atenas desde la cima en que se levanta la Acrópolis y donde hoy se admira todavía su templo famoso, el Par-

tenón; Hermes, mensajero de los dioses, ama también las eminencias del terreno, que, al llegar el cristianismo, tendrá que dejar a San Miguel, el *psicopompos* de la nueva religión. Y a la elevación natural se añadirá la construcción de los hombres, como la del altar gigantesco de Júpiter en Olimpia, cerca de diez metros de altura por cuarenta de circunferencia en la base.

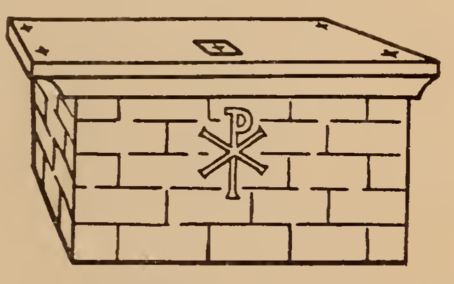
La mesa

Siempre el anhelo de elevación, la obsesión de acercarse a Dios para presentarle la ofrenda, el secreto impulso de alejarse de la tierra, contaminada con el pecado. Mas he aquí que Dios mismo, indiferente a todos aquellos esfuerzos de la Humanidad, baja a la tierra, camina por ella con los hombres, se sienta a comer en medio de ellos, y en una de esas comidas, en el abandono de la amistad y la familiaridad, establece el sacrificio infinitamente agradable a sus ojos, abrogando todos los demás. No fué en la cúspide de una montaña; fué en la sala de un festín, y aquí no había más que unas esteras, unos candelabros, unos asientos y una mesa con sus manteles correspondientes. Una mesa, eso era lo esencial. En adelante, el sacrificio será una comida, y el lugar del sacrificio, una mesa. La Sagrada Mesa. La Sagrada Mesa, decimos nosotros con frecuencia y dicen ordinariamente los orientales. El nombre de *altar* se conserva, pero su sentido varía. En él se va a conmemorar una Pasión y



Altar-mesa.

una Muerte ; sobre él se va a colocar un manjar divino, que es ofrenda de Dios al hombre tanto como ofrenda del hombre a Dios. Tendrá, por tanto, la forma de una mesa y al mismo tiempo la de un sepulcro. El concepto de altura pierde su importancia ; desde el momento en que Dios está a nuestro lado, huelga aquel esfuerzo desesperado de elevación puramente material que angustiaba al hombre antiguo. Ahora los hombres se sentarán en torno a una mesa, y en la mesa estará el Señor. Y la mesa se llamará con toda propiedad *mesa del Señor.*



Altar en forma de arca.

No obstante, en el lenguaje litúrgico seguirá usándose el nombre de *altar*, y el nombre traerá consigo una evolución, en que se reflejan los sentimientos y las preocupaciones de cada época. Porque ese festín eucarístico y ese memorial de la Pasión de Cristo es también el sacrificio de Cristo, y si, por una parte, nos recuerda la intimidad del Cenáculo, por otra lleva nuestras mentes y nuestros corazones al escampado cimero del Calvario, en que se ofrece con trágica solemnidad el sacrificio universal, que reconcilia el cielo con la tierra.

Este doble aspecto va a reflejarse en la historia del altar cristiano. Al principio la influencia del Cenáculo predomina. El altar es una mesa de madera, que recuerda aquella en que fué establecido el sacramento de la Eucaristía más que aquellas otras de las religiones precristianas, en que se colocaban los dones ofrecidos a la divinidad. Todas las noticias que tenemos de los primeros siglos nos indican que el

altar era algo independiente del lugar en que se reunían los cristianos, un mueble, generalmente de madera que los diáconos traían en el momento de empezar el Sacrificio. Una primera representación nos ofrece la conocida pintura de la catacumba de San Calixto, de Roma, obra del siglo III, en la cual vemos un trípode sosteniendo una mesita, donde están colocados los panes del Sacrificio. Un sacerdote, vestido con la clámide romana, impone sus manos sobre ellos, y otro personaje, que representa al pueblo cristiano, levanta los brazos en actitud orante. De aquella edad primera nos queda todavía, aunque sólo fragmentariamente, el altar de madera de la Basílica de San Juan de Letrán, que, según la tradición, fué el que usaron los primeros Papas y acaso el mismo San Pedro.

El altar fijo

Pronto, sin embargo, el respeto a las especies sagradas hizo pensar en una materia más sólida y preciosa. La humilde mesa primitiva fué relegada al olvido cuando la Iglesia triunfa definitivamente del paganismo en el mundo romano, y si vamos a creer a los textos antiguos, fué San Silvestre, el Papa de la leyenda constantiniana, quien suprimió definitivamente los altares de madera, buenos para aquellos días en que los sobresaltos de la persecución obligaban a ocultar los objetos del culto, pero impropios de la majestad del acto para el cual se utilizaban. Según parece, ya en las catacumbas se habían utilizado para ofrecer el sacrificio las tumbas de los mártires



Altar sobre un sepulcro de las catacumbas.

colocadas bajo los arcosolios, y construídas de losas de piedra cuadradas, y adornadas de bajorrelieves y escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Es ahora, sin embargo, cuando aparece el altar fijo, dispuesto en el ábside de la basílica como una parte permanente de la arquitectura del templo. La piedra, el oro, la plata o el bronce se juntan en él a la madera o la reemplazan. Los textos antiguos nos hablan con expresiones de asombro de centenares de libras de oro y de plata que contenían los altares de los primitivos templos romanos antes de los saqueos de Alarico y Genserico, y de los miles de rubíes, zafiros, diamantes, amatistas y topacios que brillaban en ellos, y no menos precioso era el altar de oro que Justiniano mandó poner en la Basílica de Santa Sofía.

Altares preciosos

Todo va transformándose con el triunfo de la Iglesia. La sala de la primera hora parece ya un palacio ; el altar, un trono ; Cristo, el Amigo divino de la última Cena, se presenta ahora a los fieles pintado en el ábside como el gran liturgo, el Pantocrator, el Rey majestuoso, que tiene el mundo en una mano y en la otra el cetro. En este tiempo nos encontramos a uno de los primeros representantes del alegorismo litúrgico, el falso Areopagita, cuya formación neoplatónica le inspira no solamente los métodos, sino también el contenido de sus explicaciones de la Liturgia sagrada. Para él, como para su contemporáneo, y acaso compatriota, el predicador siro Narsai, el altar es el sepulcro de Jesús en el momento de colocar sobre él las especies ; pero cuando se ha realizado la acción sagrada es la representación de su trono celeste. Este simbolismo no es más que la expresión de un sentimiento general. Como un trono, hay que separarlo de la multitud por una cancela, hay que colocarlo sobre una se-



Un altar, y delante de él, San Bernardo Hildesheim ofreciendo su Evangeliario (siglo XI).

rie de gradas para que domine el recinto sagrado, hay que cubrirlo con un dosel resplandeciente, que será el ciborio o baldaquino; hay que adornarlo de seda, de lino, de damasco, de metales preciosos, de esculturas, de piedras raras, de todas las maravillas de la Naturaleza y del arte: mármoles, mosaicos, granitos, pórfidos y marfiles. Tal era el altar bizantino. Se levanta en uno de los extremos de la basílica; pero entre él y el muro queda un espacio, en el cual se colocan los clérigos y los cantores. En el centro preside el obispo, y el ábside está adornado con representaciones que se relacionan con los misterios que se realizan en aquel lugar. La conciencia cristiana tiene sus preferencias, y ella exige a los artistas que pongan allí el signo de la cruz con atributos gloriosos, o el Cordero simbólico, o el Buen Pastor en la región del paraíso, o el Cristo mayestático rodeado de los apóstoles o de los ancianos del Apocalipsis.

En la Edad Media

Con estas tendencias se entra en la Edad Media, que las va a recoger y ampliar hasta llegar a formas cada vez más distantes de la simplicidad primitiva. Los Concilios insisten sobre la obligación de construir altares de piedra, aunque sus prescripciones llegan difícilmente a España e Inglaterra, dos países en los cuales durante el siglo XI continuaba aún la campaña contra los altares de madera. La asociación del sacrificio de Cristo con el de los mártires, visible ya en los altares de las catacumbas, sigue advirtiéndose en la forma de cofre o de tumba que adoptan muchos altares de las basílicas bizantinas. Con frecuencia, y éste es el caso de muchas basílicas de Roma, el ábside, en que se levanta el altar, está emplazado sobre la cripta, que guarda los restos de un confesor de la fe, y que por eso adopta el nombre

de *confesión*. La forma de mesa sigue sin alterarse considerablemente, pero su delantera se reviste de arcadas y arquivoltas, adornadas con molduras y dibujos, que darán nacimiento a los frontales, y encima llevan suntuosas decoraciones de cruces de oro, coronas preciosas, resplandecientes de gemas, y arquetas de esmalte o de marfil con reliquias de santos, que brillan en el aire, suspendidas del techo. En nuestros documentos medievales apenas hay uno en que se hable de la fundación de una iglesia sin que se mencionen estas valiosas joyas, destinadas a dar mayor realce al altar. Algunas de ellas, como las coronas visigóticas de Guarrazar, son aún legítimo orgullo de nuestros museos. Desde el siglo VI empieza a hablarse de la paloma eucarística, de plata o de bronce, que pendía cerca del altar, y en cuyo interior se guardaba la Eucaristía. Más tarde, el símbolo del amor fué reemplazado por el símbolo de la fortaleza : una torre de metal o de alabastro que, colocada en el centro del altar, es ya el anuncio de nuestros tabernáculos.

El retablo

La costumbre, que tenía casi valor de ley, de dirigirse hacia el Oriente durante la oración hizo que el sacerdote, lo mismo en Oriente que en Occidente, se colocase delante del altar, en vez de situarse cara al pueblo ; y como consecuencia de este uso, cada vez más general, empezó a sentirse la necesidad de adosar a la pared el altar, que antes había estado aislado. Y se da un paso más en esa evolución, que venía realizándose desde la sencilla mesa del Cenáculo. En la parte posterior del altar surge la tabla de madera, de yeso, de bronce o de plata, donde se ven esculpidas las figuras de Cristo, de los apóstoles o de los santos patronos y protectores de la Iglesia, inscritas primero bajo las arcadas

románicobizantinas de medio punto y cobijadas después bajo las elegantes ojivas del estilo gótico. Se la llama *retro-tabula,* tabla de enfrente, primer embrión de nuestros retablos, que traen de ella su origen y su nombre. Poco a poco el retablo crece y trepa por el muro hasta cubrirlo completamente, convirtiéndose en una verdadera obra arquitectónica. Se multiplican los adornos, las columnas, las molduras, las cornisas y las pinturas o esculturas, hasta llegar a los grandes retablos del Renacimiento y a los aún más ricos y complicados del barroquismo, que son verdaderos poemas de la fe, magníficas exposiciones del dogma, en las que se unen todas las figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento y pueden estudiarse todas las espléndidas creaciones de la iconografía cristiana. La mesa se ha convertido casi en el pedestal de un monumento, un pedestal que, además de esa construcción gigantesca, debe sostener un crucifijo en el centro, y a los lados del crucifijo altos y pesados candelabros, en los cuales han de arder las luces que antes se colocaban en torno o sostenían los fieles en sus manos. Es el último paso hacia ese concepto de altar-trono, que se había insinuado en la Iglesia desde que los emperadores de Roma abolieron los edictos de persecución. Y a acentuar esta impresión contribuían los ritos que en relación con el altar habían ido surgiendo durante la Edad Media, como los ósculos que el sacerdote multiplicaba, sellando con sus labios aquella piedra, que le recordaba al mismo Cristo, Piedra angular de salud y de vida ; como los manojos de flores que en él se colocaban para aumentar su esplendor y su riqueza ; como el homenaje repetido de la incensación, indicio del respeto con que se le miraba y señal a la vez de aislamiento de cuanto le rodeaba, pues el perfume del incienso es como una purificación, un exorcismo contra toda influencia profana, un tributo a la augusta grandeza del lugar terrible que era como el asiento de la Divinidad. Las reliquias

de los santos, que debían estar encerradas en el ara, indicaban que no se había perdido de vista que el altar era un sepulcro, según el sentir de los primeros cristianos; y nunca, ciertamente, se olvidó que era la mesa en que los cristianos venían a alimentarse con el Pan de los Fuertes; pero no cabía duda de que se necesitaba insistir sobre estas ideas, y de aquí surgió entre los liturgistas modernos una tendencia a volver a las formas de la Iglesia primitiva, a la mesa que nos hace pensar en el Cristo del Sacrificio y en la pura intimidad de la última Cena, más que en la gloria y el esplendor del triunfo definitivo del cielo.

El corazón del templo

Sea como sea, el altar, altar fijo o altar portátil, altar-mesa o altar-trono, altar con ciborio o altar con retablo, es y será siempre el corazón de la iglesia, el punto hacia el cual deben converger las líneas de la arquitectura y los latidos de los corazones. Por eso se le consagra de una manera solemne, con bellas oraciones y ritos rebosantes de una expresiva elocuencia: rezo de los siete salmos penitenciales, bendición del agua gregoriana, que se compone de agua, sal, vino y ceniza, para purificar la piedra, rociando con ella en forma de cruz el centro y los cuatro ángulos, consagración con el Santo Crisma del *sepulcro*, o pequeño hueco en que se han de colocar las reliquias; incensación repetida, unción de la mesa y del frontis, cremación de los cinco granos de incienso sobre las cinco cruces, que se han hecho previamente en el centro y en los ángulos con el óleo sagrado. Y entre tanto, el coro canta la gloria y la dignidad de aquel nuevo instrumento de salvación, recordándonos el simbolismo que encierra, los sentimientos que evoca y las gracias que de él van a brotar como de una fuente divina. Pensamos

en la mesa en que por vez primera reposaron las sagradas especies, el ara de la cruz sobre la cual se inmoló Jesucristo por nosotros en el monte Calvario, en la piedra que reprobaron los que edificaban, y que fué destinada para ser el fundamento y piedra angular de la Iglesia. Y en aquellas cinco cruces evocamos las cinco llagas del Señor ; las unciones con el Santo Crisma y el incienso que se quema nos hacen pensar en el embalsamamiento de su Cuerpo sagrado ; y las reliquias de los santos que se colocan en el ara, recordándonos un delicado pensamiento de los primeros cristianos, nos indican la estrecha unión que existe entre el sacrificio de Cristo y el de sus más insignes imitadores.

CAPITULO IV

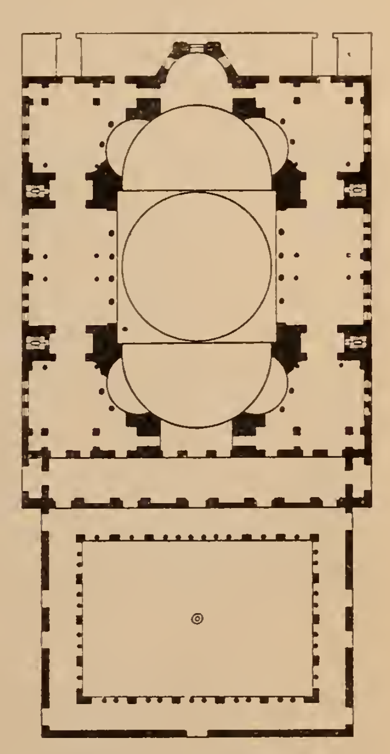
EL LUGAR DE NUESTRO SACRIFICIO

Los primeros oratorios

Magnífica revelación del vigor interno y de la grandeza del culto cristiano es el que, por una parte, tenga caracteres tan espirituales que pueda prescindir casi de las condiciones del espacio, y que, por otra, haya producido, precisamente en relación con el espacio y en todas las regiones de la tierra, más obras maestras de la arquitectura y de la imaginería que ninguna otra idea o forma de la cultura humana.

Una de las innovaciones fundamentales traídas por el cristianismo fué el haber desligado el culto de un lugar determinado. Ni las colinas sagradas, ni las aguas salutíferas, ni los bosques llenos de misterio, ni siquiera la cima histórica en que se alzaba el templo de Jerusalén, tendrían razones especiales para atraer a las almas y vincular la presencia divina. Desde ahora, como decía San Pablo, el verdadero templo sería el pueblo mismo de Dios, y, por tanto, donde se reuniesen los fieles, allí estaría su Dios. «En todo lugar—había dicho Malaquías, refiriéndose al sacrificio de la Nueva Alianza—, desde donde sale el sol hasta donde se oculta, se me ofrecerá una hostia inmaculada.» Y Cristo había anunciado a la Samaritana que en adelante no habría que buscar la santidad ni en Jerusalén ni en el Garicín, sino dondequiera que hubiese verdaderos adoradores que adorasen a Dios en espíritu y en verdad.

Por eso el que durante los primeros tiempos de la Iglesia se nos diga tan poca cosa acerca de los sitios en que se reunían los fieles para celebrar los misterios no se debe solamente a la escasa libertad que les dejaban las continuas persecuciones, sino también a esta amplia libertad espiritual que les había dejado su Maestro. Celebraban juntos el domingo, conmemorando la última Cena con la fracción del pan. Esto era lo esencial: la cuestión del lugar tenía menos importancia. Podía ser la casa de algún miembro más distinguido de la comunidad; podía ser una cámara sepulcral más espaciosa; podía ser la sala de una escuela, o bien la cárcel misma en que sufrían los hermanos. Esta gran independencia con respecto a las condiciones espaciales se ha conservado hasta nuestros días, pues vemos que todavía hoy, cuando algún motivo lo exige, puede celebrarse la Misa bien sea en el campo, bajo la bóveda de los cielos, bien sea en cualquier edificio destinado a los usos de la vida civil, con la única condición de tener un ara o piedra de altar donde colocar las sagradas especies, y hay casos especiales en que



Planta de Santa Sofía.

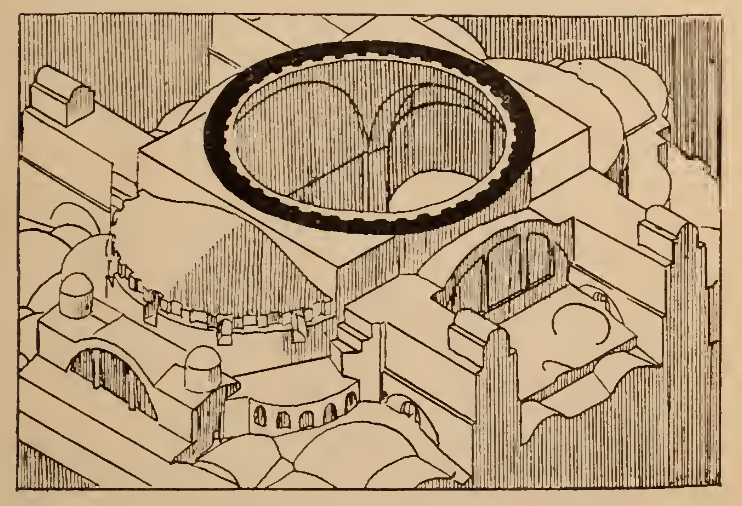
ni esta prescripción obliga. Era necesario, sin embargo, que el pueblo cristiano se reuniese en alguna parte, y esto bastaba para que existiese la posibilidad de un desarrollo arquitectónico, para que hubiese una manera de adaptar y adornar ese lugar, para que naciese un arte cristiano, cuyos comienzos se remontan más allá de Constantino, puesto que hubo emperadores que en sus edictos de persecución incluían la orden de demoler las iglesias, y recientemente nos han hablado los arqueólogos de hallazgos de iglesias preconstantinas en varias regiones del Asia Menor.

La basílica

Puede decirse, no obstante, que la expansión de la arquitectura del cristianismo comienza con el edicto de Milán (313), que concede a los cristianos el libre ejercicio de su religión. Y no va a buscar su inspiración en el templo pagano, que más que un lugar de reunión era el edículo en que habitaba la divinidad y en que no podían entrar los fieles. Más prácticos para sus fines propios se les presentaban los edificios en que se daban cita los litigantes y los negociantes para tratar sus negocios y resolver sus pleitos. Eran grandes salas con techo de madera, con diversas naves, separadas por columnas y con una cabecera, en que se colocaban los jueces y los oradores. Se las llamaba *basílicas*. El nombre y la forma van a pasar al primitivo templo cristiano. Era una estructura sencilla y práctica y con la suficiente amplitud para recibir a las multitudes que llamaban en tropel a las puertas de la Iglesia.

Esta forma se mezcla en la parte oriental del Imperio con influencias venidas de Persia, y así nace la iglesia bizantina, cuyos rasgos principales son la cúpula, los contrafuertes interiores, el gusto por la flora ornamental, el amor a la

policromía, a los bronces, a los mármoles, a los mosaicos de oro, al lujo, al esplendor, a la suntuosidad, que se concentran sobre todo en el altar, mesa de sacrificio, no sarcófago, situada bajo el arco triunfal, frente al ábside. El tipo de esta construcción es la famosa Santa Sofía, de Constantinopla,



Estructura de Santa Sofía.

levantada por Justiniano a mediados del siglo VI, y pronto imitada con más o menos fidelidad en todos los países de Oriente y Occidente, adonde llegaban las armas o las influencias de Bizancio. Era una arquitectura espléndida, en que el genio de Roma y el espíritu del Oriente se asociaron para formar el más armonioso conjunto, notable por la estabilidad y el atrevimiento, admirable por la brillantez del colorido y la pureza de líneas, insuperable por la ciencia de los efectos, el arte de los contrastes y la potencia decorativa. Era la geometría hecha piedra y atada al espacio.

El templo románico

Entre tanto, el Occidente, acosado por el ímpetu de la invasión musulmana, inquietado por las incursiones devastadoras de los vikingos y destrozado por la inundación muchas veces repetidas de los magiares, rehacía lentamente su cultura, recogiendo fragmentos de civilizaciones rotas, escuchando latidos de ancestrales pulsaciones, armonizando elementos que descendían por los caminos del Norte, y tejiéndolo todo con los hilos dorados que a través de los mares y los desiertos enviaban la inspiración asiática, los puertos egipcios, los focos del saber bizantino, siempre renovado, y los reverberos de la ciencia antigua de los sasánidas. El milagro se realiza al comenzar la undécima centuria. Es entonces cuando, según la expresión de Raúl Glaber, la tierra se cubre con el manto blanco de sus iglesias. Nace el templo románico, con sus naves misteriosas, con sus pórticos historiados, con sus arcadas de medio punto, con sus bóvedas de arista o de cañón, con sus cúpulas audaces, con la riqueza de sus capiteles y la fuerza de sus pilares y la gloria de sus pinturas, con su gracia y su solidez, su intimidad y su espiritualidad, su anhelo de belleza y la profundidad de su instinto religioso. Es una construcción en que todo revela la obsesión simbólica y la finalidad litúrgica, un arte rico, elegante y sólido, de fecundidad inagotable, que se escalona junto a los caminos de la peregrinación, que nace del culto de las reliquias y crece e irradia por la devoción a los santos. La iglesia se convierte en un libro o en un poema, donde todo habla y canta, exhorta y sugiere, enseña y predica. Los capiteles y las repisas, los muros y las cúpulas, todo está adornado de escenas hagiográficas o de historias ejemplares ; todo palpita y se enriquece con una riquísima imaginería, en que las reminiscencias mitológicas se mezclan con las figuras de la Biblia y los ecos de las teogo-

nías orientales con los sucesos de la vida de Jesús y las hazañas de los héroes del cristianismo. Las melodías arquitectónicas se levantan en sabia correspondencia con las formas ornamentales, y la teología se junta con la historia para señalar su sitio a cada estatua, a cada color, a cada símbolo, a cada personaje: en los pórticos, escenas del Juicio y de la Gloria; en los muros, la vida del Salvador, en contraste con las figuras y vaticinios del Antiguo Testamento; en los ventanales, las imágenes de los profetas y de los santos, con sus fornidos cuerpos, sus rostros abultados, sus atributos tradicionales y su actitud noble y serena; en el pavimento, los temas más profanos, de los vicios y las virtudes, las artes y las estaciones; en los pilares de la nave, los apóstoles llevando sus insignias respectivas: el libro, las llaves, la espada o la cruz; en el ábside o en las trompas de la cúpula, el tetramorfos, es decir, los cuatro símbolos de los evangelistas: el ángel, el buey, el águila y el león.

La catedral

La evolución sigue su curso inexorable. De Compostela y Salamanca se llega a Burgos y a Toledo, a la catedral gótica, que se prolonga y se levanta, se enriquece y se estiliza, y con sus proporciones gigantescas es como una expresión del universalismo cristiano, que llama a todos los hombres a la salvación, y necesita reemplazar la pequeña *cella*, en que habitaba el dios griego, con un recinto enorme, de anchas naves laterales, atravesadas por otras, con bóvedas colosales, y pilares inmensos, y alturas gigantescas, en que se juntan dos curvas, cortándose recíprocamente para formar la ojiva. Es la arquitectura de los monjes y los caballeros, de la mística y la cruzada, en que el edificio recuerda el triunfo de la cruz de Cristo, en que los rosetones, con sus

pétalos de diamante, figùran la rosa eterna, cuyas hojas son las almas redimidas, en que las líneas expresan el anhelo de espiritualidad que atormenta las almas, en que la luz llega transformada por las vidrieras en púrpura sangrienta y en sobrenaturales fulgores de amatista y de topacio, como si fuesen reflejos del paraíso, en que todo es originalidad e intemperancia, atrevimiento y delicadeza, curiosidad y fantasía, desprecio de la masa y de la razón, fe ciega y esperanza jubilosa. Haces de columnas ligeras se acumulan en torno a los pilares, las galerías aparecen suspendidas en el espacio, los campanarios se confunden con las nubes, los chapiteles suben hasta el cielo, los pórticos se llenan de un mundo infinito de estatuillas, los muros se coronan de gárgolas y pináculos, florece el encaje y la filigrana, el recinto se puebla de monumentos funerarios, y la cristalería multicolor, la exageración del ornato, el esplendor del follaje y del entrelazado, la minuciosidad prodigiosa del detalle, llegan a hacernos pensar en aquellas palabras que canta la Iglesia en el oficio de la dedicación de sus templos: «Vi la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo como una esposa adornada para su esposo.» Es el traje rutilante y florido de una novia, es el manto recamado y lujoso de una reina, un imponente y delicado atavío, que nos evoca la poesía delicada, la inspiración inquieta, la violenta aspiración, la angustia de infinitud y la pasión desmesurada del hombre europeo en aquel momento culminante de la tensión religiosa. Es la gracia de la tierra y la del cielo, el ímpetu del alma sedienta de infinito, el anhelo místico de Hildegardis y Gertrudis, de Bernardo y Buenaventura, la triple bendición del perfume, del poder y de la belleza, exaltada por el dominico Bartolomé de Braganza en el sermón que pronunció en 1267 con motivo de la traslación de los restos de Santo Domingo de Guzmán: *benedictio odoris, vigoris et decoris.*

Renacimiento

El proceso se rompe con la aparición del Renacimiento, cuya arquitectura, consecuente con su principio de hacer ante todo y sobre todo obra de arte, rompe con la tradición simbolista, con el sentido litúrgico y, con frecuencia, con la inspiración religiosa. Antes se buscaba el místico fervor, y todo lo demás venía por añadidura ; ahora se busca la libre inspiración, o la norma de Vitruvio, o el ejemplo del panteón y el del coliseo. Más que la orientación de la planta, más que el idealismo alegórico, más que la piedra teologizante, importan los órdenes superpuestos, la pureza de las líneas y el precedente de los monumentos grecolatinos. Todo esto parecía en oposición al espíritu que se desprendía de las páginas evangélicas, y no obstante, debido al esfuerzo de una docena de maestros colosos de la arquitectura, la nueva tendencia cuajó en una nueva forma del arte cristiano, que produjo verdaderas obras maestras, en las cuales, a la vez que el ideal del arte, se siente el ideal de Dios. Es el arte de la reforma, en que se hermana la grandiosidad con la sencillez, y se armoniza la masa con la línea, y se junta la suntuosidad con la serenidad y el equilibrio. Difícilmente logra desasirse de la frialdad clásica, pero tiene bastante flexibilidad para conseguir una adaptación que le permitirá dominar en el mundo cristiano durante cuatro siglos. Y esto parece ser una prueba evidente de que también él tiene una fuerza íntima para colaborar con la fe y preparar la Casa de Dios. Se ha dicho de este arte que pierde en espíritu lo que gana en sabiduría ; que el vértigo de la lógica culmina en él sobre el vuelo de la fe ; que, en definitiva, no es cristiano. Ciertamente, no exhala la emoción de una catedral

gótica, ni la de un templo románico. ¿ Pero es que hay sólo una emoción religiosa? ¿ Es que el hombre no va a tener más que una manera de expresar lo divino? ¿ Por qué la ojiva va a ser más religiosa que la línea recta? ¿ Y no va a tener cada época, cuando hierve en ella una savia de vida auténtica, pleno derecho para crear la Casa de Dios adecuada a su propia vida?

La Casa de Dios

Porque, basilical o renacentista, bizantino u ojival, el templo cristiano debe ser eso ante todo: la Casa de Dios. Es significativo que desde el comienzo del cristianismo el edificio material en que se reunían los fieles empezó a designarse con la misma palabra, que expresaba la asamblea misma de los cristianos: *Ecclesia*. De hecho, el edificio no es más que la elemental condensación o el estuche material del templo vivo de Dios, que son las almas de los cristianos, y esta verdad debe reflejarse en la estructura misma de la construcción. Así como la Iglesia de Dios está integrada por el pueblo y el clero, en el templo encontramos la nave encabezada por el coro y el presbiterio, en cuyo vértice se alza la cátedra del obispo; y así como la asamblea de los fieles, según el antiguo rito, se colocaba en dirección al Oriente cuando rezaba, como si saliese al encuentro del Resucitado, del mismo modo el edificio en que la asamblea se reúne es como un navío que se dirige hacia el Oriente, pues ésta debe ser la orientación de las iglesias, según las tradiciones primitivas, que sitúan el ábside en el lado que primero ilumina el sol naciente, para que las miradas de los fieles se concentren siguiendo la misma dirección. Y de la misma manera que el alma del cristiano, así el templo de piedra queda santificado con una ceremonia que es como su

bautismo, en el cual no falta ni la imposición del nombre, es decir, la designación del titular o patrono, que ha de ser especialmente venerado en su recinto.

La dedicación

De este rito de la consagración o dedicación de las iglesias nos hablan los más antiguos monumentos cristianos, y puede decirse que la Iglesia no hacía más que recoger una costumbre del Antiguo Testamento, que ella misma nos recuerda en el Ofertorio de la domínica décimoctava después de Pentecostés con estas palabras: «Consagró Moisés un altar al Señor, ofreciendo sobre él holocaustos e inmolando víctimas delante de los hijos de Israel.» Esto en el siglo XV antes de Cristo. En el X, cuando Salomón inauguró su templo famoso, quiso celebrar el acontecimiento con memorables festejos: los salmistas cantaban los salmos de David con acompañamiento de cítaras, los sacerdotes tocaban trompetas y encendían luminarias, el pueblo se agolpaba alrededor del edificio, y los sacrificadores degollaban sin cesar bueyes, corderos, palomas, cabritos y terneros. «Y dedicó la Casa de Dios el rey y todo el pueblo.»

Esta solemnidad pasó al cristianismo enriquecida y espiritualizada. El, ciertamente, nos enseña que Dios está en todas partes, y que le interesa más el corazón del hombre que la morada hecha por sus manos. El universo mismo, con la bóveda de los cielos, la majestad de las montañas y la inmensidad de los mares, sería un templo indigno de su grandeza. «El cielo es mi sede—dice El mismo—, y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa me levantaréis? ¿Cuál será el lugar de mi descanso? ¿No fué mi mano la que creó todas las cosas?» Por la convicción de esta verdad, el cristiano se levanta a las cumbres de la metafísica, a la idea de la in-

mensidad de Dios, de su infinitud y de su omnipotencia. Su religión le coloca por encima del pagano, que concebía a su dios como un ser semejante a él, cuyo dominio no se extendía más allá del templo en que moraba. «El Dios que ha hecho el mundo—decía San Pablo en el Areópago de Atenas—no habita en templos que son hechuras de los hombres. En El vivimos, nos movemos y somos.»

Ya hemos visto, sin embargo, que también el cristiano necesita su templo, no tanto para encerrar en él a su Dios como para reunirse con sus hermanos a rezar en la caridad, y para dar al Padre un culto sincero y razonable. Y, como es natural, la casa de la oración se convierte en Casa de Dios, porque en ella Dios manifiesta más que en ninguna otra parte su bondad y su poder. Y ese lugar, en que se alza el tabernáculo, se erige la Santa Mesa y se celebran los sagrados misterios, debe estar consagrado exclusivamente al culto divino y separado de todos los usos profanos. Necesita de una purificación, de una santificación, de un bautismo, que le fije en ese destino superior y arroje de él al demonio, como se le arroja del alma. Difícil tarea, que se realiza con una serie complicada de bendiciones, cruces, exorcismos, oraciones y aspersiones; tarea reservada al obispo, al jefe de la congregación de los fieles. Cuando llega a las puertas del edificio, dice una y otra vez: «Abrid, príncipes, vuestras puertas para que entre el Rey de la gloria.» Pero el enemigo defiende la fortaleza y es preciso organizar un verdadero asalto. Una y otra vez son rociados los muros con el agua lustral, y mientras tanto el coro canta: «Del Señor es la tierra y toda su redondez, el orbe de la tierra y cuantos en ella habitan. El la ha fundado sobre los mares y la ha preparado sobre los ríos.»

Ritos y efectos

Al conjuro de los cánticos y de las oraciones el enemigo se debilita, las puertas se abren y entra el cortejo sagrado. Hay que tomar posesión del lugar, y este acto se realiza con un rito único en la liturgia. Los diáconos trazan con ceniza dos franjas transversales en el pavimento, dibujando una cruz de San Andrés. Tras ellos va el prelado, escribiendo en una el alfabeto griego y en otra el latino. Era la manera de delimitar un terreno entre los romanos. Los agrimensores empezaban por trazar una cruz oblicua en el campo que iban a medir. Sobre sus líneas se escribían los signos numerales que correspondían a las dimensiones del perímetro. El alfabeto no es más que la ampliación de la sigla mística, alfa y omega, y como las líneas transversales forman la primera letra del nombre griego de Cristo se da a entender con esta figura simbólica que Cristo va a ser en adelante el verdadero propietario del lugar. He aquí la idea generadora de la ceremonia y su verdadera significación.

Pero aún está el recinto sin purificar. Vuelven a comenzar las lustraciones y los conjuros. El pavimento y las paredes se humedecen con un líquido en cuya composición entran el agua, la sal, la ceniza y el vino. Todo tiene su íntima significación : el agua indica la pureza con que los fieles han de acercarse al templo y la que el templo mismo ha de tener para recibir las oleadas de la gracia ; la sal recuerda la doctrina de la Sabiduría, que se ha de enseñar en aquel lugar ; la ceniza es el símbolo del sacramento de la Penitencia, que se ha de distribuir allí a todos los pecadores ; y el vino, finalmente, nos hace pensar en la santa embriaguez del amor de Dios, en las alegrías y las dulzuras y los consuelos que allí han de gozar las almas : sabores eucarís-

ticos, júbilos de oración, seguridad de perdones, suavidades de caridad fraterna, chisporroteos de gracias, confianzas, intimidades y arrobamientos. Mas he aquí las doce cruces místicas grabadas sobre los muros. El Pontífice las unge, las bendice y las inciensa. Son doce, como los apóstoles, para recordarnos aquellas palabras en que San Pablo nos dice «que la Iglesia está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, y que su piedra angular es Cristo Jesús.»

CAPITULO V

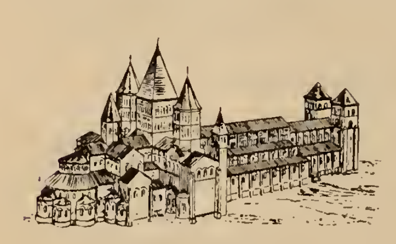
GRANDEZA DEL SACRIFICIO CRISTIANO

La acción divina

Es ya un lugar común entre los teólogos decir que la Misa es el centro de toda la Liturgia ; un lugar común, pero al mismo tiempo una gran verdad. Santo Tomás había expresado la misma idea, considerándola como el término hacia el cual tienden todos los oficios y todas las ceremonias de la Iglesia, y la obra más augusta de nuestra religión. Los primeros cristianos la llamaban *la acción*, la acción por excelencia, ante la cual resultan humildes todas las demás acciones de la tierra, por muy gloriosas que parezcan, lo mismo las religiosas que las profanas. Y la razón está en que la Misa debe ser considerada como una acción divina. No hay exageración ninguna cuando decimos que cada una de nuestras iglesias se convierte en un paraíso celestial cuando en ellas se celebra el sacrificio de nuestros altares. «El Señor está en su templo—decía ya el Salmista en el Antiguo Testamento— ; el Señor tiene su trono en el cielo.» A la voz del sacerdote el cielo se abre, el Rey del Cielo se hace presente en el altar, y en torno adoran los coros de los ángeles, realizándose así la escena que nos describe el Apocalipsis cuando nos habla de los aromas del incienso, con los cuales llegan envueltos hasta el trono de Dios los méritos de los santos, las oraciones de los creyentes y los méritos de todos los justos derramados sobre la tierra.

Olvido e incomprensión

Sólo este pensamiento podría encender nuestro espíritu y renovarlo para frecuentar dignamente, según la expresión litúrgica, el gran misterio de la vida cristiana, para oír la Misa y asistir a ella con el fervor, con el amor, con la emoción religiosa, con la generosidad sin reserva que hubiéramos sentido de haber tenido la dicha de acompañar a Cristo en su peregrinación por la tierra. Se explica que haya hombres que no van a Misa y se quedan tan tranquilos. Sin duda no tienen fe, aunque se llamen cristianos. Lo que es difícil de explicar es que se vaya a Misa y que se vaya por rutina o por cumplimiento, y todavía es más absurdo que haya personas realmente piadosas que van a Misa y luego se olvidan de oír Misa, entreteniéndose en toda suerte de rezos, que sin duda les parecen más importantes. Aludiendo a este fenómeno, escribía yo hace años, y lo repito ahora, porque hubo quienes se extrañaron de ello: «La gran devoción ha sido suplantada por las devociones; la *acción* por excelencia, sepultada entre montones de palabras. Ni las gentes que más frecuentan la iglesia oyen Misa; cumplirán con el precepto si es día de guardar, pero en realidad no oyen Misa ni sacan de ella el debido provecho. A veces ni siquiera se la dejan oír. Se da el caso extraño del púlpito haciendo la guerra al altar. Un sacerdote dice la Misa, y como si esto fuera algo horrendo, otro se esfuerza por acaparar la atención del público, chillando más o menos graciosamente, ensartando imágenes, metáforas y flores retóricas,



Iglesia románica de Cluny.

tratando de convencer a los fieles de que no hay santo más milagroso que San Expedito, o contando alguna historia edificante más o menos auténtica. Es como si San Juan, cuando su Maestro moría en el Calvario, se hubiese puesto a explicar cómo a Jonás pudo tragarle la ballena, para después salir vivo de ella.»

Ignorancia

Afortunadamente, el movimiento litúrgico, impulsado por los pontífices y dirigido por una pléyade de expositores infatigables, ha abierto los ojos en muchas almas y colocado a muchos cristianos en el camino de la verdadera piedad. Durante estos últimos años han sido numerosos los fieles que han comprendido esa gran idea de su participación en el Sacrificio, y a eso ha contribuído el Misal, considerado ya en muchos hogares como el mejor devocionario, como la ayuda indispensable de la vida espiritual; pero aun así conviene insistir, pues no faltan todavía quienes, mientras el sacerdote y el ayudante comienzan al pie del altar un diálogo emocionante, lleno de significación y dramatismo; mientras San Pablo se esfuerza por levantarlos a las alturas del misterio de Cristo; mientras la Iglesia les ofrece el ósculo de paz, o mientras el pan deja de ser pan para convertirse en sustancia de Dios, pareciéndoles que todo aquello



Sacrificio de Abraham (miniatura antigua).

es algo sin importancia o que nada tiene que ver con ellos, buscan cualquier entretenimiento piadoso para pasar distraídamente o *provechosamente* la media hora que deben estar en la iglesia. Y veréis, a los más, pasear la mirada por la bóveda o dirigirla hacia la concurrencia con evidentes señales de impaciencia o de aburrimiento; a los menos, con una clara preocupación de no perder lastimosamente el tiempo, deslizar nerviosamente los dedos por las cuentas del rosario o entregarse a algún ejercicio de devoción muy digno de respeto, como sería hacer la novena de un santo, o bien exhalar blandos suspiros leyendo algún devocionario acaramelado y vacío. Y el sacerdote, entre tanto, avanza en el rito del Sacrificio, pronuncia fórmulas sagradas, en las que se mezclan fragmentos de discursos del Señor; dirige la palabra a los asistentes, lee para ellos las exhortaciones del Apóstol y el relato de los milagros de Cristo, y sólo una voz le responde: la voz inocente, pero también inconsciente, del monaguillo.

La obra de nuestra redención

En realidad, esto podrá ser asistir a Misa, pero no oír Misa. Así nos lo indica la Iglesia misma en sus textos litúrgicos y especialmente en una *secreta*, que pone en nuestros labios uno de los primeros domingos de Pentecostés. Es una fórmula bella y audaz, que nos introduce en la esencia misma del acto eucarístico y sintetiza la razón última de su grandeza soberana. Primero, esta petición: «Danos, Señor, frecuentar dignamente vuestros misterios.» ¿Por qué esa preocupación, por qué ese anhelo de preparar el alma para presenciar los misterios del altar? Aquí una contestación explícita y rotunda, que es para estremecernos de amor y de temor al mismo tiempo: «Porque siempre que se celebra la conmemoración de la Hostia sacrosanta, se realiza

la obra de nuestra redención.» Todo eso es la Misa: la conmemoración de la Hostia sacrosanta, o dicho más claramente todavía, la obra de nuestra redención, el sacrificio mismo del Calvario. ¿Qué ejercicio humano, qué novena, qué oración, por devota que sea, se le podrá comparar?

Estas palabras nos ofrecen además una definición impresionante, una definición que tiene el prestigio de la antigüedad cristiana y de la más alta autoridad teológica. Con ellas la primitiva Iglesia confesaba la identidad entre el sacrificio de la Cruz y el sacrificio del Altar. La apariencia exterior es distinta, pero la realidad es la misma: un mismo sacrificio, fuente de vida, surtidor de gracia, foco de luz, obra de redención, rescate de valor infinito. En uno y en otro el mismo Dios hecho Hombre, el mismo Corazón divino, y en el Corazón la misma caridad. En el Calvario se ofreció plenamente, adorando, dando gracias, implorando misericordia, levantando a los cielos, en nombre de la Humanidad, a quien representaba, el valor perfecto de su amor y su alabanza; presentando al cielo el precio infinitamente agradable de su sangre divina. Y otro tanto hace en el altar. La Misa no es más que la prolongación de aquel grito sublime de caridad que se oyó en la cima del Gólgota: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

La cruz y el altar

En la cruz y en el altar, el mismo sacerdote y la misma víctima. Sólo existe una diferencia exterior: en el Calvario, Cristo presentaba la ofrenda de su vida, y la oblación se manifestaba en la muerte sangrienta; «pero una vez resucitado de entre los muertos—dice San Pablo—, ya no puede morir.» La efusión de sangre ya no es posible en su vida gloriosa; pero la Pasión no sólo puede ser evocada, repre-

sentada, conmemorada, sino también renovada El sacerdote pronuncia en nombre de Cristo las palabras sacramentales: «Este es mi Cuerpo; éste es el cáliz de mi Sangre»; y estas palabras de un hombre, aunque sea indigno, producen el mismo efecto que cuando Jesús las pronunció por vez primera en el Cenáculo, poniendo en ellas su eficacia omnipotente. A la voz de su ministro responde El desde el cielo ofreciéndose visiblemente bajo un símbolo de muerte, y esta oblación mística no es más que la exteriorización de la



Bajorrelieve babilónico representando un rey ofreciendo un sacrificio.

ofrenda de amor que brota de su Corazón divino. Por eso la oblación del altar, el sacrificio de la Nueva Alianza, es la obra de la redención del mundo, de su regeneración por la gracia, de su inserción en la vida divina.

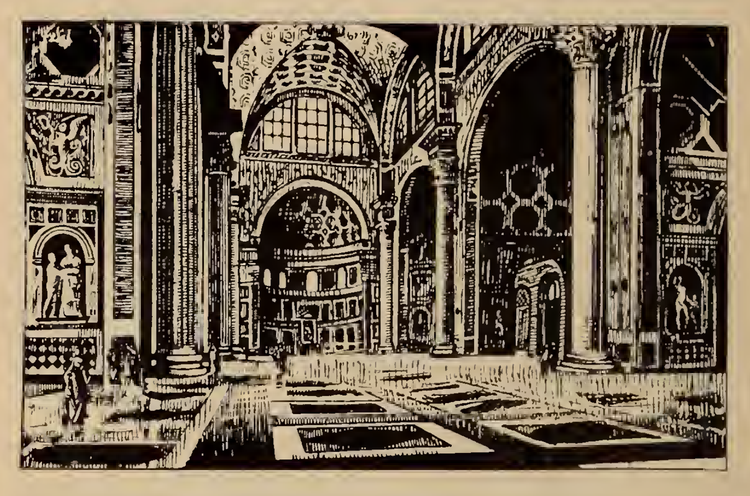
En la cruz, es cierto, había derramamiento de sangre, la sangre que brotaba de las llagas y empapaba el madero y corría hasta el suelo; en el altar hay sangre, pero sin apariencias de sangre. Esta es la diferencia. En lo demás, el sacrificio es el mismo, con toda su virtud purificadora, con su plenitud de propiciación, con su valor absoluto. El anhelo salvífico de Cristo permanece intacto; el sol ardiente del amor celeste continúa fijo en la altura de su apogeo, sin eclipses, sin descensos, sin desmayos. Y de esta manera,

por medio de las palabras de la consagración, virtualizadas perennemente por una fuerza divina, la víctima de aquella Parasceve inolvidable, en que se inmoló el Cordero de Dios, continúa a través de los siglos y los espacios, contemporánea de todas las generaciones, levantada perpetuamente entre el cielo y la tierra, siempre presente, siempre actual. No hay motivo para que sintamos no haber estado aquella tarde al pie de la cruz. Tal vez hubiéramos huído como los cobardes. Después de veinte siglos, más conscientemente, testigos ya del triunfo de la Palabra de Cristo, podemos asistir al gran acto de la redención del mundo. Podemos asistir y tomar parte en él, o, mejor dicho, ser parte de él, porque, como decía Santo Tomás, «la Eucaristía es el sacramento de la Pasión de Cristo, y santifica al hombre uniéndole a Cristo paciente sobre la cruz». ¿Puede imaginarse nada más sublime?

El eje de la Liturgia

Por eso podemos decir que la Misa es el eje de toda la Liturgia, el centro augusto de los sacramentos, por los cuales se nos comunica la virtud de la Redención; el abismo misterioso del que salta la fuente de todas las gracias, la prolongación y multiplicación de la presencia de Dios hecho Hombre en este valle de lágrimas, la renovación de aquella inmolación que se hizo un día en el Calvario, la extensión de la Encarnación del Verbo en cada uno de los miembros de su Cuerpo místico, la glorificación terrestre de la Humanidad y de toda la Naturaleza, el perfeccionamiento supremo de la vida sobrenatural, la prenda de nuestra resurrección y de nuestra consumación celeste. la gloria del hombre, la cifra del amor, el honor de la Iglesia, el símbolo profundo y el foco activo de su unidad y el memorial de todas las maravillas de un Dios bondadoso y misericordioso, según canta la Liturgia con palabra del Salmista.

En la Misa se resumen todos los sacrificios antiguos y todos los actos religiosos que unían a la Humanidad con Dios, formando un sacrificio único, que es a la vez holocausto, hostia pacífica y víctima por el pecado ; en ella se inmola un Dios que se pone, por decirlo así, en nuestras ma-

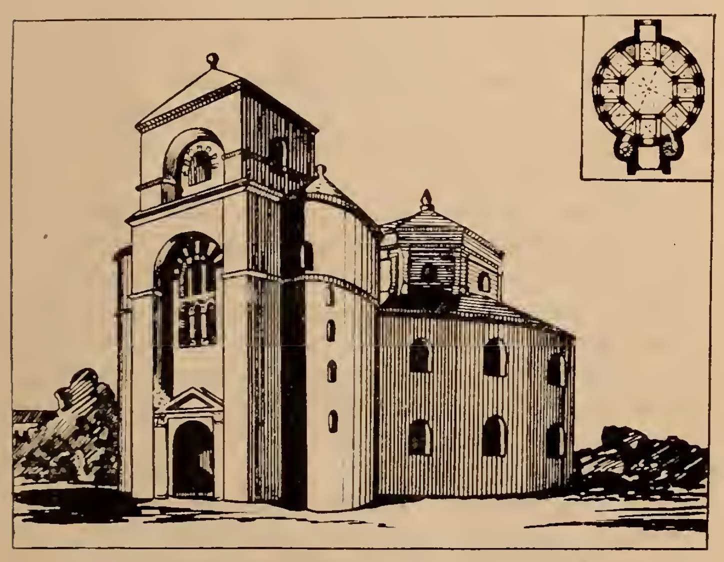


La Basílica de Constantino en Roma.

nos, a fin de que tomemos la parte que nos corresponde o que nos conviene ; es un Dios que adora, que aplaca, que pide y que da gracias ; es el Sacrificio de la cruz, que se hace actual en todos los tiempos, que se levanta delante de nosotros para ahorrar a nuestra fe un esfuerzo acuciante y laborioso hacia un pasado lejano para romper nieblas de distancias y librarnos de preocupaciones y de afanes que no siempre fructificarían por nuestra debilidad o nuestra negligencia.

En el Calvario

Y recordamos aquellas palabras de Montalembert: «Si nos hubiera sido dado vivir en el tiempo en que Jesús vino a la tierra, con la condición de verle sólo un momento, hubiéramos escogido aquel en que, coronado de espinas y extenuado de cansancio, llegaba a la cima del Calvario.» Pues



Iglesia palatina de Aquisgrán, construída por Carlomagno.

bien: por una milagrosa operación de la palabra creadora de Cristo, nuestro deseo se realiza diariamente. Cada vez que asistimos a Misa nos encontramos en el Calvario, y allí Cristo, levantando su ofrenda de amor infinito, de adoración perfecta, de propiciación infalible, nos envuelve en su sacrificio. Si cambian las circunstancias exteriores, la realidad es la misma: el acto soberano de los siglos, el suceso central de la Historia; porque, como decía Bossuet, «no hay

nada más grande en el universo que Jesucristo ; no hay nada más grande en Jesucristo que el Sacrificio.» Ese Sacrificio es el desenlace armónico de toda la vida de Jesús, la finalidad de todos sus misterios, desde los de su infancia hasta los de su Pasión. Por él, como decía San Pablo, hemos hallado al gran sacerdote que ha penetrado en los cielos, «al sacerdote que entró una vez por todas en el Santo de los Santos para obtener una redención eterna ; porque si la sangre de los animales inmolados en la antigua ley podía dar una purificación legal, cuánto más la Sangre de Cristo, que, por el Espíritu eterno, se ofreció a Sí mismo sin mancha delante de Dios purificará nuestras conciencias y nos hará dignos de servir al Dios vivo.»

Entró una sola vez en el Santo de los Santos, pero en el mundo repercutirá eternamente aquella palabra de la última Cena : «Haced esto en memoria mía.» La Iglesia, Esposa de Cristo, la recogió con amor, y el sacrificio sangriento de la cruz se renovó de una manera incruenta desde los días lejanos en que Pedro presidía la pequeña comunidad de Jerusalén. Los apóstoles perseveraban en la oración y en la fracción del pan ; sus discípulos se reunían en el ágape sagrado, en el banquete eucarístico del amor ; los perseguidos de las catacumbas se agrupaban alrededor del sacerdote para recibir de sus manos el pan que los consolaba y los fortalecía. Era la renovación del gran Sacrificio. Poco a poco, en torno a él nacían bellos ritos, cálidas oraciones, ceremonias brillantes, ricas de simbolismo, henchidas de una significación profunda, iluminadas por la poesía más impresionante. El diamante divino quedaría como engastado en una espléndida filigrana, que la Iglesia iba tejiendo con amor. Esos ritos, esas oraciones, esas ceremonias, que la distancia llena para nosotros de misterio, es lo que vamos a glosar breve y sencillamente en estos artículos consagrados a la Misa.

CAPITULO VI

EL ALMA DEL HOMBRE Y EL SACRIFICIO CRISTIANO

Anhelo de infinito

Hay necios que miran con júbilo hacia el Oriente, pensando que de aquella tierra en que ha resonado el grito integral del ateísmo les va a venir la fuerza que los libre, al fin, de los lazos torturantes de su conciencia. Pero ésta es una esperanza que han alimentado en todos los siglos las almas viles, que quisieran ver borrado del mundo el nombre de Dios, la esperanza que a Voltaire le hacía profetizar que dentro de algunas generaciones el Infame habría desaparecido. Y hay que reconocer que con frecuencia los acontecimientos parece como si viniesen a mantenerlos en su engaño, porque el mal triunfa, los poderes del infierno invaden la tierra, la verdad se eclipsa a los ojos de los hombres y la inocencia es despreciada y pisoteada. Es sólo una apariencia, una impresión fugitiva. En realidad, el diablo sirve a Dios; le sirve aun en esos momentos en que el bien se nos presenta como aplastado bajo sus pezuñas, como lo confesó Mefistófeles, uno de los filósofos más sabios, cuando le dijo a Fausto: «Yo soy una parte de aquella fuerza que quiere siempre el mal y hace siempre el bien.» Y tal vez en esta servidumbre forzada consiste uno de los tormentos más terribles que los enfurecen. Esos mismos pequeños diablos que

son los comunistas rusos sirven a Cristo tal vez como nadie le ha servido. A pesar de sus esfuerzos, el mundo dará la razón a Pasteur cuando decía que mientras la idea de lo infinito siga hurgando en la mente del hombre, la voz de lo sobrenatural llamará a las puertas de su corazón. Decir infinito es acercarse al vestíbulo en que habita la Divinidad, es sentirse sobrecogido por una grandeza que no tiene límite ni medida, es prosternarse, arrodillarse, adorar, bien sea delante de esa grandeza, lejana, bien sea delante de su símbolo cobijado en el ámbito de un templo o colocado en el ara de un altar.

Esto es sencillamente la religión, y la manifestación externa de la religión es el culto, la Liturgia.

Religión y culto

Porque se ha podido decir que la religión consiste esencialmente en ese culto, que el hombre, convencido de su dramática limitación por todas las fronteras del ser, abismado ante la consideración de su dependencia absoluta con respecto a ese Ser supremo, y avergonzado por su rebeldía a la voz misteriosa que habla dentro de él, consagra en su honor con la sumisión plena de sí mismo, dirigiendo hacia El todo cuanto es, todo cuanto hace, todo cuanto tiene. Por eso la religión es a la vez acatamiento y acercamiento, actitud rendida ante ese poder incontrastable que se impone necesariamente a nuestra conciencia, y vuelo confiado hacia El ; humildad que apenas se atreve a balbucir una palabra, y anhelar alegre hacia esa plenitud, con ansias de conocerla, con disposiciones de obedecerla, con fervores de servirla; es decir, con el alma abierta para admitir un dogma, para guardar una moral, para practicar un culto ; un culto que, ante todo, debe ser interior, pero que por esa condición misma de

interioridad, de autenticidad, tiene necesidad de derramarse, de exteriorizarse, de hacerse público y social.

Así lo comprendieron todos los pueblos de la Historia, puesto que en todos ellos encontramos ese culto externo, y lo encontramos, indefectiblemente, en la forma que más puede ayudarnos a manifestar ese acatamiento y a realizar ese acercamiento, la forma más excelente, la más elocuente, la más expresiva de nuestra angustia ante lo absoluto: la del sacrificio. Decir religión es lo mismo que decir religación, o si se quiere, unión; y decir sacrificio es decir comunión, la unión más estrecha que se puede imaginar, la unión perfecta del amor, que busca la identificación. A la luz de esta doctrina se nos presentan casi como divinamente inspiradas aquellas frases que leemos en el *Symposium* de Platón: «Todo el arte de los sacrificios no tiene otro objeto que conservar el amor. Al sacrificio le está encomendado cuidar del amor entre los hombres y los dioses y producirlo.» Y si esto lo aplicamos a nuestro sacrificio, la adivinación del gran filósofo cala tan hondo en la entraña de la realidad, que llega a causarnos verdadero estremecimiento.



Iglesia noruega construída con troncos de árboles.

Fuente de amor

El sacrificio, efectivamente, es una ofrenda que el hombre hace a Dios como Señor supremo de todas las cosas, y que tiene como eco una comunicación de Dios al hombre; o más exactamente, es un don sensible ofrecido a Dios por el hombre para expresar simbólicamente la donación interior que el hombre hace de sí mismo. El sacrificio, por tanto, expresa el amor, produce el amor, compra el amor o despeja el camino al amor. La nota fundamental de todo sacrificio es manifestar nuestra dependencia con respecto a Dios por medio de una ofrenda representativa; pero en el fondo de esa ofrenda está el anhelo de la respuesta divina, de la gracia que perdona, de la gracia que enriquece, de la gracia que levanta. En definitiva, el sacrificio es una obra de amor, una fuente de amor, un comercio de amor, de suerte que un sacrificio que no esté animado, impregnado, calentado en llamas de amor, no es verdadero sacrificio. Así debía ser el sacrificio de Caín. El terror y el egoísmo eran sus inspiradores, y por eso nos dice la Escritura que Dios cerraba sus ojos ante él. Sus espigas estaban vacías, no sólo porque eran las peores de la cosecha, sino, sobre todo, porque se las ofrecía sin amor. Las manos que las colocaban sobre el altar aparecían ya a los ojos de Dios manchadas con la sangre del fratricidio.



Animales sacrificados en un templo romano.

La ley del retorno

Hay un principio teológico según el cual todo cuanto Dios crea, lo crea necesariamente para su gloria. «Mi gloria no la daré a nadie», dice el mismo Dios por boca de uno de sus profetas. Esto nos ayudará a comprender hasta qué punto está entrañada en el sacrificio la idea de comunicación entre el cielo y la tierra y cuán sublime es ese comercio que se realiza en el altar. Lo que en el lenguaje de los hombres parecería mezquino egoísmo, es en Dios altísima generosidad, ansia de comunicación, norma del que sabe que las cosas creadas sólo logran su destino en el retorno al infinito, cada una según su naturaleza, y sólo consiguen su felicidad cuando vuelven al Creador, sujetando su existencia a la pauta y condición en que fueron producidas. Mi inolvidable hermano en religión, el Padre Rafael Alcocer, que a la gloria del escritor unió la más sólida y codiciadera del martirio, expresó este pensamiento con unas frases llenas de belleza. En un precioso opúsculo que escribió sobre la Misa decía, entre otras cosas: «Cuando el profeta Baruc describe con grandeza y poesía incomparables la obra de la creación, se expresa en esta forma audaz: «Las estrellas fueron llamadas por el Señor, y exclamaron: Henos aquí; y lucieron para El con alegría.» Este lucir de alegría en las estrellas, como los afanes del pájaro en su nido, como la vida secreta del insecto, como el clamor de los mares, la canción de los vientos y el misterio de los bosques, y como todos los modos de ser y moverse las cosas criadas, implican una manera de reversión de la Naturaleza hacia su Autor, por ser todos ellos modos de expresión obediencial a la acción creatriz...»

El retorno en el hombre

El hombre no es una excepción a esta ley. Quiera o no quiera, ha de volver a Dios. Pero es un ser libre: puede querer y no querer: puede volver obligado y puede volver espontáneamente, por esa tendencia que imprime en él la virtud de religión, tendencia de retorno, de religación, por la cual se ase a la mano de la cual salió; tendencia de vuelta amorosa, que tiene su expresión más perfecta en el sacrificio. Expresión perfecta y, al mismo tiempo, natural y espontánea. Inclinado a moldear en la materia sensible su más hondo sentir, siente la necesidad de acuñar en una realidad física ese sentimiento nobilísimo; goza declarando ante todo el mundo el acto interno de su veneración y su retorno, de su acatamiento y su entrega; y esta inclinación. que pudiéramos llamar necesidad, le dicta el acto del sacrificio. Se entregaría a sí mismo, sacrificaría su mismo ser, pero sabe que eso no puede hacerlo, y por eso escoge algo de su propiedad y lo sacrifica, lo consume, lo destruye, lo hace desaparecer con el hierro o con el fuego. La acción de la entrega queda consumada en un signo, y la aceptación de la Divinidad queda significada en la destrucción del objeto sacrificado, que ya no es nuestro ni de otro hombre alguno; que, al desaparecer, se supone aceptado por el Dios invisible, pasando así a la categoría de lo sagrado. De aquí viene el término mismo de sacrificar, *sacrum facere:* hacer sagrada una cosa, una cosa que puede ser una bebida, un fruto, un perfume o cualquier otro objeto insensible, y entonces el sacrificio se llama *incruento*, o puede ser un ser vivo, y entonces se llama *cruento* o *sacrificio de sangre*. Pero cruento o incruento, el sacrificio ha de entrañar esas dos cosas: la ofrenda, en la cual propiamente consiste, y la destrucción,

que significa la aceptación por la Divinidad de la cosa ofrecida.

Tenemos aquí la razón histórica, o mejor aún, la raíz psicológica de una nota fundamental del sacrificio: la universalidad. Lo encontramos en todos los pueblos y en todos los siglos. Lo mismo las tribus salvajes, que se mueven impulsadas por los instintos de la barbarie primitiva, que los imperios americanos, a quienes encuentran los españoles en los umbrales de una civilización que era vieja en su infancia, que los pueblos creadores de las obras maestras de la filosofía y del arte, todos lo consideraron como el acto esencial del culto. Si Atahualpa ofrecía a Viracocha la llama y más de una vez la ñusca, si los sacerdotes de Cuautémoc depositaban a los pies de Huitzilopoctli los corazones palpitantes de los prisioneros, emperadores filósofos, como Juliano y Marco Aurelio, sacrificaron verdaderas hecatombes de bueyes y ovejas; y cuando Plinio, gobernador de Bitinia, describe a Trajano los progresos que el cristianismo va haciendo en su provincia, parece como si lo que más le doliera es ver los mercados llenos de animales de toda clase, que nadie lleva a los altares porque los nazarenos ya no emplean esas víctimas.



Rey asirio rociando las víctimas para el sacrificio.

Superación

Pero, lejos de suprimir el sacrificio, el cristianismo venía a darle su expresión definitiva. También a esto puede aplicarse la expresión de Cristo: «No vine a destruir, sino a completar.» Su Sacrificio será la repetición de la última

Cena. Y en la Cena del Señor, conforme en esto con el rito de la Pascua judía, hubo en primer lugar una ofrenda del pan y del vino. Fué, por tanto, inicialmente un sacrificio de ofrenda lo que la Iglesia quiso expresar en la celebración de la Eucaristía, y así lo decía con toda claridad la más antigua fórmula del Canon en Roma, la de San Hipólito, que reza de esta manera: «Acordándonos, pues, de tu Muerte y Resurrección, te ofrecemos el Pan y el Cáliz, dándote gracias por habernos juzgado dignos de estar en tu presencia y de servir a tu santo altar.» Todavía son frecuentes las fórmulas que nos presentan la Misa como la oblación que hace la Iglesia de esos dones, de esas ofrendas, de esos obsequios, de esos sacrificios del pan y el vino, recogiendo así un gesto familiar a la Humanidad, perpetuando una fórmula milenaria y elemental del Sacrificio.

Mas de pronto el rito primitivo queda superado por el cambio de los elementos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y esto da al acto una resonancia dramática y un valor sin igual. Han sido ofrecidos los bienes de la tierra, y esos bienes de la tierra desaparecen efectivamente, para cobijar bajo sus apariencias una Víctima que tiene una grandeza soberana. Al sacrificio pacífico de la ofrenda se va a sobreponer el sacrificio trágico de la expiación y de la propiciación. Y así el sacrificio de la Misa se convierte en el misterio del Hombre Dios.

Connatural al espíritu humano, el sacrificio recibe en la Nueva Alianza su perfección suprema y su eficacia infalible. Era una herencia universal de todas las civilizaciones, lo mismo que el lenguaje, y lo mismo que para el lenguaje, se buscó la causa de su origen en una revelación primitiva. La explicación, sin embargo, está más cerca de nosotros: es esa interna e insobornable necesidad religiosa, esa conciencia que tiene el hombre de su pequeñez ante el infinito y que ningún esfuerzo materialista será capaz de arrancar.

CAPITULO VII

LA MISA DE CRISTO EN EL CENACULO

La noche de la entrega

La celebración de la Misa comenzó «en la noche en la cual iba a ser El entregado.» Ya Judas, que sabía su predilección por aquel bosquecillo de los Olivos, en el cual le había visto recogerse otras veces, había resuelto llevar allí su hueste para prenderle. Pero antes quiso El dejar a los suyos el Sacramento sagrado, que iba a ser para siempre el Sacrificio de la Humanidad. Y lo hizo dentro del banquete simbólico en que se comía el cordero pascual. Lo que generaciones y generaciones de israelistas habían celebrado año tras año desde la salida de Egipto, como signo de una esperanza lejana, iba a tener ahora su plena realización. No era sólo la salida del imperio del Faraón lo que allí se conmemoraba, sino también la liberación de la tiranía del pecado; ni se alegraba el corazón únicamente por la cercanía de la tierra prometida, sino, sobre todo, por la entrada en el reino de los cielos. Tal era el pensamiento que los hijos de Israel tenían presente en aquella hora, y que se realizó de una manera todavía más impresionante de lo que ellos se podían imaginar.

Impotencia milenaria

Fué para ellos el cumplimiento de un deseo que parecía imposible, y lo fué también para todo el género humano. El hombre quería adorar, quería conseguir los dones del cielo, quería dar gracias por ellos, quería expiar sus pecados; en una palabra: quería ponerse en comunicación con Dios, reconciliarse con el cielo, comprar el amor, y con ese fin descubrió el sacrificio. Sacrificó ovejas, palomas, cabritos, toros, becerros; ofreció flores, ramas de árboles sagrados, jugos de plantas; llevó ante las aras los animales más puros y los más provechosos para su vida; multiplicó los holocaustos y las hecatombes; y, en su afán monstruoso y desesperado, llegó, empujado por un delirio de barbarie, a ofrecer la sangre de sus enemigos, de sus amigos, de sus doncellas, de sus hijos y hasta su propia sangre. Nada, sin embargo, podía darle la seguridad de conseguir lo que pretendía. Parecíale como si su anhelo quedase estrangulado, como si su voz se perdiese en el vacío. Y así era, efectivamente. La comunicación sobrenatural del hombre con Dios había quedado rota por la primera culpa; ni el anhelo del corazón humano tenía fuerzas para atravesar los espacios infinitos que le separaban de la Divinidad, ni toda la sangre de los animales equivaldría jamás a un adarme de amor divino, ni, en su inmenso dolor, llegaría la tierra a encontrar una víctima digna del Señor ofendido.

Aquí estoy

Mas llegó «la noche en la cual fué El entregado», y en lo alto de los cielos resonó aquella frase con que un salmo profético había expresado los designios de la Trinidad Bea-

tísima ante la impotencia irreducible de la Humanidad: «Rechazaste todo sacrificio y toda ofrenda, y entonces yo dije: Aquí estoy.» Quien así hablaba era la segunda Perso-



La Santa Cena. Primitivo esmalte bizantino. Siglo VII.

na, el Verbo divino, engendrado antes del lucero de la mañana, que, compadecido de aquel esfuerzo porfiado e impotente en que se debatían los hombres, se ofrecía como Víctima de unión y reconciliación, la Unica que podía borrar la culpa y unificar lo que estaba opuesto. Y el Verbo se hizo

carne, tomó la naturaleza humana en las entrañas de la Santísima Virgen y habitó entre nosotros. Era Sacerdote eterno, y en cuanto Hombre quiso hacerse Hostia de propiciación, ofrenda de un valor infinito, porque al mismo tiempo era Dios ; víctima que debía reemplazar a todas las víctimas que los hombres habían imaginado, realizando para siempre y de una manera perfecta el anhelo antiguo de la Humanidad pecadora, al entrar, de una vez para siempre, en el sanctasantórum en busca de la redención eterna. Esto se realizó con el Sacrificio del Calvario. Y se realiza perpetuamente en el Sacrificio del altar, que repite sin cesar para nosotros, que vivimos veinte siglos después del paso de Cristo por la tierra, aquel Sacrificio único del primer Viernes Santo. Porque así lo quiso Cristo en el exceso de su amor por nosotros, y así lo dió a entender en la noche de la última Cena, cuando por un acto inolvidable hizo al Padre ofrenda sacerdotal de Sí mismo, dejando en nuestras manos, antaño vacías, el tesoro maravilloso de su Cuerpo y de su Sangre por medio de la institución eucarística, que renueva, a nuestros ojos y para provecho nuestro, de una manera incruenta, el Sacrificio mismo de la cruz. Y así tenemos la seguridad de ser escuchados, y somos íntimamente dichosos, más dichosos que Salomón cuando, para inaugurar su templo, inmolaba 20.000 bueyes y 120.000 ovejas, porque disponemos del sacrificio eficaz que, penetrando los cielos con virtud sobrehumana, derrama luego sobre la tierra su influencia bienhechora en frutos de paz y bendición. Somos dichosos porque, en medio de nuestra pobreza, cercados por las angustias de la vida, amedrentados por los gritos del corazón, siempre insatisfecho, mutilados y mil veces defraudados en nuestras ansias de eternidad, tenemos ese precio del amor, y esa escuela de sabiduría, y esa prenda de quietud, y ese manantial de fuerza, y esa garantía de inmortalidad que se llama la Misa, por la cual

los que no sabíamos amar, ni dar gracias, ni adorar, ni pedir, ni expiar, nos levantamos a las cimas de la oración perfecta, la que se presenta con seguridad confiada y es infaliblemente atendida.

La Pascua del amor

Todo esto porque en aquella noche única el Señor, antes de ser entregado, se entregó a Sí mismo en las especies del pan y del vino; porque si es verdad que el Sacrificio del altar adquiere su valor del Sacrificio del Calvario, su arquetipo está en el banquete sagrado de la última Cena, el de la institución de la Eucaristía, el de la Misa primera que se celebró en el mundo. Porque aquello fué ya una verdadera Misa, con todo lo esencial que nosotros encontramos en las misas a que asistimos diariamente: una Misa en que se ofrecía la misma Víctima y actuaba el mismo Sacerdote, siguiendo en sus grandes rasgos la Liturgia que hoy seguimos; una Misa que debemos estudiar con particular cuidado para comprender el sacrificio de la nueva Ley.

Nadie sabe aún dónde se celebrará la fiesta ritual; mas de pronto, Jesús, con gran sorpresa de Judas, que creía sus servicios indispensables, hace una señal a dos de sus discípulos. Son Pedro y Juan, siempre los mismos: «Id—les dice—y aparejad la Pascua.» «¿Y dónde, Señor?», preguntaron ellos. «Luego que entréis en la ciudad—respondió—, hallaréis un hombre con un cántaro de agua; seguidle hasta que entre en casa, y cuando veáis al padre de familias, confiaos a él, diciéndole: Esto dice el Maestro. Mi tiempo está cerca; muéstranos la sala donde recogernos para celebrar la Pascua.»

Con este minucioso cuidado se preocupó Jesús del pri-

mer templo en que iban a inaugurar el nuevo rito. Los dos predilectos entraron en Jerusalén, siguieron al hombre del cántaro, y en el zaguán de una casa encontraron al padre de familias. Era un amigo, que a la primera indicación puso a disposición del Señor la parte más confortable de su casa, el gran aposento de la parte superior, el diván, como se llamaba, por los almohadones que solían alinearse en torno a las paredes. Jesús iba a celebrar el banquete legal de la Pascua, y al mismo tiempo iba a instituir otro Banquete que eliminaba e inutilizaba el antiguo, como la luz disipa la sombra, como la realidad inutiliza y deshace la figura. Todo estaba dispuesto en la sala: los escaños mullidos, la alfombra, la paila y los lienzos, el ánfora para las abluciones, las vasijas y las escudillas de bronce, pues las de barro eran impuras; las cráteras para los líquidos y la copa de dos asas para las libaciones. En la gran mesa estaban las hierbas amargas, que tenían por objeto recordar las tristezas de la servidumbre en la tierra de Egipto, y con ellas, la salsa del Karoset, una mezcla picante de vinagre, cidros, higos, dátiles y almendras, recuerdo de la arcilla que en otro tiempo habían amasado los israelitas para construir las fortalezas de sus opresores. Allí también el vino, del cual estaba preceptuado vaciar, por lo menos, cuatro copas; y lo que más importaba, la res blanca—la gran profecía—, el cordero simbólico, que aparecía como fijo en una cruz sobre los dos palos de granado, que lo atravesaban a lo largo y a lo ancho para mantener los lomos separados.



Cáliz de Valencia, que, según la tradición, sería el de la Cena.

La primera Misa

Todo estaba en su sitio. Crepitaban los candelabros recién encendidos, y las sombras de los discípulos se movían en los muros proyectadas por una lumbre amarillenta y débil. Era la noche del jueves de la Gran Semana. Las calles de la ciudad santa hervían de gente; pero Jesús había querido buscar el silencio íntimo de aquel amplio salón, que iba a ser el primer templo cristiano. Un silencio agorero, una honda emoción, un amargo presentimiento, sobrecogían los ánimos. Durante las últimas horas el Maestro había hablado con una gravedad, con una insistencia, con una violencia mayores que nunca. Ahora empezó con estas palabras solemnes, que revelaban en El un inmenso deseo, un plan largamente meditado, de ser hecho Hostia de redención y Pascua de amor para todos los suyos: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua cón vosotros antes de morir.» Era aquélla la ocasión más solemne de su Vida, la hora más codiciada de su Corazón. Habló luego de la humildad y del amor, lavó los pies a los discípulos y observó una por una las ceremonias tradicionales de la fiesta mosaica, que a continuación iban a ser reemplazadas por una realidad trascendente e infinitamente superior. Los cuatro momentos de aquella comida, con la cual Israel celebraba su liberación de la cautividad egipcia—el himno de acción de gracias o plegaria eucarística, la fracción del pan, la comida del cordero y la libación ritual—, iban a sobrevivir superados y transformados en el Banquete que ahora se instituye. Jesús estaba esbozando la Liturgia del Sacrificio cristiano: «Tomó el pan—dicen los evangelistas—, lo rompió y lo dió a sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed; Este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Después, tomando el cáliz y dando

gracias, se lo dió y dijo: Bebed de él todos, porque ésta es mi Sangre; la Sangre de la Nueva Alianza, derramada por muchos en remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía cada vez que bebiereis.»

Los tres sinópticos coinciden con San Pablo al describirnos el hecho, y todos ellos distinguen cuatro ideas fundamentales, cuatro rasgos en torno a los cuales se irá formando la Liturgia sacrificial: una acción de gracias o eucaristía, *gratias agens;* una transformación que se verifica al pronunciar unas palabras misteriosas, *dicens;* la fracción del pan, *fregit,* y la distribución, *dedit.* El relato evangélico es demasiado rápido para que podamos saber con toda seguridad cuál fué el momento preciso de la institución, y no obstante, si examinamos cuidadosamente los ritos de la Pascua hebrea en tiempo de Cristo, podemos llegar a satisfacer nuestra natural curiosidad.

Dos momentos

En el relato de San Mateo y San Marcos, a las palabras pronunciadas sobre el pan siguen inmediatamente las que obraron la consagración del vino; San Lucas y San Pablo nos dan a entender que entre unas y otras hubo un intervalo de tiempo, puesto que la consagración d l cáliz, según ellos, se hizo después que se hubo cenado, y así lo ha interpretado la liturgia romana: *Simili modo postquam coenatum est.* Fueron, pues, dos ritos separados cronológicamente, aunque unidos luego en la liturgia primitiva. Pero si la vieja exégesis lo creyó así, los comentaristas modernos, tanto protestantes como católicos, distinguen dos tiempos en la institución de la Eucaristía y confirmaron su parecer con el mejor conocimiento que hoy tenemos del rito de la Pascua, o mejor dicho, de los ritos de la Pascua, pues el

banquete tradicional comprendía una serie de actos y ceremonias cuya enumeración ilumina la descripción de los evangelistas. Antes del banquete propiamente dicho, es decir, antes de la comida del cordero, se tomaban, a manera de entremeses, las hierbas amargas y el pan sin levadura, que indicaba la precipitación con que había sido necesario ponerse a salvo de las iras del Faraón. Antes y después de este primer plato se hacían la primera y la segunda libaciones. A continuación, uno de los niños de la casa, o bien el más joven de los comensales, preguntaba el porqué de aquella tradición tan general en Israel, y el padre de familias o el presidente de la mesa contestaba dando gracias a Dios porque había sacado a su pueblo de las tinieblas a la luz, de la servidumbre a la libertad, y terminaba diciendo la primera parte del *Hallel*, los salmos 112 y 113, contestando todos a cada verso con el grito del *Alleluia!* A continuación, el que presidía tomaba uno de los panes ázimos, lo partía, pronunciaba sobre él la bendición y lo distribuía entre los asistentes. Este rito de comunión fraterna y de participación en un mismo pan era la señal de que empezaba el banquete propiamente dicho. Se comía luego el cordero pascual, y una vez terminado, el padre de familias llenaba de nuevo la copa, colocada delante de él ; la levantaba en su diestra y hacía la oración, que era la verdadera bendición de la mesa. Bebía luego y alargaba la copa a los demás. Era el tercer trago, lo que se llamaba el *cáliz de bendición*. Se rezaba a continuación la segunda parte del *Hallel* y, tras una nueva bendición, seguía la cuarta libación, con la cual terminaba el banquete. banquete de la alabanza y del recuerdo, banquete conmemorativo del mayor de los beneficios, que Jehová había hecho a su pueblo.

Así fué

En esta forma se desarrolló la última Cena de Cristo con sus discípulos. Era necesario recordarla para darnos cuenta del momento en que fué consagrado el pan ; y, lógicamente, ese momento hubo de ser aquel en que Jesús tomó los ázimos y pronunció la bendición que precedía a la comida del cordero. El rito de la fracción del pan va a continuar con un significado más sublime. La palabra que usan San Mateo y San Marcos para indicar aquella bendición primera es muy significativa. En lugar de decir : dió gracias, dice : bendijo. El pan que, según la fórmula de la Haggada, debía entregar el padre de familias a sus comensales diciendo : «He aquí el pan del dolor que nuestros padres comieron en Egipto», Jesús se lo dió a los suyos con estas palabras : «Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros.» Comieron luego el cordero, y al levantar la copa para la tercera libación, ante la sorpresa de todos, Jesús pronunció otra fórmula nueva : «Este es el cáliz de mi Sangre...» La consagración del vino se hizo sobre el cáliz de bendición, la tercera libación ritual en que la misma copa debía pasar por las manos de todos. Y vino, al fin, la acción de gracias, la eucaristía, que Jesús expresó también a su manera, como convenía al nuevo rito que acababa de instituir.

Así se celebró por vez primera el gran Sacrificio de nuestros altares, en una anticipación misteriosa de la Hostia sangrienta que unas horas más tarde se ofrecería en lo alto de la cruz. Era el primer eslabón de la áurea cadena de misas que habrían de celebrarse a través de los siglos, y que estaban allí presentes para el espíritu de Cristo en aquellas palabras fecundas con que cerró la doble institución : «Haced esto en memoria mía.» Y ahora compren-

demos por qué había dicho el Bautista, apuntando derecho hacia el Calvario: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo.» Al día siguiente, el Cordero se ofrecía a los ojos de todos con los brazos extendidos y el corazón abierto. Y alguien, que tal vez presenció la escena, resumirá los misterios de aquel día con esta frase: «Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado.»

CAPITULO VIII

LA MISA DE LOS APOSTOLES

El mandato

Cristo había realizado el misterio antes de salir del Cenáculo, en aquella noche que precedió a su Pasión; pero aquella escena no se habría repetido jamás si no hubiera habido una orden terminante. Porque ¿quién se hubiera atrevido a imitar sus gestos, a repetir sus palabras y a arrogarse el poder de convertir un poco de pan en el Cuerpo del Maestro desaparecido? ¿Quién hubiera podido pensar siquiera que esto hubiese sido posible? Con verdadero asombro, pero también con toda fidelidad, recogió la Iglesia primitiva el dulce y tremendo mandato: «Haced esto en memoria mía.» Estas palabras con que Cristo terminó la Misa de la última Cena, la institución del Misterio eucarístico, estaban llenas de una virtud milagrosa, que debía prolongar en la tierra aquel acto sublime hasta el fin de los siglos. Así lo comprendieron los apóstoles cuando, con un respeto profundo y un amor delicado, consideraron aquella institución como uno de los puntos capitales de la religión nueva. Obedecieron porque se lo había mandado el Maestro y porque aquello era para ellos una gloria divina y un consuelo celeste. Lo harán en memoria de él, realizando el mismo acto, repitiendo las mismas palabras, imitando los mismos gestos. Aquello era *romper el pan*. Así lo llaman con una palabra sencilla y casera, que huele a in-

timidad y que, además, parecía destinada a no despertar sospechas, a velar el misterio a los ojos de los profanos. ¿Qué cosa más natural que un grupo de amigos se reúna en ciertos días para romper el pan? Y, en cambio, nadie les habría comprendido, y tal vez hubieran hecho reír a las gentes, si hubieran dicho que se reunían para comer el Rabbí, que había sido crucificado. Es una expresión nueva, enteramente cristiana, ajena a la literatura clásica lo mismo que a los libros judaicos, que venía a significar una realidad nueva, el Pan sagrado de la comunidad de los que creían en Cristo.

Testimonios apostólicos

La Iglesia va a crecer en virtud de aquel pan que se rompe; en torno a aquel pan viven todos; de él sacan su fuerza; y, no obstante, apenas hablan de él. Al recordar las palabras de Jesús: «Haced esto en memoria mía», no podemos menos de preguntarnos cómo las comprendieron los apóstoles y cómo las practicaron después; y son muy escasos los testimonios que vienen a saciar nuestra curiosidad. Se ha insistido sobre el hecho de que, tanto San Pablo como su discípulo San Lucas, afirman que la consagración del cáliz se realizó después de la Cena, y, en cambio, ni San Marcos ni San Mateo aluden a esta particularidad, concluyendo de esto que los dos evangelistas se hacen eco de la práctica seguida en los círculos para los cuales ellos escribían, según la cual las dos consagraciones debían ir íntimamente unidas, mientras que en las iglesias fundadas por San Pablo se había mantenido una separación, que dió lugar a la práctica del ágape, según lo vemos establecido entre los corintios.

Pero, aparte de estas consideraciones sutiles y un tanto

aventuradas, hay en los libros del Nuevo Testamento varias alusiones que conviene recoger y comentar aquí, porque vienen a darnos una idea sobre el sacrificio cristiano en aquellos días del nacimiento de la Iglesia. Son tres pasajes de los Actos de los Apóstoles y uno de las Epístolas paulinas. San Lucas habla en la forma velada que debía recomendarse entonces a todos los fieles; San Pablo, siempre audaz, se decide a descorrer el velo, para dejar a los siglos venicristianos, explicando al deros un claro testimonio de la fe de los primeros mismo tiempo toda la doctrina que se encerraba en aquellas palabras: «fracción del pan», que tal vez ya entonces podría interpretar alguien torcidamente. Por uno y otro sabemos que los primeros cristianos oían la Misa, que entonces se llamaba la *fracción del pan*. De los convertidos del día de Pentecostés, dice San Lucas en los Actos de los Apóstoles (II,46), que, iluminados por una santa alegría, «permanecían diariamente juntos en el templo, y rompiendo el pan por las casas, tomaban el alimento con júbilo y simplicidad de corazón». Al lado de la liturgia mosaica, que los discípulos de Jesús seguían respetando y practicando, se había introducido el nuevo rito, que celebraban en las casas de los creyentes, divididos en pequeños grupos. «Perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan y en la oración» (Ibíd., II, 42). Esta oración es, sin duda, la que acompañaba a la celebración del nuevo rito.



Oficiante con su acólito en las catacumbas de Calixto.

Rompían el pan, es decir, realizaban lo que Cristo había realizado en la última Cena y lo que les había ordenado que hiciesen. La última Cena del Señor era el modelo obligado de aquel rito, que debía reproducir hasta en los menores detalles lo que el Maestro había dicho y hecho, empezando por la oración eucarística, continuando con la fórmula de la consagración y terminando con la fracción del pan y la comunión. La fracción del pan, que daba nombre al acto, no era más que una de las cuatro partes principales de él, uno de los elementos imprescindibles. El rito resultaba rápido y muy breve. Se pronunciaba con la mayor fidelidad posible la fórmula de acción de gracias con que había orado el Señor, y a ella sucedía el momento solemne de la transformación sacramental, que se hacía con el relato escueto y exacto de la institución eucarística. Ninguno de los presentes podía olvidar las frases sagradas que entonces habían salido de la boca de Cristo, tres frases sencillas y que podía comprender todo el mundo, pero al mismo tiempo cargadas de una virtud infinita. Si en la primera parte, en la oración de acción de gracias estaba permitido dejar las alas más o menos libres a la inspiración y al fervor del momento, dentro siempre de las ideas fundamentales que se recordaban de la noche del Jueves Santo, en la segunda era necesario atenerse a una fórmula fija y absolutamente invariable, que se engastaba en el centro de la gran plegaria.

Esquema primitivo

Esquemático y elemental se nos presenta en su forma externa el rito de la fracción del pan, según estas primeras noticias que de él tenemos. Los apóstoles habían recibido de Jesús el mandato de realizarlo, y este mandato les había

sido dado en medio de una comida litúrgica del pueblo hebreo. Elementos esenciales de él debían ser la acción de gracias, que sigue a la comida, y el «cáliz de bendición», íntimamente unido a ella. Como introducción a la oración de gracias resonaba en la estancia una invitación del que presidía a los demás comensales, invitación que ya en este primer período debió hacerse con esta doble fórmula: *Sursum corda* y *Gratias agamus*, que encontramos en la tradición litúrgica de todos los pueblos cristianos sin la menor variación. La oración, que en su modelo precristiano era una simple acción de gracias por el alimento recibido, se llenó de un contenido nuevo. Por los cantos celestes que, según el Apocalipsis de San Juan, cantaban los bienaventurados al Cordero, podemos imaginarnos lo que era la liturgia de esta comunidad terrena cuando, presidida por uno de los ancianos, se reunía para celebrar la Eucaristía. La consagración del cáliz de bendición debió ya desde estos primeros días, hacerse a continuación de la consagración del pan, y un indicio de esto nos lo ofrece el hecho de que en todas las liturgias se alude sólo a la recomendación del Señor: «Haced esto en memoria mía»—la anamnesis—, al fin de la segunda consagración. Ya San Pablo nos hace pensar en esta unión cuando dice: «Siempre que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, anunciaréis la Muerte del Señor.»

La reunión eucarística

En medio de su sencillez primitiva, el rito de la fracción del pan se convirtió desde el primer momento como en broche de oro destinado a cerrar las reuniones de los discípulos de Jesús, aunque no tuviesen un carácter litúrgico. Es verdad que había nacido en medio de la cena pascual,

durante las horas de la noche; pero nada impedía que se escogiese cualquiera otra hora del día para celebrarla. Desde el comienzo pareció que el domingo, día de la Resurrección del Maestro, era el más indicado para poner en práctica aquella su última recomendación, y en el domingo mismo no había hora más a propósito que la del amanecer, la hora en que había resucitado de entre los muertos, la que les recordaba aquellas palabras que habían oído de su boca: «Yo soy la Luz del mundo.» Pero, en realidad, toda hora era buena para reiterar aquella comunicación con el Maestro desaparecido y, sin embargo, presente. Los creyentes se reunían para escuchar la enseñanza del misionero, o bien para rezar la oración vespertina, o para cantar los salmos de David, o simplemente para comer juntos, como Jesús y sus discípulos en la noche de la despedida. Era natural que antes de despedirse rompiesen el pan. Para reproducir más de cerca la escena de la institución se unió preferentemente el rito sagrado a una comida que se hacía en común, y que por eso, y por ser como una preparación al sacramento del amor, empezó a llamarse *ágape*, palabra griega que quiere decir *amor*.

El ágape

Vemos cómo el día de la Resurrección Jesús encontró a los apóstoles reunidos en torno a la misma mesa; y así los encontramos también el día de Pentecostés. Cuando a la primera predicación de Pedro la Iglesia se aumenta con varios miles de creyentes, se ven obligados a repartirse en pequeños grupos para celebrar la reunión eucarística; y tal vez fué la celebración de la Eucaristía, con la comida que la precedía, lo que les inspiró la idea de poner todas las cosas en común. Cuando surgieron otras comunidades,

más desconfiadas con respecto a estas prácticas de un comunismo fraterno, debió de darse con frecuencia el caso de que un anfitrión rico invitase a reunirse en su casa a los demás hermanos; pero no siempre era fácil encontrar esa persona desprendida y poderosa, y, por otra parte, bien pronto la casa particular fué reemplazada por un local más amplio, una escuela, un gimnasio o un salón cualquiera, que, destinado durante el día para usos profanos, se adaptaba al atardecer para recibir a los catecúmenos o a los neófitos. Y allí se dirigían los miembros de la comunidad cristiana, llevando sus provisiones para comer el ágape, después de escuchar la exposición del catequista, y terminar la reunión con la fracción del pan.

Es posible que cuando escribían San Mateo y San Marcos, el ágape hubiera desaparecido en las comunidades de Palestina y en las que procedían de ella. San Pablo, sin embargo, lo conserva en las iglesias por él fundadas, aunque no va a tardar en advertir cuántos abusos pueden originarse de esta costumbre. Hay dos pasajes de su vida que nos permiten asomarnos hacia aquella venerable asamblea y contemplar como acción viva la formación litúrgica que se operaba en el seno de la Iglesia. El uno está vigorosamente bosquejado en la *I Epístola a los corintios;* del otro nos habla con pormenores emocionantes el capítulo XX de los Actos de los Apóstoles.

Pablo, en Corinto

Es a mediados del primer siglo, veinte años después de la Muerte del Señor. San Pablo había llegado por primera vez a Corinto en la primavera del año 52. Venía lleno de esperanzas, después de su fracaso de Atenas; y hay que reconocer que la potencia de Mammón y los demonios de

la carne, triunfantes en la ciudad del istmo, fueron para él menos adversos que el orgullo pedantesco de la falsa ciencia. Porque Corinto, la ciudad que dió nombre al capitel famoso que parecía el nido de las gracias, y a las ánforas célebres, que se disputaban los potentados de Roma, era la ciudad de los placeres y al mismo tiempo la metrópoli del tráfico y la riqueza. Pero entre sus mercaderes y sus esclavos, sus fabricantes y sus cortesanas, encontró el Apóstol un gran número de almas preparadas para oír la palabra de Cristo. Año y medio permaneció allí durante su primer paso por tierras helénicas, y tales triunfos logró para el cristianismo, que los judíos acudieron al procónsul para hacerle enmudecer. El procónsul, el cordobés Galión, hermano de Séneca, le dió a él la razón; pero Pablo, considerando su misión terminada, resolvió ir a Jerusalén, dejando allí una comunidad numerosa y ferviente, aunque se resintiese de la novelería, de la inquietud, del aturdimiento que daban el tono a todas las actividades de aquella ciudad. Por eso San Pablo tendrá puestos en ella sus ojos y la cuidará con especial cariño, considerándola como una de sus más preciosas conquistas.

Y ésta fué la iglesia que le dió más consuelos y más disgustos. Cuatro años más tarde, estando en Efeso, recibe la noticia de que sus discípulos viven allí agitados por toda suerte de vendavales. Le hablan de desórdenes, pendencias, discordias e inmoralidades. La diosa de la ciudad, Venus Pandemos, parece salpicarlo todo procazmente. Se habla también—y esto es lo que aquí nos interesa—de abusos en la celebración del ágape y en la comunión de la fracción del pan. Lo ordinario allí era recibir la Eucaristía después de la comida fraterna, y era, sin duda, San Pablo quien había instituído esta costumbre, hermosa por su origen y su significado, pero sujeta en la práctica a mil inconvenientes. El hecho es que el convite de la caridad em-

pezaba a convertirse en un incentivo de envidias, en un escaparate de la vanidad y de la ostentación y en una fuente de discordias. Al debilitarse el fervor primero, aparecieron las imperfecciones y las ligerezas, que iban a hacer del ágape una vecindad molesta para la santidad del rito eucarístico. El místico emblema de un amor sagrado, triunfo de la igualdad y de la fraternidad de los discípulos de Cristo, se parecía más a uno de aquellos banquetes profanos que sucedían al sacrificio en los templos del paganismo. Así nos lo dan a entender las palabras que el Apóstol escribe a los corintios: «Reunirse como vosotros lo hacéis, eso no es ya celebrar la Cena del Señor. Falta unión de caridad. Cada uno lleva su cena y se apresura a comerla, sin esperar a los demás para poder repartir con los pobres; y mientras unos están hartos, otros padecen necesidad. ¿Pero es que no tenéis vuestras casas para comer y beber? ¿Es que queréis menospreciar a la Iglesia de Dios y humillar a los que nada tienen?» El Apóstol se indigna al ver que aquellos corintios tan amados, pero tan ligeros, bastardean hasta ese punto un acto que había sido establecido como preparación al más grande de los misterios. Y esta indignación le obliga a exclamar: «¿Es que el Cáliz de bendición que consagramos no es la Sangre de Cristo? ¿Es que el pan que partimos no es la participación del Cuerpo del Señor?» Y con el fin de dejar bien sentado que el pan de la Eucaristía no es un pan cualquiera y que deben recibirlo con pureza y amor, recuerda una vez más el relato de la institución eucarística, tal como él lo ofrecía en su catequesis. El manjar eucarístico anuncia la Muerte del Señor; hay que comerlo, por tanto, con las debidas disposiciones. Es un peligro juntarlo con el ágape, y, por tanto, «quien tiene hambre, que coma en casa». No suprime terminantemente el ágape, pero estas palabras suyas irán despegándolo poco a poco del rito eucarístico hasta hacerlo desaparecer poco des-

pués de la era apostólica. Todavía en los comienzos del siglo III, San Hipólito de Roma nos dice que el día de Pascua, cuando los neófitos tomaban su primera comunión, se les daba entre la comunión del pan y del vino una copa de leche mezclada con miel.

Una vigilia en Troas

Más interesante acaso para el conocimiento del rito primitivo de la fracción del pan es otro episodio en que San Lucas nos presenta a su maestro presidiendo la fracción del pan. Era en Troas, una pequeña ciudad del Asia Menor. Esa página nos ofrece la descripción más antigua de la Misa y al mismo tiempo el primer indicio de que la solemnidad semanal de los cristianos empezaba a trasladarse del sábado judío al día siguiente, que no tardó en llamarse *dies dominica*, o día del Señor. Pablo se dirigía de Macedonia a Jerusalén. El comienzo del viaje fué poco favorable. Asaltada por vientos contrarios, la nave no acababa de salir de la bahía de Thasos, tardando cinco días en llegar a Troas. Aquí hubo que aguardar ocho días más para encontrar un navío de cabotaje a través de la costa asiática. La semana transcurrió en una amable intimidad del Apóstol con los hermanos de aquella iglesia. «Al atardecer del último día, un domingo, una *sabbati* nos reunimos para romper el pan, y Pablo empezó su catequesis alargando el discurso hasta medianoche.» La reunión era en una gran sala que se encontraba en el piso más alto de la casa, en el tercer cenáculo, según la expresión del cronista. La multitud llenaba el recinto, iluminado por un gran número de lámparas ; hacía un calor asfixiante ; todas las ventanas estaban abiertas para que dejasen entrar la brisa del mar, y en el

alféizar de una de ellas se había sentado un muchacho, llamado Eutiquio—el de la buena suerte—, que escuchaba con ojos soñolientos y que no tardó en quedarse dormido. De pronto, la inercia del sueño le hizo caer a la calle. Corrieron en su busca y le encontraron exánime. En medio de la consternación general, Pablo, acordándose de los antiguos profetas, se tendió sobre él, lo tomó en sus brazos y apareció en la asamblea diciendo : «No tengáis pena; su alma está en él... Y luego—añaden los *Actos*—, rompiendo el pan y gustándolo y continuando la homilía hasta el amanecer, partió.»

Así terminó aquella sinaxis dominical. Nada de ágape en ella : primero, la discusión con los discípulos interrumpida por el milagro ; después, la fracción del pan y la comunión, y a continuación, la homilía o exhortación. El rito eucarístico aparece rodeado del elemento doctrinal que, a diferencia del ágape, será ya inseparable de él. Nada se nos dice del canto de los salmos ; pero por el mismo San Pablo, que alude varias veces a ellos en sus *Epístolas,* sabemos que los salmos, los himnos y los cánticos espirituales eran ya entonces una parte importante de la sinaxis cristiana.

CAPITULO IX

AMBIENTE DOCTRINAL DE LA MISA APOSTOLICA

El mandato de Cristo: «Haced esto en memoria mía», había caído en el seno de la Iglesia para dejar en ella el fuego inexhausto del amor y la fuente perenne del consuelo. Los apóstoles obedecieron, y la escena del Cenáculo se reprodujo en todas las ciudades del Imperio adonde iban llegando los discípulos de Jesús. Ya hemos visto las alusiones y episodios de los *Actos de los Apóstoles* y de las *Epístolas* de San Pablo: las reuniones de Jerusalén, de Troas, de Corinto, que nos descubren los usos litúrgicos de la primera generación cristiana, aquellos ritos que, aunque ligeramente esbozados, enlazan nuestra Misa con el gran acto eucarístico de la noche de la Pasión.

Convite y sacrificio

Hay quienes han visto en esta fracción del pan de la era apostólica dos ceremonias distintas, por no decir contrarias: los pasajes de los actos relativos a las reuniones de Jerusalén y Troas nos describirían únicamente un convite de hermandad, que simbolizaría la unión de los cristianos entre sí y de todos ellos con Cristo, y, en cambio, los textos de la *Epístola a los corintios* evocarían la celebración de un ban-

quete sacrificial en que predomina el recuerdo de la Muerte del Señor. Pero esta hipótesis de dos ritos eucarísticos que habrían llegado a fundirse es completamente arbitraria. La desmienten las expresiones mismas del Apóstol, que, lejos de establecer una innovación, declaran su propósito de mantener una tradición que ha recibido, que existía ya anteriormente en la comunidad de Corinto y que procede, sin duda, de la de Jerusalén, adonde San Pablo había ido después de su conversión para escuchar, como él dice, la doctrina de los apóstoles. Se trata de dos aspectos de un mismo misterio, ese misterio eucarístico que es a la vez comida fraternal y anuncio de la Pasión de Cristo. El mismo San Pablo se refiere a este doble significado en otros pasajes de sus cartas. En el capítulo X de la *I Epístola a los corintios* considera primordialmente la obra de nuestra redención, el sacrificio: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso la comunión de la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participación del Cuerpo del Señor?» Pesemos, sin embargo, estas palabras con que el Apóstol desarrolla su pensamiento: «Todos los que participamos de un mismo pan, aunque seamos muchos, formamos parte de un mismo cuerpo. Ved a Israel según la carne. ¿No participan, acaso, del altar los que comen las víctimas? Y no quiero decir con esto que tengan el menor valor lo que se inmola a los ídolos ni el ídolo mismo. Pues lo que los gentiles inmolan lo inmolan a los demonios y no a Dios, y no quiero que os hagáis compañeros de los demonios. No podéis beber el Cáliz del Señor y el cáliz de los demonios.» Vemos aquí, ante todo, el aspecto sacrificial de la Eucaristía, aunque no falta tampoco una clara alusión a la unidad orgánica de aquellos que comen el mismo pan, unión que aparece expuesta de una manera más completa en la *Epístola a los romanos*, y especialmente en estas palabras del capítulo XII: «De la misma manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, y

no todos los miembros tienen el mismo acto, así somos muchos un mismo miembro en Cristo, y cada uno miembro de los demás.»

Dualidad y unidad

No hay más que una Eucaristía, que es a la vez comida y sacrificio: en cuanto comida, nos une con lazos de fraternidad; en cuanto sacrificio, nos aplica la virtud de la Sangre de Cristo. Un acto eucarístico único, sobre el cual se proyectan los dogmas centrales de la Encarnación y de la Redención, iluminándolo y sublimándolo. En los dos discursos de Cafarnaum y de la Cena se nos presenta al Hijo de Dios acercándose a los hombres para unirlos unos a otros y a todos con El: «El que me come vivirá por Mí... Que sean una misma cosa.» San Pablo, en cambio, insiste sobre la idea del Hijo de Dios que muere por nosotros y nos une a su sacrificio. Estas dos corrientes aparecerán en toda la teología eucarística, nunca aisladas completamente, pero prevaleciendo una u otra, según las inclinaciones o las necesidades del momento, pues mientras unos se complacen en poner de relieve nuestra unión vivificante con el Pan descendido del cielo, otros prefieren considerar nuestra participación en la Muerte de Cristo y en la comunicación de la sangre del Nuevo Testamento. Es una doble tendencia, que pudiéramos llamar *paulina* y *joánica*, sin olvidar nunca que si San Juan pone el acento en el amor fraterno, no por eso se olvida de la virtud redentora, y que si San Pablo considera preferentemente la obra de la redención, no deja por eso de ser el cantor del amor.



Fresco de la Virgen y el Niño.—Catacumbas de Priscila (siglo III).

El primer devocionario

Uno y otro funden sus aguas en el río caudaloso de la teología y de la devoción cristiana. Lo vemos ya en el primer libro no inspirado que apareció én aquellos primeros días de la Iglesia, tal vez antes que resonasen en ella los anatemas terroríficos del Apocalipsis. Es un pequeño volumen, de enorme interés; un devocionario, un verdadero manual de la doctrina y de la vida cristiana, que alentó el espíritu heroico de los primeros mártires. Se llama la *Didake,* o *Doctrina de los Doce Apóstoles.* En ella se enseña a creer, a vivir y a rezar conforme a los preceptos evangélicos; y, a vueltas de otras muchas cosas, encontramos unas bellas fórmulas de oración, que son las más antiguas preces eucarísticas conocidas. Al leerlas nos parece estar todavía dentro del ámbito de la Sinagoga, pero es ya un espíritu nuevo el que inspira estos comienzos de la literatura devota dentro del cristianismo. «Por lo que a la Eucaristía se refiere—leemos en el capítulo IX—, he aquí cómo conviene rezar. Primero, para el cáliz: «Gracias te damos, Padre nuestro, por la santa viña de David, siervo tuyo, que nos has dado a conocer por Jesús tu Siervo. ¡Gloria a Ti por los siglos!» Para cuando se parte el pan: «Gracias te damos, Padre nuestro, por la vida y la ciencia que nos has dado a conocer por Jesús tu Siervo. ¡Gloria a Ti por los siglos! Que como los elementos de este pan, dispersos por las montañas, han sido reunidos para convertirse en un todo, así tu Iglesia se reúna en tu reino desde las extremidades de la tierra. Porque a Ti es la gloria y el poder por Jesucristo en los siglos.»

Después de haberos saciado, dad gracias en esta forma: «Gracias te damos, Padre Santo, por tu santo Nombre, que has hecho habitar en nuestros corazones, y por la ciencia, la fe y la inmortalidad que nos has revelado por Jesús tu

Siervo. ¡Gloria a Ti por los siglos de los siglos! Señor omnipotente, Tú eres el que has creado el universo para la gloria de tu Nombre, y el que has dado a los hombres el alimento y la bebida para que disfruten de ellos y te den gracias; mas a nosotros has querido darnos un alimento y una bebida espirituales y la vida eterna por medio de tu Siervo. Y ante todo te damos gracias porque eres poderoso. ¡Gloria a Ti por los siglos!... ¡Que la gracia llegue! ¡Que el mundo pase! ¡Hosanna a Dios en las alturas! Si hay algún santo, que venga. ¡El que no lo es, que se arrepienta! *Maranatha!* Amén.»

Piedad amable

Cuando nos paramos a considerar el acento y la expresión de este texto venerable, nos damos cuenta de lo mucho que ha cambiado la espiritualidad en los centros devotos del cristianismo. El significado general es tan oscuro, que los autores han podido preguntarse si nos encontramos aquí con una simple bendición de la mesa, imitación de las fórmulas que se usaban entre los judíos, o con una verdadera oración eucarística. El lirismo parece de un poema. Son dos cantos, cada uno con tres estrofas, terminadas por una breve doxología. Tal vez no contienen otra cosa que la bendición sobre el pan y el vino; pero en las últimas frases se anuncia ya la exaltación del misterio. Sin duda, la fracción del pan va a seguir a la comida ordinaria. El acento recuerda, aunque sólo de lejos, el de las oraciones eucarísticas de los siglos posteriores; y en aquella exclamación final: «¡Si hay algún santo, que venga!», encontramos ya el germen del *Sancta sanctis,* que el diácono decía antes de la Comunión en todas las liturgias antiguas.

Observemos en estas fórmulas un rasgo interesante. Ve-

mos por ellas cómo los primeros cristianos se dirigían al Padre para darle gracias y presentarle sus peticiones, como al término de sus anhelos y de su culto. De una manera semejante terminaba el Papa San Clemente la carta que hacia el año 95 escribió a los fieles de Corinto para apaciguar las disensiones que los dividían. En esto la primitiva Iglesia no hacía más que seguir la enseñanza y el ejemplo del Maestro, claramente manifiestos en el *Pater noster* y en la oración sacerdotal de Cristo. Se ora al Padre en nombre de su Hijo, Jesucristo, por su intercesión, por el ministerio del Sumo Sacerdote, por los méritos del Gran Mediador. Hay que advertir, sin embargo, que este uso litúrgico no permite sacar la consecuencia de una ley absoluta, según la cual todas las oraciones dirigidas a Cristo serían alteraciones tardías de la primitiva liturgia cristiana. Para convencernos de lo contrario tenemos estas palabras que hacia el año 111 escribía Plinio el *Joven* al emperador Trajano desde su gobierno de Bitinia, describiendo el culto de los discípulos de Jesús: «Tienen costumbre de reunirse un día fijo, antes del alba, y de cantar himnos en honor de Cristo, su Dios, alternando unos con otros.» A Cristo se dirigen, efectivamente, los dos himnos más antiguos de la literatura cristiana: el himno del amanecer, el *Gloria in excelsis Deo*, incorporado a la liturgia de la Misa, y el himno de la tarde, el *Fos hilaron* famoso, que no es menos bello que el himno de



Mosaico de una iglesia cristiana (Gerash, Transjordania, siglo VI)

la mañana, aunque sea menos conocido, sobre todo en la Iglesia occidental. Uno y otro pueden figurar entre los más antiguos del cristianismo naciente.

Las fuentes mosaicas

Otra cosa que nos sorprende en estos primeros ejemplos de la oración cristiana es su estrecha semejanza con las fórmulas litúrgicas de los judíos, de las cuales son eco evidente. El parecido se encuentra ya en los cánticos del Evangelio, en el *Magnificat*, en el *Benedictus* y hasta en la oración dominical. La influencia bíblica penetrará toda la Liturgia en el momento más activo de su desarrollo. Y esto no puede extrañar a un cristiano: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob es también el Padre de Cristo; los libros del Antiguo Testamento fueron heredados por la Iglesia, que es el verdadero Israel; y los primeros creyentes, empezando por los apóstoles, fueron hebreos de Galilea, de Judea y de la Dispersión. Cuando los Doce comienzan su obra misional, se dirigen en primer lugar a los judíos. De esta manera honraban y respetaban los derechos de primogenitura del pueblo escogido, y al mismo tiempo obedecían a las circunstancias y las aprovechaban. A primera vista, nadie podía estar mejor preparado para recibir la gran Promesa contenida en la Antigua Alianza que aquellos que esperaban su cumplimiento en el Mesías, puesto que en la Persona de Cristo, en los misterios de su Pasión y su Gloria, podían reconocer cumplidas con asombrosa precisión las visiones de sus profetas. Pero, además, los apóstoles, por la condición de su origen, por su raza y por su lengua, tenían un contacto natural con los demás judíos, un contacto que los llevaba a relacionarse con ellos dondequiera que se estableciesen, empujados por la sagrada impaciencia del apostolado. Llegan

afanosos de entregar a todos los vientos el nombre de su Maestro ; pero otros compatriotas suyos los han precedido, llevados por el instinto industrioso de la raza, por los intereses comerciales, por la fiebre judaica de crear empresas y amontonar tesoros. En todo puerto importante, en toda ciudad populosa, en todo centro fabril, hay un *ghetto*, una sinagoga, una agrupación de israelitas, que va a servir de base de operaciones a los predicadores de la nueva doctrina. Como era natural, acababan siempre peleándose con estas colonias, que, un poco por afinidad racial y otro poco por curiosidad, habían empezado por abrirles las puertas ; pero hasta que llegaba el rompimiento, ellas habían sido el reducto estratégico de las primeras campañas misionales, y rara vez dejaban de ofrecer a los misioneros, como conquista preciosa, algunos hombres de buena voluntad. Por lo demás, el escándalo mismo de la ruptura era un nuevo motivo de propaganda.

La Iglesia y la Sinagoga

Aunque salida del costado abierto de Cristo, podemos decir que la Iglesia nacía en el regazo de la Sinagoga, y esto, naturalmente, se reflejará en una multitud de influencias y reminiscencias. Pero esa sociedad divina, que en el *Pastor*, de Hermas, se nos presenta como «la primera de las criaturas», más antigua que Moisés y que los mismos patriarcas, es también la Esposa del Cordero, eternamente joven y con la virtud de rejuvenecer cuanto toca. La oración queda también renovada por ese hálito juvenil que le viene de la acción del Espíritu Santo. Siéntese en ella un frescor, una lozanía, una confianza alegre y segura, que da a los ecos antiguos, a los temas tradicionales, una vibración inédita. Los bienes que los fieles piden a Dios son los que imploraba ya la

Sinagoga ; pero ahora se les comprende mejor, se los expresa con más firme acento, se los espera con más íntima seguridad. Ahora se cuenta con la intercesión omnipotente del Hijo, y sólo esto basta para cambiar el sentido de la oración. Un soplo primaveral transfigura el alma del cristiano. El mismo Testamento Antiguo sonaba de otra manera en los labios de estos hombres, como cuando decía el autor de la *Doctrina de los Doce Apóstoles* : «Reuníos en el día del Señor, partid el pan y haced la Eucaristía, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro. Porque es palabra del Señor : En todo lugar, en todo tiempo, ofrézcaseme una hostia limpia.» El cristiano a quien iban dirigidas estas palabras, no podía crear plenamente su oración. Conocedor de los himnos bíblicos, que eran el alimento ordinario de su piedad, se hacía eco de ellos en sus relaciones con Dios. Así María en el *Magnificat*, Zacarías en el *Benedictus* y el mismo Cristo en la última Cena ; pero las ideas antiguas se enriquecían con una inspiración nueva.

Así nacieron nuestros más antiguos textos litúrgicos, esas oraciones, muchas veces improvisadas y casi siempre empedradas de reminiscencias escriturísticas—fórmulas de la *Didake*, himnos de la mañana y de la tarde, ruego final de la carta de San Clemente, plegaria suprema de San Policarpo ante la hoguera—, todo tan estrechamente emparentado con la piedad de los textos judaicos y tan fuertemente penetrado de la fuerza nueva que iba a revolucionar el mundo.

CAPITULO X

DESDE SAN PABLO A SAN JUSTINO

Lo antiguo

Si nos fijamos ahora en los rasgos fundamentales que hemos descubierto en la celebración de la Misa durante los primeros tiempos de la Iglesia, en los años que solemos comprender con la expresión de *era apostólica,* echaremos de ver que son muchas las cosas que llegaron a la primitiva liturgia cristiana de los usos anteriormente establecidos en la Sinagoga. A este número pertenece, en primer lugar, la manera de comenzar la oración y de terminarla. El *Dominus vobiscum* es bíblico y judaico; la expresión *Et cum spiritu tuo* tiene también un acento netamente semítico, lo mismo que la declaración final de la vida y el reino de Dios, *in saecula saeculorum.* Y no digamos nada del Amén, con que hasta nuestros días contesta el pueblo a la petición del sacerdote. La misma acción de gracias ha conservado matices exóticos en medio de la renovación completa de su contenido.

No tenemos más que recordar el diálogo que la precede, y que nos hace pensar en el *Berachah* o bendición de la mesa entre los hebreos; el comienzo mismo, *Vere dignum et justum est,* viene de antiguas tradiciones anteriores al cristianismo. Por lo que se refiere al desarrollo de la oración eucarística, tenemos las exhortaciones primitivas del oficio del sábado, en las cuales la Sinagoga cantaba las alabanzas de Jehová por el beneficio de la creación y por la protección dis-

pensada al pueblo de Israel. Y es posible que el canto del *Sanctus* hubiese aparecido ya en estas reuniones del culto mosaico.

Lo nuevo

En todo caso, todo esto no puede considerarse más que como un elemento constructivo, como piedras de un edificio lleno de originalidad, de una estructura enteramente nueva. Lo que ante todo nos impresiona en esta creación del espíritu cristiano no son los elementos que ha utilizado, sino la construcción misma, con su ritmo insospechado con su forma inédita, con la plenitud de su contenido, que sólo del cielo pudo venir. Desde el comienzo, el motivo fundamental es la conmemoración del Señor, el recuerdo de su Pasión redentora, en una comida sagrada. Los fieles se sientan a la mesa ; bajo la apariencia de un alimento humilde saborean el Cuerpo y la Sangre de Aquel que se entregó por nosotros y que un día ha de volver para reunir a los suyos en su reino. Era una comida divina, santificada y espiritualizada por el recuerdo del que la convertía en Sacramento y transfigurada por la oración que la acompañaba, oración de acción de gracias y de propiciación. Ya una comida ordinaria hace que se fije en su Creador el pensamiento del hombre, que no ha perdido por completo un sentido más alto de la vida. Nada le recuerda tanto al hombre que es un mendigo, que está lleno de necesidades, como el hecho de tener que alimentarse para reparar sus energías vitales. Por eso vemos que en todos los pueblos a la comida acompaña una oración, por la cual la criatura reconoce esta su radical dependencia. Y el cristiano que tiene la conciencia de su elevación al orden sobrenatural, que se siente enriquecido por unos dones más altos, sabe que debe dar gracias por un doble motivo : por ese favor natural que tiene de común con los demás hombres y por esa

vida superior que le ha sido comunicada a través de Cristo y que tiene su centro en esta comida sagrada, por la cual se comunica con él el mismo Dios. Es natural, por tanto, que esta comida vaya acompañada por una acción de gracias, más noble, más íntima, más expresiva, que sea la Eucaristía por excelencia, puesto que en ella se encuentra la suma de todas las comunicaciones que Dios tiene con el hombre. La acción de gracias fué el punto de partida de todo el desarrollo ulterior de la Misa, favorecido por el terreno propicio que encontró en el mundo helenístico. La palabra misma nos da fe de esta evolución, pues si en la *Didake* eucaristía equivale a acción de gracias, en San Ignacio es ya el nombre del acto de la fracción del pan, y algo más tarde, hacia el 160, San Justino la empleará con la significación del Sacramento.

Una sinaxis litúrgica

Antes de pasar adelante, estará bien imaginar lo que eran aquellas reuniones litúrgicas a fines del siglo I, cuando iban desapareciendo los últimos discípulos de Jesús. En recuerdo de la Resurrección de Cristo, y acaso también para diferenciarse de los judíos, se ha empezado ya a celebrar la primera *sabbati*, que se convierte en el *dies dominica*, es decir, día del Señor. La reunión se hace por la noche o en el amanecer que sigue a la jornada del sábado. No hay templos cristianos todavía, pero hay gimnasios, escuelas o criptas sepulcrales, o bien hermanos de buena posición, que ponen a disposición de los demás el departamento mejor de su casa. Los invitados entran, se saludan con el beso de la paz y van tomando asiento en torno a una mesa, donde se ve una gran copa de vino o una bandeja con pan. Se rezan algunas oraciones, inspiradas en los salmos de David; se

canta a dos coros ; se leen algunos pasajes de los libros santos, y a continuación, uno de los presentes, un anciano, pide que le acerquen el pan y el vino. Sobre él se concentran todas las miradas. El mismo los aparta de todo otro pensamiento con la vieja exclamación : «Arriba los corazones.» Parece una advertencia inútil, porque todos contestan : «Los tenemos fijos en el Señor.» A continuación el anciano da gracias, evocando la escena del Cenáculo, toma el pan, levanta los ojos al cielo, dice palabras sabidas por todos, que son las que Jesús pronunció en la última Cena sobre las especies eucarísticas. Hace otro tanto con el vino, y cuando termina, todos responden : «Amén.» Prosigue dando gracias, recuerda los misterios del Señor, por quien es todo honor y toda gloria al Padre y al Espíritu Santo. Los que le rodean dicen luego el Padrenuestro, confiesan humildemente sus culpas, y a continuación cada uno toma un fragmento de aquel pan y bebe un sorbo de aquel vino. Sigue una acción de gracias inspirada por el fervor del momento : «Gracias te damos, Señor, por la santa viña de David, tu Hijo...»



La Iglesia sale triunfante de las catacumbas.

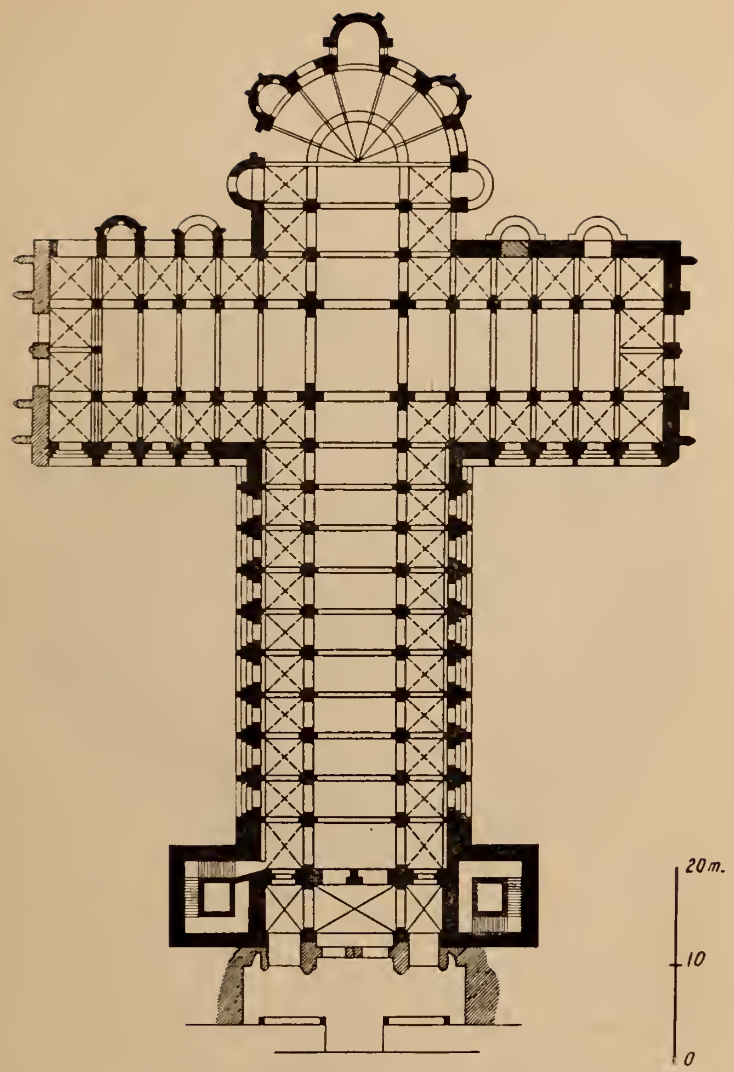
El sabor de aquel vino ha derramado un nuevo espíritu en la asamblea. Todos parecen como transfigurados, como estremecidos por una expectación misteriosa. Ni calla la oración ni cesa el recogimiento, pero se aguarda algo, que viene con frecuencia a acrecentar el amor y a iluminar la fe. De repente, uno de los que acaban de comulgar se pone en pie. Tiene el rostro encendido, las manos tensas, la mirada fija en el cielo y el cuerpo agitado por una irresistible sacudida. Empieza a hablar ; las palabras salen impetuosas de su boca, palabras firmes, precisas, seguras. Nadie le entiende ; pero en sus ojos, en su cara y en sus gestos se van reflejando los varios sentimientos que animan su discurso : sentimiento de confianza, de júbilo, de temor, de ansiedad, de pena, de melancolía y, acaso, de espanto. Habla en una lengua desconocida, pero es fácil adivinar la idea fundamental que le mueve, y su voz, lo mismo que su presencia extática, infunde en los presentes una mística emoción, que viene a robustecer sus convicciones religiosas y a renovar el fervor de su vida. Poco a poco la tensión se amortigua, declina la llamarada de la inspiración, y entonces el orador se sienta. Pero cuando aún quedan en el recinto los últimos ecos, otro de los hermanos empieza a hablar a su vez. Ahora el lenguaje es claro y conocido ; todos lo entienden, pero también a él le agita la fuerza del Espíritu. Habla con unción, con una elocuencia suave, que ilumina, que conforta, que serena, que persuade. Las vagas emociones que habían arrebatado antes a los oyentes se hacen más precisas, más penetrantes, más vivas, más eficaces, porque también sus palabras brotan de una gracia especial. Es la gracia de los carismas que nos describe el Apóstol San Pablo.

CAPITULO XI

EL PASO A LA EDAD PATRISTICA

El carisma

El fenómeno de los carismas fué una gracia prodigiosa con que Dios favoreció a la primitiva Iglesia, fruto de la fe de los primeros fieles, penetrados aún de la presencia de Cristo y del hábito todavía fresco de su vida. San Pablo alude a ellos repetidas veces en sus *Epístolas*, y en ellos pensaba cuando advertía que las mujeres deben callar en la iglesia. Por varios textos de la antigua literatura eclesiástica sabemos que seguían impresionando las asambleas cristianas aun a mediados del siglo II. Unos hablaban en lenguas desconocidas—*genera linguarum*—, otros tenían el don de interpretar lo que decían los anteriores o de iluminar los pasajes difíciles de las Escrituras—*interpretatio sermonum*—, otros leían en el interior de las conciencias—*discretio spirituum*—, otros anunciaban el porvenir—*prophethia*—, otros curaban milagrosamente—*gratia curationum*—, otros, finalmente, tenían especial virtud para despertar en los corazones la luz de la fe—*apostoli*— ; y encima de todo estaba la caridad, sin la cual, según decía San Pablo, todo sería como el ruido del bronce que suena o del címbalo que retiñe. Los carismas tenían su finalidad en aquellos primeros días de la Iglesia, si bien el mismo San Pablo se guarda mucho de exagerar su eficacia, aun reconociendo que todos proceden del mismo Espíritu. «¿ Sería de algún provecho para vosotros—se pre-



Planta de la basílica románica de Santiago.

gunta, escribiendo a los corintios—si me presentase hablando lenguas?» Y no quiere que lo que es obra del Espíritu pueda confundirse con los histerismos, con los fraudes, con las charlatanerías, con las supercherías. *Mulieres in ecclesia taceant.* Es preciso cortar motivos de desorden, aun a trueque de perder un rato de edificación.

Lo que permanece

El hecho es que aquellos fenómenos de embriaguez espiritual, que se nos presentan en un principio como inseparables de la celebración de los sagrados misterios, pasaron rápidamente, como pasó el ágape, que era también un elemento peligroso, introducido por la fervorosa confianza y la espontaneidad sin malicia de los primeros discípulos de Jesús. Quedó, en cambio, la institución misma de Cristo, destinada a sobrevivir mientras haya cristianos en el mundo. Todos esos elementos, más o menos discordantes, más o menos edificantes, se extinguen o caen en el olvido; pero ella pasa de iglesia en iglesia y florece, y en torno de ella florece la vida cristiana. Aunque existe una ley, llamada *del arcano,* que prohibe entregar lo santo a los perros y hablar del misterio al que sería incapaz de aceptarlo o comprenderlo, no obstante la descubrimos en todos los monumentos literarios y artísticos de la Iglesia primitiva, en los vasos litúrgicos de vidrio, que nos ofrecen en el fondo la figura del pez dorado y esmaltado; en las figuras de las catacumbas, tantas veces reproducidas, y especialmente en aquellas dos tan famosas, que admira el peregrino en las catacumbas de San Calixto: el pez que avanza sobre el agua llevando encima un cesto de panes, y la del celebrante, que extiende su mano sobre un trípode, en el cual se ven una copa y un pan, mientras enfrente una mujer—la Iglesia—levanta los

brazos en actitud de orante. Para un cristiano de la era de las persecuciones todo esto tenía una íntima significación, un contenido esotérico, que le recordaba las maravillas del amor



Base del cáliz de Ardagh.

de Cristo, el alimento de la vida sobrenatural, el rito más solemne de su religión, fecundado por el ardor de la fe y por la virtud vivificante que Cristo dejó en la Iglesia. Como tenían un claro sentido estas palabras misteriosas del epitafio

de Abercio, uno de los monumentos arqueológicos más emocionantes del siglo II, en el cual descubrimos la honda convicción, la ingenua sinceridad, la entrega perfecta, la sere-



Cáliz irlandés de Ardagh (siglo IX).

nidad gozosa que ponían en su vida aquellos hombres, amenazados constantemente por la espada de los perseguidores: «Ciudadano de una ciudad distinguida, hice en vida este sepulcro, a fin de tener un lugar donde repose mi cuerpo. Me llamo Abercio, soy discípulo de un santo Pastor, que conduce sus ovejas hacia las pingües llanuras y los montes

umbrosos, el Pastor de los grandes ojos, cuya mirada llega a todas partes. El me enseñó las escrituras sinceras. El me dirigió hacia Roma para contemplar la majestad soberana y ver la reina de los áureos vestidos y las sandalias de oro. Allí conocí a un pueblo que lleva un sello brillante. Vi también la llanura de Siria y todas sus ciudades hasta Nínive, al otro lado del Eufrates. En todas partes encontré hermanos. Tuve a Pablo por guía, y la fe me acompañaba, sirviéndome en alimento, adondequiera que iba, un pez de una fuente grande y pura, pescado por una virgen santa. Ella lo daba sin cesar a comer a sus amigos, y tenía además un vino delicioso, que repartía mezclado con pan.» ¡ Espléndido !, podía exclamar un pagano al leer estos versos ; pero un cristiano podía ver en ellos un lenguaje divino. Las palabras habían sido transformadas. En esos símbolos se encerraban claras alusiones a la parábola del Buen Pastor, a la dignidad del pueblo cristiano, al fervor de los cristianos de Roma, a la pureza de la Iglesia, al Ichcis místico y al banquete de la Eucaristía. Y todo esto en labios de un anciano, que tal vez había visto en Efeso al discípulo amado.

San Justino

Pero el que antes que nadie, si excluímos los textos inspirados, iba a descubrir a la faz del mundo los sagrados ritos del sacrificio cristiano fué un convertido de la misma tierra que habitó el Señor, aquella tierra de Palestina que El había recorrido en todas direcciones, cuando aún no se habían borrado las huellas de los primeros creyentes. Este gran testigo de la fe y de las costumbres de los cristianos en la era que sigue a la predicación apostólica es San Justino. Nace alrededor del año 100, en Siquem, donde aún se mostraba el pozo del agua viva. Cerca de su casa está el

lugar en que creyó la samaritana; pero él se lanza a correr mundo, devorado por la sed de la Verdad. Se la pide primero a los poetas, que le dan artificiosas palabras y relatos bellos, pero absurdos. Llama después a la puerta de los estoicos, pero no tarda en comprender que más que las verdades les interesan los gestos. Los académicos, en vez de ofrecerle sabiduría, le piden dinero. Quedan todavía los discípulos de Pitágoras. Ellos, al fin, le van a revelar el gran secreto. Ya no duda que hay alguien que tiene las llaves del templo de la ciencia ; pero antes de entrar en él hay que atravesar avenidas interminables y pórticos complicados ; hay que estudiar la música, dominar la geometría y saber de astronomía cuanto podía saber un sabio de aquel tiempo. Eran requisitos indispensables para conseguir la beatitud del filósofo. Su alma apasionada no podía hacerse a tan largas esperas. Alguien, entre tanto, le habla de la belleza increada y de la Verdad infinita, del Verbo que se hizo carne y que conversó con los hombres. Por vez primera averigua que la condición más importante en la vida del conocimiento, la experiencia precursora, no son los números, ni los sonidos, ni las figuras, ni los silogismos, sino el amor, el amor de Dios, acorde soberano de la vida. Esta revelación le deja como hipnotizado. Un día se pasea al borde de la playa. Muchas veces recordará aquel momento en sus libros y en sus discursos. La inmensidad del mar, sin tregua y sin descanso, le decía su infinito mensaje, y en su alma generosa iba penetrando con vaga melancolía la tremenda nostalgia de Dios. De pronto se le acerca un anciano, que le saluda confiadamente. Y le habla de filosofía, a él, ávido de una filosofía en que pudiese descansar definitivamente su espíritu. Era una filosofía nueva, que iba llenando de jubilosa luz el alma del joven pensador. ¡Con qué seguridad, con qué fuerza resonaban en el fondo de su ser las palabras del desconocido cuando le hablaba del comienzo del mundo, de la grandeza

del hombre, del origen del mal, de un Dios que ponía la creación como primer portador de su mensaje, que luego había hablado por los profetas y que, al fin, había aparecido en la tierra para hablar al hombre como el amigo habla al amigo! «Ahora soy de veras filósofo», gritó Justino, abrazando con ilusión triunfadora e inextinguible la verdad, que había encontrado inesperadamente, y se entregó a ella con todos los bríos de su juventud enamorada, y juró publicarla por todas partes y defenderla y propagarla y hacerla triunfar, «aunque le hiciesen pedazos». Y cumplió su palabra para conservar aquel amor irrevocable.

Valor de su testimonio

Tal fué el hombre que nos hizo la primera descripción de la Misa, un filósofo que acabaría siendo mártir ; un filósofo empeñado en conservar dentro del cristianismo los jirones de verdad que había recogido en las escuelas. Tal vez sus teorías, en aquel primer esfuerzo por armonizar la sabiduría helénica con la doctrina del Evangelio, deban ser recibidas con cierta reserva ; pero si nos interesa el filósofo, autor de bellísimas páginas, llenas de profundidad y de pasión, amamos más al apologista, cuyo testimonio es uno de los legados más hermosos de la antigüedad cristiana. En su voz se funden los ecos del Oriente y del Occidente. Después de recorrer todo el mundo romano, llevando bajo el manto del filósofo la ciencia del amor de Cristo, llega a Roma hacia el año 150, y allí abre una escuela. Son filósofos los emperadores que entonces gobiernan el mundo : Antonino Pío, Marco Aurelio ; son filósofos que desconocen la verdadera filosofía y persiguen a los cristianos, los mejores ciudadanos del Imperio. Justino se irrita ante aquella injusticia y, cum-

pliendo su promesa de defender la verdad, escribe sus dos *Apologías* famosas. La primera termina con estas palabras dirigidas al emperador Antonino: «Esto es lo que creemos y practicamos; si lo encontráis razonable, respetadlo; si lo encontráis ridículo, despreciadlo; pero no condenéis a muerte a nombres que no han hecho ningún mal.»

CAPITULO XII

LA PRIMERA DESCRIPCION DE LA MISA

Lo mismo que hoy

«Esta es nuestra doctrina», clamaba San Justino con acento triunfal ante los emperadores de Roma, la que él había recibido de los discípulos directos de los apóstoles, la que selló luego con su sangre, la que nos hace invencibles a los católicos de todos los tiempos y de todas las naciones. Esta es nuestra creencia eucarística, y ésta es la forma con que realizamos la Eucaristía. «Nosotros no recibimos esos dones como pan y bebida común, sino que, así como, por la palabra de Dios, Jesucristo se hizo carne tomando cuerpo y sangre por nuestra salvación, así también creemos que, por las palabras de la Consagración que nos enseñó el mismo Cristo, este alimento es el Cuerpo y la Sangre de Jesús hecho Hombre.» Fué ese alimento sagrado el que le dió en el momento definitivo aquella noble arrogancia, aquella claridad de visión, aquella decisión inconmovible que hicieron de su muerte el broche de oro de una vida gloriosa.

—Aseguran que eres filósofo—le dijo el magistrado— ; si yo te hiciese azotar y cortar la cabeza, ¿te imaginas que vas a recibir una gran recompensa en otra vida?

—No me lo imagino, lo sé. Tan cierto estoy de ello, que no puede haber en mí duda ninguna.

—Bueno, dejemos eso. Vamos a la realidad, que es lo que importa. Sé razonable y sacrifica a los dioses.

—La razón me dice que no debo abandonar la verdad por el error.

—De lo contrario, no hay misericordia para ti.

—Mi deseo más ardiente es llegar a Cristo a través de los tormentos.

El juez dictó la sentencia, creyendo que le castigaba; pero él exclamó, sonriente: «¡Gracias sean dadas a Dios!»

Tal es el hombre que con la declaración explícita y rotunda de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía nos dejó la primera descripción de la Misa; por él sabemos que, en sus formas robustas, la Misa del año 150 era la misma que la que hoy se celebra en nuestros altares. Aunque oriental, escribe en Roma; había visitado todas las iglesias y recorrido todos los países, y esto es lo que hace que su testimonio sea como un eco de todo el mundo cristiano. Las costumbres son fundamentalmente las mismas en Roma y en Alejandría, en Efeso y en Corinto. El apologista habla a los emperadores en nombre de todos los cristianos esparcidos a través del Imperio. Levantando el velo impuesto por la ley del arcano, norma de prudencia inspirada por aquellas palabras de Jesús: «No queráis entregar lo santo a los perros», quiere descubrir ante los ojos de los amos del mundo lo que sucedía en las asambleas de sus correligionarios, aquellas reuniones casi siempre nocturnas, sobre las cuales corrían en la sociedad pagana los más siniestros rumores y las calumnias más infamantes. Y lo hace con toda precisión y sinceridad. Había que contestar primero a lo que se decía sobre los tremendos compromisos que adquirían los iniciados. Nada más sencillo. Había que convencer a los perseguidores de que no había nada abominable en aquellas reuniones nocturnas, que si eran nocturnas se debía únicamente a la violencia de la persecución. Y lo obvio era describir una de aquellas asambleas.

Palabras memorables

«Después que hemos bautizado—leemos en el capítulo 65 de la *Apología*—al que ha aceptado nuestra fe y se ha unido a nosotros, le introducimos en la reunión de aquellos que se llaman hermanos, y allí hacemos una oración común por nosotros mismos, por los recién bautizados y por todos los demás, dondequiera que se encuentren. Terminada la oración, nos saludamos unos a otros con un beso. Después se coloca ante el presidente de los hermanos el pan y una copa de vino mezclado con agua. El lo toma, alaba y glorifica al Padre de todas las cosas en el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y prosigue la acción de gracias por el beneficio de tan altos dones. Cuando termina de hablar, los que le escuchan contestan todos unánimes: «Amén», una palabra hebraica que significa: *Así sea*. Cuando el que preside ha dado gracias y preparado a la multitud, los diáconos (así los llamamos) reparten el pan y el vino, sobre los que se ha hecho la oración, entre los presentes, y una parte se lleva a los que no han podido acudir. A este alimento lo llamamos Eucaristía. Nadie puede participar en ella si no cree la verdad de nuestra doctrina y si no ha sido regenerado por el Bautismo.»

Estas frases, alusivas evidentemente a la segunda parte de la Misa, se completan con lo que nos dice San Justino unas páginas adelante, en el capítulo 67: «En el día que llaman del sol—el domingo—, todos los que habitan en la ciudad y en los campos se reúnen en un mismo lugar. Allí se leen las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas, según da de sí el tiempo. Cuando el lector termina, el que preside dirige una exhortación. Después nos levantamos todos y entonamos preces por los cristianos y por todos los hombres; y a continuación, según antes dije, se

trae el pan y el vino mezclado con agua ; el que preside hace un discurso de acción de gracias, en la mejor forma que puede, y el pueblo se une a él, respondiendo : «Amén.» Sigue luego la distribución a todos los presentes de aquellos dones por los cuales se han dado gracias, y los diáconos se encargan de que participen también los ausentes. Al fin se hace una colecta, en la cual cada uno contribuye conforme a su buena voluntad. El presidente se encarga de los fondos, y con ellos socorre a los huérfanos y a las viudas.»

Rasgos esenciales

Lo primero que nos sorprende en este texto famoso es la importancia que se da en él a una cosa al parecer tan insignificante como es esa breve respuesta del pueblo a la oración eucarística. Dos veces se recuerda la voz hebrea *Amén*, que debían decir todos los asistentes, para indicar que la acción de gracias del que presidía debía salir de los corazones de toda la multitud y ser refrendada por ella. Justino, que era un simple lego, quiere acentuar aquí el valor de esta unanimidad expresada con una sola palabra. Este sentido de unión es el que imprime su sello específico a la solemnidad del banquete sagrado. Si la comunidad toda se une en el momento de la Comunión, ya antes ha juntado sus voces y sus almas en la oración de acción de gracias con la cual han sido santificados el pan y el vino. Según San Justino, lo que se recibe en la Comunión son las cosas *que han sido bendecidas,* aquellas sobre las cuales ha caído el Amén de la acción de gracias. Esta expresión, este sentido de gratitud, es un nuevo rasgo, que descubrimos en la más antigua descripción de la Misa. Que este sentir era una cosa viva en la comunidad cristiana de aquel tiempo, se desprende no sólo del uso que se hace de la palabra Euca-

ristía para significar la solemnidad de la Misa, sino también, y aún más, de la explicación que se da de esa palabra: «Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía.» Ya en el diálogo con el judío Trifón había dicho el santo que Cristo nos había dado el «pan de la Eucaristía» como recuerdo de sus sufrimientos, y «por eso nosotros debemos dar gracias a Dios, no sólo por haber creado el mundo y todo cuanto hay en él en provecho del hombre, sino también porque nos ha librado del mal, en que habíamos nacido, y ha debilitado completamente las dominaciones y las potestades por Aquel que se sometió espontáneamente». Orígenes dirá unos lustros más tarde: «No somos nosotros hombres de corazones desagradecidos. Nuestra preocupación más grande sería no corresponder a los beneficios que Dios ha acumulado sobre nosotros, y el signo de nuestro agradecimiento es el pan que llamamos Eucaristía.» Fuera de esta marca del tiempo, que trae hasta nosotros como un hálito de la era apostólica, la descripción famosa de San Justino tiene el sabor de todos los tiempos.

Lo que ha variado

Parece increíble que hayan pasado mil ochocientos años desde que se escribió esta página. Sustancialmente, lo que entonces se hacía era lo que hoy hacemos. El número de los sacerdotes es mayor, se han aumentado también las iglesias, han nacido las parroquias y el campo ya no necesita acudir a la ciudad para tomar parte en el Sacrificio. Sin embargo, los elementos del Sacrificio son básicamente los mismos, y nos encontramos con el mismo esquema fundamental. Primero: Misa de los catecúmenos; después, Misa de los fieles; la Misa de los catecúmenos, con el saludo inicial, con la oración, con la Epístola o lectura del Antiguo

Testamento, con el rezo salmódico que se ha convertido en nuestro Gradual, con el Evangelio y con el sermón u homilía ; la misa de los fieles, con el Ofertorio, con la oración eucarística en medio de la cual se realiza la Consagración, con el ósculo de la paz, con la Comunión y con la acción de gracias, que hoy llamamos Postcomunión.

La Misa actual nos ofrece algunos rasgos levemente alterados; hay en ella también algunas adiciones que nos podrían dar la sensación de algo distinto, pero que en realidad no introducen nada esencial. Pero tenemos aún un día en que la identidad, por lo menos en la primera parte, es completa. Me refiero a la Misa del Viernes Santo, la Misa de Presantificados, que se ha conservado inmune de añadiduras y alteraciones. En realidad, no es una Misa propiamente dicha, pues en ella no hay Consagración ni, por tanto, Sacrificio ; pero eso no quita que encontremos en ella un ejemplo emocionante de la liturgia primitiva, muy semejante a la que nos evoca la descripción de San Justino.

Busquemos en el Misal las fórmulas, los textos, las rúbricas de esa solemnidad venerable. Como principio, una lectura, aquella en que Oseas nos habla de una resurrección misteriosa, que vendrá a iluminar las almas después de tres días de duelo ; a ella siguen un canto responsorial y una oración ; después otra lectura, en que se habla del cordero simbólico, cuya sangre teñía como signo de salud la entrada de las casas de los hebreos ; y tras un nuevo salmo con la oración correspondiente seguía la tercera lectura : el relato de la Pasión según San Juan. Venía, finalmente, la oración solemne de los fieles. «Después nos ponemos en pie», decía San Justino. Y, efectivamente, el celebrante, puesto en pie y extendidos los brazos con gesto de plegaria, anuncia la intención a la cual se van a asociar todos los presentes : «Oremos por la Iglesia santa de Dios... Por nuestro beatísimo padre el Papa... Por los obispos y sacer-

dotes... Por nuestros catecúmenos... Por el mundo todo, los enfermos, los necesitados, los cautivos, los caminantes, los navegantes... Por los herejes y los cismáticos... Por los judíos y los paganos, «es decir, por todos los discípulos de Cristo, por los que acaban de ser bautizados, por los hombres todos en cualquier lugar que moren.»

A cada intención que se anuncia, se alza la voz del diácono invitando a los fieles a arrodillarse, y luego el sacerdote resume en breve oración los votos que la asamblea dirige al Señor de todas las cosas: «Que tu Iglesia persevere en la confesión de tu nombre... Que conserves a tu siervo el Pontífice que nos has dado... Que todo el orden eclesiástico te sirva con fidelidad... Que los catecúmenos sean agregados a la grey de tus hijos... Que todos los que padecen trabajos reciban consuelo y socorro.. Que los herejes se conviertan... Que los judíos abran los ojos a la luz... Que los paganos entren a formar parte de tu Iglesia para gloria de tu Nombre, por Nuestro Señor Jesucristo...»

CAPITULO XIII

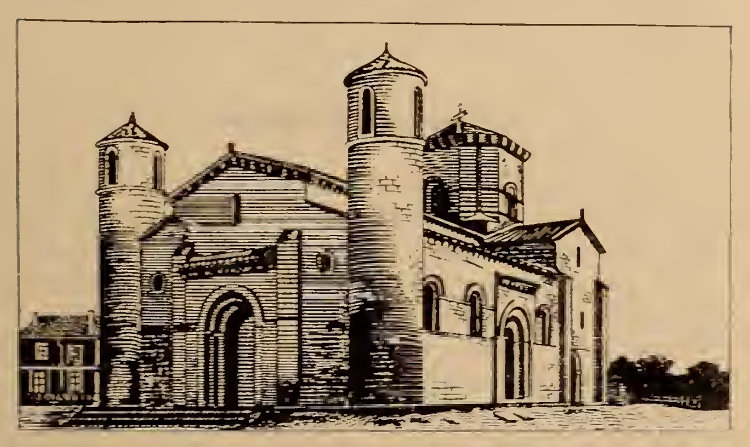
LAS LECTURAS

La herencia del mosaísmo

Hasta aquí la asamblea litúrgica de los cristianos se diferenciaba muy poco de la que se celebraba cada sábado en las sinagogas de los hebreos. Y era natural que así fuese. Como Eva, formada del costado de Adán, la Iglesia nacía del costado abierto de Cristo; pero nacía en el seno de la Sinagoga, y al desprenderse de ella se lleva consigo, con derecho de herencia, además de sus propios tesoros, los ritos y las Escrituras de Israel, a quien iba a reemplazar con ventaja en su oficio de dirigir y santificar las almas. Sucedía a la Sinagoga en todo lo que tenía de santo y divino, y sus primeros adeptos, discípulos de Moisés, llegaban a ella con lo más bello de cuanto les había impresionado en su liturgia. Al aceptar el Evangelio, estos hombres no olvidaban las tradiciones que habían aprendido a amar desde su infancia, y entre todas ellas ninguna tan venerable para ellos como la que los reunía semanalmente para oír la palabra de Dios explicada por el doctor de la Ley.

Aún hoy conservan los judíos las antiguas costumbres en sus sinagogas vacías. Recuerdo el rostro cetrino y grave de Ben Hayyon, el *samar* o custodio de la sinagoga de Gibraltar, que me explicaba hace ya años su liturgia sabática, paseándome por el edificio encomendado a sus cuidados, un recinto de tres pequeñas naves, blancas y limpias,

y un deambulatorio en la parte superior, destinado para las mujeres. En el fondo se abría una alacena: el tabernáculo donde se guardaba el rollo de los sagrados libros; delante había una mesa con cuatro grandes hachones de luz eléctrica, uno en cada ángulo, y junto a ella se alzaba el



Iglesia románica. San Martín de Frómista (siglo XI).

gran candelabro que, según las prescripciones mosaicas, debiera tener siete brazos, pero que entonces debía estar mutilado, como punzante recuerdo de las reivindicaciones judías sobre el monte Sión y sobre la Tierra Santa.

—Aquí—me decía el *samar* con suave acento—se coloca el sacerdote, que debe pertenecer siempre a la tribu de Aarón, teniendo a su derecha un diácono, que ha de ser siempre un descendiente de Leví, y a su izquierda, un subdiácono, escogido por turno entre las demás tribus.

—¿Y cuál es el oficio de cada uno de ellos?—pregunté yo, admirado de aquella terminología, robada evidentemente a los cristianos.

—El subdiácono ayuda, el diácono lee, el sacerdote, es decir, el rabino de nuestros antiguos libros, explica al pueblo lo que se ha leído y dice la oración en nombre de todos. Y aquí tiene usted el programa de nuestras reuniones litúrgicas: se lee la Biblia (debemos leerla entera cada siete años), se comenta, se ora y se alaba a Jehová con nuestros himnos y nuestros salmos.

La sombra y la realidad

Tal era también el programa que se seguía cuando Cristo entraba a explicar la Escritura en la sinagoga de Nazaret, o cuando San Pablo buscaba en las sinagogas del mundo romano el reducto primero de sus conquistas y la base de sus campañas misioneras. Leíanse la Ley y los profetas, es decir, la plenitud de los libros inspirados, comprendidos en esta doble denominación; venía a continuación la exhortación o *midrash*, que giraba en torno de los temas leídos, y el ejercicio terminaba con las oraciones y cánticos de alabanza, sacados principalmente del Salterio. Este esquema penetra desde el primer momento en la Iglesia, completado, naturalmente, con fórmulas y ritos que surgen en el seno de la sociedad nueva. Al Antiguo Testamento se junta el Nuevo; a las enseñanzas de la Ley y los profetas, las del Evangelio y las Epístolas apostólicas. Los cuatro elementos se conservan: lectura, canto, homilía y oración. En uno de nuestros libros más antiguos, las *Constituciones apostólicas,* leemos estas palabras: «Reuníos en los cementerios para leer las Santas Escrituras, para salmodiar sobre las reliquias de los mártires que allí duermen, y para ofrecer la eucaristía.»

Pero un espíritu nuevo va infiltrarse en esos viejos elementos importados. La institución judaica, retocada y per-

feccionada por una labor de siglos, llegará a ser en manos de la Iglesia una obra maestra de instrucción, de alabanza, de arte y de consuelo espiritual. ¿Puede encontrarse cosa alguna más apta para llevarnos a Dios que las palabras mismas de Dios? Esas palabras son las que la Iglesia recoge, ordena y selecciona para ponerlas en boca de sus hijos en la primera parte de la Misa, adaptando y armonizando con un instinto maravilloso los episodios del Antiguo Testamento con los pasajes del Nuevo. Es bella ciertamente la literatura bíblica de la religión mosaica, son sublimes sus relatos y sus visiones, sus enseñanzas y sus cánticos; pero aun así, todo en ella nos produce la impresión de una cosa incompleta y fragmentaria. Es el problema que está exigiendo su solución, el símbolo que se refiere a otra cosa, que pide la realidad, la profecía que aguarda su cumplimiento. El Antiguo Testamento es el enigma; el Nuevo, la clave; aquél nos propone el misterio, éste nos lo ilumina, y gracias a él descubrimos la armonía en la realización de los designios divinos.

Obra de selección

Es la Iglesia la que tiene en sus manos la llave; es ella la que ha recibido de Dios el instinto sagrado de la interpretación; nadie, por tanto, como ella para adaptar las palabras divinas a las exigencias de la oración. Viéndose obligada a escoger, dada la abundancia de los tesoros bíblicos, hizo la selección teniendo en cuenta la armonía íntima que existe entre las dos revelaciones, iluminando así con vivos resplandores la figura soberana de su Fundador y haciendo resaltar con fuertes rasgos el testimonio de su misión divina y de su magisterio terreno. Dirigida por el Espíritu Santo, realiza esta labor de enseñanza y de consuelo, combi-

nando sutilmente la profecía con la historia y sacando torrentes de luz con un sistemático acercamiento de los textos bíblicos, que tienen entre sí misteriosas relaciones. Su obra, pulida y perfeccionada a través de los siglos, no es la de un simple coleccionador, sino la de un artista. Con



Prelados ante el atril (Códice Emilianense, siglo X).

ella la doctrina adquiere más alto vigor y la devoción se enciende; se agiganta la fuerza teológica y la poesía despide reverberos insospechados. Una belleza nueva brota de las palabras de la antigua Ley con sólo ponerlas frente a otras de los apóstoles y de los evangelistas. Hay ocasiones en que se nos revela su más profunda significación con sólo aplicarlas a una circunstancia especial de la vida hu-

mana, o a un pasaje de la vida de Cristo, o a una época determinada del año religioso, en que parecen salir más espontáneamente del corazón. Esto realza su significado y hace mayor su eficacia. Bellos son en sus libros originales los versos de Isaías—que forman el conocido canto de Adviento que llamamos el *Rorate*—, profundamente impresionantes los trenos de Jeremías, ricos de emoción y de dramática grandeza los lamentos angustiosos de Job ; pero estas joyas incomparables de la literatura hebrea se nos presentan con un relieve singular y causan en nosotros una emoción más profunda cuando las oímos en medio de la expectación ansiosa de la Venida de Cristo, o en el oficio de Difuntos, o bajo la impresión de la tragedia divina, que conmemoramos durante la Semana Santa.

Un ejemplo

Abramos el Misal por cualquiera de las misas cuaresmales, la del miércoles de la cuarta semana. Es el día que la Iglesia consagraba en los primeros siglos para dar la última instrucción a los catecúmenos que debían bautizarse el Sábado Santo, y designar luego los que estaban preparados para recibir la gracia bautismal. Todos los textos de esa Misa—el Introito, los Graduales, la primera lectura, la Epístola, el Evangelio—nos hacen pensar en la vida nueva, que trae la gracia santificante ; en la purificación del agua santa, en la iluminación de la fe que ya alborea para los futuros neófitos, de quienes el ciego de nacimiento es una figura admirable. Hasta aquel verso : *Accedite ad eum et illuminamini*, que alude a la iluminación de las almas sedientas de acercarse a las aguas purificadoras, tiene un sentido especial si recordamos que, en los primeros tiempos del cristianismo, los que acababan de recibir la gracia bautismal recibían el nombre de *iluminados*.

Unidad orgánica

Por otra parte, esta Misa nos recuerda una práctica general de los primeros cristianos, que se perpetuó en las liturgias orientales y en la antigua liturgia española, y es que, para hacer más sensible la relación que existe entre los dos Testamentos, se hacían siempre tres lecturas: una de la Ley o los profetas, otra de las Epístolas apostólicas y la tercera de los Evangelios. La liturgia romana, buscando la brevedad, las redujo a dos, tomando la primera indistintamente del Antiguo Testamento o de los escritos de los apóstoles. Pero esta supresión no ha destruído el pensamiento inicial. A pesar de ella, los textos bíblicos, asociados sistemáticamente con el fin de causar una impresión más fuerte en los corazones o de iluminar con más dulce claridad las inteligencias, forman como un organismo armónico, a través del cual circula la savia de la vida divina, y es como un edificio doctrinal, en el que la unidad y la cohesión se juntan admirablemente con la libertad y la flexibilidad propias del Espíritu de Jesús. Es una unidad orgánica, no metafísica; teleológica, no teológica. Nada mejor, tanto para mover como para enseñar, para dar un alto conocimiento de los misterios cristianos y para ayudar a vivirlos. Pero la doctrina no tiene aquí el rigor, ni la lógica, ni la gravedad de un curso de teología. Es profunda, ciertamente, pero se presenta a los ojos de los fieles de una manera espontánea, sencilla, popular, envuelta en los encantos de la poesía, vestida de la gracia de los neumas. encarnada en la historia fulguranté de imágenes, sensibilizada en metáforas.

La Homilía

Y por si alguna cosa quedaba oscura, venía después el comentario para esclarecerla. Es la Homilía de los orientales, el sermón de las iglesias de Occidente. Lo mismo que hoy, el sermón seguía al Evangelio y versaba casi siempre sobre alguno de los textos que se acababan de leer. No había Misa solemne sin sermón, y recordemos que en los primeros tiempos de la Iglesia todas las Misas eran solemnes. La exposición de la palabra divina estaba reservada al obispo, el cual podía delegar en algún clérigo que se distinguía por su doctrina y su elocuencia. A principios del siglo III, un simple diácono, pero escritor excelso, Orígenes, tenía esta misión en la iglesia de Alejandría, y gracias a ella poseemos un gran tesoro literario del cristianismo primitivo. En cierta ocasión, después de una larga lectura de la Biblia, Orígenes subió al púlpito y empezó su discurso con estas palabras: «Varios son los pasajes del libro de los Reyes que acabamos de oír: la fuga de David ante la cólera del rey Saúl, el capítulo que nos describe la escena de la pitonisa y el que nos habla de la magnanimidad del hijo de Isaí cuando encontró a Saúl dormido en su tienda. Si hubiera de explicar todos estos episodios, me alargaría demasiado. Ruego, pues, a nuestro obispo que él me diga qué pasaje debo explicar.» El prelado escogió el segundo de los temas enunciados, y Orígenes, que por lo visto estaba dispuesto a hablar de todo con la misma maestría, pronunció un discurso famoso sobre la pitonisa de Endor y sobre la intervención del demonio en la historia.

A esta costumbre de la primitiva Iglesia debemos una gran parte de las obras maestras de nuestra patrología: los *Sermones* de San Agustín, el *Hexamerón* de San Basilio y el de San Ambrosio, las *Homilías* de San Juan Crisóstomo,

los *Morales* de San Gregorio Magno y la mayor parte de los comentarios de la Sagrada Escritura. El pueblo escuchaba de pie, lo cual no dejaba de ser algo incómodo, aun para los más animosos, pues con frecuencia los discursos se extendían desmesuradamente. San Agustín tiene un opúsculo delicioso, intitulado *De catechizandis rudibus*, en que se nos reflejan las varias actitudes de los oyentes frente al orador sagrado. A veces, el público asiente con entusiasmo o aplaude ruidosamente; no sabe disimular la impresión de gozo cuando ha visto brotar súbitamente una frase feliz o encenderse una idea luminosa como un relámpago. Pero si el sermón se prolonga, bosteza, se duerme y llega a faltar al respeto al orador, pidiendo que acabe cuanto antes. «Al advertir el cansancio—dice el obispo de Hipona—, debemos despertar la atención desfalleciente, sea con alguna palabra honestamente regocijada, sea con alguna anécdota viva o conmovedora, sea viniendo en ayuda de la concurrencia, invitándola a sentarse, e imitando en esto a algunas iglesias del otro lado del mar, donde, si los obispos tienen sus cátedras, no faltan tampoco asientos para los fieles.»

CAPITULO XIV

EL PRIMER CANON DE LA MISA

Una fuente común

San Justino nos habla, ya conocemos sus palabras, de la oración eucarística, pero sin reproducir la fórmula. Solamente nos dice que el que preside la reunión dirige la alabanza al Padre de todo por el Hijo y el Espíritu Santo, prolongándose en la acción de gracias por los dones que de El vamos a recibir. Pero si él no es más explícito, unos años más tarde nos encontramos ya con el precioso documento que pone en nuestras manos una luz, con cuya ayuda podemos dar algunos pasos más en el conocimiento de la liturgia primitiva. Es el primer Canon de la Misa, o por lo menos un espécimen de cómo era el Canon de la Misa entre los discípulos de los discípulos de los apóstoles. De él se ha dicho que trae hasta nosotros el perfume de cosas memorables y muy delicadas, como una brisa de gran lejanía.

La palabra *Eucaristía* quiere decir acción de gracias, y entronca, por tanto, con el acto sagrado de la Cena, donde Cristo, antes de partir el pan, dió gracias, según la expresión de todos los sinópticos. Es también la expresión de San Pablo, y ya hemos visto que, según el relato de San Justino, el sacerdote prolongaba la acción de gracias en la consagración del pan y el vino. De tal manera impresionó a las primeras generaciones cristianas este rasgo fundamental de sus asam-

bleas, que el sacramento para el cual se reunían recibió el nombre de Eucaristía.



Cáliz sirio de Hama (siglo V).

Gran felicidad la nuestra si pudiésemos hoy repetir la acción de gracias, como Cristo la expresó en aquella hora memorable, o por lo menos la que empleaba San Pablo para renovar el misterio sagrado en la Iglesia de Corinto, o la que dejó San Juan en Efeso y en las comunidades de Asia. Hay que reconocer que esto es imposible. Al recibir la consigna de Jesús: «Haced esto en memoria mía», los discípulos sólo recogieron textualmente las palabras de la Consagración, y aun en ellas nos encontramos con variantes verbales, dentro de la misma fórmula sustancial. Y, sin embargo, si examinamos las varias docenas de oraciones eucarísticas que han llegado hasta nosotros, vemos en ellas un fondo común. Cada liturgia tiene su anáfora, como dicen los orientales, es decir, su oración eucarística, correspondiente al Canon de la liturgia romana. La tiene la liturgia mozárabe de la España antigua, en la cual llevaba el nombre de Inlatio; la tienen la liturgia ambrosiana de Milán, la céltica, la galicana, las varias liturgias del Oriente: la de San Basilio, la de San Juan Crisóstomo, la siríaca, la copta, la armenia, la maronita, etc. Nacidas en los extremos opuestos del mundo antiguo, fruto de distintas culturas y civilizaciones, expresadas en lenguas diferentes, venerables todas ellas por su antigüedad, nos ofrecen un parentesco evidente en las ideas, y al-

gunas veces hasta en la expresión. ¿No podría ser esto un indicio de que todas ellas proceden de una fórmula primitiva, que las enlazaría a todas con el Cenáculo o nos llevaría por lo menos a enlazar con los tiempos apostólicos?

San Hipólito y su libro

Para contestar a esta pregunta se ofrecía como argumento definitivo ese documento que nos salía al paso en los umbrales del siglo III. No se trata de un texto hallado recientemente, puesto que forma parte de un libro conocido hace mucho tiempo con el título de *Ordenación de la Iglesia copta*; pero es en estos últimos años cuando se ha podido averiguar que su autor es San Hipólito, un ilustre sacerdote romano, a quien conocíamos por su intensa labor literaria, por sus choques violentos con el Papa San Ceferino († 217); por su oposición frente a San Calixto († 222), que le llevó a organizar en el seno de la comunidad de Roma un grupo rebelde a la autoridad legítima, y, finalmente, por la generosidad con que hizo olvidar su rebeldía dando la sangre por Cristo, después de haberse reconciliado con la Iglesia. En su lengua original, este libro llevaba el título de *Tradición apostólica*, que expresaba las tendencias conservadoras de su autor. San Hipólito lo compuso alrededor del año 215, es decir, poco antes de haber comenzado sus luchas con la jerarquía. Los sucesos que luego se desarrollaron y el hecho de que este libro estuviese escrito en griego nos explican por qué tanto él como los otros que escribió Hipólito fueran muy poco conocidos en Roma y en todo el mundo occidental. El Oriente, en cambio, los acogió con entusiasmo, viendo en ellos el eco de la tradición primitiva, autorizada por el sello del prestigio de Roma, pero no se conservaron en sus textos

primitivos, sino en versiones siríacas, coptas, etiópicas y arábigas. Son la fuente más importante que tenemos para el conocimiento de la vida cristiana en la Roma del 200. Ese libro de la *Tradición apostólica*, que es el que aquí nos interesa, empieza hablando de la consagración de los obispos. El que acaba de ser designado se presenta en la asamblea entre las aclamaciones de la multitud; recibe luego el homenaje de los diáconos, que le presentan sus dones, y a continuación el obispo empieza la *acción de gracias*, con la cual va a consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

El texto

Dominus vobiscum.—Et cum spiritu tuo.—Sursum corda.—Habemus ad Dominum.—Gratias agamus Domino.—Dignum et justum est.

«Gracias te damos, Señor, por tu amado Hijo Jesucristo, a quien nos enviaste en los últimos tiempos como Salvador, Redentor y Angel de tu consejo. El es tu Verbo inseparable, por quien hiciste todas las cosas, y siempre agradable a Ti. Le enviaste del cielo al seno de la Virgen; se hizo carne allí y fué llevado en sus entrañas, y se manifestó Hijo tuyo nacido del Espíritu Santo y de la Virgen. Cumpliendo luego tu voluntad y adquiriendo para Ti un pueblo santo, extendió sus manos, cuando padecía, para librar del tormento a aquellos que creyeron en Ti. Y al ser entregado luego a la pasión voluntaria para destruir la muerte y romper los vínculos del diablo, y hollar el infierno e iluminar a los justos, y establecer la meta y abrir la puerta de la resurrección, tomando el pan, dándote a Ti gracias, dijo: «Tomad y comed; esto es mi Cuerpo, que será roto por vosotros.» De la misma manera el cáliz, diciendo: «Esta es mi Sangre, que es derramada por vosotros. Cuando esto hacéis,

hacéis mi memoria. Acordándonos, pues, de su Muerte y su Resurrección, ofrecémoste el pan y el cáliz, dándote gracias porque nos hiciste dignos de estar delante de Ti y de ser



Basilica romana de Santa Inés.

ministros tuyos. Y te pedimos que envíes tu Santo Espíritu sobre las ofrendas de esta Iglesia, y que, congregando en la unidad a todos los santos que han de participar, les des que sean llenos del Espíritu Santo para la confirmación

de la fe en la verdad, a fin de que te alabemos y glorifiquemos por tu Hijo Jesucristo, en el cual sea a Ti el honor y la gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.»

Sus caracteres

Tal es la primera oración eucarística que ha llegado hasta nosotros. Todo en ella nos indica que pertenece a una época en que la Misa se encontraba en la primera etapa de su evolución. Es la bella simplicidad de una institución que comienza, cuando todo es rudimentario, cuando ni los lugares del culto, ni las vestiduras sagradas, ni los cantos litúrgicos, ni la variedad del personal, ni la complicación en las ceremonias, han venido a rodear los sagrados misterios de pompas rituales y religiosas. Vemos en ella la introducción con el motivo de la acción de gracias, cuyo origen está en el Cenáculo. En el centro, la fórmula de la Consagración, seguida, como en el Canon romano de la anamnesis, o recordación de la Muerte y Resurrección de Cristo, y luego de la épiclesis o invocación al Espíritu Santo. Al fin, el amén de que nos habla San Justino. Reina una gran unidad en el conjunto, una continuidad perfecta en las ideas, una ausencia de digresiones, ya que ni siquiera encontramos la aclamación lírica del Sanctus. Es la Eucaristía propiamente dicha, la acción de gracias, que hubo de constituir el elemento esencial de la Misa apostólica. Y es fácil descubrir en este texto claros elementos paulinos, aunque la fórmula de la Consagración no es la de San Pablo; como si hubiese aquí algo que, nacido con absoluta independencia del Apóstol, hubiera sido luego fecundado por su hálito poderoso.

Su antigüedad

Todo esto ha hecho pensar a algunos liturgistas que la oración eucarística de San Hipólito es mucho más antigua que él. El no habría hecho más que incluir en su libro una fórmula conocida ya en las principales iglesias del mundo cristiano. El benedictino Dom Paul Cagin escribió no hace mucho una obra voluminosa para probar que se trataba de una oración, cuyo origen habría que colocar en la generación de los primeros cristianos, con las raíces en el Cenáculo mismo. Sus argumentos son sutiles, áridos, lentos, difíciles, pero causaron honda impresión Parte de un principio famoso, que San Agustín expresa en esta forma: «Aquellas cosas que observamos, aleccionados por la Tradición, no por la Escritura, y con nosotros las observa todo el orbe cristiano, se entiende que han sido transmitidas o establecidas, bien sea por los apóstoles, bien sea por los Concilios generales. Es lo que sucede, por ejemplo, con la celebración anual de la Pasión del Señor, de su Resurrección, de la Ascensión al cielo y la Venida del Espíritu Santo.»

De una manera semejante—dice el sabio benedictino—podríamos razonar con respecto a la oración litúrgica. Cuando encontramos una coincidencia entre ella y un pasaje que aparece también, si no en todas las liturgias, por lo menos en las más antiguas, en las más distantes, en las más diferentes entre sí, por su situación geográfica o por la corriente tradicional a que pertenecen, y por otra parte ese pasaje deja también huellas en los antiguos escritores, no es a estos escritores a quienes hay que atribuir su origen, sino a la tradición común, que influye a la vez sobre los escritores y las liturgias. Esto es precisamente lo que observamos al analizar el texto de San Hipólito y al enfrentarlo con toda la literatura litúrgica de los tres primeros siglos. Empieza por im-

presionarnos por esa gran unidad, que hace de él un todo, en el que se desarrolla armónicamente la idea enunciada en el diálogo del principio: *Gratias agamus Domino,* sin estallidos líricos, sin interrupciones corales, sin incisos ni paréntesis, sin otro contenido que el puramente cristológico, el indispensable para insertar en él una fórmula de consagración puramente escrituraria, sin añadiduras, que indicarían un momento avanzado de la evolución litúrgica. Pero hay algo más impresionante todavía, y es que esta fórmula se encuentra en Roma y en Etiopía, dentro de la Iglesia católica y en el seno de una primitiva secta antitrinitaria, que la adoptó con las correspondientes interpolaciones. Sus ecos parecen descubrirse en numerosas liturgias del Oriente y del Occidente, y hasta en los escritos de San Justino y en la *Epístola* de San Bernabé llegan a rastrearse reminiscencias suyas. Todo esto nos permitiría avanzar más lejos en el origen de esta fórmula eucarística y nos llevaría a adivinar su existencia en las comunidades del siglo I, con la aplicación del gran principio agustiniano: «Lo que tiene la Iglesia universal y no fué instituído por los Concilios, fué con toda seguridad transmitido por la autoridad apostólica.»

Valor individual

El principio es incuestionable, pero no son tan seguras las consecuencias que de él puedan derivarse. La dificultad está en ver si una cosa pertenece a esa categoría de lo que tiene la Iglesia universal. Aquí es donde podemos ser víctimas de una ilusión. Después de haber leído el apretado y grueso volumen de Dom Paul Cagin, dudamos de haber cogido el último eslabón de la cadena. Reconocemos la antigüedad venerable de este primer Canon de la Misa, pero aún podemos preguntarnos: «¿Es tanta que pueda arrancar de

la cárcel en que Pablo rezaba y consagraba atado al legionario que Nerón había puesto junto a él? ¿O del grupo de los discípulos alejandrinos, cuya vida describía Filón como gloria de la tradición mosaica? ¿O de alguna de las Iglesias del Asia, cuya cabeza, cuyo guía, cuyo aliento era el discípulo amado?»

La duda queda en pie. Hoy prevalece la idea de que San Hipólito insertó en su libro un tipo puramente personal de oración eucarística. Tal vez lo utilizó él mismo; pero podemos estar seguros de que no llegó a conseguir que se le aceptase en torno suyo, ni siquiera fué ésa su pretensión, puesto que en ese mismo libro de la *Tradición apostólica* leemos esta advertencia: «No es necesario que el obispo diga precisamente las mismas palabras que yo traigo aquí, ni que tenga que aprendérselas de memoria para dar gracias a Dios. Cada cual debe rezar según sus posibilidades. Si está en condiciones de rezar con una oración larga y bella de su propia invención, perfectamente; pero si quiere decir la oración según una forma fija, nadie debe impedírselo. Lo importante es que la oración sea recta y ortodoxa.»

Libertad de improvisación

Vemos, pues, que no existía aún un Canon obligatorio; vemos que el sacerdote tenía libertad para improvisar, lo mismo que hoy el predicador. Pero de la misma manera que hoy hay sermones escritos, que algunos se aprenden de memoria, así empezaban ya entonces a correr oraciones eucarísticas, compuestas por personas autorizadas, siguiendo unas normas tradicionales. Y la primera de cuantas hoy conservamos es esta del insigne sacerdote romano de principios del siglo III. Si no podemos ver en ella una obra de los apóstoles, podemos considerarla al menos como el primer em-

brión de lo que, a través de una larga elaboración, cuya historia sólo imperfectamente conocemos, será el Canon actual. Y podemos estar seguros de que San Hipólito, gran tradicionalista por el conocimiento y por el entusiasmo, se esforzó por recoger en ella el hálito de la Iglesia primitiva. Lo vemos por esa tendencia exclusivamente cristológica que revelan sus palabras, y que diferencian esta su fórmula famosa de otros tipos de oración eucarística que se conocieron en aquellos primeros siglos: uno de carácter filosófico, en que la alabanza divina iba envuelta en un ropaje de conceptos helenísticos, y otro que pudiéramos llamar sinagogal, porque recordaba las preces de la liturgia de los judíos en las reuniones del sábado. Lo vemos también en la dulce intimidad que respiran esas frases, cuyo acento nos hace pensar en las oraciones de la Doctrina de los Apóstoles y trae hasta nosotros ecos de los primeros balbuceos de la liturgia cristiana. Son las mismas brisas que inspiraron a mediados del siglo II la oración famosa que pronunció, atado ya sobre la pira en que iba a ser consumido como víctima de holocausto, un discípulo de los apóstoles, un gran jefe de la Iglesia primitiva: «Señor Dios omnipotente—rezaba San Policarpo en el anfiteatro de Esmirna—, Padre de tu amado y bendito Hijo Jesucristo, por quien recibimos noticia de Ti, Dios de los ángeles y de las virtudes, de toda criatura y de toda la raza de los justos que viven en tu presencia, bendígote porque en este día y en esta hora te dignaste concederme que tuviese parte en el número de tus mártires, en el cáliz de tu Cristo, para la resurrección de la vida eterna del alma y del cuerpo, en la incorrupción por el Espíritu Santo, entre los cuales aspiro a ser hoy recibido delante de Ti, en sacrificio agradable y escogido, como lo preparaste y me lo demostraste y ahora lo cumpliste, oh Dios veraz, que no sabes de la mentira. Por todo esto te alabo, te bendigo y te glorifico con Jesucristo sempiterno y celeste, tu muy amado

Hijo, en unión del Cual y del Espíritu Santo a Ti la gloria ahora y en los siglos venideros. Amén.»

Un mismo espíritu anima la oración del obispo de Esmirna, en su holocausto, y la plegaria sacrificial del sacerdote de Roma. El uno escribe como testigo del Occidente ; el otro trae hasta nosotros un eco del cristianismo oriental. Tal vez no se conocen, pero son hermanos que tienen la misma voz, que respiran una misma atmósfera, que beben el agua de la misma fuente.

CAPITULO XV

TRES REALIDADES DE NUESTRO SACRIFICIO

Simplicidad primitiva

Ya sabemos algo del origen de esa oración admirable con la cual se realiza el sacrificio augusto del pan y del vino. La bella fórmula que comentamos anteriormente no nos llevará hasta la cárcel en que Pablo rezaba y consagraba atado al legionario que Nerón había puesto junto a él, ni al grupo de los discípulos alejandrinos, cuya vida describía Filón como gloria de la tradición mosaica, ni siquiera a aquellas Iglesias del Asia Menor, llenas de efervescencias peligrosas, cuya cabeza, cuyo guía, cuyo aliento era el discípulo amado; pero trae hasta nosotros un eco de la era de las persecuciones y un aroma misterioso de las catacumbas ; y esto basta para que veamos en ella como el primer embrión de lo que, a través de una larga elaboración, cuya historia sólo imperfectamente conocemos, será el Canon de la liturgia romana, el que usan hoy todos los sacerdotes del rito latino en el acto de la Consagración.

Este último nos ofrece una variedad, una multiplicidad de temas y de ideas, una complejidad y riqueza que están delatando muchas manos y épocas diferentes. Sabemos, en efecto, que si en el siglo IV estaba ya sustancialmente formado, en el V dejaba en él su huella de gran liturgista San León I, y a fines del VI todavía lo retocaba y completaba San

Gregorio Magno. La fórmula, en cambio, que podemos considerar como su primer esbozo, se distingue por su perfecta simplicidad; es una sola oración, terminada con un solo Amén, un grito de todos los fieles, una aclamación final



Miniaturas de las Escuelas de San Galo (siglo X).

que significa la adhesión general a la consagración realizada, como lo insinúa ya San Justino, y algo más tarde San Dionisio de Alejandría, cuando en su *Apología* dice, dirigiéndose a un simple cristiano: «Has escuchado la Eucaristía y luego has clamado con todos: Amén.»

Acción de gracias

La estructura, sin embargo, es igual en la fórmula primitiva y en el Canon posterior. Hay un diálogo, el mismo que encabeza aún el Prefacio; hay una doxología, más o me-

nos prolongada ; hay unas palabras evangélicas, en que se incrusta la forma del Sacramento ; hay un recuerdo de la recomendación de Cristo : «Haced esto en memoria mía» ; y al fin, tras la fórmula de la Consagración, encontramos ya los primeros rasgos de la oración que se ha llamado *Anamnesis :* «Así, pues, acordándonos de su Muerte...» ; y de la que lleva el nombre de *Epiclesis* o invocación del Espíritu Santo : *Supplices te rogamus..., jube haec perferri per manus Sancti Angeli tui...* Y así debía ser, puesto que lo mismo nuestra Misa que la que celebraban los primeros cristianos, es la repetición de la Cena del Señor ; y esa oración primitiva nos refleja acaso con más claridad y con más íntima unción las grandes ideas y los hechos sublimes que se desarrollaron en el Cenáculo la noche que precedió a la Pasión, en aquella primera Misa que fué a la vez el cumplimiento y la transformación de la Pascua judía.

En el Antiguo Testamento

También allí el acto comenzó por una acción de gracias : *gratias agens.* Lo primero fué la oración que dará nombre al Sacramento, la oración eucarística que arrancaba, por decirlo así, del ritual mosaico tradicional. Otra vez nos encontramos aquí con la influencia judaica. En sus asambleas litúrgicas, los rabinos tenían una predilección especial por la acción de gracias, que solía ser un himno a las grandezas de Jehová, una alabanza de sus atributos, un recuerdo de sus perfecciones, reveladas en las maravillas del mundo, y un reconocimiento de los favores con que había distinguido al pueblo de Israel, cuya historia se evocaba rápidamente. Algunos salmos pueden ser considerados como ejemplos de esta oración de acción de gracias ; pero tenemos muy particularmente el tipo clásico de la plegaria de los levitas, que lee-

mos en el capítulo IX del libro de Nehemías, y que hasta por su introducción nos recuerda la acción de gracias del sacrificio cristiano. Los hijos de Leví comienzan invitando al pueblo a alabar a Dios:

—*Surgite* (Levantaos).

—Bendecid al Señor, vuestro Dios, de eternidad en eternidad.



Vista exterior de la iglesia de Santa Irene, de Constantinopla (siglo VI).

—Que se bendiga su Nombre glorioso, que está sobre toda bendición y alabanza.

Seguía luego la enumeración de las perfecciones de Jehová y el relato de sus obras, entre las cuales ocupaban un lugar preferente los prodigios obrados con el pueblo escogido, desde los días de Abraham hasta la liberación del cautiverio de Babilonia: «Tú eres el único Dios y Señor: un

Dios pronto para perdonar, clemente y misericordioso, difícil para la ira y rico en bondad... Tú has hecho el cielo y el cielo de los cielos, y todo el ejército de los ángeles y las estrellas, la tierra y todo cuanto en ella se contiene... Tú has escogido a Abraham...»

Los investigadores de los ritos hebraicos nos dan interesantes pormenores sobre los momentos solemnes en que se pronunciaban estas bendiciones, y por ellos sabemos que uno de esos momentos era el del banquete de la noche de Pascua, en el cual el jefe de familia debía tomar en sus manos el pan y el vino, diciendo al mismo tiempo: «Bendito sea el que ha producido este pan y el que ha hecho brotar el fruto de la vid...» Y esto es precisamente lo que hizo Nuestro Señor en la última Cena: «Tomó el pan, y *dando gracias* lo partió y lo dió.» Así, la idea antigua de bendecir a Dios por sus dones pasó a la fórmula de nuestro sacrificio y le dió su nombre: Eucaristía. La misma invitación que el sacerdote hace a los fieles al comenzar: *Gratias agamus Domino Deo nostro,* y luego toda la oración va a ser una acción de gracias, pero una acción de gracias más amplia, más consciente, más sublime que la que podría pronunciar un rabino o elevar a Jehová un padre de familia en el banquete pascual, puesto que la revelación de Jesús había dado a conocer más altos misterios sobre la naturaleza de Dios; había descubierto perspectivas admirables sobre su amor infinito; había dado una noción más precisa sobre su paternidad y su misericordia, y se había manifestado de una manera insospechada en la obra redentora del único Mediador y Adorador perfecto, a través del Cual deben llegar al cielo todos nuestros ruegos y todas nuestras alabanzas para que tengan un valor infinito.

Ofrenda

Pero la Eucaristía no va a ser solamente bendición, sino también ofrecimiento. Del homenaje por el cual alabamos a Dios y le agradecemos sus dones, a aquel por el cual se los ofrecemos, no hay más que un paso, y la Iglesia lo da convirtiendo la Eucaristía en ofrenda del pan y el vino. Así lo decía ya aquel Canon primitivo, transmitido por San Hipólito: «Acordándonos, pues, de su Muerte y Resurrección, te ofrecemos el pan y el cáliz, dándote gracias por habernos juzgado dignos de estar en tu presencia y de servir a tu santo altar. Y te rogamos que envíes a tu Espíritu Santo sobre esta oblación de la Santa Iglesia.» La idea eucarística no ha desaparecido, puesto que damos gracias a Dios, que nos ha hecho dignos de estar delante de El; pero a ella viene a juntarse la de la ofrenda, una ofrenda de pan y vino, como la de Melquisedec, sacerdote de Salem: «Te ofrecemos el pan y el cáliz.» Y éste parece ser el gesto principal. Se ofrece el pan y el vino porque estamos reproduciendo la Cena, porque Cristo lo quiso así, porque el pan y el vino representan al que es el Alimento del alma, al que pudo decir con toda verdad: «Yo soy el Pan de vida», y porque en estos elementos encontrarán los cristianos de todos los tiempos hermosas e instructivas figuras y símbolos impresionantes de las más altas verdades de la vida espiritual. En el primer devocionario que ha tenido la Iglesia, la *Didake*, se rezaba ya de esta manera: «Como este pan, disperso antes en las montañas, ha llegado a ser uno, así un día tu Iglesia sea reunida de todos los confines del mundo en tu reino.»

Esta oblación del pan y el vino se subraya en todo el curso de la Misa: el Ofertorio la insinúa, la Secreta alude a ella constantemente: el Canon habla de «los dones, de los obsequios y de los sacrificios inmaculados, depositados so-

bre el altar, y aun después de la Consagración que los ha transformado, decimos al Señor que le presentamos nuestra ofrenda *de tuis donis ac datis*. Todo esto revela una realidad innegable, una intención, una voluntad, la de presentar la Misa como la oblación de la Santa Iglesia, oblación de unos dones tangibles, elementales y tradicionales entre los hombres, con la cual se perpetúa y consagra una de las formas milenarias del sacrificio.

Más que un sacrificio, pudiéramos llamarlo un homenaje. Dios no tiene necesidad de nuestro pan ni de nuestro vino. «¿Acaso voy a comer yo carne de toros o beber sangre de cabritos?», decía a los hebreos en el Antiguo Testamento. «Si tuviese hambre, no te lo diría, pues mía es la tierra y todo lo que contiene.» La ofrenda no es más que un reconocimiento de esta propiedad, y como un símbolo por el cual se continúa y se acentúa la acción de gracias. Este sentido tienen también los ritos relacionados con las primicias. Todo es de Dios, y nosotros somos también suyos. También nosotros estamos incluídos en nuestra ofrenda. Por eso decía San Agustín: «La Iglesia sabe que en aquello que ofrece ella misma se ofrece.» Y así, en la ofrenda del pan y del vino, humilde sacrificio ritual, de un sentido casi popular, está virtualmente contenido otro homenaje, no ya ritual y ocasional, sino moral y permanente: la ofrenda de nosotros mismos ante la majestad de Dios, que nos ha dado el ser y lo conserva.

Inmolación

Pero si no han sido abolidas las antiguas tradiciones hebraicas ni los usos elementales de todos los pueblos, nada de esto debe hacernos olvidar que, como observa el Concilio de Trento, la Misa es, ante todo, un acto de propicia-

ción, un sacrificio expiatorio, en que se inmola el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Se ofrece el pan y el vino, y al mismo tiempo la cosa ofrecida es el mismo Cristo; o si se quiere, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, inseparables de su Alma y Divinidad. Este tercer aspecto no anula los otros dos, aunque los supera infinitamente. La acción de gracias permanece; la realidad de la oblación nos permitirá hablar, antes y después de la Consagración, de los dones, de los presentes, de las ofrendas que se presentan ante el altar; pero todo esto queda como empequeñecido ante el prodigio trascendente del sacrificio cristiano: por virtud de las palabras del sacerdote, en el altar ya no hay pan y vino; es el mismo Cristo quien está allí bajo las humildes apariencias del vino y del pan. Y ya no es una cosa material la que se ofrece, sino el Cuerpo mismo del Hombre Dios. Esto es lo que da a la Misa su válor supremo, su sentido más alto y ese carácter grandioso que hace de ella un sacrificio de expiación, y de expiación perfecta. Aseguraba San Pablo, escribiendo a los hebreos, que «sin efusión de sangre no hay perdón», y al escribir estas palabras pensaba principalmente en este sacrificio del cristianismo, por el cual Cristo se ofrece y a la vez se inmola. Se ofrece Cristo, es decir, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y esta expresión tiene para nosotros resonancias dramáticas, puesto que erige ante los ojos de nuestra mente el símbolo glorioso de nuestra redención, el sangriento madero y el sacrificio del Viernes Santo, por el cual el misterio de la Misa es en realidad el misterio de la Cruz.

Por aquel Viernes Santo tenemos una víctima, requisito indispensable de un verdadero sacrificio, el acto religioso por excelencia. La ofrenda de los bienes de la tierra podía llamarse en la antigua ley un sacrificio pacífico· pero el verdadero sacrificio es este Sacrificio trágico de expiación, en el cual corre una sangre divina. Tenemos sangre. sangre

«que es derramada por muchos en remisión de los pecados»; tenemos un Cuerpo, «que es entregado por nosotros». Y obsérvese que Cristo habla en tiempo presente para expresar esa virtud que se renueva perpetuamente en la celebración de la Misa. Se entregó, derramó una vez su sangre visiblemente en la cumbre del Calvario; pero sigue entregándose cada día, y su sangre se derrama sin cesar místicamente en el ara del altar, pues el misterio de la Misa es, en definitiva, el misterio de la Cruz.

Pero la Iglesia no quiere que este aspecto fundamental eclipse todos los otros. Ante la grandeza de la idea de la transustanciación, podríamos preguntarnos: «¿Es posible que siga en pie aquella tímida acción de gracias del Testamento Antiguo? ¿Es posible que permanezca el rito de la oblación del pan y el vino, cuando tenemos otra oblación más alta, que es una inmolación verdadera? Así se desprende de todos los ritos actuales y de los textos eucarísticos más antiguos. No debemos olvidar que nos encontramos ante el gran misterio del amor. Nuestra curiosidad desearía saber cómo se reitera la inmolación redentora, y hasta qué punto la oblación mística de la Misa se identifica con la oblación sangrienta del Calvario; pero la más alta teología no logra proferir sobre estas cuestiones más que débiles balbuceos. «Importa—dice Dom Capelle—no disimular la inmensa complejidad de la Misa con el afán de explicarla mejor. No tratemos de comparar este sacrificio prodigioso con cualquier otro sacrificio: es único. ¿Y cómo sorprenderse de ello? ¿No es el sacrificio del Verbo de Dios, vestido de nuestra carne, en quien se transustancian el pan y el vino? Sólo esto abre a nuestras miradas horizontes inconmensurables.»

CAPITULO XVI

INTROITO Y CONFESION

Origen del Introito

El Introito es un canto de marcha. *Introito* quiere decir *entrada*. Es el canto que resuena en las bóvedas del templo mientras el celebrante avanza hacia el altar. Su origen nos recuerda los cortejos episcopales de los días en que el cristianismo sale triunfante de las catacumbas. Un liturgista conocido, Duchesne, los ha descrito con estas palabras: «La asamblea de los fieles se ha reunido en el templo; los sacerdotes aguardan en el ábside, en torno al altar; el pontífice y sus diáconos salen de la sacristía, edículo situado a la entrada de la iglesia, y avanzan a través de la nave. Los rituales nos los representan vestidos de sus ropajes litúrgicos, precedidos de los subdiáconos, uno de los cuales agita el incensario, y de siete acólitos portadores de cirios. Mientras la procesión camina, el coro ejecuta la antífona *Ad introitum* (el canto de entrada) para acompañar el movimiento de los ministros y envolver en un ambiente religioso los espíritus de la concurrencia.»

Esto, evidentemente, no es de las primeras reuniones apostólicas, de las recogidas solemnidades del Cenáculo o de las nocturnas asambleas de los días de la persecución, sino más bien de los días brillantes de la victoria. El paganismo se declara vencido; una era nueva se abre para la

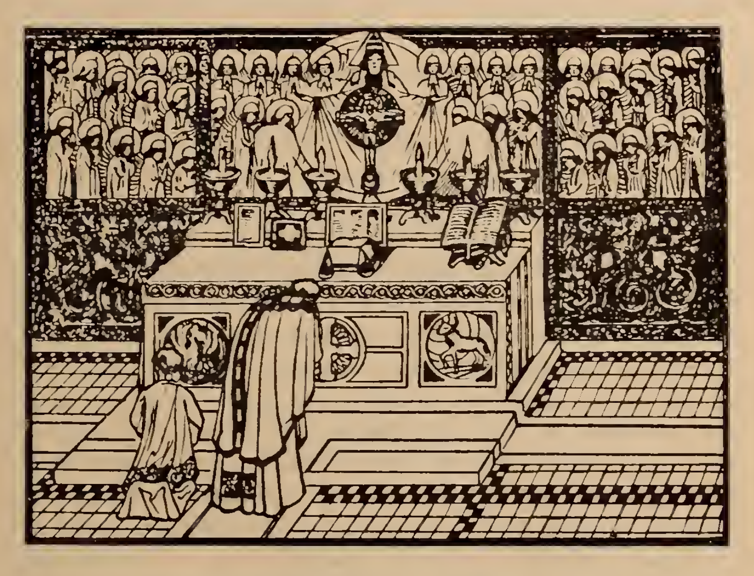
Iglesia, y el sucesor de Nerón y Diocleciano reconoce al pueblo de Dios el derecho de profesar públicamente su fe. Es la hora de la paz definitiva ; en la embriaguez de la libertad, los sentimientos se exaltan ; un resplandor nuevo ilumina las formas externas del culto, y los antiguos ritos se modifican para acomodarse a esta primavera triunfal. Nace la basílica, y sus espaciosas dimensiones serán el digno escenario de las ceremonias del gran sacrificio. En ella podrán desplegar su magnificencia los nuevos ritos ; en ella desfilará, lenta y majestuosamente, el cortejo episcopal ; en ella resonarán por vez primera los ecos de esa marcha litúrgica que es el Introito. Es en el siglo IV cuando el Introito viene a realzar la magnificencia de las asambleas cristianas, apareciendo como el pórtico de las ceremonias de la Misa.

Introducción

Este canto procede casi siempre de los salmos de David; pero ¡ con qué maravilloso instinto ha sabido la Iglesia encontrar las palabras que mejor interpretan el espíritu de cada fiesta ! Por ellas las almas entran en el espíritu del misterio que se celebra, conocen el rasgo característico del santo del día y se colocan en el ambiente de la solemnidad. El fiel que con su misal en la mano oye en la Misa de Nochebuena las primeras palabras del coro : «El Señor me dijo : Mi Hijo eres tú ; en este día te he engendrado», está viviendo ya la idea más profunda que se desarrollará durante toda la fiesta. Asiste a la generación eterna del Verbo, piensa en ese Verbo que se une a la carne humana, que aparece en Belén emparvecido y abreviado en la forma de un niño ; y cuando el coro continúa con aquel verso del salmo : «¿ Por qué se conmovieron las gentes ?», no puede

menos de representarse al Mesías despertando los recelos, las iras, los terrores de los malvados. Y si, además, siente la música, verá en su lento caminar, en sus neumas graves y sonoros, como un nuevo empuje que le ayudará a sumergirse en la profundidad augusta del misterio.

Y lo mismo en las fiestas de los santos. He aquí el



El comienzo de la Misa.

Introito de Santa María Magdalena: «Los pecadores me miraron para perderme; tus enseñanzas entendí, Señor; yo agoté la copa de los placeres; pero sólo tu mandamiento es espacioso sobre manera.» Estas palabras fueron escritas casi mil años antes que naciese la pecadora convertida, y, sin embargo, nos parecen una evocación precisa de su historia. Creemos ver a la Magdalena atravesando la plaza

pública, y a los cómplices de sus desórdenes espiándola. Pero espían en vano: ya no es la mujer de los antiguos días; ha encontrado a Jesús, y, hastiada por el vacío de sus alegrías mundanas, puede pasar adelante diciendo: «Sólo tu mandamiento es un camino espacioso.» Y confirmando este gesto, la melodía prosigue: «Felices los que andan por una senda inmaculada.»

Purificación

Entre tanto, el sacerdote ha llegado al pie del altar. Aguarda a que termine el coro, pero el coro se prolonga. Es el momento de pensar en la grandeza de los misterios, en el sacrificio celeste, en la realidad sublime que por sus manos y sus palabras se hará presente en aquel mismo lugar dentro de unos instantes. Cristo va a descender a sus manos, va a venir con sus riquezas infinitas, va a mezclar su sangre divina con su pobre sangre humana. ¡Qué felicidad tan grande recibir aquel abrazo de Dios, subir a su monte santo, participar en tan maravillosas claridades! Pero también ¡qué dolor tener tan manchadas las manos, tan tibia la sangre, tan enfermo el corazón! Y el deseo lucha con la tristeza, el ardor con la desconfianza, el miedo con el amor.

Esos sentimientos y estas consideraciones, al principio imprecisos, espontáneos y confusos, se concretan al fin —siglo IX o siglo X— en bellas fórmulas, que la rúbrica obligará a recitar al sacerdote. Primero, un grito confiado: «Penetraré en el altar del Señor.»

En él, «como la del águila, se renueva mi juventud», se doma el dolor, se recibe la prenda de la vida y se vence cada día a la muerte. Es el salmo *Judica me, Domine*, en el cual también hay acentos de humildad, y contrición de corazón, y recuerdo del enemigo acusador. Pero esta voz

insidiosa de la «gente no santa» enmudece con una confianza ciega en el brazo de Dios que nos sostiene: «Nuestra ayuda en el nombre del Señor.» Y también con el reconocimiento sincero de nuestra miseria moral, que pone en nuestros labios las palabras purificadoras que atraen la misericordia divina: *Confiteor Deo Omnipotenti...*

La confesión de los pecados es purificadora. Por eso se exige en el mismo comienzo de la Misa. En su Regla dice San Benito: «Si nosotros, cuando queremos pedir una cosa a los poderosos de este mundo, no osamos hacerlo sino con humildad y reverencia, ¿con cuánta más humildad y pureza de devoción no debemos suplicar al Señor Dios de todas las cosas?» Y si nosotros, cuando nos recibe una alta jerarquía, nos ponemos nuestros mejores vestidos, y no llegamos a su presencia sino después de haber procurado afanosamente el aseo de nuestra persona, ¿cuánto mayor no ha de ser nuestro cuidado de aparecer limpios delante de Dios, a cuyos ojos lo que importa es la limpieza del corazón? Como un abismo llama a otro abismo, según la expresión del Salmista, así este reconocimiento de nuestra miseria, y a la vez de la santidad y el poder de Dios, prepara el alma para recibir con toda su plenitud los favores y las gracias, las misericordias y las comunicaciones, que la Misa nos promete.

CAPITULO XVII

LA ORACION

Saludo

Tropezamos ya con un elemento de la Misa primitiva que nos lleva a los tiempos apostólicos. En las catacumbas la ceremonia se abría con un saludo del presidente a la concurrencia. Es un saludo típicamente oriental, el que Cristo dirigía a sus discípulos cuando se presentaba en medio de ellos después de la Resurrección : *Pax vobis;* o bien aquel otro que en los días lejanos de la Historia oyeron los segadores de Booz, cuando Ruth la moabita espigaba detrás de ellos silenciosamente ; el mismo que iniciará más tarde en la casa de Nazareth el diálogo más emocionante de los siglos : *Dominus vobiscum.* Cuando saluda a su amigo, el hebreo le desea la paz ; el griego, la alegría y el romano, la salud.

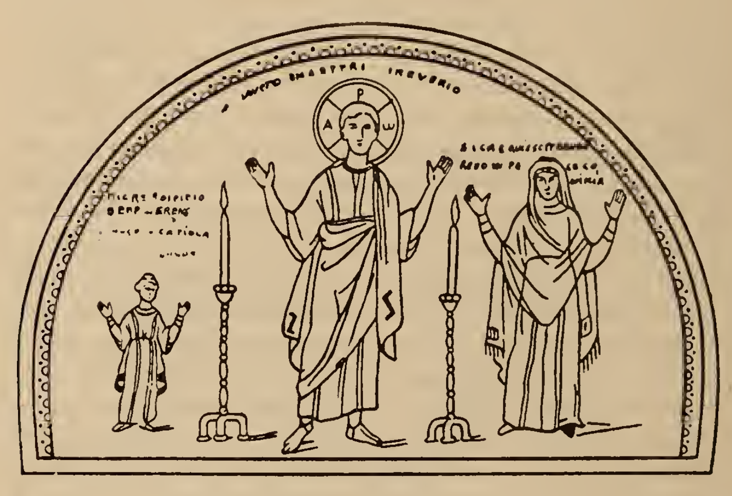
Y este saludo, «el Señor sea con vosotros», es el que dirige a la asamblea de los fieles, desde el comienzo, el sacerdote que celebra la Misa; recuerdo de aquellos días en que la Iglesia se desgajaba de la Sinagoga. Después lo repetirá una y otra vez, mientras dura la reunión, siempre como una voz de alerta para despertar la atención del pueblo en un momento más solemne, como una llamada, como un anuncio de la oración en que se va a hacer el intérprete de los deseos de todos.

Universalidad

Esta oración era el comienzo de la Misa cuando no habían nacido aún el Introito ni la Confesión. Era la suplicación litánica. En un viejo libro cristiano, las *Constituciones apostólicas,* leemos esta rúbrica: «El diácono se levanta, sube a un lugar elevado, impone silencio y formula los votos de los fieles. Recemos—dice—por la paz y tranquilidad del mundo; recemos por la Santa Iglesia Católica y Apostólica, derramada por todas partes, para que Dios la conserve contra toda persecución hasta la consumación de los siglos... Recemos por los obispos, que anuncian en toda la tierra las palabras de la verdad... Recemos por los sacerdotes, por los diáconos, por los lectores, por las vírgenes, las viudas y los huérfanos.» Todas las necesidades del mundo estaban reunidas en estas invitaciones apremiantes, que constituyen uno de los más bellos momentos de la asamblea cristiana en los tiempos primitivos. Se recordaba a los confesores que sufrían en las minas, a los mártires que aguardaban la hora de salir de la prisión para el suplicio, a los hermanos que se encontraban entre los peligros del mar, a los emperadores y a todos los gobernantes, a los vivos y a los muertos, a los neófitos y a los catecúmenos y a todos aquellos que estaban aún entre las sombras del error. «Es la verdadera oración de intercesión—ha dicho un liturgista conocido—, la oración oficial y pública, en la cual el creyente, dándose cuenta de que es miembro de una sociedad universal extendida por la sobrehaz de la tierra, eleva su pensamiento por encima del círculo estrecho de sus intereses y reza por el bien de la Iglesia entera.»

Kyrie eleison

A cada invocación del diácono los fieles respondían con una fórmula breve, indicadora de su mutua compenetración, exenta de egoísmos y mezquindades: «Señor, ten piedad de nosotros.» Son las palabras que dirigían a Jesús los cura-



El gesto de la oración en las catacumbas.

dos del Evangelio, el ciego de Jericó, la Cananea, los diez leprosos; es el grito de los enfermos y de los que lloran, el clamor de todos aquellos que necesitan la misericordia del Señor, la plegaria que el cristiano, en medio de su impotencia, arranca del hondo de su pecho para implorar la clemencia divina. La forma griega, en que se conserva, es un indicio de su remota antigüedad; después de veinte siglos sigue siendo tan popular que todos los cristianos saben, al

menos confusamente, su significado. Cantan *Kyrie eleison,* y saben que dicen: «Señor, ten piedad de nosotros.»

Pero hoy el *Kyrie eleison* ya no es la respuesta a una invitación diaconal, el término de un diálogo impresionante. En los primeros siglos todas las Misas eran solemnes; sin diácono y sin concurrencia no se comprendía una Misa. Cuando empezaron a multiplicarse las Misas rezadas, sin público que asistiese a ellas, aquella suplicación común se hizo imposible, y el rito se esquematizó, conservándose únicamente la aclamación popular, seguida inmediatamente de la Colecta, que debía pronunciar el sacerdote. La palabra *colecta* nos sugiere la idea de reunir. Después de haber asistido a aquel diálogo bullicioso, en que el diácono y el pueblo exponían el objeto de su oración, la voz serena del celebrante recogía como un haz todos aquellos votos y los presentaba al Padre celestial con palabras que brotaban espontáneamente de su corazón, inspirado por el ambiente religioso de la asamblea. Era una oración improvisada, de la cual han quedado ejemplos de una elocuencia sublime. Llena de unción y de doctrina cuando la pronunciaba un hombre sabio y piadoso, se hacía a veces difusa, ramplona y vacía si al celebrante le faltaba la inspiración. Como la mayor parte de esas oraciones, dulzarronas, sin alma de unción auténtica y sin nervio de pensamiento, con que pretenden alimentar la vida espiritual de los fieles los devocionarios modernos.

La Colecta

Desde el siglo IV sintióse la necesidad de suprimir la improvisación, y empiezan a aparecer las primeras antologías de Colectas para uso de los sacerdotes. Se ofrecen abreviadas, corregidas, reducidas a una misma ley rítmica y litúr-

gica, y moldeadas, por decirlo así, todas ellas según un mismo troquel. Son verdaderas estrofas poéticas, donde los miembros de la frase, las sílabas átonas, las cadencias y los acentos están combinados de tal manera que es imposible traducirlos. Estas composiciones dan al Misal una riqueza extraordinaria. A la belleza de la forma se junta en ellas tal profundidad de la doctrina, que, aun desde el punto de vista dogmático, son una fuente preciosa para conocer las creencias de la Iglesia primitiva. Es rara la que no encierra una idea fuerte y delicada, expuesta siempre con la precisión y la sobriedad de los antiguos mármoles romanos. La unción no es en ellos ruidosa y palabrera, sino que brota dulce y robusta de la belleza y la grandeza del pensamiento. Desgraciadamente, son pocos los cristianos que siguen al sacerdote cuando, después del *Kyrie,* extiende las manos para levantar a Dios sus propios anhelos en esta breve fórmula, que es una de las expresiones más admirables de la oración.

Y tampoco son muchos los que al decir el *Kyrie* saben poner en él el acento, la unción, la verdad con que lo pronunciaron los diez leprosos del Evangelio. Y, no obstante, ésa sería la manera infalible de conseguir lo que pedimos en la *Colecta.* Todos somos pobres pecadores ; todos estamos llagados, contagiados de lepra, desfigurados, ciegos. Que ese *Kyrie* de la Misa sea el acto con el cual descubrimos al Señor nuestras llagas, poniéndolas ante su divina Presencia, juntamente con las llagas del Cuerpo de Jesús, que fué entregado y sacrificado por nuestro amor.

CAPITULO XVIII

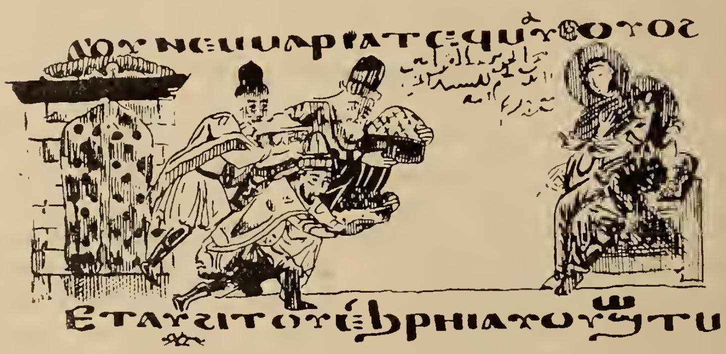
EL HIMNO ANGELICO

La poesía sagrada

Obra maestra de la inspiración religiosa, relativamente reciente en la Misa, antigua en la Iglesia. Ciertamente, los himnos por excelencia de los primeros cristianos eran los salmos de David ; con ellos rezaban, con ellos cantaban, con ellos encontraban el alimento de su vida interior y con ellos renovaban su fervor y la fortaleza para hacer frente a la persecución. En ninguna parte pudieran haber hallado más bella y elocuentemente expresadas sus creencias y sus sentimientos religiosos ; ninguna poesía humana hubiera puesto en sus labios más férvidos acentos para cantar los atributos divinos, para celebrar la gloria de Cristo, para interpretar sus sentimientos de amor, de gratitud, de confianza y de humildad ; para ponderar las maravillas v los destinos de la ciudad escogida de Jerusalén, figura profética de la Iglesia.

No obstante, si la inspiración divina, por la cual tenemos los Santos Libros, quedó cerrada con la muerte del último Apóstol, la lira sagrada de los salmógrafos hebraicos no fué rota ni quedó arrinconada entre los primeros discípulos de Jesús. En el libro del Apocalipsis resplandecen las imágenes triunfales de la himnodia que alegra a los habitantes de la Jerusalén celeste, y en las *Epístolas* de San Pablo hallamos ecos ardientes de las formas con que se

expresaba el entusiasmo religioso en la primitiva asamblea cristiana: cantos, oraciones, palabras ininteligibles y, a veces, sonidos inarticulados. Recordemos aquella oda mara-



Adoración de los Magos. (Ms. copto del siglo VI.)

villosa en que San Pablo, escribiendo a los corintios, canta las excelencias de la caridad. La expresión poética no podía faltar entre hombres que, como decía uno de ellos, sentían sobre sus hombros el yugo de Cristo como si fuese el brazo del amante sobre el cuello de la amada.

Los himnos

Y así nacieron los himnos, un género nuevo en que se harán famosos más tarde San Ambrosio, San Hilario y, sobre todo, nuestro gran poeta Prudencio. Himnos para traducir sentimientos nuevos de piedad, para interpretar los misterios de la religión nueva, para exponer las verdades de la fe y, en las sectas heréticas, para destilar el veneno de la herejía. Desde el siglo II cantaban los gnósticos en sus

reuniones: «El alma miserable yerra en un laberinto y llora presa en la cárcel de la materia. Pero Jesús dice: «Mira, ¡oh Padre!, cómo lucha para salir del caos amargo y no acierta a encontrar la luz; pero heme aquí; descenderé, portador de los sellos; atravesaré los siglos, explicaré los misterios, mostraré las formas de los dioses, iluminaré los secretos de la vida santa y enseñaré la gnosis.»

Pero había himnos más inocentes y también más inspirados, porque eran la expresión espontánea del corazón en que ardía el amor de Cristo. Ese amor reemplazaba al anhelo, a veces pedante, de la ciencia. He aquí una efusión fresca y luminosa en que nos parece respirar aún el hálito del divino Sembrador de parábolas: «¡Oh luz gozosa de la gloria santa, del inmortal Padre celeste; Hijo santo y dichoso, Cristo Jesús! Reunidos en el momento en que el sol se oculta, cuando se enciende la luz de la tarde, alabamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de Dios. Tú eres digno de ser cantado en todo tiempo por las voces sin pecado, oh Hijo de Dios, que das la vida, y ésta es la causa por la cual te glorifica el mundo.»

Así decía el himno del atardecer. El de la mañana era más festivo, más radiante, más entusiasta; una verdadera perla con reverberos de luz celeste, una perla literaria que, extraída en los días gloriosos de la primera Iglesia del fondo de la conciencia cristiana, fué engastada más tarde en el brocado espléndido de la Misa. Es el himno angélico, el *Gloria in excelsis Deo,* comentario gozoso y emocionado de las palabras con que el alado mensajero anunció la buena nueva sobre la gruta de Belén: «Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Alabámoste. Bendecímoste. Adorámoste. Glorificámoste. Dámoste gracias por la grandeza de tu gloria.»

El Gloria

Es la alabanza admirativa a la gloria del Padre todopoderoso, Rey celestial y soberano Señor; es la invocación al Hijo único, Cristo Jesús, Cordero de Dios y Dios verdadero, que quita los pecados del mundo; es la adoración, doxología sublime, ante la Majestad de Cristo, solo Santo, solo Señor, solo Altísimo con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Fórmulas ungidas de piedad vibrante, de acento primitivo, eco de la era apostólica, sabor de antigüedad, perfume de catacumbas y frescura, tal vez, de los jardines galileos. Escribiendo a Trajano, decía Plinio que los cristianos se reunían una vez por semana para decir un himno a Cristo como a Dios, y se ha podido pensar con verosimilitud que este himno era el *Gloria in excelsis Deo*. Algunos años después, el apologista Arístides declaraba que los discípulos de Jesús alababan y glorificaban a Dios cada mañana a causa de su bondad. ¿Y no es éste precisamente el objeto del himno angélico, compuesto esencialmente para la hora del amanecer?

Al amanecer lo cantan todavía los orientales. Es en Oriente donde aparece por vez primera, y el libro de las *Constituciones apostólicas* (siglo IV) el documento que primero lo recoge, aunque su origen hay que buscarlo en época anterior. Desde el tiempo de San Gregorio Magno empieza a penetrar en la Misa. Al principio es un canto del día de Pascua; pero no tarda en extenderse a los domingos y después a todos los días de fiesta. Todo en él es festivo y triunfal. Su expresión completa sólo a través del texto griego se puede captar. A la simetría del pensamiento corresponde la gracia del ritmo y la sucesión estudiada de los acentos, de las sílabas y de la rima. Procedimientos sumamente sencillos y llenos de encanto, que no ahogan un

solo momento la espontaneidad de la inspiración ni la efusión auténtica de la piedad. Es el grito libre del alma, animado por el fervor más vivo y contenido por la piedad ; el clamor sincero donde el arte sólo sirve para dar más fuerza al pensamiento ; un eco de aquella poesía sobria y serena, propia de las almas a quienes los pintores de las catacumbas representaban en la figura de una orante con los ojos fijos en el cielo. Y, en realidad, un eco del Evangelio. Las primeras palabras son la salutación del ángel a los pastores. Todo en el pesebre hablaba del cielo a estos primeros adoradores de Cristo, de un cielo abierto, infinito, muy diverso de aquel que veían a lo lejos cerrado por el horizonte. Y se sintieron transformados, inflamados de fe, henchidos del deseo de adorar, de cantar, de postrarse ante el Niño, y de glorificar a Dios tañendo sus zampoñas al unísono con sus corazones. Súbitamente se habían convertido en hombres de buena voluntad, es decir, de ánimo generosamente inclinado hacia el cumplimiento de la ley divina, en lo cual consiste la mejor glorificación que podemos poner ante el acatamiento divino. Y entonces se ha conseguido la mejor bendición de la vida : la paz. Habrá armonía entre nuestros actos y nuestras palabras ; nuestra vida estará conforme con el fin para el cual fuimos creados, y fruto de todo esto será la tranquilidad de nuestras conciencias. *Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.*

CAPITULO XIX

EPISTOLA Y EVANGELIO

Ya conocemos el texto famoso de San Justino

Describiendo lo que era la Misa a mediados del siglo II, decía San Justino: «El día del Sol, todos los que habitan las ciudades y los campos se reúnen en un mismo lugar, y en cuanto el tiempo lo permite se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas. Después el lector se detiene y el presidente toma la palabra para hacer una exhortación y persuadir la imitación de los bellos ejemplos que acaba de exponer. Después se levantan todos y se reza. Terminada la oración, se traen el pan, el vino y el agua, el presidente invoca la divina piedad y reza durante el tiempo que puede. El pueblo responde: «Amén.» Cada uno recibe luego una parte de los elementos bendecidos y envía la suya a los ausentes por medio de los diáconos.»

Importancia de la lectura

Como se ve, la lectura ocupaba un puesto importante en las asambleas cristianas desde los tiempos apostólicos. Oración, sacrificio y alabanza, la Misa debía ser también una instrucción, un aprendizaje de la doctrina encerrada en los Libros Santos. Se leían los profetas y los apóstoles, es decir, el Antiguo y el Nuevo Testamento, y de esta manera

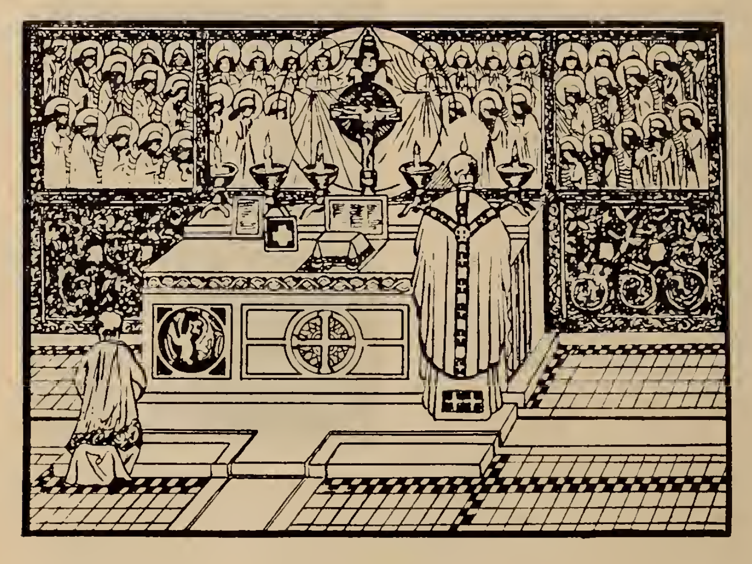
la palabra de Dios iluminaba las inteligencias y preparaba los corazones para el momento del misterio eucarístico. Las lecturas eran largas, «cuanto el tiempo lo permitía», y a veces se prolongaban horas enteras. La apetencia espiritual de los primeros cristianos no se cansaba nunca de paladear los gustos inefables del gran libro, en el que las más altas riquezas de la elocuencia humana se unían a los esplendores gloriosos de la verdad divina. Mas, aun así, era imposible leerlo por completo; había que escoger sabia y cuidadosamente. Sólo Jesús podía abrir el volumen al azar y encontrar el folio donde estaba escrito su mensaje a los pueblos de Galilea. Había que escoger los capítulos más elocuentes, los que hablaban con más claridad de las cóleras y de las bondades divinas, o exponían más luminosamente los misterios de la gracia, los preceptos de la ley y la gloria del Mesías, o se armonizaban mejor con la idea fundamental de la fiesta que se celebraba. Cada página de los Libros Sagrados recordaba un misterio de la vida de Cristo, un instante de las vicisitudes de la Iglesia o un estado del alma del cristiano.



Lectura del Evangelio en la liturgia bizantina.

Labor de la Iglesia

Los trenos de Jeremías y los llantos de Job, explicados por el relato de la Pasión y Muerte de Jesús, parecían las lecturas apropiadas para los días en que se conmemoraba



Momento de la Epístola.

el aniversario de la Redención ; con sus profecías del divino Emmanuel, de la Virgen que concebirá un Hijo y de las maravillas del reino del Mesías, Isaías parecía destinado para ser el profeta del Adviento. La parábola del hijo pródigo, la historia de Naamán, curado de la lepra; el prodigio de la resurrección de Lázaro, encajaban perfectamente en el tiempo de Cuaresma, que la Iglesia había organizado como una invitación a la penitencia, para que el pecador vol-

viese a la casa del Padre y se purificase de la lepra de la culpa, y resucitase a la gracia de Cristo. ¿Y qué páginas podían caer mejor, en medio de la tristeza de un duelo fúnebre, que aquellas en que el varón de Hus exhalaba su lamento llorando por la brevedad de la vida, ponderando sus tristezas y dolores y descubriendo en la lejanía el consuelo de la resurrección?

Tejido maravilloso

De esta manera vinieron a realzar este tejido maravilloso de la Misa, a semejanza de perlas y rubíes, los pasajes más bellos del libro más bello del mundo. Un instinto secreto los seleccionaba y un tino misterioso ponía entre ellos secretas armonías, que eran como chispas de luz para las almas ávidas de una vida espiritual íntimamente vivida con la Iglesia. La Ley preparaba los profetas, y el Evangelio era como el comentario de los profetas y la Ley. El Nuevo Testamento aparecía como la realización de las figuras y los símbolos derramados en el Antiguo. Esta correspondencia, llena de sugestiones y enseñanzas, se advierte sobre todo en las Misas más antiguas, Misas de los domingos del año, y en especial de los días de Cuaresma. Y cuando por ventura falta, es por la desaparición de la primera de las lecturas, la de los antiguos libros mosaicos. Hoy sólo se leen la Epístola y el Evangelio; en todas las liturgias primitivas, incluso la romana, se leía, además, un trozo sacado siempre del Antiguo Testamento. El deseo de la brevedad lo suprimió; pero lo que queda, Epístolas y Evangelios, forma a través del año un curso completo de catequesis cristiana, tan admirable por su variedad y su riqueza como por el hechizo irresistible con que se expresan las más altas ideas y los sentimientos más profundos. No se trata

de un sistema rígido y ordenado, y aquí está su mayor encanto y el rasgo por el cual se adapta a toda clase de espíritus: la unción se mezcla con el precepto, la alabanza con la exhortación, la súplica con la enseñanza, y mientras la inteligencia se ilumina, el corazón se siente transformado y fortalecido.



El Tetramorfos o los Evangelistas (Libro de Kells, siglo VII).

Y si el texto sagrado es oscuro, la homilía viene a exponerlo y aclararlo. He aquí otro elemento de las más antiguas asambleas cristianas, un elemento que hoy tiende a desaparecer, suplantado por los fervorines, por los triduos, por las novenas y por toda suerte de predicación vespertina. En la Iglesia primitiva, el sermón venía después del Evangelio como un comentario suyo. La mayor parte de las homilías de los Santos Padres han sido pronunciadas en esta parte de la Misa. Había que desentrañar el hondo sentido de las palabras de Jesús, explicar las expresiones difíciles de una lengua y de una raza distintas, despejar contradicciones aparentes, deshacer torpes interpretaciones, disipar dudas, exponer misterios, exhortar, aconsejar, convencer: de este modo nació una parte importante de la literatura cristiana de los primeros siglos.

El Evangelio

La lectura del Evangelio reviste una solemnidad especial. El sacerdote hace sobre él la señal de la cruz, y al terminar, lo besa. En las Misas solemnes se le lleva en procesión, con velas encendidas, y se le inciensa. Ya San Jerónimo escribía, desde Belén, poco después del año 400: «En todas las iglesias de Oriente, al leerse el Evangelio, enciéndense cirios, no para disipar las tinieblas, pues ya brilla el sol en el firmamento, sino en señal de alegría.» Y Eteria, la peregrina gallega del siglo IV, nos informa en su *Itinerario* que mientras se leía el Evangelio el incienso ardía, llenando el templo con sus aromas. Los antiguos rituales nos dicen que no era sólo el sacerdote el que besaba la palabra divina, sino que se la daba a besar a todos los que estaban entre el púlpito y el ábside. ¿Por qué hoy no la besarían todos los que tienen la buena costumbre de oír la Misa con su misal? ¿Y por qué no se inflamarían de amor al ver el libro en que se contiene la buena nueva? Porque con todos estos ritos la Iglesia quiere recordarnos la veneración y el culto que debemos a las palabras del Evangelio, que son las palabras de Dios; cómo debemos leerlo y meditarlo, a semejanza de Santa Cecilia, de quien dice la Liturgia que llevaba siempre el Evangelio de Cristo sobre su corazón, y cómo, de una manera especial en este momento de la Misa, debemos levantarnos respetuosamente, para oír de pie esa consigna sagrada, en la actitud de quien afirma que está dispuesto para el combate de esta vida, que no retrocederá ante ningún sacrificio por el cumplimiento de la palabra divina.

CAPITULO XX

INTERMEDIO SALMODICO

Variedad

Hoy apenas podemos comprender aquellas largas vigilias durante las cuales los primeros cristianos «perseveraban en la oración y en la fracción del pan». Las horas pasaban sin que la fe de aquellos hombres se fatigase ni se enfriase su fervor. Desde que las sombras de la noche se extendían sobre la tierra hasta los albores del amanecer. En nuestros días seguramente las iglesias quedarían desiertas. Pero también entonces tenía la naturaleza sus desfallecimientos: a veces era un niño que se dormía, cayendo de una ventana, o una mujer que se desmayaba, o un clérigo que bostezaba soñoliento. Sucede con frecuencia que, mientras el sacerdote habla, el público aplaude o asiente con entusiasmo; pero no faltan casos en que se aburre y empieza a exteriorizar su impaciencia. «Al darnos cuenta de ello—decía San Agustín—debemos despertar la atención desfalleciente, sea con alguna palabra honestamente regocijada, sea con alguna anécdota curiosa y emocionante, o bien invitando al público a sentarse.»

Pero, además, la Liturgia estaba dispuesta con tal variedad, que bastaba un poco de interés para disipar el cansancio: aquí un diálogo entre el diácono y la concurrencia, allí una intervención del celebrante; más tarde, una invocación, o una exhortación, o una lectura. Y, finalmente, un

cántico, un intermedio salmódico, que sacudía los espíritus y, con sus variaciones, parecidas a los trinos de la alondra y a sus vuelos alborozados, proyectaba sobre la gravedad de la ceremonia un fulgor de santa alegría.

La música religiosa

El canto, la máxima filosofía, como lo llamaba Platón, aparecía en la asamblea cristiana como un descanso y, además, como un elemento precioso de preparación para el gran misterio. Más tarde dirá Casiodoro que la música tiene cierto oficio pedagógico, y por eso la Iglesia no podía excluirla ni olvidarla. Idioma universal de los espíritus, es una escuela de formación, un vehículo de las más fuertes impresiones, un estímulo del corazón y un troquel en que se moldea el alma. Su carácter decorativo, su valor estético, tiene escasa importancia en la Liturgia. Lo que en ella se busca ante todo es esa finalidad práctica que tiene como objeto a Dios y su mayor gloria, pero sin olvidarse del hombre y su santificación, porque, como dice San Agustín, la armonía externa debe ser un principio de equilibrio interior, y las relaciones numéricas del ritmo y la tonalidad tienen la misión de transportarnos a las de los números espirituales y eternos, de suerte que los neumas son como peldaños por donde se asciende a la contemplación y al amor. De nota en nota, como de estrella en estrella, se llega hasta Dios.

Sabemos que el pueblo cristiano cantaba aun bajo la amenaza de la persecución. Cuando acudía a sus reuniones nocturnas, explica Plinio, era para decir un himno a Cristo, su Dios, cumpliendo así el precepto del Apóstol, que le había dicho: «Exhortaos unos a otros con salmos, con himnos y con cánticos espirituales.»

El cántico—Gradual, *Alleluia* o Tracto—venía después

de la lección, como un complemento suyo, como un grito espontáneo del corazón, agradecido a las enseñanzas recibidas. Al principio era llano, sencillo, desnudo de adornos y complicaciones: casi una recitación. Un clérigo se adelantaba a las gradas del ábside—de aquí el nombre de Gradual—, declamaba un verso y el pueblo respondía. Así hasta el final del salmo. A veces, con las palabras del salmista se unía la vieja aclamación hebraica, que ya había resonado en la última Cena: *Alleluia*. Y las voces de la multitud se mezclaban contestando: *Alleluia*. Alabad a Dios.

Evolución musical

Poco a poco la salmodia primitiva se hace más solemne, vistiéndose de todas las galas del arte. La alegría que la Iglesia siente por su triunfo, la gloria de sus héroes, la amplitud y desarrollo de su culto, ya no caben en aquellas primeras fórmulas. Las antiguas cantilenas se desenvuelven, se cubren de espléndido ropaje, se hacen más ricas, más sonoras, más triunfales. Los neumas se unen a los versos bíblicos como alas que los levantan hasta el trono de Dios, y así se forman esas vocalizaciones, místicos gorjeos que en la terminología gregoriana se llaman *yúbilos*. Acerca de ellos hacía ya San Agustín estas poéticas consideraciones: «Yubilar es exhalar sin palabras un grito de alborozo. En los transportes de alegría, el hombre, agotadas las palabras, expresa su felicidad con gritos inarticulados, y a esto se llama *yubilación*. Observad a los trabajadores que cantan mientras siegan la mies, o en el momento de la vendimia, o en cualquier otro trabajo: primero manifiestan su alegría con la copla del cantar; después, como arrastrados por un entusiasmo creciente, que las palabras ya no pueden expresar, siguen tarareando libremente con un



David tocando el arpa con su coro de músicos y danzantes. (Salterio áureo de San Galo. Siglo X.)

sonido confuso, con el cual el corazón da a entender que ya no puede decir lo que concibe y engendra en medio del éxtasis de la dicha. Tal es el fenómeno que se produce con frecuencia en la asamblea de los fieles, y ciertamente que a nadie podría dirigirse con más motivo un lenguaje inefable que a Dios, esencialmente inefable.»

Deleitar sin distraer

De este modo las puertas del templo se abrían de par en par a las melodías con que el mundo antiguo había expresado sus júbilos, sus congojas, sus miedos y sus amores. Pero todo quedaba purificado de escorias, despojado de estremecimientos carnales, transfigurado y sublimado para que la música realizase aquello que decía San Bernardo: «Deleitar sin distraer», y cumpliese la condición que le imponía San Ambrosio: «En el canto, la cualidad primera es el pudor, la reverencia a Dios, objeto de nuestra alabanza, al lugar santo, y a la asamblea de los fieles.» Así nació la música gregoriana, grácil, dulce, noble y llena de expresión ; esa música que ha hecho repetir a muchas almas la exclamación de San Agustín : «¡ Cuánto he llorado, Señor, en tus himnos y en tus cánticos ! Las voces que resonaban dulcemente en tu Iglesia, penetrando en mis oídos, llevaban la verdad a mi corazón, despertaban dentro de mí las más profundas impresiones y hacían brotar lágrimas que me llenaban de consuelo.»

CAPITULO XXI

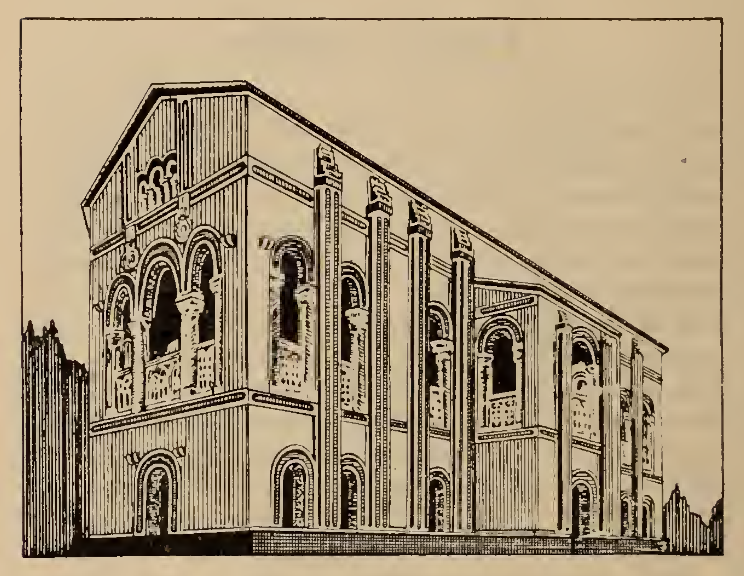
EL CREDO

Mosaísmo y cristianismo

En tiempo de Jesús los hebreos se reunían cada sábado en la sinagoga, para orar, cantar, leer la Escritura y escuchar la palabra del rabino. Y hoy siguen practicando sus viejas costumbres litúrgicas. «También nosotros tenemos nuestra Misa», me decía el amable y cetrino sacristán de los judíos en Gibraltar, mientras recorría con él la sinagoga, amplio salón de tres naves, perfumado de incienso y rutilante de lámparas que colgaban de la techumbre de cedro. «Y mire usted aquí nuestro altar—añadió, señalando una mesa en cuyos ángulos se alzaban cuatro grandes candelabros—. Desde ella levanta el sacerdote su oración por todo el mundo; desde ella leen los levitas las páginas santas de la Ley de los profetas; desde ella comenta el rabino la palabra de Dios, y delante de ella canta el pueblo con los salmos de David las glorias de Jehová.»

Todo como en nuestra Misa: oración, alabanzas, lectura y homilía. Y no se trata de una pura coincidencia. La asamblea litúrgica de los cristianos se presenta como en una continuación de la reunión sabática de los hebreos. Hebreos de raza y de educación, acostumbrados desde niños a los ritos de la sinagoga, los primeros discípulos de Jesús conservan las costumbres aprendidas en la infancia, y su Cenáculo parece una sinagoga más. Cuando llega la noche del sábado, se juntan para rezar, cantar, leer y escuchar la pala-

bra del comentarista, lo mismo que cuando estaban en su pueblo de Caná, de Betsaida o de Cafarnaum. Pero ahora su oración es más dulce, más confiada, más universal. Es ya la oración de la Iglesia Católica. Su alabanza tiene un sentido más hondo; textos idénticos, versos de salmos, poemas del Testamento Antiguo; pero cada una de aquellas pala-



Santa María de Naranco (siglo IX).

bras se ha iluminado y ha cobrado una fuerza nueva desde que vino el Mesías, por quien se habían escrito proféticamente. La lectura se amplía también con el Evangelio, con las *Epístolas* de Pablo y con los demás libros apostólicos, y con ella se extiende también el campo de la plática del doctor, unas veces exhortación grave, otras exposición dogmática, otras comentario escriturístico o argumento

teológico lanzado contra las audacias heréticas o las supersticiones paganas.

Al adoptar la tradicional asamblea de los judíos, la Iglesia habíala transformado, enriquecido y embellecido, convirtiéndola en un instrumento maravilloso del culto de Dios y de la instrucción de sus hijos.

El Símbolo

Pero hay una cosa que no tiene su precedente en el rito hebraico, ni se encuentra en la primitiva asamblea cristiana: es el canto del Credo. Como fórmula, el Credo es casi tan antiguo como la Iglesia. Desde el siglo II nos habla San Ireneo de la «regla de fe inalterable que todo hombre recibe en el bautismo», y ya entonces se rezaba en las iglesias el Símbolo de los Apóstoles que hoy aprenden los cristianos. Nuestra doctrina es, hasta en sus fórmulas, la misma que se enseñaba en las catacumbas, la que publicaban con acento de triunfo los mártires en los anfiteatros. Cuantos querían recibir el bautismo debían aprender esa fórmula y recitarla. Tres semanas antes de entrar oficialmente en la Iglesia repetían de memoria sus cláusulas delante de los fieles, y en el momento de la ceremonia prometían aceptar todos los artículos en ellas contenidos.

Su presencia en la Misa

El Símbolo de los Apóstoles quedará siempre unido al rito bautismal; pero no tarda en aparecer otra fórmula más extensa, destinada a refutar el error de los arrianos, que negaban la divinidad de Jesucristo. Un gran obispo español, Osio de Córdoba, la redactó. Y los padres de Nicea, en el primer Concilio ecuménico, le dieron su valor infalible.

Completada en el Concilio de Constantinopla de 381, será un arma segura para rebatir las herejías antitrinitarias de los siglos IV y V. En una época de luchas enconadas entre la oscuridad de las opiniones y las disputas, los cristianos encuentran en ella un claro espejo de su fe. Es el signo que distingue a los ortodoxos de los herejes, y, como tal, se obliga a recitarla en algunas iglesias de Oriente, en Alejandría y en Constantinopla, al terminar el Canon de la Misa. La comunión del amor sólo puede ser sincera si la acompaña una comunión de fe. España recoge con entusiasmo el texto venerable, al cual va unido el nombre de uno de sus grandes pastores, lo incluye en la Liturgia por un decreto del tercer Concilio de Toledo (589), y para declarar que el Espíritu Santo procede al mismo tiempo del Padre y del Hijo añade la palabra *Filioque,* motivo secular de discordia entre el Oriente y el Occidente. La práctica española se extiende por la Galia, los misioneros galos la llevan a los pueblos del Norte, y, a ruegos de un emperador alemán, Roma le da carta de naturaleza en su Liturgia a principios del siglo XI. De este modo la fórmula de Osio se convierte en fórmula oficial y litúrgica; queda unida a la Misa, como la de los apóstoles al bautismo, y es el lazo de unión espiritual entre las generaciones cristianas.

Nada más bello que escuchar el coro de los fieles repitiendo esos acentos que han triunfado de tantas herejías, palabras vibrantes de sabor milenario, envueltas en una música fuerte, sencilla y sobria, que dejan en el ánimo la impresión auténtica de la verdad. En medio del vaivén general de ese vertiginoso alzarse y morir de opiniones y doctrinas, de escuelas y filosofías contradictorias, es un consuelo inefable poder sentar el pie en esa roca inconmovible, que ha dado una firmeza triunfadora a tantas generaciones y ha conservado la unidad de la doctrina católica a través de los pueblos y los siglos.

CAPITULO XXII

MISA DE LOS CATECUMENOS Y MISA DE LOS FIELES

Lógica de los ritos

Poco a poco se van precisando las rasgos fundamentales de ese gran acto del culto cristiano que es el Sacrificio de la Misa. Todo, a primera vista, parece oscuro, misterioso y sin motivo plausible: una sucesión de gestos peregrinos, de palabras extrañas, de himnos, de lecturas, de movimientos, que no tienen fácil explicación. Nos llenamos de admiración al ver que se pasa el Misal de un lado a otro del altar y se vuelve a pasar de nuevo. ¿Por qué? ¿Hay aquí algún misterio? Y la Historia nos da la contestación: En los primeros siglos nunca faltaba a un lado del sacerdote el clérigo que había de leer la Epístola y al otro el diácono que había de leer el Evangelio. Cuando el lector y el diácono empezaron a faltar en la Misa, el sacerdote se vió obligado a hacer cada una de las lecturas en el lugar señalado por la tradición: la Epístola en un ángulo del ábside y el Evangelio en otro.

Y es posible que un observador curioso se fije en un detalle al parecer insignificante, pero que no está desnudo de sentido. Al leer la Epístola, el misal se coloca en su posición natural; pero al leer el Evangelio se le tuerce hacia el ángulo del altar, de suerte que el sacerdote vuelve la cara al lado izquierdo del templo, que es siempre el lado norte. Y nuevamente nos preguntamos: ¿Por qué esto? Aquí del símbolo

litúrgico que nos presenta la región septentrional como el reino de las tinieblas y nos trae a colación la leyenda misteriosa de Og y Magog, envueltos en hielos de crímenes y en noche de ignorancia, y nos recuerda aquella palabra bíblica en que se nos dice «que por el Aquilón irrumpirá el mal». Contra este mundo de Satán, contra las almas sentadas en la sombra de la muerte, lanza su sonido la trompeta de la verdad evangélica.

Como una catedral

Con un símil exacto y bello a la vez, un liturgista conocido ha comparado la Misa a cualquiera de nuestras catedrales, en que todos los siglos cristianos dejaron las huellas de su inspiración y de su entusiasmo religioso. Comenzada en la época romana, la arquitectura gótica puso en ella el adorno de sus trifolios y sus rosetones, y el Renacimiento vino al fin a terminar la obra coronándola con los esplendores de una linterna o enriqueciéndola—es el caso de Santiago—con alguna fachada barroca. El profano se pierde en este laberinto de épocas y de estilos, y se necesitará toda la experiencia de un arqueólogo para llegar a distinguir las diversas influencias, a poner un poco de luz en aquella mezcla confusa de elementos a veces contradictorios. «Y si un gran novelista se decide a tomar este monumento como tema de su novela, en lugar de esa unidad poderosa que une los capítulos de *La Catedral,* os destila gota a gota la concepción genial del maravilloso monumento gótico y se esfuerza por haceros comprender su idea inspiradora, llegaremos a la impresión confusa que deja en el espíritu la mezcla y a veces el conflicto de los estilos.»

Es precisamente lo que sucede cuando nos fijamos en ese edificio, por lo demás espléndido, de la Misa, construído por

la colaboración de las generaciones cristianas durante un espacio de mil años, desde el siglo I hasta el X de nuestra Era. Pero ya vamos penetrando en la lógica de su arquitectura, vamos distinguiendo los rasgos esenciales de los adornos que se adhirieron a ella a través de los siglos. Tenemos los cuatro elementos primitivos: oración, canto, lectura y homilía. Es lo fundamental de esta primera parte de la Misa: hoy, lo mismo que antaño; en las modernas iglesias de cemento, como en los templos ojivales; en las catacumbas y en el Cenáculo.

Las dos partes

Pero aquí surge otra dificultad. La Misa es el sacrificio de los cristianos, el único sacrificio aceptable a los ojos de la Divinidad. Y, sin embargo, ninguno de esos elementos tiene el menor carácter sacrificial. Ni cuando el sacerdote se golpea el pecho y se inclina ante la grada del altar, ni cuando el pueblo canta, ni cuando el diácono lee el Evangelio, tenemos la impresión de estar en el acto del Sacrificio. Estas lecturas, estos ritos, estos cantos, son independientes de él, y hubo un tiempo en que existieron separados. En los primeros días de la Iglesia había dos reuniones distintas; unas veces se reunían los discípulos de Jesús para rezar y cantar salmos, como habían hecho en la sinagoga, y otras para celebrar la fracción del pan, rito nuevo y original en el seno del Cristianismo. Con frecuencia las dos liturgias, la hebrea y la cristiana, se decían una tras otra, y no tardaron en formar una sola asamblea. Pero cada una siguió conservando su carácter distinto, y la diferencia es tal, que el más distraído puede observar que en nuestra Misa hay dos partes diferentes. Los liturgistas han llamado a la primera *Misa de los catecúmenos*, y a la segunda, *Misa de los fieles*.

Apenas hay nudo que las una. Al terminar el Evangelio, al decir el amén del Credo, si hay Credo, nos parece asistir al comienzo de un nuevo rito. Todavía en el siglo IV las dos partes se decían en iglesias distintas, y durante algunos siglos más, una parte de los asistentes se ausentaba de la basílica. La Misa de los catecúmenos tenía un carácter indefinido, casi cosmopolita. Herejes, paganos y judíos podían asistir a ella para enterarse de la doctrina cristiana. Asistían también los catecúmenos y los penitentes, aquellos que no habían entrado definitivamente en el seno de la Iglesia y aquellos que por una culpa grave habían sido excluídos de la comunión de los fieles. Terminado el Evangelio, el diácono se acercaba a la nave y clamaba: «Si hay algún judío, que salga... Si hay algún pagano, que salga... Que salgan los catecúmenos y los penitentes...» La asamblea se conmovía un instante, y a la conmoción sucedía un religioso silencio. Había llegado el momento más solemne: iba a comenzar la Misa propiamente dicha.

Resumiendo, puede decirse que en la Misa hay una parte en que nosotros hablamos a Dios y Dios nos habla, y otra parte en que, unidos con Cristo, damos a Dios, y Dios no da y se nos da. Existe, por tanto, entre ellas una gran semejanza y una íntima relación.

La idea del sacrificio

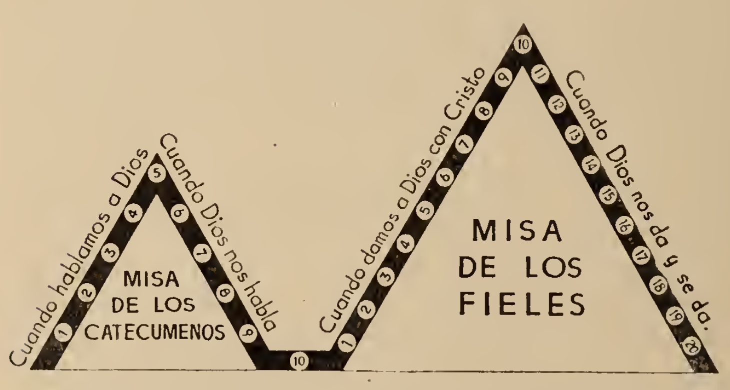
Ha terminado la primera parte de la gran asamblea de los cristianos; cantos, oraciones, exhortaciones, lecturas, se han ido sucediendo en una combinación armónica; palabras bellas, gestos simbólicos, centellear de ideas impresionantes y de imágenes poéticas, melodías patéticas propias para levantar las almas y envolverlas en una atmósfera sobrenatural. Después, el saludo del sacerdote vuelve a resonar en la re-

unión como al principio: *Dominus vobiscum,* dice juntando las manos, como para recoger la gracia que flota en el aire. Es un toque de llamada, un aviso solemne, un ruego de atención al gran acto que empieza. Hasta ahora todo ha sido una preparación; mas he aquí que llega el momento único, la acción sublime de los tremendos misterios; todas las inteligencias deben estar despiertas, todos los espíritus vibrantes, todos los corazones incandescentes, porque va a comenzar el Sacrificio.

Grandeza del sacrificio

El sacrificio no es solamente una oración que se levanta a los cielos, o una lectura sagrada, o un himno entonado en honor de la Divinidad. Todo esto es bello y santo y grande: es lo más soberanamente deseable que se puede realizar en este mundo, puesto que se ordena al más noble y soberano de los fines: la gloria de Dios. Pero entre todos los homenajes que pueden subir de nuestra tierra hasta penetrar en el santuario de los cielos, ninguno tan perfecto como el sacrificio, destrucción de una cosa para indicar la soberanía de Dios sobre ella y sobre el que la destruye, expresión sensible de la dependencia del mundo con respecto al Ser Supremo, gesto espontáneo del alma abrumada por la idea de lo divino, y manifestación exterior de un sentimiento tan hondo, que el lenguaje no tiene palabras con que expresarlo. Confundida por la convicción de su impotencia para hablar, la criatura recoge lo mejor que tiene y lo pone a los pies del que no necesita nada y a Quien lo debe todo, de Aquel que es su Criador, su Bienhechor, su Ayudador y su Perdonador. Es Caín ofreciendo sus espigas, es Abel llevando el mejor de sus corderos, es Aarón levantando las espirales del incienso, es Melquisedec con sus dones simbóli-

cos de pan y vino, o Salomón matando los veinte mil bueyes y las doscientas mil ovejas, o Agamenón, pastor de pueblos, inmolando a su hija Ifigenia, o Sócrates preparándose a morir con la ofrenda del gallo, o Alejandro esparciendo el vino



1. Oraciones al pie del altar.—2. Introito.—3. Kyrie.—4. Gloria.—5. Colecta.—6. Epístola.—7. Gradual.—8. Evangelio.—9. Homilía.—10. Credo.

1. Verso del Ofertorio.—2. Ofertorio.—3. Secreta.—4. Prefacio.—5. Memento de los santos, de los vivos y la Iglesia.—6. Ofrecimiento e invocación.—7. Consagración.—8. Ofrecimiento e invocación.—9. Mementos: de la naturaleza, de nosotros y de los muertos.—10. Doxología.—11. Padrenuestro.—12. Fracción del pan.—13. Agnus Dei.—14. Palabras del Centurión. 15. Comunión.—16. Postcomunión. 17. Despedida. — 18. Bendición.—19. Ultimo Evangelio.—20. Oración del fin.

de las libaciones con copas de oro, o Marco Aurelio despoblando de bueyes y de toros el Imperio romano, o los sacerdotes de Guatimozín arrancando el corazón a los compañeros de Cortés para arrojarlo, palpitante todavía, sobre las gradas del templo.

Inanidad del esfuerzo humano

Las inmolaciones se suceden sin cesar en las tribus primitivas, lo mismo que en los pueblos civilizados ; inmolaciones que hablan el lenguaje de la plegaria ; que son gritos del corazón agradecido ; que dicen de amores, de adoraciones y alabanzas, y que reflejan los estremecimientos de la admiración, los fervores del entusiasmo, el escalofrío del temor en presencia del poder incontrastable, de la Belleza suprema, de la Luz inaccesible. Pero hay, sobre todo, una nota que las distingue : es el sentido de la expiación. Más que hostias pacíficas, oleadas de perfumes, ramilletes de flores, haces de frutos, son ofrendas sangrientas que atestiguan no sólo el dolor de la impotencia, sino también la conciencia de la falta. Hay que reparar un crimen inmenso, y corren ríos de sangre, se amontonan los muertos, se multiplican las víctimas y el cuchillo sacerdotal siega vidas siglo tras siglo. Desde el Paraíso hasta el Calvario se ensombrecen los altares con lúgubres escenas y dolorosos espectáculos : dramas emocionantes que conmueven a las multitudes, temblor de víctimas inocentes, espasmos agónicos, miradas que imploran compasión, palpitar de entrañas calientes, sollozos desgarradores, mugidos lastimeros, gritos y voces y alaridos rotos que piden misericordia. En todas las colinas y en todas las cumbres, para que el cielo pueda escuchar mejor el llanto de la tierra, que levanta lo mejor que tiene para pagar su rescate : la virtud, la juventud, la belleza, las gracias primaverales de la edad, la flor de la vida el brillo de la sangre inmaculada, los encantos del cuerpo y el esplendor del espíritu.

El sacrificio perfecto

Pero hasta en sus extravíos y en sus aberraciones más abominables la humanidad aspira por el sacrificio perfecto. Ese cortejo interminable de víctimas nos impresiona por su sentido punzante y misterioso; es la confesión dolorida de una culpa que se quiere borrar. Se acepta la muerte para hacer olvidar el pecado, causa de la muerte, «porque sin efusión de sangre—dice San Pablo—no hay remisión». Pero es inútil: esas vidas que se ofrecen están manchadas; por muchas que se amontonen, no podrán cegar el abismo que separa al cielo de la tierra; a lo más, pueden valer como una sombra, como una figura, como una profecía, como una ceremonia sagrada que anuncia la futura realidad divina. Durante algún tiempo las aceptó Jehová en el templo de Jerusalén; hasta que un día cayeron como un trueno sobre los cenáculos levíticos de la ciudad santa aquellas palabras proféticas: «¿De qué me sirve la multitud de vuestras víctimas? No quiero panes manchados, ni sangre de cabritos, ni carne de toros, ni ovejas cojas y tuertas. Porque, desde donde sale el sol hasta donde se pone, mi Nombre es grande entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece a mi Nombre una oblación pura.»

Así quedó anunciada la Víctima de valor infinito, aquella en que el más excelente de los sacrificadores presentaba la mejor de las ofrendas, realizando el acto perfecto de la adoración y de la expiación: el sacrificio único de la Nueva Alianza, que, comenzado en la noche de la institución con la Pasión de Jesús, se perpetúa siempre igual, a través de los siglos y los países, por la celebración de la Santa Misa.

CAPITULO XXIII

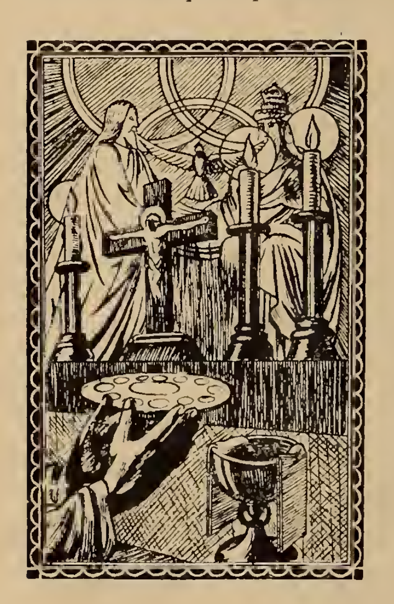
LA OBLACION

En el libro X de *La Ciudad de Dios* trae San Agustín esta bella sentencia: «Toda la ciudad rescatada, es decir, toda la reunión de los fieles y la sociedad de los santos, es el sacrificio universal ofrecido a Dios por el Gran Sacerdote, que se ofrece por nosotros en su Pasión.» He aquí una doctrina tan sutil que llega a parecer contradictoria: Cristo se ofrece, y, sin embargo, el sacrificio es todo el pueblo de los redimidos. ¿Será alguno de esos juegos de palabras que saltan como centellas de la pluma de San Agustín? No; es una verdad profunda y consoladora, que el mismo Santo ilumina con estas palabras: «Tal es el sacrificio de los cristianos: ser todos un solo cuerpo en Jesucristo; y éste es el misterio que la Iglesia conmemora cuando celebra el sacramento del Altar, donde aprende a ofrecerse a sí misma en la oblación que hace a Dios.»

Esta verdad aparece como un faro a través de la liturgia eucarística desde el primer momento. Ese primer momento es el Ofertorio. Se han terminado las lecturas la salmodia, los ejercicios destinados a la instrucción y edificación de los oyentes. En adelante—ha dicho alguien—, la Misa es un teorema que anda. La idea del sacrificio se desarrolla armónicamente, con un orden admirable, con una lógica divina. Nada entorpece la marcha de la acción que va a poner sobre el altar la Hostia santa e inmaculada que va a ser el alimento de los asistentes.

Agape y ofrenda

Y empieza el acto con la oblación. En la última Cena el pan y el vino estaban ya encima de la mesa; eran los residuos del banquete pascual, en que los apóstoles, aturdidos por la emoción de aquellas horas lentas y angustiosas, debieron hacer poco honor a los jugos de las viñas de Engaddi. En los primeros cenáculos cristianos, tras las comidas del ágape o del amor, siempre quedaban algunas copas y algunos panes para celebrar la conmemoración de la última Cena. Pero el ágape, admirable en aquellos días gozosos del comunismo de la Iglesia naciente, se convierte pronto en motivo de odios y discordias. La ostentación y la vanidad, la crápula y la embriaguez, se habían introducido solapadamente en el más sagrado de los ritos. Era triste ver a unos comiendo hasta ingurgitarse, mientras otros los miraban con ojos de envidia o de tristeza; a unos ostentando sus chispeantes vinos de Falerno o de Chipre, mientras otros llenaban vergonzosamente sus vasos de agua coloreada, porque no tenían para más. Y llega la decisión tajante de San Pablo: «¿Acaso



Ofreciendo el pan.

tenéis vuestras casas para comer y beber? En adelante, el que tenga hambre que coma en su casa.»

Desde entonces hubo que buscar de otra manera la ofrenda del sacrificio. Unas veces la traía el mismo sacerdote, otras la aprontaba un cristiano rico del lugar, o bien la patricia en cuya casa se celebraba la reunión. La generosidad se ponía de buena gana al servicio de la devoción. ¡Era un honor tan grande presentar en el ara el pan y el vino que se iban a convertir en el cuerpo y la sangre del Señor! Y en aquella ofrenda ponía cada uno su amor, su arrepentimiento, sus plegarias, sus anhelos y sus necesidades, toda su alma llena de ardores místicos y ávida de adoración y de perdón. Y nació la costumbre de que cada cristiano llevase su ofrenda, el pan que tal vez había amasado él mismo; el vino de la viña que él había podado y vendimiado. Era una participación lejana en el acto sublime del sacrificio; una participación que despertaba su piedad, que inflamaba su fe, que realzaba la dignidad y la nobleza de su frente y de sus manos, mezclando sus fatigas y sudores con los cansancios y dolores de la Pasión y Muerte de Cristo. Y eran muchos los que, como aquel príncipe de Bohemia, San Wenceslao, sembraban ellos mismos el trigo y exprimían la uva que habían de servir para el ministerio sagrado del altar.

El gozo ante Dios

El Ofertorio tenía un carácter gozoso. Iluminadas las frentes por la alegría de la devoción, los fieles desfilaban con su don en las manos; al pie del altar los recibían los diáconos; el coro cantaba, los panes se amontonaban en los cestos, el vino reía en las ánforas, y el sacerdote, después de envolver aquellas ofrendas en una mirada, extendía las

manos, levantaba los ojos al cielo y pronunciaba una oración en que resumía los votos de los oferentes y se hacía el intérprete de sus deseos y de sus intenciones.

Allí estaban aquellos dones que dentro de unos instantes serían la Hostia sin mancha ; allí estaban como ofrenda que subía hasta el cielo para interceder por los pecados, ofensas y negligencias innumerables del sacerdote, por la felicidad de todos los circunstantes y por todos los fieles cristianos, vivos y difuntos. Por todos, porque todos entraban a formar parte de aquel Sacrificio universal, como lo expresaba el sacerdote con una ceremonia breve y, al parecer, insignificante, pero que encierra un simbolismo lleno de sentido y emoción.

El agua en el vino

Dicen los historiadores que los pueblos de Oriente no suelen beber el vino sin templarlo con un poco de agua ; dicen, además, que, ateniéndose a esta costumbre, Nuestro Señor echó un poco de agua en el vino, que se convirtió por vez primera en su sangre. Un hecho hay cierto, y es que, desde los primeros tiempos de la Iglesia, existe ese rito de echar unas gotas de agua en el cáliz. De él habla San Justino hacia el año 160. Pero lo mismo él que San Isidoro, ven ya en esa mezcla una alusión poética a la gran doctrina de la elevación del hombre al estado sobrenatural. Esa gota de agua que cae en el vino y se pierde en él y adquiere cualidades infinitamente superiores a las suyas es la figura de la humanidad que se une místicamente a Cristo por medio de la gracia, y asociada a la gran Víctima y confundida con ella, puede presentarse a los ojos de Dios en holocausto de suavidad. Es el mismo sacerdote quien nos descifra la alegoría del rito con unas palabras de una audacia sublime: «Oh

Dios, que por una acción admirable creaste la dignidad de la naturaleza humana, y por una acción más admirable todavía la restauraste: danos que, por el misterio de esta agua y este vino, participemos de la divinidad de Aquel que quiso hacerse participante de nuestra humanidad.»

Tenemos aquí nada menos que la autorizada interpretación de lo que significa esa gota de agua: es el símbolo de nuestra pobre naturaleza humana, que, como el agua en el vino, va a quedar sumergida en el piélago de la divinidad con sus ansiedades, con sus desfallecimientos, con sus temores, con sus sufrimientos y con sus miserias. El alma unida y confundida con el Hombre Dios en el acto sublime de su sacrificio. Y ahora comprendemos mejor el pensamiento agustiniano con que empezamos este capítulo: «Toda la ciudad rescatada, es decir, toda la reunión de los fieles y la sociedad de los santos, es el sacrificio universal ofrecido a Dios por el Gran Sacerdote, que se ofrece por nosotros en su Pasión.»

CAPITULO XXIV

EL OFERTORIO

Ese momento de la Misa al cual hemos llegado en nuestra explicación tiene tal importancia, que debemos considerar más despacio su contenido sacrificial y su aspecto teológico.

El sacrificio propiamente dicho empieza con el Ofertorio, es decir, con la presentación de las ofrendas que van a ser consagradas. El sacerdote resume el momento con un gesto y con una palabra: *Offerimus*. Es la misma expresión que se usa en el Canon, poco antes de la Consagración. Surge aquí una serie de cuestiones que conviene discutir y, si es posible, dilucidar. ¿Cómo se entiende aquí esa palabra *ofrecer?* ¿Qué es lo que se ofrece? ¿Hay una sola ofrenda o hay varias? ¿Cuál debe ser la actitud del cristiano en ese momento? Para responder a estas preguntas voy a recoger algunas ideas, que desarrolla Dom Capelle en un libro intitulado *Para mejor comprender la Misa.*

Tres períodos

Nada podría orientar mejor nuestros esfuerzos que una breve explicación del rito mismo del Ofertorio y de su evolución histórica. Hay una evolución en la cual podemos distinguir tres períodos principales. El Ofertorio es esencialmente la presentación del pan y del vino. Al principio, esta presentación no trae consigo ningún acto ri-

tual. En la última Cena, Cristo tenía ya en la mesa el pan y el vino que iba a consagrar, y otro tanto debió de suceder mientras se mantuvo la costumbre del ágape o banquete fraterno. Ya en San Justino encontramos esta expresión, que, desgraciadamente, viene en una forma impersonal: «Tráese luego el pan, el agua y el vino.» Alguien trae las especies a la mesa, pero ninguna formalidad acompaña al acto. Tal vez haya que ver en esto la preocupación que existía en la primitiva Iglesia de dar a su culto un carácter espiritual y de diferenciarse así de los ritos paganos y judíos. Su mirada se aparta de los elementos materiales y terrenos para concentrarse en los dones celestes que brotan de la Eucaristía y en la acción de gracias, que debe despertar en todos los corazones una adoración según el espíritu y la verdad.



Participación de los fieles en la Liturgia.

Desde fines del siglo II empieza a mitigarse esta rígida actitud. Importa acentuar la dignidad de las cosas creadas, frente al desprecio en que las envuelve la gnosis cada día más extendida. El peligro no está ya en el materialismo de los sacrificios, sino en el falso espiritualismo de un Evangelio deformado. Esta tendencia repercute también en el desarrollo del rito eucarístico. Empieza a insistirse en el origen de los dones celestes, es decir, en la Creación, de la cual son

como las primicias. San Ireneo pondera la grandeza de la materia, que va a servir para que Dios se haga presente entre los hombres. En Tertuliano vemos ya una primera insinuación del ofrecimiento realizado por los fieles. Intentando disuadir al cristiano de contraer segundas nupcias, le habla de esta manera: «Si te casas con una mujer y luego con otras, ¿por cuál presentarás tus ofrendas anuales? ¿Estarás ante el Señor con tantas mujeres cuantas recuerdas en la oración? ¿Ofrecerás por las dos y las encomendarás a las dos por el sacerdote, y subirá tu sacrificio sin dificultad ninguna?» Unos años más tarde, San Hipólito llama a las especies consagradas la *oblación de la Santa Iglesia*; y por San Cipriano vemos que a mediados del siglo III era ya una costumbre general que los fieles llevasen al altar los dones eucarísticos. Así se desprende de su tratado *Sobre el trabajo y la limosna,* en el cual reprende a una noble patricia diciendo: «Crees que celebras el domingo... y vas al domingo sin ofrendas y te atreves a tomar en el sacrificio la parte ofrecida por el pobre.» El deseo de los fieles por participar en el gran acto litúrgico ha dado lugar a un rito nuevo, por el cual son ellos quienes presentan y ofrecen la materia del sacrificio. Esta ofrenda tiene una intención propiciatoria fuertemente expresada por San Agustín, cuando dice al cristiano que el sacerdote en el altar «recibe de ti lo que ha de ofrecer por ti, cuando quieres aplacar a Dios por tus pecados».

Varios procedimientos

Esta intervención de los fieles fué diversamente interpretada y expresada. En Oriente, las ofrendas se colocaban en una cámara contigua al ábside, la prótesis, desde donde se las llevaba solemnemente, entre cantos y perfumes, hasta el altar. En Roma la presentación de las ofrendas tenía lugar

durante la Misa; al canto del Ofertorio cada oferente presentaba a los diáconos su panecillo y su ampollita de vino, y cuando el desfile cesaba, decía el pontífice la Secreta, es decir, la oración, sobre aquellas cosas que habían sido separadas del uso común. Un texto de San Isidoro nos hace pensar que en el siglo VII iba perdiéndose en algunas iglesias de España el uso del Ofertorio, reemplazado en parte por una costumbre peligrosa y de mal gusto: la de ofrecer un óbolo de plata en el momento de la Comunión.

Por lo general, los fieles presentaban en el templo lo mejor que podían recoger en sus campos, y con frecuencia su devoción los llevaba a vigilar ellos mismos el cultivo y la elaboración. Ya dijimos cómo San Wenceslao no se desdeñaba de plantar las vides y de sembrar el trigo que más tarde habían de dar el pan y el vino para la capilla del palacio. A veces, por una devoción mal entendida se llevaba toda clase de ofrendas, como pasteles, cera, miel, queso, leche y hasta pequeños animales. Bien conocido es el mosaico de una iglesia constantiniana de Aquilea, en que se ve una procesión de hombres y mujeres acercándose al altar. Unos llevan pan y vino, pero otros tienen en las manos espigas, racimos de uvas, flores, y se ve uno que se acerca con un pájaro. Entre el pueblo existía la convicción de que cuanto más exquisitos fuesen los dones, más frutos tenía el sacramento. Así se desprende de una sabrosa historia que nos cuenta San Gregorio de Tours y que nos refleja las rudas costumbres de aquel tiempo. Una mujer que vivía en aquella ciudad, habiendo perdido a su marido, quiso que durante un año se celebrase la Misa por él diariamente. Ella misma se encargaba de presentar en la sacristía el vino necesario para el sacrificio, un vino de Gaza, fuerte y escogido, *potentissimum*, que entregaba a un subdiácono, encargado, sin duda, de la sacristía. Este buen



Cáliz del duque Tasilón de Baviera (siglo VIII).

clérigo, conocedor de la excelencia del presente, juzgó que para decir la misa era lo mismo el ácido chacolí, un vulgar *acetum*, que es el que se ponía de ordinario, y el néctar de la viuda lo reservaba para sus usos personales. Durante algún tiempo no hubo incidente ninguno, pues se ve que la donante no comulgaba con frecuencia. Pero he aquí que un día se le aparece en sueños su marido, diciéndole: «¿ Es que valía la pena de que yo trabajase toda mi vida para que ahora me hagáis tragar ese horrible brebaje?» La buena mujer empezó a sospechar que algo raro debía de suceder con sus ampollitas de vino, y al día siguiente se presentó a comulgar. «Sus dientes—dice el narrador—hubiesen restallado de no haber pasado el trago con la mayor celeridad.» Lo que no nos dice es con qué violencia restallaron entonces sus labios.

Transformación

Se ve por esto, escribe Dom Capelle, que en esta época se acentúa la primera parte de nuestro Ofertorio, llenándose de un sentido nuevo. El fiel presenta sus dones, y con este gesto ofrece la materia del sacrificio. El sacerdote la recibe e inmediatamente es colocada sobre el altar. Es la segunda parte del rito del Ofertorio. «Luego que todos han presentado su panecillo y su *amula* o frasquito de vino, el Pontífice reza la Secreta, a la que seguirá inmediatamente el Prefacio.» La tercera parte no ha aparecido todavía, es decir, se ignora aún el gesto de la ofrenda de la patena y el cáliz con la oración correspondiente. El ofrecimiento a Dios de la materia presentada se hacía entonces, lo mismo que en los primeros tiempos, tan sólo en el Canon y por el Canon. Las fórmulas de la Secreta pueden anunciar ya la oblación, pero no son una oblación.

Vienen luego los tiempos alborotados que siguen a la

descomposición del Imperio de Carlomagno: invasiones de húngaros por el Este, amenazas de musulmanes por el Sur, terror de normandos por el Norte y Oeste, y en el seno de la cristiandad, guerras, rivalidades, luchas y rebeldías, feudalismo. El siglo x es el siglo de hierro. Con él desorden social viene la decadencia del espíritu religioso, el olvido de muchas bellas costumbres de los siglos anteriores. Todo esto repercute en la transformación de la liturgia del Ofertorio, que se caracteriza por el desarrollo exagerado de los ritos y, a la vez, por su empobrecimiento. Al principio se sigue practicando el rito de la ofrenda, y es ahora cuando aparecen las oraciones destinadas a explicarlo y comentarlo, pronunciadas unas veces por el cristiano que presenta el don, otras por el sacerdote que lo recibe. Son oraciones múltiples, que no entran de pronto en el cuerpo del Misal, sino que figuran en los devocionarios particulares, y que con frecuencia tienen un significado parecido al de la Secreta. Unas veces se expresan en ellas las intenciones del oferente, otras se pondera la indignidad del pecador, que participa con su oblación en los divinos misterios; otras imploran el sufragio de los santos o la indulgencia de Dios para suplir esa indignidad. Es una floración exuberante, que no tardará en ser sometida a la poda del genio romano, siempre práctico y sobrio. Gracias a eso, sólo algunas de esas fórmulas tendrán el privilegio de sobrevivir: la que el sacerdote dice inclinado junto al altar: *In spiritu humilitatis;* la que pronuncia levantando las manos: *Veni, Sanctificator omnipotens,* y los dos *Suscipes: Suscipe, Sancta Trinitas,* y *Suscipe, Sancte Pater.* Las dos primeras son oraciones del sacerdote; las últimas pertenecen propiamente al cristiano oferente. Nótese el verbo en singular: *offero.* Es la oración de un particular, y la encontramos por vez primera en un devocionario que perteneció a Carlos el *Calvo* (880), con la indicación de que debe rezarse al llegar al altar con la ofrenda. Desgraciada-

mente, es por este tiempo cuando el gesto de la ofrenda empieza a desaparecer. Poco a poco la participación exterior del pueblo cesa, sin que por eso se supriman las oraciones destinadas a comentarla. Ellas son las que, con los retoques y adaptaciones indispensables, van a perpetuar el rito desaparecido. El sacerdote reemplazará al pueblo fiel en el altar aun en ese gesto de la ofrenda y en esas palabras que la acompañaban ; él se unirá intencionalmente a esos movimientos y a esas palabras, que en otro tiempo eran exclusivamente suyos. Nada esencial, nada necesario había desaparecido, puesto que el rito de la ofrenda, como ya hemos visto, es posterior a la Era apostólica. Se perdía, sin embargo, una cosa que impresionaba por su dramática belleza y al mismo tiempo encerraba un profundo sentido teológico.

CAPITULO XXV

SENTIDO RELIGIOSO DEL OFERTORIO

El estudio histórico que hemos hecho de las varias fases por que ha atravesado el rito del Ofertorio no tendría un gran interés si sólo sirviese para satisfacer una vana curiosidad ; pero no se necesitan largas consideraciones para descubrir en esa evolución la importancia que tiene ese primer momento del sacrificio propiamente tal y la medula de su valor religioso.

Tras de un largo período, en el cual toda la asistencia se conmovía para ponerse exteriormente en contacto con el altar por medio de la ofrenda, vemos que esa conmoción cesó, dejando únicamente sus huellas en las oraciones que acompañaban al rito desaparecido, y que siguen todavía formando parte de la Misa. Nos encontramos, pues, con que el Ofertorio ha quedado reducido a un acto puramente espiritual de los fieles ; pero, aunque puramente espiritual, conserva toda su realidad, y por eso conviene que el cristiano conozca cuál debe ser su actitud mientras el sacerdote ofrece el pan y el vino.

Actitud del cristiano

Para comprenderla mejor puede servirnos una feliz expresión de San Agustín. Hablando de los cristianos llevados en cautividad por los vándalos, se lamenta de que en el

destierro les era imposible «llevar su oblación al altar de Dios ni encontrar un sacerdote por medio del cual ofrecerla». Según esto, el acto de aportar la ofrenda, *ferre*, bien sea materialmente, como en otro tiempo; bien sea con la pura intención, como ahora, es oficio de los fieles, *oferre*, presentar a Dios la oblación, pertenece exclusivamente al sacerdote, pero lo hace a petición de los fieles y en su nombre. Son los fieles los que entregan su ofrenda al sacerdote para que la ofrezca y luego la consagre; aunque si penetramos en la íntima esencia del pensamiento de San Agustín, podemos decir que el ofrecimiento lo hacen los mismos fieles «por medio del sacerdote». Cuando los primeros cristianos se dirigen hacia el altar para entregar al celebrante su panecillo, se lo ofrecían a él exteriormente, pero su intención era ofrecérselo al mismo Dios, y ofrecérselo, como dice la oración, «para gloria de su nombre y para utilidad propia y de toda la santa Iglesia». Estas palabras iluminan el problema. Si el cristiano pone en su insignificante ofrenda esa grandiosa finalidad, es que tiene la conciencia de la gravedad del gesto que realiza, de su trascendencia y de su eficacia; es que sabe que aquel pan y aquel vino serán poco después el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Nada podría imaginarse más útil para nosotros que aquello en que se encierra la salud del mundo, la redención de las almas, el perdón del pecado, la fuente de la gracia. Esto es lo que da su verdadera grandeza a ese gesto tan sencillo, cuyo horizonte es en realidad tan vasto como el mismo horizonte de la Misa, con la misma amplitud, con la misma capacidad, puesto que en él están ya necesariamente todas las intenciones del Sacrificio. También en el momento de la consagración, en la oración del Canon, se habla de oblación con un *offerimus*, que dice el sacerdote en nombre de todo el pueblo; pero no se trata de dos ofrendas, sino de una sola, que al principio se nos presenta como la materia indispensable para el sacri-

ficio, y luego como elemento milagrosamente transustanciado. Hay un *offerimus* que pudiéramos llamar *popular* y otro *offerimus* propiamente *sacerdotal*; los dos íntimamente unidos, compenetrados, puesto que el segundo no se explica sin el primero, y el primero toma toda su importancia, todo su valor, del segundo. Nuestro acto queda iluminado y ennoblecido anticipadamente por el acto del sacerdote consagrante, que le da su pleno significado.



Cáliz de Chelles. Obra de San Eloy (siglo VII).

Con esto podemos ver ya claramente cuál debe ser la actitud de los cristianos en el momento del Ofertorio. Si el acto sacerdotal se realiza en su nombre, no solamente se unirá al celebrante cuando lo realiza, sino que ya anteriormente le darán la misión de obrar por ellos en el altar, entregándole mentalmente la materia del sacrificio. De esta manera se asocian ya desde el Ofertorio, en lo más íntimo de su ser, a la ofrenda sagrada. Si no llevan ya su ofrenda al sacerdote como en los antiguos tiempos, no por eso están dispensados de unirse al sacerdote, puesto que queda el gesto antiguo con todo su valor interno y espiritual, aunque despojado de las formas exteriores. Queda el gesto antiguo,

concentrando todo el poder, toda la grandeza del Sacrificio, confiando al sacerdote el pan y el vino, que virtualmente son ya el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; adhiriéndose al gesto más augusto todavía que dentro de breves instantes los presentará ante el ara de Dios «por las manos de su santo ángel». De aquí que lo que el cristiano ofrece en el momento del Ofertorio es ya el mismo Cristo, el mérito infinito de su Pasión y de su Muerte.

La ofrenda de sí mismo

Y a esa ofrenda soberana, si realmente vive la vida de la Iglesia, si comprende su dignidad de miembro del Cuerpo de Cristo, unirá el cristiano, por pobre e insignificante que sea, la ofrenda de sí mismo, con todas las cosas criadas puestas por Dios a su servicio. Todo es de Dios; por eso un homenaje perfecto de una criatura racional a su Creador debe comprender de algún modo la creación entera. Es ley de justicia, ley de justicia que tiene sobre sí el dominio de un misterio de amor; por el cristiano verdadero van más lejos todavía, siguiendo un camino magnífico. «Una comunidad de vida—dice Dom Capelle—une todos sus miembros a Jesucristo. La Misa evoca esta solidaridad, precisamente en el momento del Ofertorio, con el viejo rito de la gota de agua que va a perderse en el vino.» Ese rito es, en primer lugar, una imitación amorosa de lo que hizo Cristo en la última Cena, conformándose con los usos judíos. Pero desde muy antiguo quiso la Iglesia espiritualizar este acto, que venía a sugerir verdades altísimas. Ya en los primeros siglos se dijo: «El vino es Cristo, el agua somos nosotros.» Nuestra ofrenda es insignificante, es insípida, es incolora, es gota de agua minúscula junto a la oblación del vino de Cristo,

ofrecido con toda su grandeza celeste, con su fuerza, con su gozo, con su belleza bermeja, con su sustancia divina, con su juventud perenne, que salta hasta la vida eterna.

Por eso este recuerdo de nuestra humildad es también el testimonio de nuestra grandeza, es la expresión externa del privilegio soberano de nuestra unión íntima y necesaria al vino poderoso, que es amor, y esperanza, y medicina, y consuelo, y gloria inmarcesible. Los Santos Padres han insistido sobre este significado sublime. Basta citar estas frases que escribía San Cipriano en la primera mitad del siglo III: «Porque Cristo nos llevaba a todos en Sí, llevaba incluso nuestros pecados, vemos significados en el agua a todos los pueblos, y en el vino la Sangre de Cristo; cuando el agua se mezcla con el vino en el cáliz, el pueblo es asociado a Cristo. Esta mezcla del agua y del vino es tan íntima, su unión en el cáliz del Señor tan estrecha, que ya no pueden separarse una de otro... Nada podrá separar a la Iglesia de Cristo, ni impedir que permanezca unida a El por siempre con un amor indisoluble.»

Símbolo sublime

No puedo dejar de reproducir aquí las bellas y explícitas palabras de un Concilio español del siglo VII, el tercero de Braga, que protestando contra una costumbre introducida por ciertos ascetas puritanos, que consideraban nefando el uso del vino, se expresaba de esta manera: «Respecto a los que comulgan con uvas sin exprimir, hay gran confusión, puesto que el cáliz del Señor, según lo que un doctor dice, debe ofrecerse mezclado con agua y vino; pues sabemos que por el agua se da a entender al pueblo, y que por el vino se manifiesta la Sangre de Cristo. Luego cuando en el cáliz se mezcla el agua con el vino, el pueblo se reúne

con Cristo, y la plebe de los creyentes se asocia y junta con Aquel en quien cree ; y esa unión del agua y el vino es tal que ya no es posible separarlos. Así, pues, si uno ofrece sólo el vino, la Sangre de Cristo empieza a estar sin nosotros, y si sólo ofrece el agua, entonces el pueblo empieza a estar sin Cristo. Luego cuando se ofrecen uvas solamente, se desprecia el sacramento de nuestra salvación, representado por el agua, y así el cáliz del Señor no puede ser vino solo ni agua sola, sino ambas cosas mezcladas.»

Con un matiz distinto nos revela esa misma doctrina la oración que dice el sacerdote en el momento de realizar esa mezcla misteriosa, fórmula admirable, que nos recuerda el corte de los textos de San León Magno, y que ya hemos traducido en un capítulo anterior, esbozando la idea, que aquí tratamos más extensamente.

Los dos líquidos se juntan en el cáliz como la divinidad y la humanidad en la persona de Cristo ; distintos, pero en unidad inseparable. Y la unión hipostática es la raíz de nuestra unión. En virtud de ella, nos unimos a Cristo de tal manera que nos hacemos miembros suyos con una unión vital, que El mismo expresó en la imagen de la vid y los sarmientos. Jesucristo se ofrece bajo las especies de pan y vino, y su sola ofrenda es el don total de la humanidad entera para la eternidad. Eso basta ; pero por un privilegio inefable, consecuencia de la unión de los miembros con la Cabeza, nos es dado a nosotros seguir ofreciendo y expiando y uniendo nuestros pobres merecimientos a los méritos infinitos de Cristo y entregándonos juntamente con El. Algo de esto quería expresar Pascal en aquellas hermosas palabras : «Jesús, mientras sus discípulos dormían, obró nuestra salud. La realizó para cada uno de los justos, mientras ellos dormían, y en la nada, antes de su nacimiento, y en los pecados, después de su nacimiento. «Yo pensaba en ti en

mi agonía, Yo derramé tales gotas de sangre por ti... Si conocieses tú tus pecados, desmayaría tu corazón.» «Desmayaría, sí, Señor, pues reconozco su malicia en virtud de lo que me aseguras. Mas Tú me puedes curar. Puedes y quieres.»

Puede y quiere; esto es un hecho. Por eso esta ofrenda del cristiano tiene un carácter jubiloso. Hay en ella alegría, esperanza, amor, seguridad, la seguridad de quien sabe que a una mano que se tiende desde las simas de este mundo corresponde otra mano que se alarga desde el reino de las luces. El coro canta interpretando en bellas melodías todos estos sentimientos, que se agolpan en el corazón de los oferentes, y que desde este momento quedan como adheridos a la ofrenda e incorporados a lo que va a ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

CAPITULO XXVI

LA ORACION EUCARISTICA

Todo está preparado. Colocadas sobre el altar, las ofrendas aguardan la palabra creadora del representante de Cristo. Están santificadas: la primera bendición del sacerdote



Jesús apaciguando la tempestad. (Ms. copto del siglo VI.)

ha caído sobre ellas; el incienso las ha envuelto en sus oleadas purificadoras; rito de exorcismo ahuyentador de influencias diabólicas; la oración sacerdotal las ha tocado y levantado a la presencia del Padre, dador de todos los dones y fuente de todas las luces. El sacerdote se ha lavado las manos, otro signo indicador de la majestad del acto que se acerca. Sólo con las manos limpias de toda mancha se puede

levantar al cielo la Hostia inmaculada. Un último toque de atención: «Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y



Comienzo del Canon. (Miniatura italiana del siglo XI.)

vuestro sea agradable en la presencia de Dios Padre omnipotente.» Un haz de corazones, un solo deseo, un solo amor que irradia del altar una hermandad sublime. A continuación, decía ya San Justino en el siglo II, el que preside ofre-

ce al Padre común de todos, en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, la alabanza y la gloria que le es debida, prolongándose en la acción de gracias por los beneficios que hemos recibido de la bondad divina.» Es la oración eucarística.

«Haced esto...»

«Cuando celebras el divino misterio—decía el autor de la *Imitación de Cristo*—debe parecerte tan grande, tan nuevo y tan digno de amor como si por vez primera Cristo sufriese y muriese en ese mismo instante por la salvación de los hombres.» Pero hay una diferencia: en el Calvario, Cristo se ofreció de una manera sangrienta; en la Misa se ofrece de una manera incruenta y mística, como se ofreció al instituir la Sagrada Eucaristía. Puede decirse que la última Cena es la primera Misa que se celebró en el mundo. Allí descubrimos, no solamente la esencia de nuestra Misa, sino también sus ritos fundamentales. Al dar a los apóstoles su cuerpo y su sangre, el Redentor, juntamente con el más augusto de los sacramentos, les deja los rasgos esenciales que deben imitar en su renovación. Y en medio de la Iglesia quedan hasta el fin de los siglos estas palabras fecundas: «Haced esto en memoria mía.» Fieles a esta consigna, los apóstoles recogen la fórmula misma de Cristo, sus gestos y hasta sus miradas para perpetuarlos en el seno de la Iglesia. Desde aquel momento quedaba esbozada la Liturgia del sacrificio cristiano.

He aquí cómo nos la describen los evangelistas: «En la noche en que iba a ser entregado, el Señor Jesús tomó el pan y, habiendo dado gracias, lo rompió y lo dió a sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed; éste es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía.» Después, tomando el cáliz y dando gracias, se lo dió

y dijo: «Bebed de esto todos, porque ésta es mi Sangre, la Sangre de la Nueva Alianza, derramada por muchos en remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía cada vez que bebierais.»

Cuatro ideas

Cuatro ideas fundamentales hay en esta escena: una acción de gracias, la pronunciación de una formula misteriosa, la partición del pan y la distribución. Son las cuatro partes de nuestro sacrificio: Eucaristía, Consagración, Fracción y Comunión. Fieles a la recomendación del Maestro, los primeros discípulos tejen en torno a ellas la urdimbre sagrada de sus ritos. Al leer los Actos de los Apóstoles, esa historia gozosa de los primeros avances de la fe, los vemos con frecuencia reunidos, bien sea en el Cenáculo, bien sea en alguna casa más espaciosa y mejor acomodada, «perseverando con piadosa alegría en la acción de gracias, en la fracción del pan, en la comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor.» Estos tres nombres le daban desde los primeros siglos a la conmemoración de la última Cena.

La oración de Cristo

Como en aquella primera Misa, presidida por el Señor, la ceremonia empezaba con una oración eucarística. Los apóstoles y los primeros cristianos no hacían más que imitar a Cristo; pero al dar gracias en el Cenáculo, Cristo seguía las normas trazadas por una antigua costumbre hebrea. En el Antiguo Testamento encontramos oraciones eucarísticas que tienen una semejanza sorprendente con el principio de nuestra liturgia sacrificial. Así aquella que se lee en el capítulo IX, de Nehemías, que tanta semejanza ya tiene con nuestro Prefacio, y que sólo de paso recordamos aquí, porque ya en otra parte hemos hablado de ella. En

ella no falta siquiera ni el *gratias agamus* del levita, ni la respuesta del pueblo, a la cual siguen como en el Nuevo Testamento las palabras del pontífice, un himno lleno de entusiasmo y poesía, elogio y adoración a Jehová por su poder, por su bondad y por su amor, manifestado en los beneficios innumerables derramados sobre su pueblo escogido: «Tú eres el único Dios y Señor... Tú hiciste el cielo... Tú formaste el ejército de los ángeles y el de las estrellas... Tú escogiste a Abraham y suscitaste a David de entre los hijos de Israel...»

Pero estos acentos, rebosantes de un cálido lirismo, no agotaban los motivos de alabanza que podían inspirar el himno de un cristiano. El cielo había revelado los más altos misterios desde que un Dios conversó con los hombres. Las antiguas maravillas palidecían en presencia de las nuevas: misterio de la Encarnación, noción más precisa de la paternidad divina, anunciación de los perdones eternos, obra redentora del único Mediador, del Adorador perfecto, a través del cual deben llegar al cielo todos nuestros ruegos y todas nuestras alabanzas para que tengan un valor infinito y una aceptación propicia. Y así nació la oración eucarística de la Misa, así nació el poema del Prefacio, sobre el molde de la antigua liturgia mosaica, pero con más altos motivos de alabanza, con un conocimiento más claro de las misericordias divinas, y, por tanto, más transido de belleza, más saturado de luz, más encendido en llamas de gracia y poesía. Lo que en él se iba a recordar no eran ya sólo las maravillas obradas por Dios con el pueblo de Israel: elección de Abraham, salida de Egipto, paso del Mar Rojo, lluvia del maná, entrada en la tierra prometida, exaltación del rey David, amores y magnificencias de Salomón, sino una realidad divina, de la cual todo esto no era más que sombra, figura y vaticinio.

CAPITULO XXVII

EL CENTRO DE LA ACCION

Vamos a tratar ahora de comprender la Misa, con sus fórmulas y sus ritos, en lo que tiene de más solemne, en lo que pudiéramos llamar el centro y corazón del misterio, es decir, en el momento de la Consagración; un momento en el cual todo está patente, pues no hay más que abrir los ojos y disponer el corazón para ver y entender, y en el cual, sin embargo, todo parece secreto, profundo y misterioso, pues nos encontramos ante una realidad tan inaudita y tan desusada como es que una cosa, pareciendo la misma, se transforme completamente por el solo hecho de pronunciar sobre ellas unas palabras. Es aquí donde se encuentra la esencia del Sacrificio y, por tanto, donde atravesamos el umbral que nos introduce en el «Santo de los Santos».

Doble aspecto

Todo esto se refleja desde el primer momento por la majestad con que de pronto se reviste la Liturgia, que desde los primeras palabras del Prefacio empieza a impresionarnos por su austera sencillez, por el estilo grandioso de sus períodos, por la fijeza casi inmutable de sus fórmulas. Es el estilo que corresponde a la actitud que exige del cristiano la grandeza de un acto en el cual llega a enmudecer la voz humana, para que se oiga sólo la voz de Cristo en la realización de la acción sagrada, de la cual las preces no son más que la atmós-

fera, la vibración, la irradiación, la vestidura y el comentario y manifestación exterior. En esa acción está esencialmente la Misa, que es oración ciertamente, que es fórmula fija impuesta por el mismo Cristo, pero que es más misterio operante, henchido de la virtud de Dios.

Y como acción tiene un doble aspecto, que no debemos olvidar si queremos comprender esta parte central de la Misa. Es una obra celeste y una obra terrena, una obra envuelta en el esplendor divino que le viene de Cristo, y al mismo tiempo impregnada de una perfección relativa, cambiante y fluctuante, que le viene de ser nuestra obra. De aquí un doble valor, cuya consideración es necesaria si queremos comprender pasajes difíciles, iluminar oscuridades y armonizar contradicciones aparentes.

Lo que ponemos nosotros

Hay un valor que le viene de los que ofrecen, y otro que la acción, la oblación, tiene en sí misma. Los oferentes somos nosotros, y aquí encontramos el origen de una deficiencia deplorable, de una radical imperfección, puesto que decir nosotros es decir negligencia, tibieza, egoísmo y con frecuencia incomprensión y pecado. Afortunadamente, el pecador no ofrece solo, sino dentro del Cuerpo místico de Cristo, es decir, dentro de la Iglesia, su Esposa, a la cual El purificó para hacerla santa y perfecta oferente. Es preciso tener esto presente para no forjarse una imagen pesimista de esas Misas dominicales, en las cuales los niños enredan, los jóvenes hablan, las mujeres miran los sombreros de sus vecinas y los hombres aguardan impacientes a que termine el acto para lanzarse a la calle. Aun en aquellos que no ofrecen signos externos de distracción, de disipación, de

impaciencia o de aburrimiento, ¡cuánta ignorancia, cuánta flaqueza, cuánta frialdad, cuánta incomprensión y cuánta rutina! Parece como si allá en el altar Cristo volviese a pronunciar aquellas palabras que dijo en el desierto: *Misereor super turban!*

Y, no obstante, todos son admitidos a participar en el Sacrificio; a todos invita la Iglesia; más aún: a todos impone la obligación de asistir; sin olvidar por eso la disposición distinta de cada uno, declarando paladinamente que Dios conoce la fe de cada uno, que su misericordia está allí como en piadoso acecho, observando y mirando la actitud fervorosa y la falta de fervor, el amor rendido o la presencia obligada: *quorum tibi fides cognita est et nota devotio.* Perdida en la muchedumbre está el alma de los esfuerzos heroicos y el corazón agitado por el vendaval de las pasiones, el santo y el pecador, el arrepentido que se esfuerza por romper los lazos de la costumbre inveterada y el pusilánime cómodamente entregado a las miserias de la impotencia humana. Es el misterio de la gota de agua que viene a juntarse al vino con gesto de humildad, el óbolo insignificante de la viuda asociado a un tesoro de grandeza infinita. La Misa abre sus brazos a todas las formas de la flaqueza humana y se enriquece con todos los esfuerzos del amor. La ofrenda de Cristo oculta y borra la escoria de nuestra ofrenda, que no encontrará otro momento más propicio para comparecer ante la presencia del Padre y para obtener la lluvia de las gracias y de las misericordias. Hay, evidentemente, diversos grados de fervor, y sin duda, las gracias y los favores serán también diversos. «Mas ¿qué ley presidirá a la dispensación del maná divino?», se pregunta un liturgista. Sólo Dios podría contestar: «El amor corresponderá al amor; la piedad, a la angustia; sin que debamos aguardar el ejercicio de una justicia rigurosa, porque hay una voz distinta de la nuestra que aboga

por nuestra causa : la voz de la Sangre de Cristo, que, como decía San Pablo, habla más eficazmente que la sangre de Abel.»

El valor de la ofrenda

Pero existe, además, en la Misa un valor, una grandeza, una dignidad que no dependen de la disposición de aquellos que asisten a ella y al asistir la ofrecen, sino de la esencia misma de la cosa ofrecida. Ya hemos visto que la ofrenda es, en primer lugar, el pan y el vino ; ya hemos visto también que el pan y el vino no son en el ara un simple símbolo de nuestras almas, agradable ante los ojos de Dios únicamente en cuanto recuerdan el fervor de las almas que ponen allí su fervor, su anhelo, su amor y su entrega. Esa ofrenda visible de las especies sacramentales tiene su dignidad propia, que le viene de sí misma, en virtud de la institución de Cristo. Como elemento material del Sacrificio, es admitida por Dios, separada de todo uso profano y marcada con un carácter sagrado. Hay, por tanto, en ella una santa eficacia y un contenido religioso, que le confieren en cierto modo una virtud sacramental. Así nos lo da a entender el libro del Levítico cuando manda que los residuos de las oblaciones deberán ser consumidos por el sumo sacerdote y por sus hijos : «Lo comerán sin levadura, en el lugar santo, en el atrio del tabernáculo... Es ley perpetua para vuestros descendientes sobre las ofrendas hechas a Jahvé por el fuego. Todo el que las toque se santificará.»

Pero esta santidad alcanza una grandeza infinita por el prodigio sin igual de la transustanciación. El pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y esta realidad sublime abre a nuestras miradas horizontes de una infinita grandeza. San Pablo debía fijar en ellos su atención cuando decía, lleno de asombro : «Si la sangre de los

cabritos y de los toros y la aspersión de la ceniza de la vaca santifican a los que están manchados, ¡ cuánto más la Sangre de Cristo, que se ofreció sin mancha a Dios por el Espíritu Santo, limpiará nuestra conciencia de las obras muertas para servir a Dios vivo !» Todo queda elevado y como divinizado. La imagen cede el paso a la realidad ; el sacrificio, de ofrenda sencilla, llega a ser el holocausto adecuado en honor de la Divinidad : el Sacrificio del Calvario, el Cuerpo roto, la Sangre derramada por la salvación del mundo. Nuestra ofrenda es ya algo sublime, divino, inconmensurable ; «es la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de la vida eterna y el Cáliz de la salud perpetua».

Estilo y estructura del Canon

Y, no obstante, el oferente sigue siendo el hombre, el pueblo cristiano, la santa Iglesia. Se ha reunido para ofrecer el pan, y lo que ofrece en definitiva es el mismo Cristo. ¿ Dónde encontrará palabras para expresar su oblación ? ¿ Cómo exteriorizará sus sentimientos cuando, pasado el umbral del Santo de los Santos, se encuentre delante de Dios, con los brazos extendidos ? Nada similar se había dicho en el mundo ; ninguna lengua humana había podido verse en trance semejante. Tal vez la mejor solución habría sido el silencio ; pero había que hablar, puesto que Cristo había hablado en la última Cena, y de hecho la acción se convirtió en una oración hablada. Así nació el Canon, es decir, la norma, la oración fija y reglamentada, la fórmula invariable de la Consagración, esa parte de la Misa que es el centro de su culto, y que se distingue a la vez por su ritual austero y suntuoso. Ya conocemos esa fórmula sagrada en sus primeros balbuceos, en aquella célebre plegaria que encontramos, a

principios del siglo III, entre los escritos de San Hipólito, y que, a través de una lenta elaboración, cuya historia conocemos muy imperfectamente, desemboca en el Canon actual de la liturgia romana. Las ideas centrales permanecen las mismas, y apenas cambia la estructura. Se conserva lo que llamamos la *anamnesis*, y la *epiclesis* pervive en una forma equivalente. Los cambios principales se encuentran en el comienzo con la diferenciación del Prefacio, con la aparición del Sanctus y con la adición de varias oraciones independientes. Podría decirse que lo que el Canon pierde en robustez y en majestad de líneas, lo gana en plenitud y en riqueza de contenido. Sigue inmutable el diálogo inicial como testigo de la unidad original, que pudiera acaso hacernos olvidar el profundo silencio en que se desarrolla nuestro Canon después del estallido lírico del trisagio, y que, por otra parte, nos descubre en la gran alabanza del Prefacio una amplificación de aquel «Gracias te damos» de la oración de San Hipólito.



Iglesia escandinava de la época de los vikingos.

El comienzo es naturalmente el Prefacio; el fin, una doxología, como en casi todas las oraciones más solemnes de la Iglesia, y el centro, la consagración del pan y del vino, precedida del *Qui pridie*, que podemos considerar como parte de ella. Inmediatamente antes de la Consagración se dicen dos oraciones inspiradas en la idea de la ofrenda. Inmediata-

mente después, y formando casi un mismo cuerpo con ella, viene otra, que hace alusión al recuerdo de la última Cena, la *anamnesis,* que expresa la distinción entre la última Cena y el Sacrificio de la Misa. Siguen luego otras dos fórmulas de ofrecimiento. A esto se juntan tres Mementos antes de la Consagración : el de la Iglesia, el de los vivos y el de los santos, y otros tres después de la Consagración : el de los muertos. el de los pecadores y el de la naturaleza entera. Todo esto se halla de tal manera relacionado y forma un conjunto tan armónico, que podemos sintetizarlo en un sencillo diagrama, que nos permitirá percibir mejor esa íntima armonía y la relación de unas partes con otras :



Esquema del Canon de la Misa.

Cada una de estas figuras corresponde a una de esas oraciones, o partes de la gran oración. La cruz central representa la Consagración, en torno a la cual se agrupa todo lo demás. Las flechas verticales indican otras tantas fórmulas de ofrecimiento que suben directamente hacia el Padre. Las pequeñas flechas que salen del pie de la cruz recuerdan el *Qui pridie,* que prepara la fórmula esencial de la Consagración, y la *anamnesis,* que es casi como un complemento de la Consagración misma. Las seis líneas son los seis Mementos, tres de los cuales preceden a la Consagración y otros tres vienen después de ella. Las dos flechas más largas, inclinadas hacia la cruz, simbolizan el comienzo y el fin del Canon, el Prefacio y la doxología, dos acciones de gracias que suben

hasta Dios, envueltas en la gran eucaristía del Sacrificio de Cristo.

Vemos aquí ese amor a la medida, ese principio de equilibrio que distingue siempre a las obras de Roma y que no podía faltar en esta obra maestra del genio romano. Y si de la consideración del conjunto pasamos a los detalles, admiraremos esa sobriedad de estilo, que tiene la virtud de ahorrar palabras y de colocar cada una en su sitio. Nacido en el momento del mayor esplendor del arte de los mosaicos, el Canon recuerda uno de aquellos mosaicos en que Cristo aparece majestuosamente sentado y rodeado de gloria y santidad.

CAPITULO XXVIII

ANTES DE LA CONSAGRACION

Ya conocemos la estructura del Canon, los rasgos esenciales y las grandes ideas que en él se contienen ; pero es tan honda, tan rica y tan venerable esta plegaria eucarística, que nos viene de los primeros tiempos de la Iglesia, que sería imperdonable pasar adelante sin examinar el ritmo íntimo con que se desarrolla, sin analizar la doctrina que encierra, sin hacer resaltar la secreta belleza de sus fórmulas.

Música y poesía

Ha terminado el Prefacio, himno inspirado por la consideración de los beneficios divinos, que ha hecho prorrumpir a la asamblea en una explosión de alabanza, y en el recinto del templo resuenan aún los últimos ecos del *Hosanna in excelsis*. Al canto del sacerdote ha sucedido el canto del pueblo. Había que cantar, porque la grandeza de la idea trascendía el acento de la palabra. Aun en medio de la persecución, el instinto de la Iglesia primitiva la hizo prorrumpir en una melodía triunfal, que surgía de la abundancia de su corazón. Las palabras se convirtieron espontáneamente en música. «Unidos a los ángeles y a los arcángeles, a los tronos y a las dominaciones, cantamos el himno de tu gloria», decía la voz del sacerdote, y las voces todas de los fieles se asociaban a los líricos entusiasmos de aquella melodía mara-

villosa, por la cual hubiera dado su obra entera uno de los mayores músicos de todos los tiempos. Pero difícilmente hubiera podido brotar del genio individual lo que es sencillamente expresión de la conciencia cristiana en la posesión plena de la vida divina.

Nuestra súplica

Después de esta introducción lírica, en contraste impresionante el sacerdote continúa en voz baja : *Te igitur.* Es el comienzo del Canon, comienzo grandioso y majestuoso, que va a desarrollarse con un ritmo lento y grave, con una marcha llena de unción, de humildad, de esperanza. Primero, una súplica inicial : que Dios se digne aceptar nuestra ofrenda, en la cual ponemos tres intenciones iniciales, puesto que la presentamos pensando : *a*) en la Iglesia ; *b*) en sus ministros ; *c*) en todos los fieles reunidos para el Sacrificio.

Pensamos primeramente en la paz y en la unidad de todos los que estamos unidos por el lazo de la misma fe, ya que éste fué el tema fundamental de la oración de Cristo en la última Cena : «No te pido únicamente por ellos, por los Doce, sino por todos los que han de creer en Mí. Que sean todos una misma cosa, y que, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, así ellos sean una misma cosa en Nosotros... Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfectos en la unidad.»

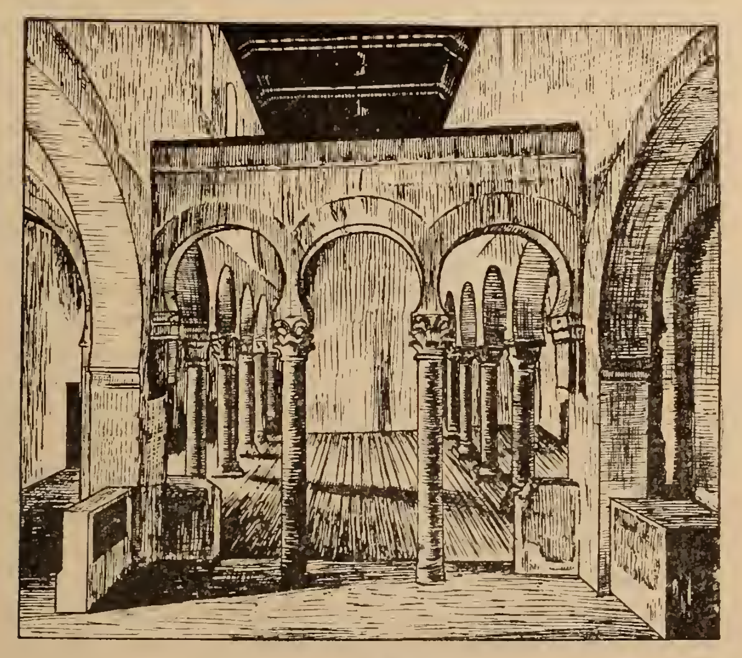
El centro de la unidad es el Vicario de Cristo ; por eso su nombre es el primero que acude a nuestros labios en este momento, y con nuestros labios debe estar de acuerdo nuestro corazón. Más cerca de nosotros, el centinela de la paz y de la unidad es el obispo de nuestra diócesis, el pastor directamente encargado de nuestras almas. Nada más natural que su nombre siga al nombre del Papa, y que después nues-

tro pensamiento se fije «en todos los cultivadores de la fe católica y apostólica», es decir, en los obispos de toda la cristiandad y en sus respectivos rebaños. He aquí una bella descripción de la Iglesia, del reino de Dios sobre la tierra, de aquel reino de Dios al cual se alude en la segunda petición del Padrenuestro: *Adveniat regnum*. Pedir la paz y la unidad de la Iglesia es pedir la expansión y el triunfo de ese reino, la glorificación de Dios, la santificación de la humanidad.

Sacrificio de alabanza

En ese reino estamos también nosotros. Es algo que no podemos olvidar. Nosotros podemos progresar constantemente en la conquista del reino, y el reino puede ir penetrando sin cesar dentro de nosotros. Por eso pedimos por todos los que se reúnen para ofrecer ese sacrificio de alabanza: por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salud y por su preservación. Llamamos a nuestra ofrenda un sacrificio de alabanza, recordando aquel verso del salmo 49: «Inmola a Dios un sacrificio de alabanza y cumple los votos que hiciste al Altísimo.» Y esta expresión debe indícarnos la actitud con que hemos de asistir a la Misa. Se ha hecho ya general la idea de que rezar es lo mismo que pedir, de que sólo podemos acercarnos a Dios para recibir de El alguna cosa. Se ora por obtener un beneficio; se ayuna o se hace alguna buena obra porque se cree que de esa manera se va a conseguir una gracia. Esto es, sencillamente, convertirnos nosotros en centro de nuestra oración; esto es olvidar por completo el sacrificio de alabanza a que se alude en esta parte de la Misa. No debemos ni podemos olvidarnos de nosotros mismos; pero nuestro primer deber, la más alta finalidad de la Misa, es alabar a Dios.

Hecho esto, ya podemos pensar en nosotros, pidiendo, ante todo, la redención de nuestras almas, y después, la liberación de todo mal. Esto es dar a cada cosa su valor propio. De hecho, si alabamos a Dios como debemos, tanto en nuestras palabras como en nuestra vida, hemos entrado en el camino



San Miguel de Escalada (siglc X).

de nuestra santificación ; pero debemos tener en cuenta que nuestra santidad no es la razón por la cual ofrecemos nuestro sacrificio de alabanza, sino más bien una consecuencia de ello. Cuando alabamos a Dios, pensamos en El; cuando pedimos una gracia, pensamos en nosotros, y quien piensa

siempre en sí mismo es un egoísta, que se constituye en centro de todas las cosas. Si rezamos con la Iglesia, nos veremos libres de este peligro en la vida espiritual y estaremos en la actitud que más predispone a Dios para dar. No sería correcto deducir de esta doctrina que no debemos preocuparnos de nosotros mismos, ni en el orden espiritual ni en el orden temporal. Todo lo contrario ; éste es el momento de la Misa para pedir por nosotros, por nuestros parientes, por nuestros amigos, por todas aquellas personas cuya salud, cuya paz, cuya santificación nos interesan de alguna manera, teniendo siempre en cuenta un orden de valores que purifique nuestra oración de egoísmos y mezquindades.

Bella lección de generosidad y aun de teología se nos da con aquella expresión que pronunciamos con frecuencia sin penetrar su verdadero sentido : *Et omnium circumstantium*. Hay otros que están presentes a nuestro sacrificio y que lo ofrecen juntamente con nosotros. Un lazo de unidad se tiende entre sus almas y las nuestras, haciéndonos pensar en la comunidad más amplia de la Iglesia entera. Lo que hace cada uno repercute espiritualmente en los demás. Nuestra unidad no consiste únicamente en estar dentro de un mismo recinto, bajo un mismo techo, sino en algo más íntimo, puesto que el latido de la Vida de Cristo que a nosotros nos anima, esa vida que se va a enriquecer con el mismo sacrificio, es también el tesoro que ellos llevan dentro de sus almas. Nuestra unión depende de su mismo centro : Cristo según aquellas palabras : «Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, sean ellos una misma cosa.» La sagrada Liturgia nos hace vivir en el momento más solemne de nuestra comunicación con Dios esta maravillosa realidad.

Los santos con nosotros

Y de ella pasa a otra realidad todavía más sublime: la de nuestra unión con los santos del cielo. La palabra es ésta: *Communicantes.* Partimos de una comunicación misteriosa con ellos. El lazo que nos une a ellos es el mismo que existe entre todos aquellos que tenemos la misma fe y el mismo amor. Ellos gozan de la gloria, nosotros vivimos en la gracia, que es ya el germen de la gloria. Son, por tanto, hermanos nuestros en Cristo, redimidos por Cristo, miembros gloriosos del Cuerpo místico de Cristo, que es también nuestra cabeza. Por eso nos acordamos de ellos en este Sacrificio que va a poner sobre el altar el Cuerpo mismo de Cristo, haciéndonos pensar en el dogma consolador de la comunión de los santos. Nos acordamos, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, pues con esta majestad y con esta bella fórmula, que nos recuerda el estilo de las plegarias primitivas, se introduce su nombre. Asociada al sacrificio de la cruz, corredentora y mediadora de los hombres, unida a la vida del Señor desde Belén al Calvario, debía ocupar el primer lugar en nuestro pensamiento al disponernos a renovar el sacrificio sangriento de la Cruz. A su nombre siguen los de los santos, los doce apóstoles, cinco papas, sucesores de San Pedro, y en representación de todo el ejército de los bienaventurados, siete mártires famosos: San Lorenzo, el diácono aragonés, cónsul perpetuo de la Roma cristiana; San Cipriano, obispo de Cartago, el gran doctor de la Iglesia africana en el siglo III; San Crisógono, intrépido confesor de la fe bajo Diocleciano; San Cosme y San Damián, los dos médicos orientales, que antes de sufrir el martirio se habían hecho querer de todos los fieles por sus obras de caridad, y, finalmente, aquellos a quienes la Liturgia llama dos olivos y dos candelabros brillantes delante del Señor: los dos nobles hermanos Juan y

Pablo, a quienes el emperador Juliano el *Apóstata* adornó con la palma sagrada por haber rehusado adorar al dios Sol.

Con Cristo glorificado

De esta manera, a las intenciones del Sacrificio, tácitamente confiadas por los fieles al sacerdote en el momento del Ofertorio y ahora explícitamente enunciadas, viene a juntarse la memoria de los santos del cielo, dándoles una expansión insospechada, imprimiéndoles una magnífica amplitud y envolviéndolos en una triunfante alegría, reflejo de la gloria de los bienaventurados. Después el sacerdote extiende las manos y pronuncia una fórmula que sirve de puente entre el Memento y la Consagración : *Hanc igitur oblationem...* Pide que Dios acepte sus dones, que son también los dones de su pueblo, de su familia, de la comunidad cristiana presente a ese sacrificio de nuestra servidumbre. Ya sabemos que el sacrificio de la Misa es el Sacrificio de Cristo ; pero sabemos también que, en otro aspecto, es también el sacrificio de la Iglesia, nuestro sacrificio. Tal vez sería más exacto decir que es el Sacrificio de Cristo glorificado, y esto es precisamente lo que hace que sea el sacrificio de su Cuerpo místico, es decir, de la Iglesia. En todo caso, la liturgia eucarística nos dice una vez más que nosotros estamos incluídos en él, que debemos convertirlo en sacrificio de nuestra adoración, de nuestra servidumbre, añadiendo la ofrenda de nuestra voluntad. Hay una cosa en el mundo que, en cierto sentido, no es necesariamente suya. Son suyas las cosas materiales : las estrellas, los mares, el incienso, la llama, las flores, los animales todos. El los ha creado y les ha señalado una norma y un destino. Por la misma razón son suyos también los seres humanos, pero con una diferencia, y es que los seres humanos tienen una voluntad que les pertenece, que puede apartarse de los designios del Creador. Son seres libres, y Dios

respetará siempre esa libertad, que puede ponerse al servicio de Dios o rehusarle ese homenaje. En la Misa ofrecemos ese sacrificio de servidumbre, rendimos ese homenaje, ponemos de acuerdo nuestra voluntad con la suya, lo cual, a veces, requiere de nuestra parte un íntimo y generoso esfuerzo. También Cristo tuvo que presentar a su Padre el sacrificio de su Voluntad, y su Carne temblaba, y su Voz se estremecía en la agonía del Huerto, y por su Cuerpo rodaban coágulos de sangre. Pero El, entre tanto, rezaba: «No se haga mi Voluntad, sino la tuya.» Cristo ofrece ese sacrificio de adoración, y al suyo juntamos nosotros el nuestro, no sin pedir confiadamente que Dios disponga en la paz nuestros días, con una frase que fué añadida en esta oración por San Gregorio Magno, a fines del siglo VI, cuando muchedumbres de bárbaros recorrían los campos de Italia, la peste diezmaba la población y el hambre hacía estragos por todas partes.

Para nosotros

Así llegamos a la oración que precede a los sagrados misterios. Con ella se quiere señalar vigorosamente y con una intención claramente expresada la importancia del relato que va a seguir: *Nobis fiat*; que la ofrenda se convierta para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Y el sacerdote hace cinco veces la señal de la cruz sobre esta ofrenda, que debe ser *bendita*, con la bendición que puso Cristo sobre el pan y el vino en la última Cena: *Adscriptam*, que lo que está en el altar y lo que nosotros hemos añadido no sea rechazado ante la presencia divina; *ratam*, ratificada y efectiva, permanentemente aceptada y nunca revocada, de tal manera que esta unión sagrada entre Dios y nosotros no se rompa jamás; *razonable*, es decir, conforme con la Majestad divina, ya que Dios es adorado por ella de un manera perfecta, y ya que por ella presentamos nosotros a Dios «el

obsequio razonable» de nuestra vida, como recordaba San Pablo escribiendo a los romanos; y, finalmente. agradable, infinitamente grata a los ojos de Dios por la Víctima que se ofrece, y grata también por lo que nosotros ponemos en ella. Fe humilde, deseo ardiente, firme confianza, amor, esperanza, entrega, adoración : todo esto debe encerrar el alma de los fieles cuando dicen estas palabras preparatorias de la gran acción. Ese *fiat* es un llamamiento al Padre de las luces y de las misericordias. Después, aguardar el milagro con humildad y con alegría.

Y el milagro se realiza en el relato impresionante de la Consagración. Aquí toda voz calla, menos la Voz de Cristo. Le oímos como le oyeron los apóstoles en el Cenáculo, la víspera del día en que iba a sufrir, *pridie quam pateretur*. Parece como si en este momento solemne el sacerdote se convirtiese en una envoltura visible de Cristo. Ya no es distinto de Jesucristo. Su voz pronuncia las palabras santas; pero no es él quien habla, sino el Pontífice invisible, cuyos gestos reitera, lo mismo que las palabras, el sacerdote de la tierra.

Entonces se realiza el misterio de la fe. Un recuerdo, una conmemoración. El drama del Calvario sucedió una vez, el día de la Parasceve, y ya pertenece al pasado. No puede repetirse, porque Cristo ya no muere, como decía San Pablo. No obstante, desea continuar su presencia en la tierra, vivir con los fieles que no estaban con El en el primer Viernes Santo. Y esto lo realiza con una acción ritual y simbólica, que permite volver a realizar aquel mismo acto, no en todos sus accidentes históricos externos, sino en su realidad esencial y eterna, que se hace actual y presente a los ojos de nuestra fe, aunque los de nuestra carne no vean más que los ritos y los símbolos. Los símbolos son como cortinas, detrás de las cuales brilla la gloria de Dios. «Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

CAPITULO XXIX

LA CONSAGRACION

Tradición y libertad

Enumeración respetuosa y admirativa de los atributos y las grandezas de Dios, el Prefacio terminaba convirtiéndose en un himno ferviente a la Majestad que habita en lo más escondido de los cielos y al Mediador universal por quien resonaban los ecos del tiempo en los ámbitos de la eternidad. Poco a poco iban aumentándose los ímpetus místicos del sacerdote; el cielo juntaba su voz con la tierra, se alzaba el recuerdo de los coros angélicos, evocándose las adoraciones de los querubines y los serafines, y, arrebatada por el fuego comunicativo que encendía a su presidente, la asamblea estallaba en aquellas palabras famosas que Isaías había sorprendido en torno al trono de Jehová: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de su gloria. Hosanna en las alturas.» Pero los cristianos no pueden olvidar que toda esa santidad va a hacerse presente sobre el ara, dentro de unos momentos, en la persona de Jesús, y, recordando la entrada triunfal del Maestro en Jerusalén, añadían: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.»

La aclamación del Trisagio aparece en la Misa desde los tiempos apostólicos, y antiguos textos dicen que fué el Papa San Sixto quien le dió en el siglo II una existencia oficial. Era una explosión de fervor que venía a interrumpir un mo-

mento la alabanza del sacerdote, dando una intervención feliz a la concurrencia en la celebración de los misterios. Cerrado el paréntesis, la oración eucarística continúa, juntando el Prefacio con el Canon, que en realidad son una misma cosa. Hay un gran beneficio que exige la gratitud de la humanidad: es la Encarnación del Hijo de Dios, la Venida de Cristo al mundo. El sacerdote lo propone a la consideración de la asamblea, resume rápidamente la vida del Hombre Dios y reproduce los últimos momentos de ella: los sucesos de la Pasión y de la última Cena. No sigue una fórmula escrita, pues la que hoy usa la Iglesia occidental—el Canon romano no aparece hasta fines del siglo IV—puede interpretar sus sentimientos personales, explayar sus emociones, dejarse llevar de los ímpetus de su propia inspiración; pero la tradición le señala el módulo del discurso. Era de rigor desarrollar, a semejanza de lo que Cristo había hecho en el Cenáculo, la idea de los beneficios divinos, para llegar, por medio de la acción de gracias, al recuerdo de la Pasión y a la reproducción de la última Cena, que iba a ser la parte esencial del sacrificio.

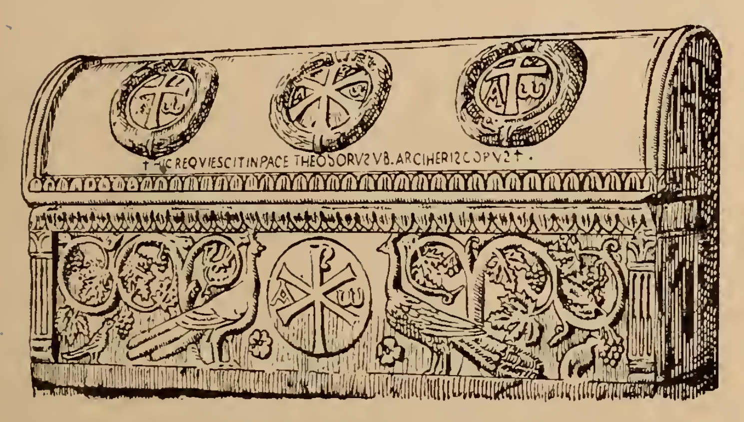


Resurrección de Lázaro. (Sarcófago del siglo IV.)

Palabras inmutables

Aquí no era posible la improvisación. Todo estaba determinado por las Sagradas Escrituras, y cualquier intervención humana hubiera sido una profanación Las ideas y

su expresión son idénticas en todos los ritos de la Iglesia Católica, hasta en sus menores detalles. El sacerdote llega, por decirlo así, a olvidarse de sí mismo. Aunque es él quien habla todavía, ha habido repentinamente una especie de superposición de personalidad. Es un ministro, un instrumento secundario; el agente principal es Cristo. Parecía natural escuchar palabras como éstas: «Este es el Cuerpo de



Pájaros-almas ante el árbol de la Cruz (relieve de San Apolinar de Rávena).

Cristo; ésta es la Sangre de Cristo.» Pero no; el sacerdote dice, como Cristo en la última Cena: «Este es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre»; y todos sabemos que al terminar de pronunciar estas dos frases, ya no hay en el altar pan y vino, sino solamente especies de pan y vino, bajo las cuales se ocultan el Cuerpo y la Sangre del Señor. Los accidentes quedan, pero ha habido una transustanciación; es decir, una mutación de sustancias. El sacerdote ha obrado con el poder de Cristo, ha hablado en nombre de Cristo, reproduciendo su actitud en la última Cena, volviendo a vivir cada uno de sus actos, describiendo y realizando cada uno de sus gestos; dice que el Salvador tomó el pan en sus santas y vene-

rables manos, y, al mismo tiempo, lo toma él en las suyas; levanta los ojos al cielo como Jesús debió de hacerlo en el Cenáculo, siguiendo una costumbre suya; bendice el pan como lo bendijo Cristo, y, poniendo sus labios al servicio del Redentor, pronuncia las palabras de la Consagración, las mismas en todas las liturgias, porque sólo ellas tienen la virtud de obrar el misterio.

Oriente y Occidente

Al principio se las decía en voz alta, y la muchedumbre las sellaba con una exclamación en que expresaba la sumisión de su inteligencia al prodigio invisible que se acababa de realizar. «Amén», clamaban los cristianos de los tiempos apostólicos y los antiguos españoles en la liturgia mozárabe; y los orientales tienen todavía fórmulas como éstas: «Sí, nosotros lo creemos; amén, amén; así es, efectivamente.» La liturgia romana es más sobria, menos clamorosa. Ya en tiempo de San Gregorio Magno los sacerdotes de Roma decían el Canon en voz baja, expresando así su actitud reverencial ante el misterio. Pero era necesario combinar este sentimiento con el acto de fe que exigía la presencia de Cristo en el altar. Esto dió origen a un nuevo rito. Cuando acababan de pronunciarse las palabras de la Consagración, el diácono se dirigía a los fieles y gritaba: *Mysterium fidei*. Cuando no había diácono, era el mismo sacerdote quien anunciaba al pueblo que se había obrado el misterio de la fe, y así llegaron a formar parte de la fórmula de la Consagración estos dos vocablos que nuestros misales traen entre paréntesis.

En Oriente, y lo mismo sucedía antiguamente en España, desde que empezaba el momento más solemne de la Misa, el sacerdote quedaba separado del pueblo; una cortina se

tendía delante del altar, ocultando el Sanctasanctórum a las miradas de la multitud. Eran las palabras las que ponían en comunicación las naves con el ábside y las que ponían al público al corriente de la marcha del Sacrificio. Los gestos y las actitudes del celebrante pasaban inadvertidos a la concurrencia. Por eso el rito de la Elevación nace en Occidente; nace en el siglo XI como una protesta contra el hereje Berengario, que negaba la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Es una afirmación frente a la negación sacrílega, un gesto de triunfo que reclama el homenaje más íntimo del alma, el acto de la adoración y de la fe, manifestado en inclinaciones o genuflexiones profundas.

CAPITULO XXX

LA ELEVACION

Ver a Dios

Los pueblos quisieron ver la Hostia, quisieron verla y adorarla, y protestar así contra los herejes que negaban la presencia de Cristo en la Eucaristía ; y así, como una exigencia de la devoción popular, nació y se extendió en los siglos de San Bernardo y Santo Tomás, siglos de fe ardiente y renovadora, el rito de la Elevación, que se incrustó en la Misa como un rubí en el centro de una patena. Las almas lo aguardaban con ansiedad y asistían a él con estremecimientos místicos. «Ver a Dios» era el anhelo de toda vida profundamente religiosa ; verle colgado de las manos del sacerdote y escondido en aquel blanco redondel que parecía un poco de pan. Y a veces la apariencia misma de pan desaparecía a su vista, sustituída por la imagen de un hombre sangrante o la figura de un niño que sonreía abriendo los brazos. Así cuenta que le pasó a Simón de Monfort, el implacable debelador de los albigenses. Aquellos guerreros, que muchas veces llevaban las manos llenas de sangre y el alma llena de odios, se sentían misteriosamente atraídos y sobrecogidos por la majestad de ese momento solemne. Así, don Alfonso Fernández Coronel. Estaba en Misa, armado del gambaz, la loriga y la capellina, cuando las tropas del rey don Pedro atacaron su fortaleza de Aguilar. «¿ Qué facedes, don Alfonso Fernández ?—le dijo un escudero—. ¿ No veis

que la villa se entra por el portillo del muro que cayó ?» Y el bravo caballero respondió estoicamente : «Como quier que sea, primero veré a Dios.» E estuvo quedo fasta que alzaron el Cuerpo de Dios; e despues salió de la iglesia», dispuesto a vender cara su vida. Podía morir tranquilo, pronunciando aquella frase, que no tardó en hacerse famosa : «Esta es Castilla, que face los omes e los gasta.»

Innovación

Pero la nueva ceremonia, en que se concentraba la devoción de las gentes, era una innovación extraña en la liturgia del Sacrificio. Por vez primera se detenía la mirada de los fieles en la Hostia misma para rendirle el homenaje supremo de la adoración. Era algo excepcional en la lógica del sacrificio cristiano. El término de la adoración en la Misa es siempre Dios Padre, o bien la Trinidad Beatísima. Cristo figura allí en su aspecto de Mediador. Sería impío poner en duda que la Víctima de nuestros altares es soberanamente adorable. «Digno es el Cordero que ha sido inmolado—cantan los coros celestes en el Apocalipsis—de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza. Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, gloria, honor y poder por los siglos de los siglos. Amén.» El mismo hecho de presentar ante el trono del Padre una víctima plenamente propiciatoria es ya una confesión de su Divinidad.

La fe y el fervor de los cristianos debían mirar con cariño esta nueva ceremonia ; la devoción se hacía más viva y consciente ; la teología afirmaba uno de los más grandes misterios, y el gesto subrayaba la tremenda eficacia de la palabra sacerdotal : «Este es mi Cuerpo.» Sin embargo, un aspecto nuevo viene a encajarse en el conjunto armonioso del

Canon: la idea de sacrificio queda como suspendida y eclipsada; el anhelo de hacer propicio al Dios ofendido, por medio de la Víctima, se interrumpe un instante por la adoración de la Víctima misma. Y no hay que perder de vista la finalidad que en la mente de la Iglesia tiene esta elevación solemne. Por ella son muchos los que se imaginan que Cristo viene al altar para recibir sus plegarias y sus adoraciones. Viene, ciertamente, para esto; pero viene, sobre todo, como Redentor, que, según la expresión paulina, se hace Hostia en favor nuestro, y se convierte en alimento de nuestras almas, ofreciéndose en holocausto de suave olor.



El Buen Pastor. (Museo de Letrán. Roma.)

El pueblo sacerdotal

Esta es la idea esencial del Sacrificio. Podemos y debemos adorar a Cristo cuando se hace presente en la Hostia, pero sin olvidar que la Hostia es Cristo y que el Sacrificio continúa. Después de haber adorado, pongámonos en

pie. Era la actitud de los cristianos en los primeros siglos, actitud bella por su profundo simbolismo, pues recordaba al pueblo sacerdotal la más sublime de sus funciones. Y este sentido sacrificial podemos dar también al gesto de la Elevación, distinto, pero no contrario, a su razón histórica. «Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado», había dicho el Maestro divino. Fué levantado en el Calvario, sobre el ara de la cruz, en una posición que parecía proteger a la tierra de las iras del cielo. ¿Cómo no sentir la necesidad de colocarle todavía entre Dios y los hombres, siendo, como es, el centro de las miradas del Padre, el objeto de las complacencias divinas? Nada más sublime que este gesto así interpretado. Desearía uno poder levantar los brazos hasta la bóveda de los cielos para poner al Gran Mediador entre el trono del Eterno y la creación entera; desearía prolongar indefinidamente este momento inefable, garantía de la felicidad humana. «Feliz madero, de cuyos brazos cuelga el Rescate del mundo», canta la Iglesia, pensando en la cruz. No menos felices las manos que rompen el aire sosteniendo al que lo sostiene todo con una sola palabra de su poder. Feliz también el pueblo que contempla la Hostia «en la cual —como decía San Pablo—se reconcilian y concentran todas las cosas, las que están sobre la tierra y las que están en los cielos». ¿Falta algo, por ventura, a este momento prodigioso? Estamos junto a la fuente de la pura felicidad; el alma se sacia, el corazón se alegra; puede extinguirse todo deseo; la necesidad más imperiosa del hombre, su hambre de Dios, queda satisfecha; una certidumbre completa nos dice que Dios está satisfecho también, que está contento de sus criaturas. *Consummatum est,* clamó el Señor cuando, al terminar su carrera, se disponía a entrar en el reposo de la glo-

ria eterna; y el creyente, recordando este supremo grito de su Maestro, al ver cómo en el Sacrificio se realiza el destino del universo, puede repetir alborozado: «Así es; todo está consumado. El cielo sonríe; la tierra ha producido la flor imposible; la paz reina en el mundo.» Y su alma penetra en no sé qué región de luz y de bienaventuranza.

CAPITULO XXXI

MISTERIO DE FE

Ya lo hemos dicho: en el momento de la Consagración toda voz se calla, menos la Voz de Cristo. Son sus mismas palabras, es su acento: «Esto es mi Cuerpo.» Parece como si nos encontrásemos en torno suyo, dentro del Cenáculo, «el día antes que sufriese». Nada más impresionante que ese acto, en el cual el ministro habla y obra en nombre del Señor, como si se hubiese despojado de su propia personalidad.

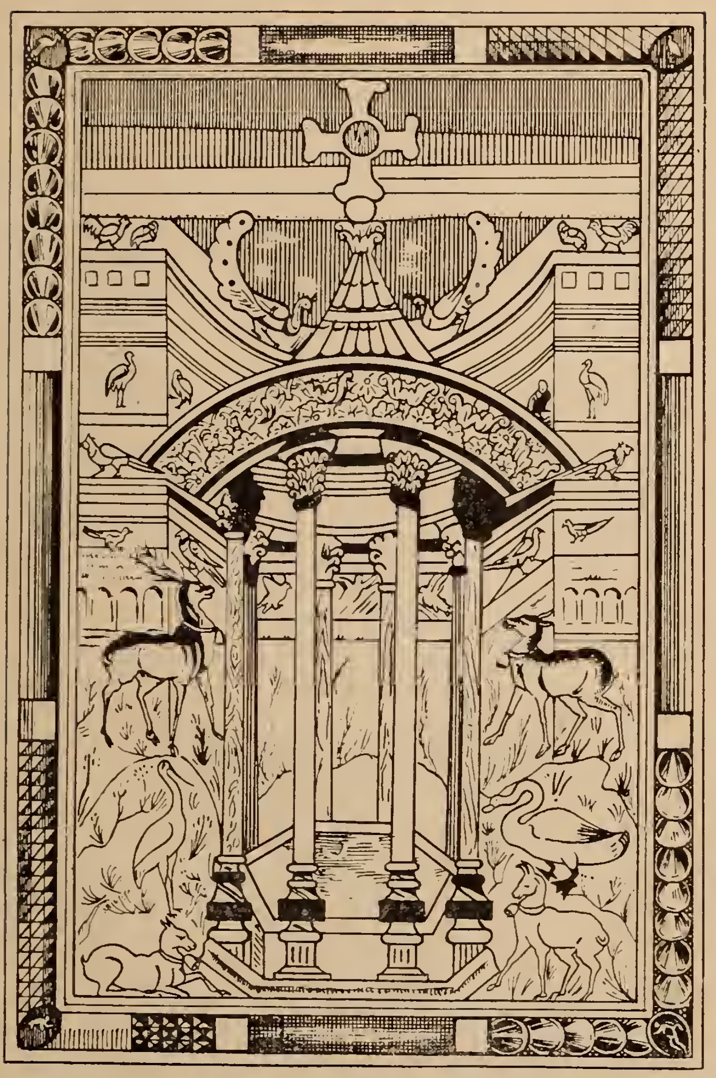
Conmemoración

«Pero Cristo, Sumo Pontífice de los bienes futuros, entró una vez en el Santo de los Santos, y consiguió así la redención eterna.» Son palabras de San Pablo en la *Epístola a los Hebreos*. Y si los antiguos sacrificios, en que se ofrecía la sangre de los toros y los cabritos, continúa el Apóstol, tenían cierta eficacia para purificar del pecado, «cuánto más no purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios vivo, la sangre de Aquel que por el Espíritu Santo se ofreció sin mancha en la presencia de Dios. El es, por tanto, el Mediador del Nuevo Testamento, pues por medio de su Muerte, rescate de las transgresiones que se daban bajo el Testamento Antiguo, aquellos que fueron llamados podrán recibir la promesa de la heredad eterna».

Tal es el misterio de fe, en el cual el sacerdote, repitien-

do, por orden de Cristo y con su mismo poder, las palabras de la institución eucarística, vuelve a realizar lo que Cristo realizó en la última Cena. Y decimos misterio de fe, porque si es verdad que Cristo continúa invisible a nuestros ojos corporales, para los ojos de nuestra alma, por medio de la luz de la fe, está allí presente, continuando su obra sobre la tierra. Este misterio es una conmemoración, o si se quiere, una acción, detrás de la cual está el hecho que se conmemora, de modo que la acción misma puede considerarse como un símbolo de ese hecho constantemente renovado. El gran drama del Calvario, como todos los sucesos históricos, pertenece ya al pasado y no puede repetirse, pues, como decía San Pablo, al levantarse de entre los muertos, Cristo no puede ya morir. Su deseo, sin embargo, es quedarse con los amigos que no estuvieron junto a la cruz el primer Viernes Santo, y lo realiza por medio de una acción ritual y simbólica, por la cual, con su poder divino, hizo posible la representación del acto, no en todas sus circunstancias históricas accidentales, pero sí en su esencia eterna. Y nuestros ojos le ven ; ven el rito los ojos de la carne ; pero, a través del rito, los ojos de la fe llegan hasta la actualidad esencial. Los símbolos son para nosotros como cortinas. Si pudiésemos retirarlos un momento, veríamos la gloria misma de Dios. Pero no lo necesitamos. Por nuestra fe, esta acción misteriosa pone a nuestra disposición los poderes del mundo futuro. «Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

«Haced esto en memoria mía», dijo Cristo después de consagrar, es decir, de transmutar por vez primera el pan y el vino. Y con estas palabras encargó a los apóstoles que hiciesen lo que El acababa de hacer en recuerdo de la oblación de Sí mismo, en forma de sacrificio, por la salvación del mundo. Al día siguiente, Nuestro Señor consumó el sacrificio, no bajo los símbolos del misterio de fe, sino con toda su realidad sangrienta. Pero los apóstoles sabían ya a qué



La fuente de la vida (Evangeliario de San Medardo, siglo IX).

atenerse para en adelante: el misterio de fe de la última Cena ponía ante ellos aquella Muerte saludable como el más perfecto de los sacrificios, como el acto salvador y santificador del Sumo Sacerdote. Después, el Maestro resucita de entre los muertos y sube a sentarse a la diestra del Padre, demostrando así de una manera admirable que su Sacrificio había sido agradable a Dios y que la Iglesia, por El fundada, tendría en El para siempre un Pontífice y un Mediador. Esta convicción estaba íntimamente relacionada con aquel mandato: «Haced esto en memoria mía.» Recogiéndolo amorosamente, los primeros discípulos empezaron a celebrar el recuerdo del Señor, repitiendo la liturgia solemne de la última Cena. Por ella, el Maestro, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, se hacía presente a la comunidad, distribuía entre sus miembros las gracias de la Redención, los santificaba, los fortalecía y los unía más íntimamente con El. Y todo esto era para ellos la conmemoración de su Muerte, pero de su Muerte vista a la luz de su Resurrección. Porque la Resurrección es el sello, el complemento, la consagración del Sacrificio de Cristo.

El sacrificio de la Iglesia

Esto mismo sigue siendo la Misa para nosotros, discípulos lejanos de Cristo. La obra redentora de Cristo, que culmina en la incondicional oblación de Sí mismo al Padre, es el contenido del misterio de fe. Por ella los hijos de la Iglesia siguen haciendo guardia al pie de la cruz a través de los siglos, y recibiendo el calor del aliento y de la sangre del Crucificado, que los santifica y los ilumina y los fortalece y los hace hijos de Dios. El misterio de fe es en realidad el misterio de Cristo presente entre los suyos, como Pontífice, como Rey, como Salvador, que les comunica la gracia, la

santidad y la esperanza. Por medio de su Sacrificio, constantemente renovado, la Iglesia renueva cada día su juventud y se enriquece con un tesoro celestial. Y ese Sacrificio es también su Sacrificio, ya que ella, a semejanza de Ma-



Abraham junto a la encina de Mambre. (Miniatura de la Biblia de Ripoll, siglo XI.)

ría en el Calvario, permanece al pie de la cruz, ofreciendo la Víctima sagrada. Es más: una misma sangre corre por las venas de Cristo y de la Iglesia, que por esto se convierte en un mismo sacrificio de amor con Cristo y por Cristo, y de esta manera el misterio de fe se convierte en la expresión más alta de la comunidad de vida que existe entre Cristo y las almas.

Re-presentación

La fe nos enseña que, una vez pronunciadas las palabras de la Consagración, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, está presente en el altar. Esta doctrina se deriva con

tal claridad de los textos evangélicos, que durante más de mil años a nadie se le ocurrió negarla. La negaron los protestantes en los tiempo modernos, y ya en el siglo XI se levantó contra ella Berengario, el canónigo de Tours, contra el cual protestó el pueblo cristiano introduciendo en el centro de la Misa, como homenaje de desagravio, el rito de la Elevación. Los católicos, lo mismo que los apóstoles, seguimos confesando la presencia eucarística de Cristo. Pero en esta presencia debemos tener en cuenta un aspecto particular. El Concilio de Trento nos dice que en el sacrificio de la Misa está re-presentado el Sacrificio de Cristo, y como el Sacrificio de Cristo son, ante todo, su Muerte y su Resurrección, es obvio que en el sacrificio de la Misa tenemos en primer lugar la Muerte y la Resurrección de Cristo, es decir, la obra redentora del género humano. Ya hemos dicho que los detalles históricos no se reproducen ; sólo se reproduce, sólo se representa la esencia. Ahora bien : la esencia es la realidad de las cosas ; no lo es el pormenor, ni la circunstancia. En la Misa, por tanto, volvemos a vivir la realidad del Calvario, pero el acto histórico se convierte en un acto místico. La conmemoración, que el Señor mandó, el recuerdo de su memoria, tiene toda la fuerza de una re-presentación.

Podemos recordar la Muerte y la Resurrección de Nuestro Señor pensando en ellas. Leemos el Evangelio, y luego, cerrando el libro, vamos examinando y analizando los varios aspectos de aquel drama divino. Esto es recordar el hecho histórico de la Pasión, una cosa ciertamente laudable, pues jamás podremos apreciar bastante las grandezas y tesoros del misterio de la cruz. No es éste, sin embargo, el modo con que recordamos o conmemoramos en la Misa. Cuando el sacerdote, al terminar las palabras de la Consagración, añade : *Mysterium fidei,* quiere decirnos que el pan ya no es pan, sino la Carne del Señor. Si pensamos en la Muerte de Cristo, el Sacrificio de Cristo está presente en

nuestra mente. Ahora bien: la Misa es el Sacrificio de Cristo fuera de nuestra mente, en el ara del altar. Por eso en la Secreta del noveno domingo de Pentecostés pedimos la gracia de poder «acercarnos dignamente a este misterio, pues cuantas veces ofrecemos este sacrificio conmemorativo, otras tantas se vuelve a realizar la obra de nuestra Redención». Se realiza en el altar, se hace presente en nuestro espíritu y renueva su virtud dentro de nosotros.

Nuestro sacrificio

Otra vez recordaremos aquí la doctrina del Cuerpo místico de Cristo. No podemos imaginar al Cristo glorioso separado de sus hermanos. Miembros de la Iglesia, somos miembros de su cuerpo, «hueso de sus huesos y carne de su carne». Lo que Cristo obra, lo obra en nosotros, y lo que nosotros hacemos, lo hacemos en Cristo. Y en consecuencia, si el Sacrificio de Cristo se hace presente en el sacrificio de la Misa y nosotros estamos unidos a Cristo, ese Sacrifiicio debe obrar en nosotros, haciendo más íntima nuestra unión con El y dándonos una participación más alta en la vida divina. Y como último corolario, podemos decir que el Sacrificio de Cristo es nuestro propio sacrificio, que, cuando oímos Misa, estamos al pie de la cruz lo mismo que San Juan, lo mismo que María, nuestra Madre. Estamos sólo de una manera mística, pero «bienaventurados los que creyeron y no vieron».

CAPITULO XXXII

TRIPTICO INCOMPARABLE

Ya se ha realizado el recuerdo, no un recuerdo puramente imaginario, sino sustancialmente objetivo. Lo que hemos recordado se ha hecho presente con toda verdad a los ojos de nuestra fe. Y comprendemos el porqué de ese conformismo tan estricto, tan minucioso, tan riguroso, de ese ritual de palabras, de gestos, de movimientos, ejecutados con tan apremiante escrupulosidad. Es que hay una palabra suprema, exigencia inviolable del amor: «Haced esto en memoria mía.» El respeto no se hubiera atrevido, pero el amor lo manda, lo exige y apremia. Gracias a eso, lo que se hizo aquella noche va a repetirse a través de los siglos.

Fieles a este llamamiento del recuerdo, continuamos la oración eucarística con esa oración que se llama la *anamnesis,* la recordación, y que se encuentra en todas las liturgias antiguas y modernas, orientales y occidentales: *Unde et memores, Domine.* Sí, nos acordamos, queremos cumplir esta orden tuya, que es una orden de salud, de redención y gracia. Y por eso estamos aquí ofreciendo el Sacrificio en memoria de Cristo; y en las dos oraciones siguientes, tan solemnes, tan recogidas, tan quintaesenciadas, tan inmóviles como ésta, pedimos al Padre que mire con ojos favorables nuestra ofrenda y que, llevada ante el sublime trono de la Majestad divina, descienda luego en plenitud de gracias sobre cuantos han participado del altar de la tierra. Vamos a analizar más despacio esta parte del Canon, que mejor que ninguna otra nos revela el significado auténtico de la Misa.

La victoria del Cordero

Ella nos enseña en primer lugar que el Sacrificio de Cristo no es únicamente algo que nosotros presenciamos, que no estamos en él como simples espectadores, sino que, por el contrario, entramos en él como parte activa, puesto que sacerdote y pueblo, «el pueblo santo de Dios», lo ofrecen en memoria de Cristo y juntamente con Cristo. Lo que nosotros hacemos vale muy poca cosa si no lo hacemos así, como lo quiso el Señor, en memoria suya. Por eso nos acordamos de El, y nos acordamos muy particularmente de su Pasión bienaventurada, de su Resurrección y de su Ascensión gloriosa, de todo el misterio de la Redención de Cristo, en su doble aspecto doloroso y glorioso, que se ha hecho allí presente por las palabras de la Consagración. No podemos pensar en la Muerte de Cristo sin evocar también su Resurrección, y por eso el sacrificio de la Misa tiene resonancias de victoria y de luz, que son como un reflejo de la alegría pascual. Los primeros cristianos envolvían la cruz en joyas y metales preciosos y pintaban al Crucificado, vestido de los ornamentos pontificales, llevando en la cabeza la corona real, irguiéndose sobre el mundo, dominando en él, y ostentando sus llagas transfiguradas y como iluminadas por la gloria de la Resurrección. Era el fruto de este recuerdo jubiloso, constantemente renovado, en un transporte de felicidad, que se parece al que hace prorrumpir a los bienaventurados en este himno de agradecimiento, recogido por San Juan en el Apocalipsis: «Nos redimiste, Señor, con tu Sangre, de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y nos hiciste un reino para nuestro Dios.» Llenos de esta alegría, penetrados de esta realeza, nosotros, «el pueblo santo de Dios», ofrecemos, y levantamos las manos con gesto sacerdotal, «la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de la

vida eterna y el Cáliz de la perpetua salud». Y con esta larga serie de calificativos, que a primera vista podrían parecer una tautología, intentamos expresar la riqueza inexpresable de nuestra ofrenda.

Nuestro sacrificio

La oración se dirige a Dios Padre, no a Jesucristo. Aun en este punto capital de la Misa, Jesucristo sigue siendo el Gran Mediador, el Holocausto propiciatorio, que por expresa voluntad suya ha quedado a disposición de los hombres para hacerlos participantes de los bienes celestiales. Y su Sacrificio se convierte en nuestro sacrificio, en nuestra vida, en nuestra fuerza, en llave de los tesoros divinos. Por la doctrina del Cuerpo místico, lo que en Cristo se realiza se realiza en nosotros, y nuestros actos, en calidad de miembros de Cristo, son también actos de Cristo. Esto nos permite cooperar con el Sacrificio de Cristo y decir que ofrecemos al Padre la Hostia pura, santa e inmaculada de nuestra Redención. Esta convicción es la que daba a los primeros cristianos la fuerza heroica para morir en la lucha contra los perseguidores antes que renunciar a tan soberana grandeza. Y su sacrificio era alegre y victorioso, porque estaba iluminado y fortalecido por la oblación de la cruz y como envuelto en la gloria divina de la Pasión libertadora de Cristo

Los sacrificios antiguos

Y, no obstante, en la segunda de estas tres oraciones pedimos a Dios que mire con rostro favorable esta oblación perfecta que le ofrecemos y que acepte nuestras ofrendas como aceptó los sacrificios de la Antigua Ley. Y recorda-

mos los tres más famosos: el de Abel, el de Abraham y el de Melquisedec.

Abel era pastor; Caín, su hermano, cultivaba la tierra.



Sacrificios de Abel, Melquisedec y Abraham (San Apolinar de Rávena).

Los dos ofrecían al Señor los frutos de su trabajo; pero Dios rechazaba el sacrificio de Caín y aceptaba el de Abel. ¿Por qué? Porque el sacrificio externo de Abel era un signo del acto interno, con el cual se ofrecía a sí mismo, mientras que Caín realizaba una simple ceremonia, sin contenido

interior. ¿ No es éste el caso de muchos católicos, que se contentan con ir a Misa ? Su asistencia, ciertamente, indica cierta preocupación por cumplir la voluntad de Dios ; pero podría suceder que alguien fuese a Misa para pecar en ella gravemente, y entonces se repetiría con toda exactitud la historia de Caín. La disposición con la cual asistimos al sacrificio de la Misa nos hace semejantes a Caín o a su hermano Abel.

El sacrificio de Abraham es bien conocido. Dios le ordenó sacrificar a su propio hijo Isaac, y lo habría hecho si no hubiera recibido una contraorden al levantar el cuchillo. El sacrificio de Abraham es una figura del Sacrificio de Cristo. El hecho mismo de que Isaac llevase sobre sus hombros la leña con la cual debía ser inmolado, hasta lo alto del monte, la hace más clara y expresiva. Para nosotros es el retrato del hombre obligado a realizar lo más difícil que hay en el mundo. Sin embargo, Abraham obedeció, reconociendo que la Sabiduría de Dios es infinita, que tiene un dominio supremo sobre la vida de los hombres y que, en definitiva, no tenía derecho para rebelarse contra la Providencia. La lección de este recuerdo bíblico es obvia : ofrecer a Dios un sacrificio es someter la propia voluntad a la Soberanía de Dios, por muy difícil que pueda parecer, y en toda vida humana hay momentos graves en que se necesita realizar un acto o aceptar un sufrimiento tan pesado como el sacrificio de nuestro patriarca Abraham.

Otro tipo de Cristo en la Ley Antigua es Melquisedec. «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec», decía David refiriéndose al Mesías. Melquisedec, sacerdote de Salem, ofreció el sacrificio del pan y el vino en acción de gracias por la victoria que Abraham acababa de conseguir contra los reyes orientales. Nuestro sacrificio debe llevar también esa efusión del alma agradecida a todos los bienes que sin cesar recibimos de la Bondad de Dios, y así

nuestro sacrificio, lo mismo que el de Melquisedec, será realmente el pan y el vino de la Eucaristía. Imágenes lejanas, pálidas sombras, esbozos y prefiguraciones de la realidad, que palpan nuestras manos y contemplan nuestros ojos. ¿Cómo dejaría Dios de echar una mirada propicia y benévola sobre nuestra oblación habiendo aceptado aquellos dones cuya perfección más alta a los ojos de Dios era recordar los nuestros?

Hasta el altar de los cielos

Nuestra confianza, sin embargo, no debe hacernos olvidar nuestra dignidad. Aunque vaya llevando en sus manos la Sangre divina, el hombre no puede acercarse al Eterno sino temblando. Por eso vemos de pronto al sacerdote—tercera oración—que, movido por un impulso de adoración, se inclina profundamente, confiando al ángel de Dios, misterioso mensajero, esos dones, cargados de tantas esperanzas, para que sus manos los depositen sobre el místico altar erigido, como el del Apocalipsis, en el centro del templo celeste, a los pies del Dios de toda majestad. Y así se va dibujando la inmensa parábola que, habiendo salido de la tierra, atraviesa audaz los cielos para retornar en un descenso de gracias, que son el fruto y consumación del misterio, «a fin de que cuantos participando de este altar—sobre él un ósculo amoroso y agradecido—recibiéremos el sacrosanto Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda gracia y bendición celestial».

Pero ¿por qué nuestro sacrificio debe ser transportado al altar de los cielos? Ya sabemos que el Sacrificio de Cristo consiste en su Pasión, en su Resurrección y en su Ascensión. Vencedor de la muerte, vive y reina en los cielos. Al ser llevado a los cielos, nuestro sacrificio es llevado a Dios

mismo, que le da una unidad plena, una perfecta santidad. La Humanidad gloriosa de Jesús está en los cielos unida para siempre a la naturaleza divina en la unidad de su Persona. Y no debemos olvidar que Cristo es la Cabeza de la Iglesia, que El y la Iglesia tienen una vida común, que El y la Iglesia, con esa corriente única de sangre, forman el verdadero Cristo místico. Por eso, cuando pedimos al ángel que lleve nuestra ofrenda hasta el altar sublime de Dios, nosotros, miembros del Cuerpo de Cristo, nos ponemos también en sus manos para ser levantados, transfigurados, divinizados y colocados en el reino de la gloria, ante el altar sublime de la Majestad divina.

CAPITULO XXXIII

PARTICIPACION

Hacia la Comunión

La acción de gracias ha terminado con el recuerdo de la Cena y la Consagración del pan y del vino ; Cristo está presente en el altar y los fieles han saludado su silenciosa aparición : *Hosanna in excelsis.* Una nueva idea surge ahora en la mente del sacerdote que celebra los divinos misterios y en la del público que le sigue en sus gestos y en sus palabras ; es la idea de su participación en el acto sublime que se realiza. Las oraciones, los gestos, las ceremonias todas, se orientan directamente hacia la Comunión, es decir, a la unión de los fieles entre sí y de todos ellos con la sagrada Víctima. En realidad, la Comunión no es el supremo anonadamiento de Cristo, consumido por cada uno de los comulgantes. Para algunos, esa desaparición de su mística Presencia sería una verdadera muerte eucarística. Interpretación de un simbolismo barato, pero ayuna de profundidad teológica.

Muy otra es la realidad espiritual. Lejos de ser el comulgante quien se apodera de la Vida de Cristo, es Cristo quien hace suya la vida del que le recibe. Así lo daba a entender el Apóstol escribiendo a los romanos : «Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere ; la muerte no tiene ya poder sobre El. Murió una vez para siempre y vive para Dios, y, del mismo modo, vosotros consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo.» Todavía son más

explícitas estas palabras dirigidas a los corintios: «Incorporados a El por su gracia, Cristo ha hecho de vosotros una nueva criatura.»

Yo soy la Vid

Es el misterio de la vida sobrenatural. Un bautizado lleva dentro de sí real y verdaderamente la Vida de Cristo, que, al pasar al hombre por la gracia, conserva su divina vibración; es el mismo principio de acción, la misma Sangre divina, el mismo juego celeste; de suerte que Cristo puede decir: «Yo soy la Vid y vosotros los sarmientos.» Nacida por el bautismo, esa vida se conserva, se desarrolla y se fortalece, sobre todo, por el sacramento de la Eucaristía, según aquellas palabras: «Como me envió el Padre viviente, y como Yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá para Mí.» Y el cristiano queda transfigurado en un nuevo ser; su vida, sublimada a las cimas de lo divino; su acción, como absorbida por la influencia de un nuevo principio vital. La vida de Jesús se difunde absorbiendo las vidas humanas para arrastrarlas hasta su Padre; su Sangre recorre los siglos, se extiende a los últimos confines del mundo, se inyecta y transfunde en nuestras venas como elemento regenerador, y salta gozosa en las almas que entran en contacto con El por medio de la Misa y la Comunión. Sin perder su personalidad, cada una queda como oculta, sumergida, anegada en ese gran acto que, por virtud del Hombre Dios, se perpetúa en el tiempo y en el espacio: el sacrificio perpetuo que ofrece a la gloria de su Padre y nuestro Padre, de su Dios y nuestro Dios.

Esta doctrina maravillosa, revelada en el Evangelio y comentada en las *Epístolas* de San Pablo, es la que nos explica nuestra participación en el acto sacrificial, en la *acción* por excelencia, como decían los primeros cristianos; esa participa-



Cáliz de la infanta Urraca (San Isidoro, de León, siglo XI).

ción que, insinuada ya en los ritos de la primera parte de la Misa, en la gota de agua que se echa al vino y se confunde con él, en la costumbre de llevar los fieles las sustancias necesarias para el Sacrificio, va a ser desde ahora la idea dominante del Canon, el pensamiento en que se concentra la atención de la asamblea después de la Consagración.

Nosotros, sacrificio de Dios

A él se pasa sin violencia de las palabras en que el sacerdote recuerda la recomendación de Cristo: «Siempre que esto hiciereis, lo haréis en memoria mía.» En tiempo de San Agustín, al terminar la Consagración, un diácono se volvía hacia los fieles y pronunciaba estas palabras: *Sacrificium Dei et nos:* «También nosotros somos sacrificio de Dios.» Esta breve fórmula condensa la doctrina de la participación; participación activa, en cuanto que toda la concurrencia se junta a Cristo, el Sumo Sacerdote, para ofrecer el Sacrificio; y participación pasiva, en cuanto que los asistentes se ofrecen a sí mismos, uniéndose a la Hostia por medio de la comunión sacramental o espiritual. Los ritos y las oraciones van a expresar admirablemente esta doble intervención. Y en la primera oración, la intervención sacerdotal. Es la *anamnesis*, la recordación de los méritos de Cristo, que nos alienta para presentar nuestros dones ante el Padre de las luces. Todas las liturgias tienen una fórmula semejante, indicio seguro de su origen apostólico: «Y así, oh Señor—rezan todos los cristianos investidos del regio sacerdocio de la gracia—, nosotros tus siervos y todo ese pueblo santo, acordándonos de la Pasión bienhechora de Cristo, tu Hijo y Señor nuestro, de su Resurrección de entre los muertos y de su Ascensión gloriosa a los cielos, ofrecemos a tu Majestad suprema, de tus mismos dones y

mercedes, una Hostia pura, una Hostia santa, una Hostia inmaculada.»

Pero esta ofrenda, que tiene un valor infinito por ser Cristo quien la ofrece, desde el momento en que se hace nuestra—nuestra, porque en ella ponemos nuestros anhelos, nuestros amores, nuestros intereses, nuestras necesidades; en suma, nuestras imperfecciones—, nos vemos en la necesidad de pedir al Padre «que se digne echar una mirada benigna y favorable sobre ella y aceptarla como aceptó los dones de Abel, su inocente servidor, y el sacrificio del patriarca Abraham, y el que le ofreció Melquisedec, el sumo sacerdote». Más tranquilos con estas palabras purificadoras, podemos ya presentarnos ante el trono de los cielos en compañía de nuestro Mediador: «Suplicámoste, oh Dios omnipotente, ordenes que estas cosas, así ofrecidas—nosotros mismos, con nuestros ruegos y nuestros homenajes—por las manos de tu Enviado, sean presentadas con El en el altar de tu gloria, a fin de que todos los que en este altar de la tierra recibamos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo seamos colmados de gracias y bendiciones.»

Y a las palabras acompañan los ritos: se extienden las manos, el cuerpo se curva, los ojos se clavan en los cielos y los labios tocan el altar, lecho de Cristo, en un beso de gratitud y adoración. Adorar, etimológicamente, quiere decir llevar a la boca aquello que se venera, y, en griego, venerar (*proskunein*) es besar inclinándose.

CAPITULO XXXIV

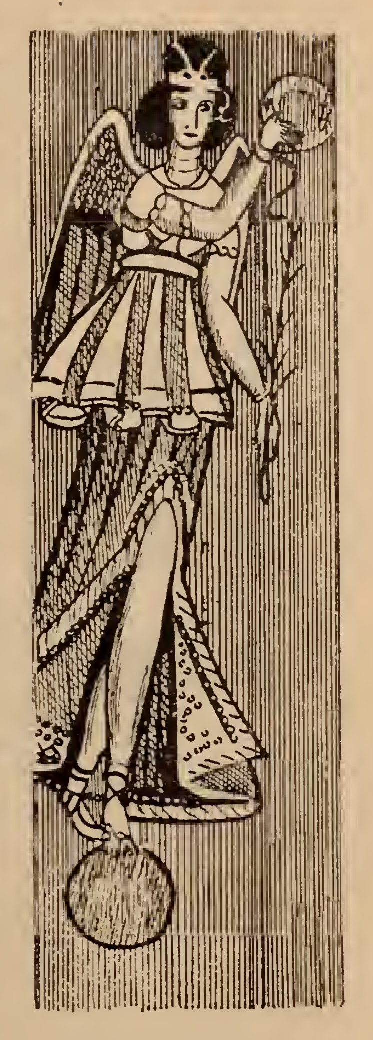
VINCULO DE UNIDAD

Palabras finales

Se han leído los dípticos, el memorial que la tierra presenta delante del trono de Dios, aplacado por la Sangre de Cristo. Se ha recordado a los vivos y a los muertos, a los santos y a los pecadores, los unos con sus pecados y sus necesidades, los otros con sus triunfos y sus méritos. Todo ha sido como vinculado a la Víctima universal por el gesto simbólico del sacerdote cuando extiende sus manos sobre la ofrenda «la ofrenda de nuestra servidumbre y de toda la familia de Dios». Y la influencia celeste lo envuelve todo, se derrama sobre los bienes de la tierra, dones divinos, «creados, santificados, vivificados y bendecidos por Cristo», palabras profundas que nos descubren al eterno Bienhechor de los hombres, después de haber adorado al Mediador universal, el que trae al mundo las bendiciones del Padre, y al mismo tiempo recoge y transmite al Padre todas las alabanzas y peticiones del mundo. «Con El, y por El, y en El, es a Ti, Dios, Padre omnipotente, en unión con el Espíritu Santo, todo honor y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.»

Con estas palabras termina esa venerable oración eucarística, que el sacerdote reza en nombre de todo el pueblo. En la primitiva Iglesia, la Comunión seguía inmediatamente. Pero no tardaron en aparecer nuevos ritos y oraciones nuevas, destinadas a inculcar una gran verdad. Si la Comunión es la unión de los cristianos con Cristo, es

también la unión de los cristianos entre sí. Los que toman el mismo alimento participan en cierto modo de la misma vida, y siempre ha sido mirado como una muestra de amor mutuo el sentarse a la misma mesa. La Eucaristía es un banquete, una comida en común, según las palabras del Señor: «Mi Carne es verdaderamente un alimento, y mi Sangre es verdaderamente una bebida.» En toda la liturgia cristiana, liturgia de amor y de paz, no hay rito que mejor exprese aquel amor fraterno por el cual quiso Cristo que fuesen reconocidos sus discípulos. El sentido simbólico de un convite se hace más impresionante todavía cuando los comensales beben de la misma copa y cuando, para indicar más la unión, comen del mismo pan, partiéndolo en la misma mesa. Aun en nuestros brindis, tocamos los vasos o juntamos las copas, como formulando el deseo de que todas ellas se fundan en la alegría y unidad de la amistad. Y esto es lo que se realiza literalmente en el



La Victoria con palma de inmortalidad (pintura de Dura Europos, siglo IV).

banquete eucarístico, según las palabras de Jesús: «Bebed todos de este cáliz.» Las mismas expresiones «romper el pan» y «fracción del pan», que solían emplear los primeros cristianos para indicar la sagrada Eucaristía, parecen recoger un matiz delicadamente expresivo, pues aluden a no sé qué cohesión de partes, opuesta a la división, y expresan un gesto más íntimo y familiar. Si dijésemos «comer el pan» o «cortar el pan», ya no expresaríamos el mismo simbolismo, y menos la misma poesía.



In pace (Lauda sepulcral, siglo IV).

La expresión de los ritos

Meditando sobre esta idea, la Iglesia ha encontrado bellas imágenes y ritos magníficos, resonantes de sentido poético y densos de doctrina. La misma división de la Hostia en este momento de la Misa tiene este sentido de unidad. Hoy, como antaño, se hacen tres porciones. ¿Por qué tres? Una se echa en el cáliz y va a mezclarse con el vino. Parece natural que, en medio de estos ritos, animados todos por la idea de la unión, se juntasen las especies consagradas para expresar la plenitud del Sacramento. Pero aún quedan dos porciones sobre el altar. ¿Por qué? Las viejas costumbres nos dan la respuesta. Una de esas partículas es el fermento, como se llamaba en los primeros siglos a la reserva con que se administraba la Comunión a los enfermos y, en tiempo de per-

secución, a los presos y a los confesores que gemían en los trabajos forzados. Pero la reserva tenía otro destino de profundo significado: es el que le ha dado su nombre de fermento, fermento de unión, fermento de caridad. En cada iglesia se reservaban numerosas partículas: una se guardaba para la Misa que en aquella misma iglesia se había de celebrar al día siguiente; las demás se enviaban a otras iglesias como expresión del lazo que las unía en la fe y en el amor. Con frecuencia se reunían en el altar—mensajes divinos de fraternidad—Hostias de numerosos lugares; y todas ellas, al terminar el Canon, se juntaban en el cáliz sagrado para indicar la unión, la común unión de todas las cristiandades representadas por aquellas partículas.



Lauda de Abdenducis.

Bellas fórmulas

Bellas palabras vienen a completar el sentido de las ceremonias. Figura, en primer lugar, la fórmula de la oración dominical. Los discípulos de los apóstoles la rezaban ya para disponer el alma a la Comunión. En ella encontramos aquella petición que alude al pan nuestro de cada día, el alimento sobresustancial que, solicitado ante esta Mesa divina, llena nuestro ser de consuelo y esperanza. De ella son también estas palabras: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a

nuestros deudores.» Y pensamos, al pronunciarlas, en aquel precepto del Señor, destinado muy particularmente para este instante: «Si llevas tu ofrenda ante el altar y recuerdas que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja la ofrenda y ve a reconciliarte antes con tu hermano.»

La Iglesia ha recogido estas palabras y nos las ha hecho sensibles en una ceremonia que hoy ofrece disminuída, estilizada. El sacerdote dirige a la concurrencia este saludo bíblico: «Que la paz del Señor sea siempre con vosotros.» «Y con tu espíritu», contestan los fieles. Y el coro empieza a cantar un verso de sabor evangélico: «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo..., danos la paz.» El cordero, símbolo de la dulzura y de la inocencia, nos recuerda uno de los nombres de Cristo. Así le vieron Isaías y el Bautista. Todo en el recinto sagrado debe ser ahora inocencia y amor. El abrazo debe fundir en uno todos los corazones. Ante este pensamiento, la concurrencia se conmueve. El diácono ha recibido el saludo del sacerdote, y los fieles se lo transmiten unos a otros. Es el rito del beso de la paz, el ósculo santo de que habla ya San Pablo; es el símbolo de la fraternidad auténtica, porque, como dice San Agustín, «lo que atestiguan los labios debe realizarse en la conciencia, y así como vuestros labios se acercan a los de vuestro hermano, así vuestro corazón debe estar unido a su corazón».

CAPITULO XXXV

EL FIN DEL CANON

Ha terminado el tríptico incomparable, es decir, las tres oraciones que siguen a la Consagración. Ya podría terminar también la oración eucarística; pero antes vamos a recordar la irradiación salutífera de nuestra ofrenda sobre nosotros y sobre el mundo que nos circunda. Es una múltiple irradiación, que obra redimiendo, borrando culpas, santificando, iluminando, derramando favores de toda clase.

El momento de pedir

En cierta ocasión, San Gregorio de Nacianzo escribía a un sacerdote amigo suyo: «¡Oh santo adorador de Dios!, no te canses de orar por mí cuando tu palabra hace descender al Verbo, cuando por una incisión no sangrienta separas el Cuerpo y la Sangre del Señor, usando de la voz como de una espada.»

Es, efectivamente, el momento de las peticiones. El cielo se ha reconciliado con la tierra, Dios sonríe a sus criaturas, sobre el altar está «el que vive siempre para interceder por nosotros» y el hombre puede exponer sus ruegos confiadamente. La idea de participación se desarrolla introduciéndonos en la esfera de los deberes y las necesidades del hombre; el Canon se amplía y, de eucarística, la oración se convierte en impetratoria y propiciatoria. Es aquí

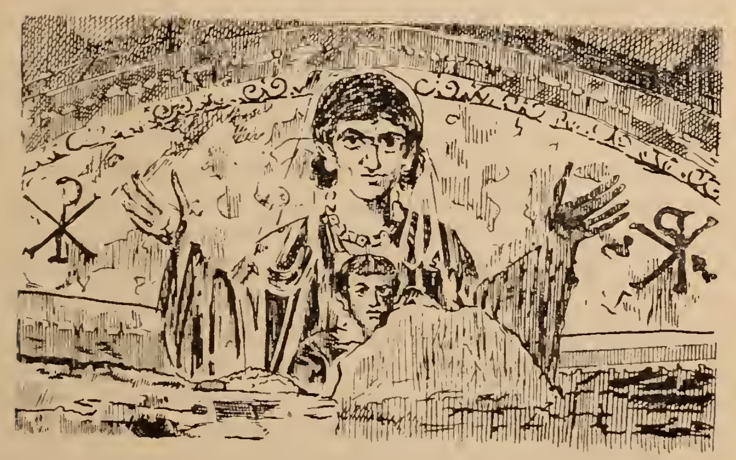
donde se encontraban al principio los dos Mementos y donde los conservan todavía otras liturgias. Por lo que a la romana se refiere, sabemos que fué el Papa Símaco quien, a mediados del siglo IV, desplazó el de los vivos, colocándolo entre las fórmulas que preceden a la Consagración. Ya hemos hablado de él en páginas anteriores, y si aquí aludimos a él, completando algunas ideas, es para que el lector perciba más claramente la armonía del conjunto.

Primer díptico

Puesto que el valor de la Víctima es infinito, la súplica va a ser católica, universal; una súplica que comprende todas las necesidades de todos los hombres. La Iglesia no olvida a ninguno de sus hijos, bien sea que luchen todavía con ella y dentro de ella, bien sea que hayan salido de este mundo. Antiguamente estas intenciones estaban escritas en dos tablillas de oro, de plata, de madera o de marfil, o bien en dos hojas de pergamino, que se llamaban *dípticos,* porque estaba unida la una con la otra y podían plegarse y abrirse. Cuando llegaba este momento, el sacerdote o alguno de los diáconos leía el contenido. Allí figuraban los nombres del Papa, del obispo de la diócesis, del príncipe y de aquellos por quienes se ofrecía especialmente el Sacrificio, recordándose de una manera general a la jerarquía eclesiástica, a los poderes de la tierra, a los bienhechores, a todos los fieles, y entre ellos a los que se hallaban en el templo, presentando el Sacrificio juntamente con el sacerdote.

A esta enumeración seguían las peticiones. Ante todo, un recuerdo para la Iglesia universal: *Pro Ecclesia tua sancta catholica.* Es la primera preocupación de un verdadero cristiano, la que pasa antes que cualquiera de sus intereses personales. San Fructuoso, obispo de Tarragona, en

el momento de subir a la hoguera, el 21 de enero del año 258, respondió a un amigo que le pedía un recuerdo en medio del tormento: «Es necesario que, ante todo, piense en la Iglesia Católica derramada por Oriente y Occidente», bella



Orante de las catacumbas, acaso la Virgen María.

palabra que parece eco de las liturgias apostólicas. La Iglesia necesita asegurar la paz, la protección divina, la cohesión y la expansión de su vida a través del mundo: es decir, la manifestación espléndida de su santidad, unidad, catolicidad y apostolicidad, las cuatro notas indefectibles de su misión divina, las cuatro joyas brillantes de su regia corona: *pacificare, custodire, adunare et regere*, breves palabras que encierran un profundo sentido teológico, una savia fecunda de vitalidad divina. Esto es lo que la Iglesia pide para sí, pero sin poder olvidar uno solo de los intereses de sus hijos: bienes temporales que pueden resumirse en una sola palabra: *pro spe incolumitatis;* bienes del alma que

nos hacen dignos de la salvación eterna: *pro spe salutis;* remisión de penas y pecados: *pro redemptione animarum suarum.*

Segundo díptico

En la segunda tabla figuraban los muertos, y también aquí había que hacer distinciones. Aunque se diga lo contrario, también entre los difuntos existe una jerarquía. El díptico los separa en dos grupos: en el uno están los santos del cielo, aquellos «que se renovaron en un espíritu nuevo y se vistieron del hombre creado según la imagen de Dios, según la justicia y la santidad de la verdad». Una vida puesta completamente al servicio de Jesucristo les ha dado posesión de la gloria, y si nosotros los recordamos no es con acento de pesar, sino con sentimiento de júbilo. Evocamos sus triunfos porque nos invitan a dar gloria a Dios y a ponernos bajo su intercesión. Sus tumbas fueron escogidas para celebrar sobre ellas los sagrados misterios, en que encontraron su valor aquellos héroes gloriosos. De la Misa sale el culto de los santos, en el cual se glorifica la fuente misma de su heroísmo y santidad. Se dirá de un santo que está canonizado cuando se le haya juzgado digno de estar en el Canon, o de ser honrado al igual que los santos que figuran en el Canon, cuando su nombre pueda decirse en esta letanía de la segunda hoja del díptico.

Pero hay otros difuntos que, al salir de esta vida, nos dejaron con una esperanza ensombrecida de incertidumbre. Fueron cristianos, pero no amaron a Cristo con un amor puro, no manifestaron ese amor con su conducta; cayeron y se levantaron, y volvieron a caer y caminaron flojamente, y murieron sin hacer penitencia. Antes de ir al descanso eterno, estos cristianos sin generosidad necesitan despojarse de los residuos del hombre viejo, purificarse y transfigu-

rarse, y no podemos abandonarlos en esa purificación, que, como toda purificación, supone dolor. Sin duda sufren, y podremos desear para ellos el *refrigerio* de sus penas. No han llegado al puerto, a la meta de su vida ; lejos del cuerpo y de Dios, sus almas navegan en un mar de tinieblas. Pediremos, por tanto, la *luz*. Su conciencia está todavía atenazada y atormentada por el remordimiento y el pesar de no haber aprovechado la vida como debieran, y nada necesitan tanto como la llegada de la *paz* que los haga felices.

De esa manera los dípticos son una imagen de la comunión de los santos, ese bello dogma que reúne en torno al Sacramento de nuestros altares a los cristianos de todos los tiempos : a los que combaten en la ciudad de Dios derramada sobre la tierra ; a los que sufren en el reino de las llamas, que se llama purgatorio, y a los que triunfan en los eternos jardines del paraíso del cielo. Allí, a los pies mismos de Cristo, e influídas por su amor soberano, se estrechan en un abrazo sublime las tres Iglesias que se enriquecen con la Sangre de Cristo : la Militante, la Paciente y la Triunfante.

Memento de los difuntos

Ahora recordamos de una manera especial a la Iglesia paciente, pidiendo para ella esas tres cosas por cuya ausencia sufre : refrigerio, luz, paz. «Acuérdate, Señor, de aquellos siervos tuyos que nos precedieron con el signo de la fe y duermen en el sueño de la paz. Los santos, que alcanzaron el último destino, no necesitan ya de nuestras oraciones ; por eso aquí nos referimos a esa otra categoría de hermanos nuestros en la fe, a los que partieron de esta vida con el sello de la predestinación, pero que no han llegado al cielo todavía, porque tienen que sufrir el castigo tempo-

ral, por medio del cual han de conseguir la purificación. Murieron en Cristo y dentro de la Iglesia ; por eso nuestras oraciones pueden llegar hasta ellos. Partieron con el signo de la fe, es decir, con el carácter que quedó impreso en su alma por el sacramento del Bautismo ; un carácter indeleble, al cual alude el sacerdote cuando dice al neófito, poco antes de derramar sobre su cabeza el agua de la regeneración : «Recibe el signo de la Cruz, tanto en la frente como en el corazón.» Se fueron, pues, de esta vida llevando ese carácter impreso con la Sangre del Cordero, que ningún agua de este mundo podría borrar, y descansan en el sueño de la paz. Confianza y serenidad ante el misterio de la muerte : esto es lo que reflejan las palabras del Memento de los difuntos. Tal vez ellos alcanzaron la paz de la posesión en el cielo ; tal vez su paz es la del alma que sufre en el purgatorio, porque no existe incompatibilidad entre la paz y el sufrimiento. Aun en la tierra vemos personas que sufren sin perder la tranquilidad interior. Todo esto nos recuerda el espíritu de la Iglesia primitiva, que, viviendo en medio de la persecución y perdiendo cada día los mejores de sus hijos, aguardaba tranquilamente la llegada del verdugo en su refugio de las catacumbas, donde erigía las tumbas de sus muertos con epitafios que son una maravilla de esperanza y de paz. No sin emoción visitamos todavía esos sepulcros adornados de rótulos como éstos : *In pace*. La paz a su alma. Descansó en Cristo. Vive en Dios. Aquellos cristianos fieles sabían vivir plenamente el misterio de la comunión de los santos ; recordaban que sus muertos estaban unidos a Cristo lo mismo que ellos o, si se quiere, más todavía, pues el pecado mortal no podía ya arrebatarles esa unión. El jugo de la Vid divina, la Sangre de Cristo, de quien ellos seguían siendo los sarmientos, corría por sus venas, y esto hace que, aunque envueltos en las llamas de la purificación, su sueño sea el sueño de la

paz. Este sentimiento es el que creó la voz con que se designaba el lugar destinado para sepultar a los muertos: *cementerio;* etimológicamente, sitio de descanso. Para el cristiano la muerte no destruye la vida, sino que la cambia. Cuando se deshace el cuerpo en que ha estado alojada la vida, ya está preparada una mansión eterna en el cielo, una casa «de bienestar, de luz y de paz».

También nosotros

Viene luego un Memento más personal. También nosotros, los que asistimos a la Misa, tenemos derecho a recoger los frutos de la oblación. En nombre de todos los presentes, el sacerdote dice en voz alta estas palabras: *Nobis quoque peccatoribus.* Y se golpea el pecho, gesto de humildad en armonía con las palabras que acaba de decir. Somos pecadores; pero por virtud del Sacrificio tenemos la esperanza de gozar un día de la bienaventuranza de que gozan ya los santos. Y recordamos los nombres de algunos de ellos, los más venerados en la Iglesia romana durante los primeros siglos.

Encabeza la lista el Precursor: San Juan Bautista. Después siguen catorce más, siete hombres y siete mujeres, todos mártires: Esteban, el primer mártir del cristianismo, el diácono impetuoso que fué lapidado por los judíos de Jerusalén; Matías, escogido para el honor del apostolado en lugar de Judas; Bernabé, el compañero generoso de San Pablo en sus primeras fatigas misionales; Ignacio, el obispo de Antioquía, que, llevado a Roma para morir en el anfiteatro, escribió aquellas palabras memorables: «Trigo soy de Cristo; seré molido por los colmillos de las fieras para convertirme en blanco pan»; Alejandro, un Papa del siglo II; Marcelino, mártir de Roma, que vivió hacia el

año 300, y Pedro, otro testigo de la fe, que no pertenecía al orden sacerdotal. Entre las mujeres, a Perpetua y Felicidad, dos mártires africanas del tiempo de Tertuliano, la una patricia, la otra esclava, una y otra igualmente admirables en la confesión de la fe; Agueda, la virgen varonil, que sufrió el martirio en Sicilia durante la persecución de Decio; Lucía, la patrona de Siracusa, una de las últimas víctimas de la décima persecución; Inés, la heroína romana, cuyo nombre nos recuerda los *agnus*, o corderos de cera, que el Papa bendice el 21 de enero, día de su fiesta; Cecilia, la conocida patrona de los músicos, la que llevaba siempre el Evangelio de Cristo junto a su corazón, y, finalmente, Anastasia, que tenía en Roma una iglesia, donde se decía la misa de la Aurora el día de Navidad, costumbre perpetuada en la conmemoración que se hace de ella todavía en la segunda misa de esa fiesta.

La naturaleza entera

Una intención más todavía. Hemos dirigido nuestra mirada al trasmundo; la hemos hundido en el interior de nuestras almas, y tras esto la derramamos en torno nuestro hacia el mundo que nos rodea. Un tercer recuerdo, pensando en toda la naturaleza; un recuerdo muy breve, pero lleno de una honda significación, ya que en él se nos presentan todas las cosas creadas en relación con Aquel a quien nuestra fe ve presente en el altar y «por quien, ¡oh Señor!, creas, santificas, vivificas, bendices y nos das todos estos bienes». Es, en primer lugar, la afirmación de que todas las cosas fueron creadas por Dios Padre por medio de su Hijo, Verbo eterno y causa ejemplar. «Todo fué hecho por El—decía San Juan—, y nada sin El se hizo.» En segundo lugar, declaramos que todas estas cosas, hechas por Dios, son buenas, aunque el libre albedrío del hombre pueda hacer mal uso de ellas. Y de-

cimos que Dios sigue creándolas, porque todas cesarían de existir si El retirase la acción de su mano, porque su poder creador es el que sustenta a la naturaleza en el ser.

Muchas de estas cosas naturales eran bendecidas antiguamente, y algunas, como las uvas y las espigas, se bendicen todavía en este momento de la Misa. Otras, el pan y el vino, acaban de ser consagradas y transustanciadas. Todas, aunque de una manera distinta, son santificadas y separadas de los usos profanos para santificar por ellas al pueblo de Dios ; son vivificadas hasta el punto de convertirlas en elementos de vida y de acción sobrenatural, y son bendecidas con una bendición sublime, que pone en ellas la fecundidad más admirable. Y ahora el Señor nos las da generosamente, nos las da constantemente para el sostenimiento de nuestra vida terrena, y dentro de unos momentos nos dará ese pan y ese vino que han sido transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Toda la creación está incluída en esta última fórmula de la gran plegaria. Dios ha destinado una bendición especial para el pan y el vino ; pero su mirada propicia se ha derramado sobre la plenitud de los seres. La maldición que había caído sobre la tierra por el pecado de nuestros primeros padres fué retirada desde que Dios se encarnó y caminó sobre ella. Su presencia se hizo sentir de una manera bienhechora y se hace sentir cada día, pues continúa presente en el altar, desde donde bendice la naturaleza entera, destinada al servicio de nuestra vida natural y de nuestra vida sobrenatural, desde el agua que brota de las entrañas de la roca hasta el aeroplano que se remonta sobre los aires, uniendo de una manera especial su poder a algunos elementos como los símbolos litúrgicos, por medio de los cuales purifica, bendice, consuela, fortalece, consagra y santifica nuestras almas, como el agua del Bautismo, el crisma de la Confirmación, el óleo de la Extremaunción, el fuego que arde en el altar, la cera que fabrica la abe-

ja virgen y que alimenta el fuego, el incienso, la ceniza, los árboles de los campos, los metales empleados en el Sacrificio, el lino y la seda de las vestiduras sagradas.

Doxología final

Todo esto lo abarca la intención del sacerdote mientras pronuncia esas palabras y se prepara para terminar la oración, elevando ligeramente la Hostia con el cáliz para indicar la presencia universal de Cristo y su dominio bienhechor sobre el mundo. Es un símbolo de aquella exaltación con la cual anunció el Señor que atraería hacia Sí todas las cosas para libertarlas de la servidumbre de Satanás; es la elevación primitiva, hoy apenas perceptible, pero bien clara a los ojos del pueblo cuando el sacerdote decía la Misa mirando hacia él. Y en esa elevación está también contenida la gran idea de la doxología solemne que la acompaña. La Víctima se eleva recogiendo como un himno gigante el homenaje de la Creación entera a la gloria de su Hacedor. Podemos, por tanto, terminar con este grito ascendente: «Por El, con El y en El, es a Ti todo honor y toda gloria»; por El, porque es nuestro Mediador y Sacerdote; con El, porque somos miembros de su Cuerpo místico; en El, porque el misterio de la Redención nos hace participar de su misma vida.

CAPITULO XXXVI

PROPICIACION

Valor y amplitud

Terminada la oración eucarística, todo se orienta hacia la Comunión, otra parte de la Misa distinta de la Consagración, pero enlazada con ella y formando con ella un mismo todo. Por la una ofrecemos a Cristo, por la otra le recibimos sacramentalmente, como portador de Redención. Son los dos actos del Sacrificio, el uno complemento y coronamiento del otro; son dos actos que se completan, sin limitarse ni confundirse. «El horizonte del Sacrificio —dice Dom Capelle—rebasa infinitamente el círculo de los comulgantes, y la Comunión hace estallar, por la presión de la savia sacramental, la fórmula demasiado simple de una consumación del sacrificio.» No sólo los que comulgan, sino la Iglesia entera está en él; y no se ofrece sólo por los asistentes, sino por toda la Humanidad: *pro totius mundi salute*. Es la amplitud ilimitada de la cruz, los brazos extendidos de Cristo estrechando al mundo entero.

Esto, el ofrecimiento, la Consagración, pero también la manducación de la Víctima, la asimilación vital del Cuerpo de Cristo, tiene de suyo un valor sublime, que la hace en su orden la más divina de las acciones humanas. El mismo Cristo insiste sobre ella cuando en el discurso de la promesa—capítulo VI del Evangelio de San Juan, ha-

blando del Pan de vida, describe sus diversos efectos: la vivificación del alma, la unión que realiza y el poder de resurrección que lleva consigo. Y en el momento de la institución pronuncia estas palabras significativas: «Tomad y comed.» Y en ese *comed* veía la primitiva Iglesia la comunicación de la vida de Cristo en su plenitud inefable. «No podemos vivir sin celebrar el *dominicum*», decían los mártires delante de sus jueces; y San Cipriano, para defender que se debía dar la comunión a los apóstatas que volvían a la Iglesia, exclamaba: «¿Cómo sabrán morir por Cristo si no viven de El?»

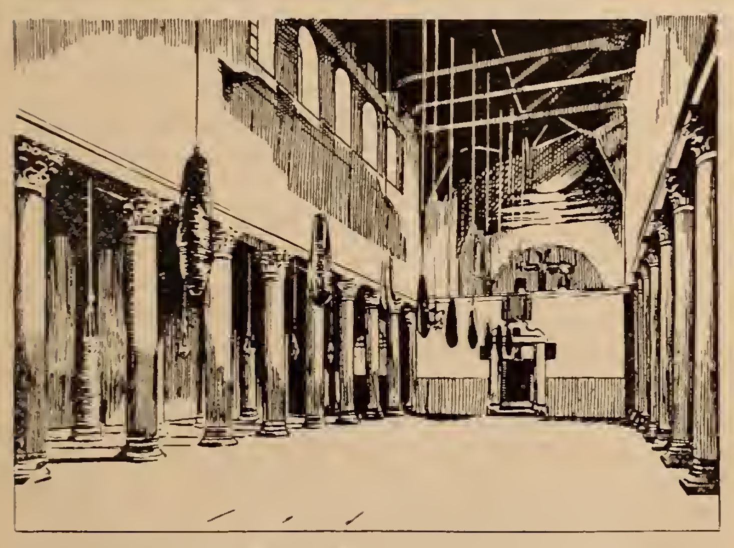
Participación del altar

Esto no quiere decir que la Consagración y la Comunión sean dos elementos distintos dentro del Sacrificio. Son dos elementos, pero inseparables. De hecho la Comunión, lejos de seguir al Sacrificio como un corolario, como un apéndice, forma parte de él, «como participación del altar», según la expresión misma del Canon. El misterio sacrificial que se ofrece en la Consagración se prolonga, se completa y se consuma en la Comunión. Cuando los liturgistas y los mismos concilios, es decir, la Iglesia, recomiendan a los fieles que reciban la Comunión en la Misa misma, después de la Comunión del sacerdote, no lo hacen movidos por un afán de purismo arqueológico o por defender un formalismo sin sentido, sino que obedecen, no sólo a una conveniencia, sino a una ley de sinceridad profunda. Ya en la oración eucarística se habla de la participación del altar, del Cuerpo y de la Sangre que vamos a tomar, de la bendición y la gracia que va a henchir nuestro ser. ¿Podría ser esto una cosa sin sentido, una expresión vacía o algo que haya de referirse únicamente al sacerdote

y a unos cuantos de los que asisten? Hace bien, desde luego, el que asiste a Misa sin comulgar; pero no podrá decir con toda verdad las preces que preparan a la Comunión, ni dejarse llevar por ese movimiento ascendente de la Misa.

Incorporación a Cristo

Pero hay aún una riqueza más alta y se encierra una idea no menos profunda que las que acabamos de exponer, en esta unión tan estrecha que hace de la Comunión la consu-



Interior de la basílica, hoy mezquita, de San Juan Bautista, de Damasco, construída por Teodosio el Grande.

mación del Sacrificio. La Comunión es un banquete común, ya que si toda la asamblea ofrece, en principio toda la asamblea comulga; es un banquete común, que significa el gozo y que estimula la fraternidad. Hay comunidad

de invitados y comunidad de alimento; y de ello sacaba ya San Pablo una alta consecuencia cuando decía: «Somos uno todos los que participamos de un mismo Pan.» Antiguamente, mientras el coro cantaba el Agnus Dei, el sacerdote partía solemnemente, con ritual gravedad, los panes consagrados, el alimento divino que se iba a repartir entre los fieles. Y a la vez que se evocaba más vivamente el gesto de Cristo en la última Cena: *fregit*, se veía con más claridad el sentido de la fracción, expresado por las palabras del Apóstol, y recordado constantemente por las oraciones que reza la Iglesia después de la Comunión. Una de ellas (por ejemplo, la del viernes después de Ceniza) dice así: «Infúndenos, Señor, el Espíritu de tu Amor, para que a quienes has saciado con un solo Pan, los establezcas en la concordia de una sola caridad.» Y todavía nos hace penetrar más en esta hermosa doctrina la postcomunión del sábado de la tercera semana: «Te pedimos, Señor, ser contados entre los miembros de Aquel con cuyo Cuerpo y Sangre hemos comulgado.» Esta fórmula nos entrega la plenitud del secreto. Hay una incorporación visible, que es el signo de la incorporación invisible. Si el Bautismo nos injerta en Cristo, es la Eucaristía la que nos hace vivir como viven los miembros de un cuerpo. Comulgar sacramentalmente no es sólo un símbolo, sino la causa secretamente operante que infunde a los miembros la savia divina, «por la cual—dice San Pablo—se realiza el crecimiento y se edifica y perfecciona en la caridad».

Vida

Y esta energía vital se recibe por medio del Sacramento, por la presencia corporal de Jesucristo en nosotros. No dudemos en pronunciar esa palabra, que significa la mate-

rialidad palpable de la Comunión, ya que fué el mismo Cristo quien dispuso las cosas de esta manera, que, por lo demás, está de acuerdo con las exigencias de nuestra naturaleza. Dios, que modeló nuestra carne con sus manos poderosas, que la amó hasta el punto de hacerla suya en el misterio de la Encarnación, quiso curarla, purificarla y salvarla por su contacto vivificante. El que se escandalice de esto participa, sin darse cuenta de ello, de la herejía de aquellos maniqueos que, como decía San Ireneo en el siglo II, «se paran en este Adán que fué vencido y arrojado del jardín del Paraíso. No comprenden ellos que, así como al principio el soplo de Dios se unió en Adán a la criatura, y la hizo viviente y racional, así también, al fin, el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, uniéndose a la antigua sustancia creada en Adán, han hecho al hombre perfecto, comprendiendo al Padre perfecto».

Dios es espíritu, ciertamente ; pero nosotros somos espíritu y cuerpo, y en el cuerpo y el espíritu somos miembros de Cristo. Por eso necesitamos de un alimento a la vez espiritual y corporal, del alimento anunciado con estas palabras : «Mi Cuerpo es verdaderamente comida, y mi Sangre es verdaderamente bebida.» Con belleza y solidez incomparables, resume esta doctrina el gran San Agustín : «Quien quiera vivir, sabe dónde debe vivir, sabe de dónde debe vivir. Que se acerque y que crea. Que se deje incorporar para ser vivificado. Que vigile para no ser un miembro podrido que sea preciso amputar. Que no sea tampoco miembro deforme, motivo de sonrojo. Que sea, por el contrario, miembro hermoso, apto, vigoroso. Que se adhiera perfectamente al cuerpo. ¡ Así vivirá de Dios y por Dios !»

Con El y por El

He aquí el último fruto del sacrificio consumado en la Comunión: la vida, la razón primera por la cual quiso Cristo quedarse con los suyos: «Yo soy el Pan de vida»; es decir, el pan que hace vivir. Y más claramente: «Quien me come, tendrá la Vida en sí; quien come mi Carne tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día.» El que comulga participa de Cristo viviente y resucitado, y el que participa de Cristo viviente y resucitado consigue la redención de Cristo, esa redención por la cual, como dice San Pablo, «nos dió vida con El y nos resucitó con él».

En su libro sobre *La victoria de Cristo*, expone bellamente Dom Vonier este pensamiento. He aquí algunas de sus palabras: «La victoria de Cristo sobre el pecado encierra más que una fuerza purificadora; contiene una potencia que vivifica, que resucita las multitudes innumerables de almas muertas. Por grande que sea en el profeta Ezequiel la visión de los huesos áridos, no es sino una pálida imagen de la potencia suprema de Cristo, que llama y hace salir de sus tumbas espirituales a las almas sepultadas en el pecado.» Nada más maravilloso que esta vida de Dios en el mundo; nada más glorioso para Cristo, que vuelve a tomar posesión de los rescatados; nada tan consolador para nosotros, por muy indignos que seamos de esta liberalidad, que nos confunde y nos llena de asombro. «No te extrañes de esto—decía ya San Cirilo, respondiendo a las objeciones de nuestra timidez—. No te preguntes cómo será ello posible. Piensa más bien en el agua, que por naturaleza es fría, pero que, colocada sobre brasas, olvida en cierto modo su propio ser y recibe en sí la energía victoriosa del fuego. Así sucede en nosotros: aun siendo, como somos, corruptibles en nues-

tra carne, por la Comunión de la Eucaristía deponemos nuestra propia flaqueza y somos transformados en lo que a Cristo le es propio: en vida.»

Unidad

He aquí el efecto primero y básico del Sacramento. Solemos decir que la Eucaristía nos da fuerza para vencer las tentaciones, que nos comunica alientos para la lucha, que cura las heridas de los pecados veniales, que nos hace más decididos, más ardientes, más abnegados. Todo esto es verdad; pero hay algo más todavía, y no debemos reducir el horizonte de nuestra mirada, no debemos olvidar el contenido, la realidad, la fuente y origen de todas esas cosas. «Comulgar—dice Dom Capelle—es dejar invadir nuestra alma por la vida reconquistada. Es vivir, es vivir de Dios.» Y la vida es salud, es bienestar, es movimiento, es lucha, es fuerza, es victoria. «El primer acto de los que viven es la respiración de esa misma vida, que los penetra por completo. Ella misma es una alabanza, la alabanza de su vibración esencial, de su expansión en nosotros, de nuestra expansión en ella. «Todos mis huesos exclaman: *Señor, ¿quién semejante a Ti?*»

Este es el grito que debe salir del alma del cristiano cuando se arrodilla y abre los labios para comer el Pan de la vida, ese Pan que hace bajar a Dios hasta él para unirlo y abismarlo en él, realizando así las palabras que dijo Cristo poco después de instituir este Sacramento: «¡Padre, que sean uno! Como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, así ellos en Nosotros sean uno. Que ellos sean uno como Nosotros somos uno.»

CAPITULO XXXVII

MOLDE DIVINO

Las consideraciones que arriba hicimos sobre la Eucaristía como Sacramento de vida y de unidad nos disponen para comprender mejor los ritos y las fórmulas de la última parte de la Misa, lo que pudiéramos llamar el Sacrificio como banquete, en el cual todo se orienta ya directamente a la Comunión.

Lo primero que en él encontramos es el Padrenuestro, precedido de una breve introducción, que, según parece, fué añadida por San Gregorio Magno en el siglo VI. Hay en ella dos cláusulas que a primera vista expresarían la misma idea, pero que en realidad quieren decir algo muy distinto: Amonestados por preceptos saludables y formados por la institución divina, nos atrevemos a decir: «Padre nuestro.» Primero recordamos que Cristo nos dejó el encargo de orar, enseñándonos al mismo tiempo la fórmula con la cual debíamos hacerlo; después se alude a algo que es más que una enseñanza y un mandato. Se alude a una forma, a un molde que se consigue por la institución divina. ¿No será esa incorporación en el Cuerpo místico de Cristo, de que hablábamos arriba, y que tiene su expresión más alta en el sacramento de la Eucaristía? Después de todo, en ella encontramos el mayor motivo para poder llamar a Dios nuestro Padre. Cristo, ciertamente, nos enseñó la oración dominical, pero además instituyó la acción sacramental que nos hace hijos de Dios, poniéndonos bajo la influencia de un

molde divino. Y esto se realiza en nosotros muy particularmente cada vez que asistimos a la santa Misa. Es entonces cuando, por la participación en el gran acto de adoración, por la compenetración con Cristo, Sumo Sacerdote y Víctima de infinito valor, por la íntima solidaridad con los demás miembros del Cuerpo místico de Cristo, adquirimos el derecho de dirigirnos a Dios Padre, pidiéndole que nos dé el Pan nuestro de cada día.

Cristianismo vital

Una vez más se afirma aquí una doctrina fundamental, un postulado que ya glosamos anteriormente y que tenemos peligro de olvidar. El cristianismo no es una verdad o un conjunto de verdades que haya obligación de creer, ni es tampoco un precepto o una serie de preceptos a cuya observancia estamos sometidos. Todo esto es, ciertamente, parte del cristianismo, una parte importante y necesaria. Pero, ante todo y sobre todo, el cristianismo es vida. Es la posesión de la vida de Dios, una realidad trascendente, que nos da el atrevimiento de dirigirnos a Dios como a nuestro Padre, de una manera semejante a la que podía emplear Jesucristo dirigiéndose a su Padre. Nuestro Señor nos enseñó a decir: «Padre nuestro»; pero luego murió sobre la cruz y ahora continúa en cada Misa el sacrificio de la cruz, y con esto hizo que no solamente podamos ser llamados hijos de Dios, sino que lo seamos en realidad. Y si hay un momento en el cual los hijos de Dios puedan sentir el gozo de la participación de una misma vida, es, sin duda, cuando están alrededor del altar, en unión con el sacerdote, ofreciendo el sacrificio visible, símbolo de su sacrificio interior.

Los males que acechan

Según la *Doctrina de los Apóstoles,* el Padrenuestro iba ya unido a la Misa, como una preparación de la Comunión, desde la primera generación cristiana. El preámbulo que acabamos de comentar es, ya lo hemos dicho, de una época tardía, y lo es también la oración que viene a continuación, como un comentario de la última petición: «Mas líbranos de mal.» En ella pedimos a Dios que «nos libre, por la intercesión de la Santísima Virgen y de los santos, de los males pasados, presentes y futuros, y que conceda la paz en nuestros días, esta cláusula parece haber sido introducida por San Gregorio Magno, para que, ayudados por la riqueza de su misericordia, seamos libres del pecado y seguros de toda inquietud».

El mal es la guerra, el pecado, la turbación, cuanto puede entorpecer nuestro paso en el camino hacia Dios; mal presente, el que está dentro de nosotros y fuera de nosotros, el que afecta al alma y al cuerpo: la tentación, la enfermedad, cualquier desgracia, la pobreza, las humillaciones, cualquier golpe de los muchos que pueden herir nuestra pobre carne; mal futuro, un peligro cualquiera que pueda presentarse contra la vida de Cristo en nosotros; una amenaza a nuestra vida corporal, a nuestra alegría interior; una asechanza que tienda a apartarnos de la senda de nuestra salvación; y mal pasado también, pues también los males pasados gravitan sobre nuestra vida; también de ellos necesitamos ser liberados, porque los males pasados son los pecados cometidos, y cuyos efectos siguen influenciando y entorpeciendo nuestra vida, con el peso de la responsabilidad, con el temor de la pena, con las huellas que dejaron en nuestros sentidos, en nuestra memoria, en nuestra imaginación. «Nues-

tras iniquidades—decía Ezequiel—están sobre nosotros y estamos enredados en ellas ; ¿cómo podremos vivir?

Pedimos de una manera especial la paz, la paz para nuestros días: y para indicar que esta paz viene de Cristo, el sacerdote se santigua con la patena en el momento de hacer esa petición. Estamos conmemorando la Muerte y la Resurrección de Cristo, aquella Pasión bienhechora, que conquistó la paz para el mundo, para aquellos discípulos suyos, a quienes ya puede saludar con estas palabras, que son la síntesis de su victoria : *Pax vobis*, la paz que es ausencia de la guerra, pero sobre todo la paz interior, la paz positiva, posesión de un tesoro más alto, pues, como nos enseñan los santos, es posible vivir en medio de todos los disturbios y vaivenes sin perder, no obstante, la quietud interior ; sin que el oleaje llegue a poner en peligro esa paz superior, que reposa en el fondo último del alma.

El ósculo de la paz

La idea de la paz domina toda esta parte de la Misa. Al terminar la oración, el sacerdote divide la Hostia en dos partes, y de una de ellas separa una partícula, que deja caer en el vino consagrado. Es lo que se llama la *fracción del pan*, con un nombre que servía a los primeros cristianos para designar la Misa y que nos recuerda también el gesto con el cual los discípulos de Emaús conocieron al Señor cuando, después de oírle comentar el Antiguo Testamento, le invitaron a cenar con ellos. Y el rito va acompañado de estas palabras : «Que la paz del Señor sea siempre con vosotros.» Y en este momento, durante los primeros siglos, todos los que asistían a la Misa se daban el beso de la paz, con ceremonia llena de un bello y profundo sentido, aunque hoy nos parezca extraña, porque, desgraciadamente, nos es más ex-

traño aún el conocimiento de lo que significa Y lo que significa es esa paz más alta a que antes aludíamos, la paz que Cristo compró con el precio de su Sangre; la paz que es amor en los corazones, y cuya causa es el mismo Cristo, puesto que El la conquista y El la da, aunque tal vez sería más exacto decir que la paz es el mismo Cristo, puesto que El la comunica a los miembros en que vive. Su vida común a todos los hace a todos hermanos, y nunca podrían sentirse más hermanos que cuando se preparan a recibirle por la Comunión. Por eso el ósculo parte del altar, que besa el sacerdote, antes de transmitir el ósculo a la asamblea por medio del diácono o del portapaz. ¿Es extraño que los primeros cristianos, conscientes de este hecho maravilloso, sintiesen la necesidad de expresar con este rito la confianza, el amor santo, que infundía en ellos la participación del Sacramento del amor y la fraternidad?

Belleza de este rito

El beso de la paz sigue dándose todavía en las misas solemnes, como símbolo del amor que debe unir a todos cuantos se acercan a la sagrada Mesa. El amor fué, desde los primeros tiempos de la Iglesia, la característica de los discípulos de Jesús, el principio vital de su unión, el impulso de su expansión prodigiosa. Y ellos, los primeros discípulos de Cristo, lo expresaban e intensificaban con un beso, beso de pureza sublime, en que vibraban todos los afectos sobrenaturales del alma; beso de amor y de paz, porque el amor auténtico engendra la paz. En un principio se daba antes del Ofertorio, como despedida de los catecúmenos y preparación de los fieles para la Oblación. Pronto, sin embargo, fué considerado como la preparación más excelente para la Comunión, y esto es lo que hizo que se le colocase en el momento

de la fracción del Pan. Antes de dar el ósculo de paz, el sacerdote besa el altar, que es el símbolo de Cristo. La paz viene de Jesús: de El pasa al celebrante, del celebrante a los ministros y de los ministros al pueblo. En la Iglesia primitiva, el signo de la paz era el beso ; hoy se transmite por medio del abrazo. El que lo da dice estas palabras : «La paz sea contigo.» El que la recibe responde : «Y con tu espíritu.» Por el abrazo se transmite al pueblo, y también por medio de una imagen de Cristo o de la Virgen, que se llama el *portapaz*. Inmediatamente antes se reza esta bella oración que comenta la emocionante ceremonia : «Señor mío Jesucristo, que dijiste a vuestros apóstoles : ''La paz os dejo, mi paz os doy'', no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia, y dígnate, según tu Voluntad, darle la paz y la unidad, Tú, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos.»

Ante todo, la paz para toda la Iglesia. Y es que la oración litúrgica atiende, sobre todo, a la colectividad, a la sociedad, al Cuerpo místico. También pide el sacerdote que el Señor no mire su indignidad personal, sino la fe de la Iglesia ; que no le mire a él aisladamente, sino en la unidad de los fieles, como miembro de ese Cuerpo místico, del cual Cristo es la cabeza. «¡ Ah !—exclama un autor piadoso—. ¡ Ensanchemos nuestros corazones, dilatemos los horizontes de nuestra piedad, vivamos la oración en común, la oración litúrgica ! ¡ Vivamos la comunión de los santos !... Padre *nuestro*, que estás en los cielos... Venga a *nos* el tu reino.»

Y recordemos con este rito de la Iglesia primitiva las palabras del Señor : «Si al llegarte al altar para llevar tu ofrenda te acordases de que ofendiste a tu hermano, ve a pedirle que te perdone, y vuelve luego a presentar tu oblación.» Y vigila también sobre tus pensamientos, sobre tus sospechas, sobre tus recelos. No pienses mal de nadie con frecuencia ; estos pensamientos son una ofensa para el pró-

jimo, porque son injustos. ¡ Cuántas veces engañan las apariencias ! Sólo Dios ve los corazones. ¿ Quién sabe si ese hermano a quien tú condenas en tu interior es en realidad mejor que tú ? Y si no lo es, si verdaderamente hay algún fundamento para tus juicios malévolos, pregúntate lo que



«Como el ciervo busca la fuente...» (Mosaico del mausoleo de Gala Placidia, siglo IV.)

sería esa alma si tuviese las mismas gracias que tú ; lo que será tal vez algún día a la plena luz de la paz infinita de Dios. Muchas veces un exterior rígido y desfavorable encubre un corazón grande, una exquisita sensibilidad. El aspecto es frío y severo, tal vez por efecto de la educación recibida, del género de vida, del medio ambiente en que se formó un alma ; pero si observamos la realidad, veremos tal vez en una mirada fugaz de ternura, o en la acción reveladora de mover la comisura de los labios, las señales inequívocas de una profunda vibración interior. «Los hombres—decía Pío XI—

son casi siempre mejores que sus actos y sus palabras»; y por eso tenía razón madame Leseur cuando escribía estas palabras: «No despreciemos nada: ni a los hombres, porque el peor lleva en sí la chispa divina que puede manifestarse en un momento dado; ni sus ideas, porque en el fondo de cada una de ellas existe siempre una parte de verdad, que es preciso descubrir; ni las acciones, porque frecuentemente ignoramos sus motivos y siempre sus consecuencias providenciales y remotas.»

Estemos siempre dispuestos a saludar a nuestros hermanos con el saludo de la liturgia sagrada: *Pax tecum*. ¡Qué hermoso es este rito de las misas solemnes! ¿Lo habéis presenciado alguna vez sin llegar a conmoveros? ¡Qué paz reinaría en el mundo si se diera de verdad en los hogares y en las plazas, en las embajadas y en los palacios, en las reuniones de los príncipes y en las conferencias de la paz! Allá ellos, los que quieren construir la paz del mundo sin saber de la paz de Cristo. No es ése el estilo del verdadero cristiano, y el que no busca su amor propio ni se paga de simulacros, el que sabe que una palabra afable, una sonrisa, una atención, con la cual se demuestra el interés que nos merece un hermano, hace un bien inmenso al alma, detiene un torrente de pensamientos y sentimientos tumultuosos, amaina la tempestad, asegura acaso la perseverancia..., devuelve la paz.

De esta manera penetra la Liturgia nuestra vida interior. Oír debidamente la Misa es progresar en la ciencia de la caridad, vínculo de toda perfección; es aprender a practicar la religión verdadera. Cuando el beso de Cristo salta del altar parece como si en el recinto sagrado se oyese una voz que nos dice: «Tu religión es falsa si no amas a tu hermano. No seas como aquellos que piensan agradar mucho a Dios sólo con la fidelidad—¡cuántas veces del todo externa!—a los deberes de piedad, a sus devociones, a sus rutinas...»; y

no tienen indulgencia, ni interés, ni preocupación ninguna por el prójimo, ya que lanzan sobre él el lodo de la difamación, y le desacreditan, y llegan hasta negar el perdón a los que humildemente se lo piden. No es ésa la actitud del verdadero discípulo de Cristo. No obraba así el Apóstol de las Gentes, aquel gran corazón del cual salieron estas palabras: «Me hice enfermo con los enfermos para ganar a los enfermos. Me hice todo para todos a fin de ganarlos a todos.» Este es el camino para llegar a los corazones de los demás, el que te dará la paz, el que hará que a tu *Pax tecum* respondan las gentes con un *Et cum espiritu tuo*, que te llene de consuelo

La conmixtión

Al dejar caer en el cáliz la partícula de la Sagrada Hostia, el sacerdote pronuncia estas palabras: «Que esta conmistión y consagración del Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo nos ayude a los que lo recibiéramos para la vida eterna.»

Es éste un rito en el cual los liturgistas de todos los tiempos han visto un símbolo de la Resurrección de Cristo. Veamos por qué. Ya sabemos que por el sacrificio de la Misa renovamos místicamente la obra redentora de Cristo y en especial su Muerte y su Resurrección; místicamente, y no en sus circunstancias históricas, pues Cristo glorificado vive en el reino de su Padre, no sujeto a la historia en su sentido espacial y temporal. De una manera semejante el sacrificio de Cristo está fuera de las leyes del tiempo y del espacio, de suerte que lo pasado vuelve a hacerse presente y lo futuro puede tener esa misma actualidad.

Teniendo esto en cuenta, podemos comprender cómo la consagración separada del pan y el vino simboliza la separación actual del Cuerpo y la Sangre de Cristo en el Cal-

vario ; y en esta forma, la doble consagración nos hace pensar en la Muerte de Cristo, provocada efectivamente por la efusión de su Sangre en el huerto de Getsemaní, en la calle de la Amargura y en lo alto de la cruz. En el altar no hay derramamiento de sangre, pero en su lugar está esa Consagración separada, vivo recuerdo de aquella separación en el cruento sacrificio de la cruz. Es cierto que todo Cristo se encuentra bajo la especie de pan, y todo Cristo está también en cada gota del cáliz ; pero esto no quita nada al simbolismo de la doble Consagración, y este simbolismo se completa cuando el sacerdote deja caer la partícula del pan en el vino. Es un momento en el cual no podemos menos de pensar en la Resurrección. Esa unión, esa mezcla de las dos especies, es un símbolo de la unión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, de su victoria sobre la muerte, de su salida del sepulcro, viviente y glorioso, en la mañana de Pascua. Ese Cristo vencedor es el que en la Sagrada Comunión nos va a dar la vida eterna por El conquistada, comunicándonos desde ahora las riquezas de la gracia, que son ya en germen la gloria venidera, puesto que el ser en la tierra ciudadanos de la Iglesia nos da derecho a la ciudadanía del cielo, y la perseverancia en la unión con Cristo por la gracia en el mundo desemboca en la unión con El por la gloria en la visión beatífica. Y así se cumple con honda realidad aquella promesa suya : «Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Está con nosotros tan íntimamente, tan plenamente como nuestra vida natural, juntando nuestra vida con la suya, recogiendo todas nuestras energías naturales para elevarlas al orden sobrenatural. *Christianus alter Christus.*

CAPITULO XXXVIII

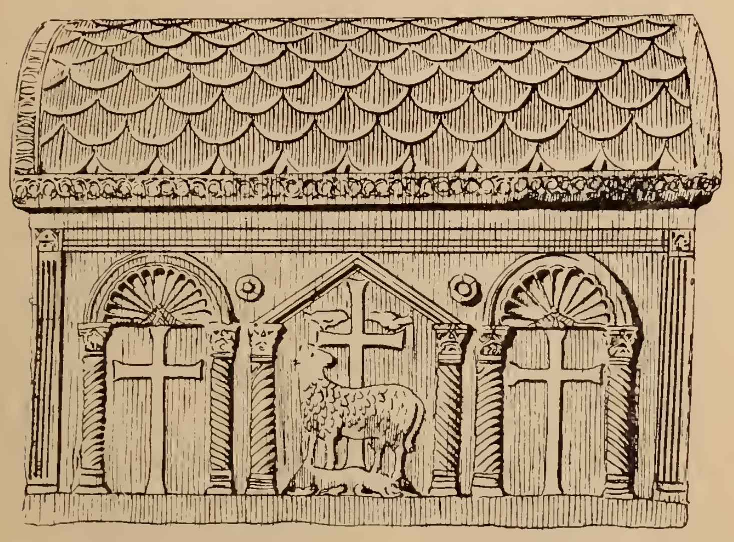
HACIA EL ALTAR

Agnus Dei

El movimiento ascendente de la Misa continúa. El sacerdote comienza el Agnus Dei, y en las misas solemnes la concurrencia hace coro con él y canta esas palabras, por las cuales sc nos recuerda que no podemos separar el pensamiento de la Comunión de la idea del Sacrificio. En el comienzo de su vida pública, cuando Cristo iba a empezar la obra de redención de los hombres, Juan Bautista le vió pasar cerca del Jordán y le señaló a sus discípulos con esas palabras famosas: «He aquí al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.» Y nosotros las repetimos recordando la profecía del Precursor, y a la vez su cumplimiento en la cruz y su actualidad presente por medio de la Misa. Por eso hablamos del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, aunque su Sangre fuese derramada hace veinte siglos.

Ya en el Antiguo Testamento, el profeta Isaías había visto al Redentor en la imagen de un cordero inocente cargado con nuestras iniquidades, y San Pedro nos dice que fuimos rescatados, no con peso de oro u otro metal precioso, sino con la Sangre del Cordero sin mancha, Nuestro Señor Jesucristo. Por su parte, San Juan nos presenta en el Apocalipsis al Redentor «a semejanza de un Cordero sacrificado desde el principio del mundo». Tal era el plan trazado por la Providencia desde toda eternidad: el Verbo humanado debía so-

meterse con la mansedumbre de un cordero a la muerte que habían de infligirle los hombres, realizando al mismo tiempo en ese sacrificio perfecto lo que había sido figurado en todos los sacrificios antiguos. A este Cordero divino, cuya Sangre alcanzaría lo que inútilmente había intentado conse-



El Cordero inmolado. (Mausoleo de Gala Placidia, siglo IV.)

guir la hecatombe de los holocaustos mosaicos, es a quien se pide que tenga piedad de nosotros, con una fórmula que no quiere decir únicamente que nos perdone los pecados, aunque ninguna cosa mejor podría desearse en ese momento que precede a la Comunión, puesto que el perdón de los pecados es sólo el aspecto negativo de la misericordia divina. El sacrificio del Cordero trajo, sí, a la humanidad el perdón ; pero no debemos olvidar que su Muerte no fué un fin, que a ella sucedió la Resurrección, que fué sellada con un triunfo maravilloso. Esta Resurrección, esta Victoria, que fortifica la

vida sobrenatural en nosotros, que nos acerca a Dios, que consolida las relaciones de caridad entre los miembros de Cristo, es lo que pedimos en estas palabras, que de puro sabidas y repetidas, nos parecen de una sencillez sin trascendencia.

La última preparación

Ya reina en nuestras almas una atmósfera de paz y de amor ; ya hemos pedido la misericordia de Dios como fruto de la Sangre del Cordero, es decir, de Cristo, puesto que es ése uno de los nombres más expresivos de Cristo. Todo en el recinto sagrado debe ser ahora inocencia y amor. El abrazo ha fundido en uno todos los corazones. Este pensamiento ha conmovido a la asamblea. Mientras el coro cantaba pidiendo la paz, el diácono ha recibido el saludo del sacerdote y los fieles se lo han transmitido unos a otros en el rito del ósculo santo, del beso de la paz, de que hablaba San Pablo ; símbolo de fraternidad auténtica, pues, como dice San Agustín, «lo que atestiguan los labios debe realizarse en la conciencia, y así como vuestros labios se acercan a los de vuestro hermano, así vuestro corazón debe estar unido a su corazón».

Todo está ya preparado ; pero la devoción de los fieles ha querido acumular los ritos y las oraciones en este momento de la fracción del pan. Una misma idea las preside y un sentido armónico las informa. Es la última preparación al místico Banquete. Suena la campanilla, despertando los espíritus; brotan palabras de amor, solloza el corazón, herido por el arrepentimiento, y todo anuncia el instante supremo de la unión de las criaturas con el Creador. El Canon había terminado con la gran doxología : «Por El, con El y en El, todo honor y toda gloria.» Por El, que es la sabiduría creadora ; con El, que es la providencia conservadora ; en El,

que es la mirada protectora. «Amén», respondieron los fieles. Una gran animación agitó de repente a la concurrencia, que había permanecido inmóvil, de pie, en actitud de éxtasis, tal vez con los brazos extendidos—como reza el sacerdote una y otra vez en las partes más solemnes de la oración eucarística. Es el gesto primitivo reproducido con predilección por los artistas de las catacumbas, elogiado y recomendado, primero por los escritores apostólicos, después por los Santos Padres. De pie, signo de respeto, actitud del sacrificador, postura del hombre libre que se presenta confiado delante del Padre celestial y ha sacudido el terror que humillaba su cabeza y encorvaba sus rodillas ; pero, al mismo tiempo, extendiendo los brazos, en recuerdo del madero que había producido el fruto de la Libertad ; gesto de humildad y de súplica, que hace pensar en el holocausto inefable del Calvario. Tertuliano había dicho : «Los cristianos rezan con los ojos fijos en el cielo y las manos extendidas, porque son inocentes ; rezan con la cabeza descubierta, porque no tienen que avergonzarse de su nombre. No nos contentamos con levantar las manos, como los paganos, sino que las extendemos en recuerdo de la Pasión del Señor.»

Mas, de pronto, las manos han caído sobre el pecho y las miradas se han concentrado sobre el altar. Las varias partículas que sobre el altar reposaban, y que habían venido de la Misa del día anterior y de las Misas de otras iglesias, acaban de confundirse dentro del cáliz. La Misa que se está celebrando se une así a la de la víspera y a la de otros lugares ; del ara en que se rompe el Pan sagrado van a partir en todas direcciones las partículas destinadas a las iglesias hermanas. Sobre el ara está la que ha de unir la Misa de mañana a la Misa de hoy, y del ara sale el beso de paz, el abrazo de Cristo, que, de fila en fila, va pasando a través de todos los asistentes y los ata con un nudo de fraternidad,

mientras que sus voces se confunden en una plegaria conmovedora. «¡ Oh escena sublime !—exclamaba un piadoso comentarista—. ¡ Invención genial, sacada de la más sencilla de las acciones, como es el partir un poco de pan ; expresión grandiosa de la cosa más hermosa que existe : la paz, la unión !» La Misa de ayer penetra en la de hoy ; la de hoy será continuada indefinidamente en el mañana ; la que aquí se ofrece únese a las que se dicen en otras partes de la tierra ; éstas tienen una íntima relación con la que se está celebrando, y cada una de ellas, unida con la Misa del Cenáculo, recogiendo la virtud del sacrificio de la cruz, estrecha con la mayor intimidad en un fuerte abrazo al Pontífice, a los sacerdotes, a los ministros, a los fieles, a todo el pueblo de Cristo. «¡ Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad !», exclamaba San Agustín, pensando en este santo, único y perpetuo sacrificio del cristianismo.



Paloma eucarística con su doselete.

Cristo, mediador

Todo parece dispuesto, pero el fervor no se sacia todavía ; quiere avivar más los deseos y descubre nuevas oraciones. Hay cristianos que antes de acercarse a comulgar repiten ávidamente las que han encontrado en sus devocionarios, olvidando que en ninguna parte podrán encontrarlas tan a propósito para este momento como las que señala el Misal. Son

tres, recogidas por la Iglesia entre otras muchas que enriquecen los eucologios antiguos, e incorporados a la liturgia de la Misa lo más pronto en el siglo IX.

La primera es todavía un eco y como un comentario de la ceremonia que acaba de desarrollarse, como se ve por su clara alusión al ósculo de la paz: «Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: *Paz os doy, os dejo mi paz,* no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia...» Casi todas las oraciones de la Misa se dirigen al Padre; aquí invocamos directamente a Jesucristo. Nada hay en ello que pueda herir nuestros sentimientos religiosos; pero es, sin duda, un indicio del origen tardío de estas fórmulas. La conciencia de la mediación de Cristo era tan fuerte en la primitiva Iglesia, que la oración se hacía siempre a Dios Padre por El: *Per Dominum nostrum.* Se le consideraba como el Sumo Sacerdote, como el Pontífice situado entre el mundo pecador y la majestad divina. Dios y Hombre al mismo tiempo, uniendo en su Persona la naturaleza humana y la naturaleza divina, es el Puente, *el Pontifex,* el Mediador a través del cual la vida de Dios pasa a los seres humanos, enlazando así el abismo infinito que separa al hombre de Dios. Y en esto la Iglesia no hizo más que seguir aquel consejo del Maestro: «Cualquier cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la concederá.»

Sacrificio y presencia real

Esta misma perspectiva es la que debe orientar nuestra devoción al sacramento de la Eucaristía. La Eucaristía es el alimento del sacrificio, es un medio de unión con Dios. El altar es, por el sacrificio que en él se renueva y representa, el centro de la vida cristiana, la fuente de la cual fluye la gracia que mantiene a los miembros de la Iglesia en la paz y en la unidad. No quiere esto decir que desconozcamos el valor

de la presencia real y que nos olvidemos de adorar a Cristo en el Santísimo Sacramento. La devoción eucarística así entendida ha sido siempre recomendada por la Iglesia y es evidentemente un gran motivo de consuelos y bendiciones ; pero, como dice Santo Tomás, debemos siempre colocar las cosas en su sitio y darles la jerarquía que les corresponde. Tratando de la Eucaristía, tenemos tres aspectos diferentes : el sacrificio, la Comunión y la presencia real. ¿Cuál de los tres es el más importante? ¿En qué orden debemos colocarlos?

Son muchos los fieles para quienes lo primero de todo es la presencia real ; después viene la Comunión, y si piensan acaso en el sacrificio, lo colocan en último lugar. Y, no obstante, el aspecto sacrificial de la Eucaristía es el primero y más importante ; es el acontecimiento más sublime que se ha realizado en el mundo ; es el acto más noble, la manifestación suprema de nuestra vida religiosa. Como parte de él y relacionada esencialmente con él, la Comunión es una consecuencia suya, y como una consecuencia debe ser considerada la presencia real. Esta es la escala de valores, éste es el orden; y si insistimos en él, no es para apartar a los fieles de la devoción a Cristo Sacramentado, sino para aumentar la que deben tener al sacrificio de la Misa. El orden es tan necesario para la vida religiosa como para la vida natural ; del orden, del equilibrio, de la armonía, procede la salud, la del cuerpo y la del alma.

Individualismo religioso

Las dos siguientes oraciones se refieren de una manera más directa a la Comunión ; aluden a sus efectos : a las riquezas con que adorna a los amigos de Cristo, a las consecuencias terribles que traería el sacrilegio, el escarnio a la

entrega más completa del amor. ¡Oh la unión estupenda! ¿Y podría romperse algún día? Sintiendo su debilidad, el alma reza confiadamente: «Líbrame, por este tu Cuerpo sacrosanto y por tu Sangre, de todo mal, y haz que atado siempre por tus mandamientos, nunca me aparte de Ti.»

Observemos una cosa: estas oraciones hablan en singular; el *yo* ha reemplazado al *nosotros*. ¿Es esto otro indicio de su época tardía?

No está prohibida la oración personal; pero los primeros cristianos preferían rezar en común, y en esto no hacían más que seguir la enseñanza y el ejemplo de Cristo. La Iglesia ha introducido aquí estas oraciones en una época en que iba haciéndose más rara la Comunión frecuente y cuando el sacerdote era ya casi siempre el único que comulgaba; pero también ella prefiere la oración común y mira con desconfianza las manifestaciones del individualismo; con desconfianza y también con cierta conmiseración, porque un individualista no puede llegar a penetrar plenamente el espíritu de Cristo. El individualista está solo, reza solo, piensa ante todo en sus intereses y en sus necesidades. Es un solitario, para quien la religión no es otra cosa que la relación entre Dios y él. ¿Cómo va a comprender el contenido de la Misa? ¿Cómo podrá tener una idea exacta de lo que es la Comunión? ¿Cómo llegará a discernir el sentido del beso de la paz? Nada de cuanto se refiera a los demás tiene interés para él. Quiere vivir su soledad, con la cabeza hundida entre las manos, con los ojos cerrados, con los sentidos ajenos a lo que pasa en torno suyo.

Y, sin embargo, Cristo pronunció estas palabras: «Cuando dos o tres de vosotros estuviereis reunidos en mi Nombre, allí estoy Yo, en medio de ellos.» A esa oración aislada prefiere El la oración común. Dos o tres por lo menos, lo suficiente para sentirse miembro de una comunidad. Pero el cristiano tiene una comunidad más vasta, de la cual es miem-

bro. Su comunidad es la parroquia, o mejor, la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, henchida con su vida y con su espíritu. No puede estar solo ni en sus relaciones con Dios ni en su unión con Cristo. Va a Misa como un miembro de la sociedad cristiana ; asiste a Misa como un hermano entre muchos hermanos, y juntamente con ellos y el celebrante ofrece el sacrificio de acción de gracias por la Redención, el sacrificio de la alabanza y el perdón, el sacrificio cuyo primer fruto es el robustecimiento de la unión que existe entre los miembros de la comunidad. Y es entonces cuando se da cuenta de que no es bueno para el hombre estar solo, de que la paz y la unidad son el deseo más ferviente de Cristo, de que no puede servir a Dios sin amar a los hombres, de que sin la caridad no es posible recibir a Cristo en la Comunión. Y esta conciencia es la que inspira todos estos ritos, todas estas oraciones que preceden a la participación en el Sacramento.

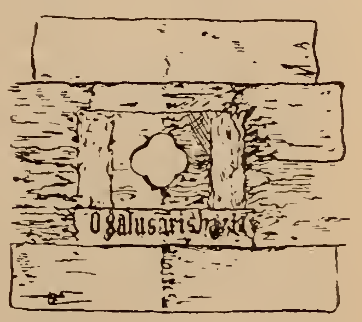
Profunda teología

Aunque, como efecto de la época tardía en que aparecen esas últimas oraciones, se dirigen a Cristo con una preocupación puramente individual, hay en ellas, no obstante, una radiante y profunda teología. La segunda nos recuerda al Padre, principio y fuente de la vida que recibimos por Jesucristo, según aquellas palabras que leemos en el Evangelio de San Juan : «Como el Padre tiene la vida en Sí mismo, así dió al Hijo tener la vida en Sí mismo.» Y luego el Hijo quiso derramarla sobre la tierra : *qui per mortem tuam mundum vivificasti*. La derramó por el sacrificio de la cruz y luego sigue derramándola por la renovación de ese sacrificio, en el cual estamos participando nosotros. Y esto «por voluntad del Padre, con la cooperación del Espíritu Santo». Cumpliendo la voluntad de su Padre, vino Cristo al mundo para

realizar la obra de la Redención, pues, como dice San Pablo, «cuando estábamos muertos en el pecado, quiso vivificarnos en Cristo, por cuya gracia hemos sido salvos»; y de la misma manera que la Encarnación del Verbo en las entrañas de María se obró por virtud del Espíritu Santo—«El Espíritu Santo vendrá sobre ti»—, así también se ofrece con la cooperación del Espíritu Santo este sacrificio de la Misa, por medio del cual se nos comunica la vida espiritual.

El misterio de la vida

Todo aquí nos habla de esa vida divina que es la esencia del cristianismo, y que no es fácil comprender en sus múltiples aspectos y en su plenitud perfecta. Cierto que tampoco es fácil definir y explicar la vida natural, a pesar de que los filósofos, los poetas y los sabios vienen hablándonos, hace muchos siglos, del misterio de la vida. Una y otra vez la vida ha sido analizada y discutida, negada y defendida, alabada y condenada, y, sin embargo, nada aparece tan claro y evidente como ella. Todo el mundo puede discernir el hecho sencillísimo de si un hombre está vivo o está muerto. El problema de la vida sobrenatural es una cosa parecida. Son muchos, sabios e ignorantes, los que se han permitido someterlo a su juicio favorable o adverso, laudatorio o condenatorio. Unos le han negado, otros se han reído de él, como de un piadoso espejismo; y, sin embargo, el que tiene fe sabe que está vivo



Sagrario empotrado en la pared.

sobrenaturalmente. No podrá comprender esa vida, como no puede comprender cómo y por qué vive su cuerpo; pero el hecho de vivir es para él algo obvio e indiscutible, y de la misma manera que se esfuerza por asegurar la vida sobrenatural, así también trabaja y pone la mayor diligencia en defender y aumentar esa vida del alma, que gracias a sus cuidados podrá prolongarse indefinidamente, a diferencia de la vida del cuerpo. Esta es temporal, la otra es eterna.

Espíritu jansenista

El anhelo de conservar y aumentar la vida nos hace decir en este momento de la Misa: «Haz que obedezca siempre a tus mandamientos.» Durante los últimos siglos hubo una tendencia peligrosa a ponderar la indignidad del hombre para recibir la sagrada Comunión. Los escritores ascéticos, tanto como los directores de almas, se deleitaban poniendo de relieve el contraste que existe entre la santidad infinita de Dios y sus soberanas perfecciones, de un lado, y de otro, la situación lamentable de la naturaleza caída, sus radicales imperfecciones, su inclinación al pecado, la terrible condición que la empuja a retroceder más que a progresar, sus impurezas hasta en los actos buenos y todos sus desfallecimientos morales. Esta comparación, necesariamente desconsoladora, realizada con morbosa complacencia y con un espíritu envenenado de jansenismo, tuvo efectos desastrosos. En otro tiempo, San Pablo tuvo que reprender a los cristianos de Corinto porque se acercaban a comulgar sin las disposiciones debidas; pero esta otra actitud de reverencia, o más bien de terror, generalizada desde los últimos tiempos de la Edad Media, hubiera merecido también la indignación del Apóstol. No están aún lejanos los días en que los mismos religiosos

recibían la Comunión sólo algunas veces al año, y hasta los santos que veneramos en los altares dudaban en acercarse con frecuencia a la sagrada Mesa.

Indignidad y confianza

En realidad, este aspecto exagerado de la indignidad humana, que es grande ciertamente, se opone a las intenciones de Cristo al instituir el sacramento de la Eucaristía, que no es una recompensa de la santidad, sino un medio de santificación, Comida que alimenta, Gracia que sostiene en la prueba, Fuerza que ayuda al cristiano en el camino de la perfección. Hay que evitar, por tanto, esa actitud desconfiada e injuriosa para el amor de Cristo, contra la cual se levantó el Papa Pío X, como hay que evitar también la actitud opuesta, el estado de familiaridad excesiva, de despreocupación y de rutina, que impide al alma sacar los frutos y realizar los progresos previstos en la naturaleza misma del Sacramento. Podemos tener un sentimiento de indignidad parecido al que hizo decir al Centurión que era indigno de que el Señor entrase en su casa, y a la vez un sentimiento de confianza, que nos acucie a hacernos menos indignos de ese favor.

Esta es la actitud en que quiere ponernos la tercera oración que decimos antes de comulgar: «Que la percepción de tu Cuerpo, oh Señor Jesucristo, que yo me atrevo a tomar, no sea para mí condenación y castigo...» Puede darse el caso en que la Eucaristía se convierta para el hombre en motivo de pecado: cuando el hombre se acerca a ella en pecado mortal. Entonces la Comunión es un sacrilegio. Pero un pecado mortal no es nunca una cosa inconsciente. El que lo comete es porque lo conoce y lo desea. Y nadie va a comulgar en pecado sin tener la conciencia del pecado.

«Fuera de este caso—dice un Santo Padre—, puedes acercarte seguro. La Comunión no es el premio del esfuerzo realizado, sino el medio instituido por Cristo para aplicarte los frutos de la Redención. La corona la tendrás en el cielo; aquí necesitas valor para luchar, amor para perseverar, gracia para vencer.»



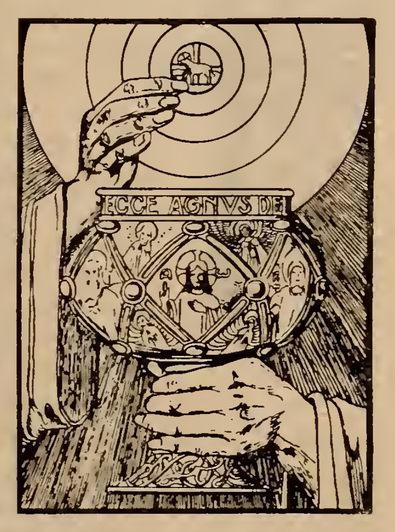
Patena de Santo Domingo de Silos (siglo XI).

CAPITULO XXXIX

LA COMUNION

Comida divina

Cristo se encuentra en medio de sus discípulos, y, como antaño, va a repartir entre ellos el cáliz de la Bendición; su mirada se fija con un triste reproche en los ojos de Judas, y su frente se reclina amorosa sobre el pecho de Juan. La última Cena seguirá renovándose hasta que se anuncie el banquete de las bodas. No hay que olvidar que la Misa es una comida tanto como un sacrificio, una comida en la cual todos los cristianos tienen su asiento. En los antiguos sacrificios era de rigor comer las víctimas inmoladas, y a esto aludía San Pablo cuando decía: «Los que comen las víctimas ¿acaso no participan en el altar?» Por eso en la Iglesia primitiva la asistencia a la Misa exigía como complemento natural la Comunión. «El que no co-



«Ecce Agnus Dei».

mulgue, que se retire», clamaba el diácono, dirigiéndose a la concurrencia. Hasta el día en que se multiplicaron las Misas y disminuyeron los comulgantes. Se olvidó la costumbre antigua, desapareció el rito y se hizo letra muerta aquel decreto que, según el Breviario, en el día 13 de julio había dado el Papa Anacleto: «Que después de la Consagración todos comulgasen.»



Torrecilla eucarística

La comunión del cáliz

Todos se acercaban, y, de pie, delante del altar, extendían la mano para recibir en ella una porción del pan consagrado, que allí mismo llevaban a la boca. *Corpus Christi,* decía el diácono repartidor, y ellos respondían: «Amén.» «Comulguen cantando», decía una Regla antigua; y el canto era éste: «Gustad y ved cuán suave es el Señor.» Entre tanto, el cáliz pasaba de mano en mano; el cáliz *ministerial,* el cáliz del pueblo, amplio y fuerte, como el que Santo Domingo de Silos mandó hacer en el siglo XI y se usa todavía en su monasterio para guardar el Sacramento el día de Jueves Santo. Cada uno debía acercarlo a su boca bajo la mirada del diácono, cuidando—observaban las rúbricas—de que no se perdiese una sola gota. Era la comunión bajo las dos especies, la que tomaron los apóstoles de manos de Jesús, la de los cristianos de las catacumbas, la que se practica todavía en las liturgias orientales. Por higiene, por limpieza y por respeto a la Eucaristía, las iglesias de Occidente fueron simplificándola poco a poco. El

cáliz común tenía sus inconvenientes. Para evitar repugnancias y cortar profanaciones, se empezó a dar un poco de pan empapado en el vino, o a distribuir el sanguis con una cucharilla, hasta que pareció más acertado suprimir el cáliz para la multitud. La innovación se hizo gradualmente y sin protestas, pues todos sabían que, bajo cualquiera de las especies, se encontraban el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad del Señor. Esta costumbre empezaba ya a abrirse camino en Constantinopla, cuando allí gobernaba San Juan Crisóstomo, y la Iglesia de Roma la había aceptado ya en tiempo de San Gregorio Magno. Por esta misma época, el legislador de los monjes celtas, San Columbiano, ordenaba en su Regla que los novicios y todos aquellos que careciesen de instrucción y educación se abstuviesen de acercar sus labios al cáliz.



Paloma eucarística suspendida del techo.

Fuera de la Misa

Ya en los primeros siglos cristianos, aquellos a quienes, por estar enfermos, en la cárcel o en las minas, o por vivir lejos del lugar donde se celebraba el Sacrificio, llevaban los diáconos la Comunión, solamente comulgaban bajo la especie de pan. A esto alude aquella frase que dirige Tertuliano a las mujeres cristianas para disuadirlas de que se casen con un pagano: «¿ Acaso no llegará tu marido a saber qué es lo que tomas secretamente antes de la comida, y, si se averigua que es pan, creerá que es el pan que tú dices ?»

Es vieja la práctica de comulgar fuera de la Misa, pero sólo cuando la asistencia era difícil o imposible. En los yermos egipcios los anacoretas guardaban amorosamente las partículas consagradas, y en ellas al Compañero silencioso de su soledad y alimento de su espíritu. Y cada día, al llegar la hora nona, cuando el sol empezaba a descender en el horizonte, abrían su estuche y comenzaban su frugal comida, tomando uno de aquellos fragmentos adorables que el sacerdote les había entregado la última vez que asistieron al santo Sacrificio con los solitarios de las cercanías. Pero era una manera de renovar o, mejor dicho, de continuar aquel sacrificio semanal que se celebraba en el desierto. Porque sabían muy bien que la Comunión es el grado supremo de la participación en el santo Sacrificio: una verdad que hoy vamos olvidando, porque apenas acertamos ya a comprender el altar como una mesa. Y es una mesa, no un trono, ni una tribuna, ni un escenario. «Hacemos una especie de violencia al Sacrificio de Jesús—observa Fenelón—cuando nos unimos al sacerdote para ofrecerlo y no nos unimos también por la manducación. Asistir a una Misa sin comulgar es una acción incompleta.»



Paloma eucarística.

Esto es la tradición, el sentido cristiano; no es el precepto, naturalmente. Todos los cristianos saben que les basta comulgar una vez al año por Pascua para cumplir con el deseo de Cristo: «Si no comiereis mi Carne y bebiereis mi Sangre, no tendréis la vida en vosotros.» Tampoco es obligatorio comulgar dentro de la Misa, aunque debiera ser lo normal. No hay que olvidar que si la Comunión es la mejor participación en la Misa, la Misa es la mejor prepa-

ración para la Comunión. «Siendo una acción litúrgica de primer orden—dice un tratadista de nuestros días—, la sagrada Comunión no debe convertirse en una devoción; hay que conservarle su carácter litúrgico; hay que verla en el cuadro de la Liturgia; hay que prepararse a ella, recibirla y dar gracias de una manera litúrgica.»

Orientación de los ritos

Precisamente los ritos y oraciones de que aparece rodeada en la Misa han sido establecidos por la Iglesia como la preparación más adecuada para acercarse a ella. Diríase que, desde el comienzo, todo tiende a una misma finalidad: la de purificar el alma para hacer de ella una digna morada del Huésped divino. La aspersión del agua bendita, el rezo del *Confiteor,* los golpes de pecho, la demanda de auxilio de los Santos, las lecturas, los cánticos, las oraciones y los ademanes: todo tiene este sentido purificador. Se canta el *Kyrie,* petición de misericordia; se besa el altar, pensando en las reliquias de los Santos que hay en él, y pidiendo, «por los méritos de los bienaventurados, que Dios se digne perdonar nuestras culpas»; se besa el texto evangélico, rogando «que, por las palabras inspiradas, sean borradas nuestras iniquidades»; se ofrece la Hostia «como propiación—dice el celebrante—por mis pecados, por mis ofensas, por mis negligencias innumerables y por las de todos los asistentes»; se encorva el cuerpo mientras los labios hablan «del espíritu de humildad y del corazón contrito con que queremos que el Señor nos reciba en su presencia»; se lavan las manos en señal de purificación, y no hay rito ni palabra que no sea incentivo del amor, acicate de la esperanza, gemido de penitencia, lazo de fraternidad, despertador del deseo, soplo de divinas llamas y hálito purificador. Y, ante todo,

la gran idea teológica: acaba de ofrecerse el Sacrificio, hay una Víctima expiatoria de los pecados, se han borrado las distancias entre el cielo y la tierra, y puede ya anudarse el abrazo entre la criatura y el Creador.

«¡Oh, prodigio inaudito! El siervo pobre y humilde come a su Señor!» Así cantamos en la fiesta del Corpus con palabras de Santo Tomás. Y sucede aquí un extraño metabolismo: cuando asimilamos el alimento corporal, lo convertimos en nuestra propia sustancia; Cristo, en cambio, se hace Comida nuestra para transformarnos en El. Quiere ser el Principio de toda la actividad interior de nuestra alma; y todo aquel que se entrega dócilmente a su impulso acaba por transformarse en El; y entonces podrá decir, como San Pablo: «Vivo yo, mas no yo; es Cristo quien vive en mí.» Y este prodigio se realiza eminentemente por medio de la sagrada Comunión.

He aquí un aspecto sublime, que hace de este acto de la Comunión uno de los momentos esenciales de la Misa. Dios viene a nuestras almas y viene para comunicarles su propia vida. Miramos con envidia al anciano Simeón porque durante unos momentos tuvo al Niño Jesús en sus brazos, y nosotros le podemos estrechar con los nuestros siempre que queramos abrirle las puertas de nuestro corazón. Nos estremeceríamos de gozo si pudiésemos, como el discípulo amado, recostar nuestra cabeza en el pecho del Señor, y no nos damos cuenta de que podemos gozar de una felicidad todavía más grande con sólo acercarnos a participar de la mesa del altar, donde no solamente le abrazamos, sino que le comemos, nos unimos con El por la unión más estrecha que puede haber en este mundo, metiéndole dentro de nuestras entrañas, encerrándole en nuestro pecho. Comer, comulgar con la Divinidad por medio del alimento que se le ha ofrecido, eso era algo esencial del sacrificio antiguo, y es también algo esencial de nuestro sacrificio. «Cristo—dice Dom Columba

Marmión—se quedó en nuestros altares no solamente para que le adoremos y le ofrezcamos en satisfacción infinita, sino también para que le comamos, porque es la Vida del alma, y para que comiéndole tengamos la vida de la gracia en este mundo y la vida de la gloria en el otro.» Por eso, los padres del Concilio de Trento, en su sesión XIII, formularon este deseo: «El Sagrado Sínodo desearía que los fieles presentes en cada Misa comulgasen, no sólo espiritual, sino sacramentalmente, para que les pudiera ser comunicado un fruto más abundante de este santo Sacrificio.» Por eso, en los primeros tiempos de la Iglesia, todo el que asistía a la Misa recibía la Comunión, y el no recibirla era estar excomulgado. Sólo así se imita de una manera adecuada, sólo así se reproduce en su plenitud el acto sagrado de la última Cena, donde todos comieron el mismo Pan y bebieron el mismo Cáliz, según el mandato de Cristo: *Bibite ex eo omnes.*

Preparación

Esto nos hace recordar aquellas palabras de San León el Grande: «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad», esa dignidad a la cual te ha llamado Cristo al sentarte a su Mesa, al hospedarse en tu alma, al comunicarte su propia Vida: pero también nos hace estremecernos de espanto con el pensamiento de nuestra indignidad, de las imperfecciones que manchan nuestra vida, de la pobreza de nuestra fe y de la tibieza de nuestro amor. Sin embargo, para que estas consideraciones no nos detengan, debemos tener presente que, como decía Pío X exhortando a la Comunión frecuente, las únicas disposiciones requeridas son el estado de gracia y la recta intención de recibir los frutos del Sacramento.

Esto supuesto, la mejor preparación para sacar de la Co-

munión los frutos debidos es la asistencia a la Misa, donde todo está ordenado para preparar los caminos del que va a venir, donde la confesión inicial purifica, el Introito alienta, el Kyrie despierta la generosidad del Señor, el Gloria levanta los vuelos del alma, la Colecta ilumina y fortalece, las lecturas excitan las ansias y despiertan los deseos, los cantos hacen crecer las alas del corazón, las ofrendas descorren el velo del misterio, la oración eucarística nos hace sentirnos sumergidos en Cristo, la Consagración nos lo pone delante de nosotros, lleno de gracia y de verdad, y llega, al fin, la preparación próxima, el rezo del Padrenuestro, que en este momento tiene su sentido pleno, la ceremonia del ósculo de la paz, por la cual cumplimos un precepto de Cristo en relación con nuestros hermanos, la evocación del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; la exclamación del centurión, que nos enseña cuál debe ser nuestra actitud ante la dignación del que llega, y, finalmente, las tres últimas oraciones: la que pide el don de la paz, fruto de la llegada de Cristo al grupo de sus discípulos; la que pide que la unión que va a ser sellada dentro de unos momentos no se rompa jamás, y la que pide que el alimento sagrado no sea motivo de juicio y de condenación, sino que sirva para defensa del alma y del cuerpo y medicina de la eternidad.

Después de todo esto tendremos que decir todavía: «Señor, yo no soy digno...» Y el recuerdo del que se presentó en el banquete del Evangelio sin el vestido nupcial podría hacernos retroceder. «Señor—rezaba David—, si observáis nuestras iniquidades, ¿quién se atrevería a comparecer en vuestra presencia?» Este pensamiento acobardaba también a los santos; pero recordaban que Jesús es manso y humilde de corazón, que es el Pan de vida para las almas yertas, que no son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos.

En su *Heraldo del Amor divino,* deliciosa fuente para las

almas sedientas de vida interior, reproduce Santa Gertrudis este soliloquio, que tuvo una mañana antes de acercarse a comulgar: «¡Oh Señor! Te llama mi alma, y ¿cómo has de dignarte venir a ella sin que esté adornada con los méritos indispensables a los que te quieren recibir?»

La gran mística benedictina empezó a entristecerse, acongojada por su indignidad. Pero fué sólo un instante, un ligero movimiento, porque la nube de la desconfianza fué aventada y desvanecida por el soplo poderoso del amor, que dilató su alma y la inundó de alegría y la hizo exclamar: «Pero... ¿de qué me valdría esperar? Aunque emplease miles y miles de años en prepararme, nunca estaría bastante preparada, porque, en verdad, nada hay en mí que pueda garantizarme la conveniencia de mis disposiciones. Por consiguiente, voy a buscar a mi Dios, voy a dirigirme al altar. Iré llena de humildad y de fe; y luego que mi Señor me divise a lo lejos, se sentirá obligado por su amor a enviarme los bienes que me son necesarios para hospedarle como yo deseo y a El conviene.»

Y Cristo le dió la razón. «Cuanto más indigno de los favores del cielo—le decía una vez—fuera aquel hacia el cual el Verbo de Dios amorosamente se inclina, tanto más triunfante es el cántico con que las criaturas alaban la misericordia del Señor.» Y la humilde monja objetaba: «No obstante, el que a la vista de su miseria se aparta por temor del alimento de vuestro Cuerpo purísimo, da muestras de profundo respeto al Sacramento en que estáis presente...»

«Hija mía—contestó el Señor—, el que me recibe con la intención que te dije, y que es el deseo de mi gloria, nunca podrá faltar a la reverencia que me es debida.» Y añadió: «Toda mi delicia es estar con los hijos de los hombres, y por ello instituí este Memorial de mi Amor, para que me recuerden y no se aparten de Mí. Y he prometido estar bajo las frágiles apariencias del Sacramento, junto a mis fieles, hasta la

consumación de los siglos. Por tanto, quienquiera que aleje de la Eucaristía a un alma en estado de gracia, paraliza, o por lo menos suspende, la felicidad que Yo habría saboreado en este corazón puro.»

«¡ Señor, yo no soy digno !...» Es el grito de la humildad, de la humildad que se desconoce a sí misma, de la que no es sólo un ceremonioso conjunto de gestos y palabras, y que muchas veces no es más que un fantasma de humildad, de la humildad auténtica, sólida, noble, delicada, del que sabe que el último lugar es el suyo. Si has dicho así el *Domine, non sum dignus*, no temas ; avanza y come.



Cáliz de Santo Domingo de Silos (siglo XI).

CAPITULO XL

ACCION DE GRACIAS

Cuando los apóstoles vieron que el Maestro, terminada su misión en la tierra, se perdía entre las nubes del cielo, dice la Sagrada Escritura que se volvieron a Jerusalén, «llenos de gran alegría, alabando y bendiciendo al Señor». Es la actitud del cristiano al terminarse el sacrificio de la alabanza perfecta, cuando la fe le dice que Dios está en el fondo de su ser, sonriéndole, bendiciéndole, llenándole de sus dones divinos. Y estremecido de gozo, recuerda aquellas palabras de San Pablo, que de una manera tan perfecta reflejan su estado íntimo y sobrenatural: «Cantad y alabad al Señor en vuestros corazones, dándole gracias sin cesar en todas las cosa, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.» Acción de gracias: exaltación súbita del espíritu por el gran deseo realizado, alegría reposada en el tiempo por el sabio y misterioso sucederse de las cosas; aceptación confiada del orden providencial; sumisión voluntaria a cuanto Dios ordena o permite; revelación en el alma e irradiación en medio del mundo de la Vida divina, que acaba de ofrecerse en alimento a todos los participantes en el Sacrificio. Empiezan a cumplirse las palabras de Jesús: «El que permanece en Mí y Yo en él, éste dará fruto.»

En realidad, la acción ha terminado. Sólo queda plegar los lienzos, purificar el cáliz y limpiar las manos que han tocado el Sacramento: las abluciones. La purificación del cáliz viene inmediatamente después de la Comunión. Dos ora-

ciones la acompañan. La primera dice así: «Que lo que acabamos de tomar con la boca, oh Señor, lo recojamos con mente pura, y que el don temporal sea para nosotros remedio de eternidad.»

Tenemos aquí una antigua colecta romana, de corte clá-



Pavos reales simbólicos (relieve bizantino de San Marcos, de Venecia).

sico, parca en palabras, rica de sentido. Aunque parezca un alimento, destinado a alimentar el cuerpo, la Comunión tiene como finalidad fortalecer el alma, vigorizando la vida sobrenatural y dándole un calor, una energía, un bienestar, que tienen su reflejo más allá del tiempo, en los espacios del trasmundo. Y ese tesoro sólo una mente pura puede conservarlo, y de este modo lo que entró en nosotros como alimento material producirá frutos de eternidad.

Pero esa repercusión eterna del pan y el vino debe llegar también a los últimos entresijos del ser. Eternidad y profundidad. De esta nueva dimensión nos habla la oración

segunda: «Que ese Cuerpo tuyo que acabo de tomar, oh Señor, y esa Sangre que acabo de beber, se adhieran a mis entrañas...» La Comunión es la misma para todos los fieles, pero a cada uno le aprovecha en la medida de sus disposiciones. Alguien pudiera buscar en ella solamente una emoción pasajera, y entonces el efecto sería superficial, pues ya sabemos que las emociones son fenómenos inconsistentes de nuestra naturaleza, sentimientos que cambian y son aventados como arena movediza, sobre la cual no se puede levantar nada sólido y seguro. La emoción puede ayudarnos ciertamente en nuestras relaciones con Dios; pero si no es lícito despreciarla, tampoco podemos confiar demasiado en ella. Una religión puramente emocional puede desvanecerse al menor soplo; si ha de hacer frente a la tentación, y resistir a las dudas, y ascender con ímpetu de perfección, ha de fundarse sobre el terreno sólido de la inteligencia y de la voluntad; debe penetrar hasta las profundidades del ser. Esto es lo que aquí pedimos: la luz de la inteligencia para percibir la Voluntad de Dios, para mirar sin temor las dificultades que exige su cumplimiento, y la fuerza de la voluntad para arrostrarlas. Y con esto la purificación del alma por la penetración del remedio divino hasta los últimos repliegues, donde la Comunión obra a semejanza del sol de primavera, que ilumina, hermosea, purifica, fortalece, desarrolla la vida y acelera el crecimiento.

Terminadas las abluciones, el sacerdote pasa al lado de la Epístola, adonde ya ha sido trasladado el Misal, y comienza la acción de gracias, que se reduce a una antífona, seguida de una oración: la Postcomunión. En la Misa cantada, el coro se anticipa al celebrante; en el momento en que termina la Comunión, rompe a cantar la antífona que lleva este nombre. Antiguamente era un salmo, que se cantaba durante el desfile de los fieles hacia el altar, con un sentido ornamental más que eucológico. Se parecía, por tanto, al Ofer-

torio, y uno y otro, estos dos cantos, nos ayudan a comprender el movimiento de la Misa. Primero la comunidad se acerca para dar, después viene para recibir ; primero trae los dones del pan y el vino, en que el cristiano se simboliza a sí mismo ; después vuelve para recibir los mismos dones cambiados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Dos cantos y dos procesiones que sintetizan las dos partes de la Misa : el sacrificio-oblación y el sacrificio-banquete.

El origen de este último canto es coetáneo de las otras dos antífonas de la Misa : el Ofertorio y el Introito. Comenzó a introducirse en diferentes iglesias en el curso del siglo IV, y en el siguiente aparece definitivamente admitido por la liturgia de Roma. Al principio solía cantarse el salmo 33, a causa de este verso que en él leemos, y que alude a las dulzuras de Dios con las almas : «Gustad y ved cuán suave es el Señor.» Al reducirse el número de los comulgantes, el salmo fué perdiendo versos ; y con el tiempo el texto cambió también, buscándose en él, más que una alusión al divino alimento que se acaba de tomar, un pensamiento relacionado con la fiesta del día. Así sucede, por ejemplo, en la Misa de San Ignacio de Antioquía, cuya Comunión recoge unas palabras pronunciadas por el Santo, poco antes de ser arrojado a los leones en el anfiteatro de Roma : «Trigo soy de Cristo ; seré molido por los dientes de las fieras para ser hecho pan limpio.» Así es también esta Comunión de la Misa de Navidad : «En resplandores de santidad, antes del lucero del alba, de mi seno te engendré.» Alguna vez, sin embargo, la antífona de la Comunión sigue aludiendo al acto durante el cual se canta. Lo vemos en esta del tercer domingo de Cuaresma : «El pájaro halló morada, y la tórtola, nido donde poner sus polluelos. ¡Tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío! Dichosos los que moran en tu casa, pues por los siglos de los siglos te alabarán.»

La Postcomunión

Falta todavía recoger en una oración final el pensamiento que va a quedar más fijo en el alma, en relación con la solemnidad del día, y esto lo hace la Postcomunión. La Postcomunión es como la rosa que cada uno cuelga a su pecho después de recorrer un espléndido jardín. Ella expresa el sentimiento de gratitud por el beneficio recibido, señala el fruto que de él se debe sacar y pide la fuerza para conservarlo vigoroso e intacto. «Te damos gracias, oh Padre—rezaban los cristianos de la era apostólica—, por la vida y el conocimiento que nos has revelado por Jesús, tu Hijo ; a Ti la gloria por todos los siglos. De la misma manera que este pan que hemos roto estaba derramado por las colinas y llegó a formar una misma porción, así se junte tu Iglesia, desde las extremidades del mundo, para tu reino ; a Ti la gloria y el poder por Jesucristo. Tú has creado todas las cosas a causa de tu Nombre ; Tú has dado el alimento y la bebida a los hombres para que gocen de ellos con agradecimiento, y a nosotros te has dignado darnos una bebida y una comida espiritual, y la vida eterna por tu servidor. Ante todo, te damos gracias, porque eres Poderoso ; a Ti la gloria por todos los siglos. Que la gracia llegue y que este mundo pase. ¡ Hosanna al Hijo de David ! Si alguno es santo, que venga ; si no lo es, que pida perdón. El Señor viene. Amén.»

Menos líricas, aunque no siempre menos inspiradas, las postcomuniones que nos ofrece el Misal son admirables por su concisión y por su profundidad.

Un gran pensamiento aparece con frecuencia formulado de una manera lapidaria. Pensamos en una medalla antigua, una áurea moneda que la Iglesia pone en nuestras manos para comprar devoción y alegría hora tras hora, hasta que llegue la Comunión del día siguiente.

Por su forma, estas oraciones nos recuerdan la Colecta y la Secreta : firme concisión, corte clásico, enseñanza teológica. Son romanas, naturalmente, sacadas casi siempre del Sacramentario gregoriano o del leonino, ayunas de lirismo y afectuosidades, ricas de doctrina. Su autor es desconocido. Anónimas, reflejan el sentir y el pensar del pueblo cristiano en cuyo nombre hablan. Cortas de palabras, prefieren dejarnos a nosotros la iniciativa en el fervor de nuestra devoción, y más particularmente de nuestra vida, para que no se pierda la eficacia del Sacrificio. Rezan y enseñan y en medio de un formulismo al parecer monótono, su enseñanza es riquísima y variadísima, y a la vez de una íntima belleza. Tres motivos las animan : la paz, la unidad, la caridad ; tres motivos que son los efectos producidos por el Sacramento en las almas de los comulgantes. Véase un ejemplo : «Danos que el curso del mundo sea dirigido pacíficamente para nosotros con tu ordenación, y que tu Iglesia se alegre con una devoción tranquila.» Con frecuencia se alude a la pureza de vida, que debe ser otro de los frutos de la sagrada Comunión. Así, en esta Postcomunión del sexto domingo después de Epifanía : «Alimentados, Señor, con celestiales delicias, te pedimos que siempre apetezcamos estos dones, por los cuales realmente vivimos.» O en esta otra, acaso más expresiva : «Habiendo recibido el Pan de los ángeles, concédenos, Señor, que vivamos de una manera angélica y que permanezcamos en una acción de gracias nunca interrumpida.»

Es maravillosa la riqueza que puede encontrar en estas antiguas fórmulas el cristiano que tiene la costumbre de usar el Misal. Tal vez al principio crea encontrar una corteza de aridez aparente, pero no tardará en descubrir un jugo doctrinal inagotable, con el cual podrá dar a su inteligencia y a su voluntad esos anhelos generosos de redención, de pureza y de amor, indicios auténticos de la devoción verdadera.

Dicha la Postcomunión, la Misa termina rápidamente.

El sacerdote vuelve al medio del altar, pronuncia el último saludo: *Dominus vobiscum,* y él o el diácono, en las misas solemnes, vuelto hacia el pueblo, anuncia a los fieles que ha terminado la sinopsis litúrgica, y los despide con estas pala-



Cristo dando la Comunión a los apóstoles (patena de Riha, Siria, siglo V).

bras: *Ite, missa est* («Retiraos; es la despedida»). Así hay que traducir, aunque se ha discutido mucho acerca de la etimología de esta palabra *missa,* equivalente, en realidad, a *missio* o *dimissio.* De todas maneras, sabemos que era ya empleada en tiempos remotos y que se había hecho general

en el siglo v, imitada acaso de la etiqueta imperial, pues en el palacio de Constantinopla, cuando el emperador daba por terminada una audiencia, el chambelán se acercaba al visitante, diciéndole : *Missa est* («Llegó la hora de despedirse»). Y fué precisamente esta palabra de mínima importancia la que sirvió desde muy pronto para designar toda la acción del santo Sacrificio.

La concurrencia se ha levantado, pero no sale todavía. Quiere recibir la bendición del sacerdote, costumbre usada ya en España durante el siglo VII, que se hizo general en toda la Iglesia desde el x. Después, una última lectura. La voz del diácono despidiendo al pueblo parece haber caído en el vacío. Es un pequeño contrasentido que tiene su razón de ser, y que nos recuerda la devoción que en la Edad Media se tenía a esa página fulgurante con que comienza el Evangelio de San Juan, a esas palabras sublimes que presentan a nuestra consideración el misterio insondable de la eterna generación del Verbo y el hecho adorable de su aparición en el mundo : «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Era la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.»

Los fieles no se cansaban de saborear el relato de la gran revelación, contenida en estas palabras de grandeza sobrehumana, que por otra parte debían tener un poder maravilloso para ahuyentar a los espíritus maléficos y defender al hombre contra cualquier peligro corporal. Encontradas por el Evangelista en lo más sublime de los cielos, la tierra podía ver en ellas un exorcismo incontrastable, una protección divina contra todas las potencias del mal. Ante ellas temblaba Satán, perdía el rayo su virulencia, huían las tempestades, se amortiguaban las dolencias y se desvanecían las tinieblas del alma y las melancolías del corazón. Al terminar la Misa, mientras la mayor parte salía del templo, los más

piadosos o los más desgraciados se acercaban al sacerdote, la madre llevando en los brazos al pequeñuelo desganado y doliente, el guerrero buscando defensa para la campaña que se avecinaba, el labrador pensando en la futura cosecha..., y allí, al pie del altar o a la puerta de la sacristía el sacerdote pronunciaba las grandes palabras del consuelo, las que hablaban de la luz y del amor, de la gracia y de la verdad. Y de esta manera, en los últimos tiempos de la Edad Media, el prólogo del Evangelio de San Juan quedó tan estrechamente unido a la liturgia de la Misa, que cuando, en el siglo XVI, Pío V hizo su reforma del Misal, impuso la obligación de leerlo.

Vemos que, a pesar de los cambios y añadiduras que se han hecho a través de los siglos, no hay detalle que no tenga una significación clara en este acto central del culto cristiano. A veces es difícil conocerla o comprenderla, pero existe. Los siglos han dado, tanto a las fórmulas como a los ritos, una rigidez hierática que no tenían en sus orígenes. Sin embargo, esencialmente, nuestra Misa es la misma que la que oía Santa Cecilia en las catacumbas de Lucila, o la que decía San Agustín en la basílica episcopal de Hipona. Muchos son los detalles añadidos a través de los siglos ; pero si San Fernando o Santo Domingo de Guzmán volviesen a aparecer en medio de nosotros, encontrarían en su misal todas las oraciones que antaño los consolaron, los llenaron de fuerza, los produjeron íntimas alegrías y los arrebataron en éxtasis de amor. El mismo San Gregorio Magno, que vivía en el siglo VI, apenas advertiría un cambio importante, ni en la primera ni en la segunda parte de la Misa.

«En la liturgia bizantina—dice el padre Alcocer—, después que el diácono ha pronunciado la fórmula de despedida, el sacerdote, al ir a retirarse, se vuelve hacia la imagen del Salvador que decora el cancel del santuario, y en breve oración le suplica "que llene de alegría, en toda oca-

sión, ahora y siempre'', ese vaso tan frágil que los hombres llevan en el pecho y que, ¡ay!, está de ordinario tan vacío.» Hay en esta súplica algo de aprensión, una adivinación de zozobras, un presentimiento de nostalgia. Y, veladamente, hay también una advertencia. Es como si en el momento en que todos los reunidos van a derramarse por las plazas del mundo, donde la vida no es siempre blanda ni generosa, al ver el sacerdote cómo los fieles vuelven presurosos a la inútil labor de escarbar pozos en la arena, les recordará, para las horas de tristeza, que allí, en el altar, mana perennemente, a flor de deseo, la verdadera fuente de aguas vivas. Un significado análogo tienen en el rito latino las palabras de la última bendición: «Que nos bendiga a todos el Dios omnipotente Padre, Hijo y Espíritu Santo.»

CAPITULO XLI

LA BELLEZA DE LOS GESTOS

Rápidamente, sin cargar excesivamente las páginas con lastre de datos históricos, y tratando de iluminar el camino que nos lleva a las recámaras de la verdad teológica, hemos ido desplegando a los ojos de nuestros lectores esa tela maravillosa que la santa Iglesia ha bordado a través de los siglos para engastar en ella el divino joyel con que la enriqueció su Esposo, la ofrenda soberana de sus altares. Todo allí es arte y doctrina, variedad y riqueza, idea y sentimiento, instrucción y consuelo. Los ojos se deleitan, la imaginación se enriquece, el espíritu se ilumina, la carne se rejuvenece, el alma cura de sus flaquezas y terrores y el hombre todo sacia sus apetitos de grandeza y endiosamiento. El paraíso queda como condensado en una palabra, la palabra de la Consagración; pero junto a la gloria del paraíso celeste, derraman su poesía todos los jardines de la tierra. Nada más íntimo y más suave, nada más divino y más humano, nada que tan vivamente despierte nuestro amor y que infunda en nuestros corazones un anhelo tan hondo de adoración y respeto. «El espíritu de adoración y de plegaria—dice el cardenal Gomá—no puede ser más amplio ni más profundo.»

Todo se concentra en torno al misterio del altar: la historia y la doctrina, el símbolo y la realidad, el cielo y la tierra, lo eterno y lo temporal. Ninguna cosa tan escondida ni tan lejana que la Iglesia no la tenga presente al rezar esa magnífica oración eucarística, al ofrecer su tremendo sacrifi-

cio. Piensa en la gloria de Dios, en la Pasión de Cristo, en el amor operante del Espíritu Santo; pide a los cielos los



Cáliz famoso de Anticquia (siglo IV).

ecos de los cantos angélicos; recoge todas las formas de belleza que han brotado en la tierra, para envolver en ellas su

homenaje al Creador; desciende misteriosamente a las profundidades del purgatorio; reclama en su ayuda los méritos de los santos; aviva, despierta, purifica y recoge todos los anhelos de perdón, de virtud, de paz y de heroísmo que pueden surgir en el corazón de los hombres, y, apoyándose en la bella doctrina de la comunión de los santos, extiende por todos los mundos donde se encuentran sus hijos una red invisible y misteriosa, a través de la cual se transmiten las gracias, las alegrías, los perdones, los recuerdos, las alabanzas, las luces, los consuelos; en una palabra, la vida divina que brota del altar.

Valor del gesto

Es el esplendor de la verdad en que veía Platón la esencia íntima de la belleza. La armonía se hermana milagrosamente con la variedad, la sublimidad va de la mano con la intimidad más amable. Una verdad divina ha engendrado una belleza sublime, propia para conmover al hombre, para transformarle, para levantarle, para unirle a Dios. Veinte siglos hace que viene prodigándole sus tesoros, deleitándole, instruyéndole, santificándole, y su virtualidad es la misma que el primer día. Todo en ella habla, todo tiene su sentido íntimo y su razón de ser. Lo tienen hasta los ritos mudos, que la distancia de los siglos parece haber revestido de una gravedad esotérica, privándolos de su frescura primitiva. En realidad, no son más que el lenguaje más espontáneo del gesto, que aparece dondequiera que hay una emoción hondamente sentida, y que se junta a la palabra para hacer una impresión más viva en el oyente. La Liturgia, que habla a las muchedumbres, no ha querido despreciar este poderoso elemento de la elocuencia popular; ha usado de él como ha usado de los símbolos.

Variedad y significado

El aire de convencionalismo y de mecanicismo que la costumbre ha dado a ciertas ceremonias nos impide ver todo el valor que tiene este lenguaje de las actitudes y los movimientos del cuerpo, de las manos o del rostro. Las fórmulas más expresivas, los ritos más importantes, van acompañados de un gesto que sirve para subrayarlos y valorizarlos. Cuando, al principio de la Misa, el sacerdote se detiene ante las gradas del altar, inclinándose profundamente, es que el sentimiento de la penitencia le induce a confesar sus pecados; cuando, antes de rezar la Colecta, se dirige hacia el pueblo y extiende los brazos, es que quiere recoger su atención para que rece con él; cuando traza la señal de la cruz, signo de bendición, sobre el incienso, es porque con sus palabras pide al Señor que fecunde su bendición desde el cielo, y cuando, poco después, levanta el incensario hacia el altar, el movimiento de la diestra no es más que la traducción dramática de lo que dice la boca: «Que este incienso suba hacia Ti, oh Señor.»

Una y otra vez hace el signo de la cruz sobre sí mismo, sobre el vino, sobre el pan. Es el gesto más elocuente, el más frecuente y el más popular de la Liturgia; gesto de santificación, de purificación, de consagración a Dios, que, al decir de Tertuliano, los discípulos de Jesús repetían ya, desde los primeros siglos, casi a cada momento, al levantarse, al vestirse, al salir de las casas, al entrar, al dirigirse al baño, al sentarse a la mesa, al encender la luz. «Con el signo de la cruz—dice San Agustín—se consagra el Cuerpo del Señor, se santifican las fuentes bautismales, son iniciados los sacerdotes y demás ministros del altar; toda santificación y consagración se realiza por este signo de la cruz, con la invocación del nombre de Cristo.»

Los colores mismos tienen su significación precisa: el negro habla de dolor; el violáceo invita a la penitencia; el rojo designa la sangre de los mártires: el blanco es signo de la pureza y la alegría, y el verde nos recuerda el florecimiento de la vida divina y la esperanza de la inmortalidad. Y si los vestidos sacerdotales no son más que una transformación de la vieja indumentaria romana, también a ellos alcanza el simbolismo, considerándolos como recuerdos de la Pasión de Cristo o como figuras de las virtudes cristianas, que debe llevar el sacerdote al altar.

La oración del gesto

Así entendidos, todos los detalles de la liturgia de la Misa se convierten en una oración. Lo que nos parecía a primera vista una pura mecánica, se nos presenta rebosante de vida y de belleza, y nos convencemos de que, aun desde el punto de vista puramente humano, la Misa es una obra maestra de poesía y de pensamiento, una creación maravillosa, mitad lírica y mitad dramática; el espectáculo más emocionante para nuestro corazón, más instructivo para nuestra inteligencia y más sorprendente para nuestros sentidos. Los mismos textos, aun desprovistos del aparato exterior—majestad arquitectónica, elegancia del ropaje, ritmos del canto, acordes del órgano, gracia de los movimientos, conjunto decorativo—tienen tan extraordinario hechizo, que ante ellos vacilaban los entusiasmos paganos del impío Renán: «He aquí—dice en la *Oración de la Acrópolis*—que, cuando recuerdo aquellas fórmulas—las que arrullaron los años de mi infancia cristiana—, mi corazón se derrite y me hago casi un apóstata. Tú no puedes figurarte—añadía, dirigiéndose a la diosa del paganismo—el encanto que la magia de esos bárba-

ros ha puesto en sus versos y cómo me cuesta, al pensar en ellos, seguir la razón desnuda.»

Ya en el siglo II, con su mirada de pensador, Tertuliano describía este aspecto estético de la religión de Cristo, cuando, dirigiéndose a sus correligionarios, les decía, para apartarlos de los juegos del circo: «Tenéis espectáculos santos, perpetuos, gratuitos. Buscad en ellos las diversiones que otros encuentran en el anfiteatro, mirad el correr de los siglos, medid los espacios, contemplad al que toca la última meta, defended las sociedades de las iglesias, resucitad al signo de Dios, levantaos a la voz del ángel, glorificad la palma del martirio. Si amáis los juegos escénicos, tenemos también literatura, tenemos poesía, sentencias, salmos y canciones. No hay fábulas, ciertamente, pero hay realidades; no hay estrofas, sino palabras sencillas.»

Lo mismo podemos decir nosotros y con mayores motivos, porque el culto se ha embellecido, se ha ampliado, se ha enriquecido con lo mejor de todas las artes. ¿Qué son los dramas más estupendos que diariamente se representan en nuestros teatros, comparados con el drama divino que se desarrolla en el altar? Un drama en el cual se encierra toda la historia humana: el pecado del hombre, Dios irritado sobre el mundo, el dolor del alma arrepentida, el sacrificio propiciatorio que aplaca la cólera divina, y el hombre que, unido nuevamente a Dios, recobra la realeza perdida. Es cierto que nuestras miradas nunca deben detenerse en la belleza pura; pero esa misma belleza es un testimonio de la verdad: *Pulchrum splendor veri.*

El verdadero milagro

La belleza es el esplendor de la verdad. Esto se realiza de una manera perfecta en la Misa. La belleza le viene de la conjunción de todos los elementos creadores de hermosura

que han inventado los hombres; la verdad le viene de la institución misma de Dios. No podría darse un acto más sublime, que más consuele al hombre, que más le ennoblezca, que más le divinice. Vamos a Misa para dos cosas: para dar gloria a Dios por medio de Cristo y para santificarnos por medio de la unión cada vez más estrecha con Dios. Esa gloria que a Dios se da en el Sacrificio va acompañada de un ofrecimiento que hace el adorador, el sacrificador, de cuanto es y cuanto tiene. Ahora bien: ese ofrecimiento tiene en la Misa una dimensión prodigiosa.

Son muchos los cristianos que cada mañana hacen a Dios el ofrecimiento de obras, incluyendo en él los pensamientos de su inteligencia, las palabras de su boca, los anhelos de su voluntad, sus pasos, sus miradas, sus tareas, todas sus acciones. Es ésta una hermosa costumbre que los maestros de la vida espiritual no se cansan de recomendar; pero hay en ella ciertas deficiencias que la limitan, quitándole grandiosidad y merecimiento. Es una cosa privada y puramente interna, un acto individual que pudiera realizar cualquier hombre, aunque no fuese católico.

Supongamos ahora que una gran multitud de individuos, acostumbrados a hacer este acto, se reúnen para hacerlo en común; supongamos que una buena mañana se reúnen en un campo espacioso, en una plaza, en un estadio, y que cuando el sol aparece en el horizonte, hacen juntos y en alta voz ese ofrecimiento. ¡Qué grandeza no tendrá entonces esa oración! ¡Cuánto más grata será a Dios! Es la magnificencia de un acto exterior y público; es la palpitación de un millar de corazones unidos para ofrecer su vida al Dios que les da la vida; un ofrecimiento solemne con que el Creador es más altamente glorificado que con una simple oración individual o un afecto interior. Y, no obstante, sigue siendo un acto puramente humano. ¿Quién dice a esa multitud que Dios acepta su ofrenda, tan manchada de imperfecciones y

pecados? ¿No hay acaso un abismo infinito entre ella y la perfección increada?

Hagamos una suposición más. Imaginemos que, por un milagro, Dios se hace hombre y vive en medio de los hombres; que se reúne con ellos en esa mañana radiante, actuando de mediador, haciendo de la oración de los hombres su propia oración; que en sus palabras y en los anhelos de su corazón reúne todo el amor de los hombres y sus anhelos, y su honor y su devoción, y su obediencia y sus propósitos, y sus esperanzas y sus tristezas, y sus resoluciones, su memoria y su inteligencia, su fe y su perdón y su reverencia; supongamos que El se convierte para ellos en sacerdote y ellos en pueblo suyo, y que juntos ofrecen a Dios todas estas cosas; más todavía: imaginémonos que El los ofrece a ellos mismos en unión, con una tremenda y gloriosa ofrenda que El hizo de Sí mismo una vez sobre una cruz, una ofrenda sacrificial que salvó a ese pueblo de la muerte y le sublimó a las regiones de una vida sin fin. Esta sería la oración perfecta: una oración común, pública, externa; y una oración sobre todo divina, en que se tiene la seguridad de que se ha colmado el abismo que existía entre el cielo y la tierra.

Todas estas condiciones se cumplen en el sacrificio de la Misa, en ese ofrecimiento de cada mañana que reúne en torno a Cristo, Sacerdote eterno, no un grupo más o menos numeroso, sino la muchedumbre toda de vidas humanas que alientan en la tierra. Por él se ofrece al Padre el homenaje de todos los siglos, desde el momento en que El vino a iluminar con su presencia nuestra pobre tierra.

NOTAS BIO-BIBLIOGRAFICAS
SOBRE
FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL, O. S. B.

ESTUDIO BIO-BIBLIOGRAFICO

POR

MIGUEL CASTAÑER, PBRO., OBLATO DE SILOS

(ANTONIO MAYOL DE ROMANI)

I. LA CUNA

Fray Justo viene del Norte: del Valle de Pas, aunque para hablar con toda precisión, si su señor padre era de ese Valle, él nació en Pedrosa de Río Urbel, Ayuntamiento de la provincia de Burgos, en 1895.

Precisamente, por acuerdo unánime del Ayuntamiento de la Villa, se rindió, el 20 de octubre de 1946, a fray Justo un merecido homenaje en su pueblo natal, que la humildad y la ninguna apetencia de honores del ejemplar benedictino no pudieron impedir. Honraron la fiesta representantes de los excelentísimos señores ministros de Educación Nacional y del Aire; el reverendísimo padre Abad de Silos; los señores gobernador, alcalde y presidente de la Diputación, de Burgos; la señorita Pilar Primo de Rivera, y en la iglesia parroquial ocupó sitial de honor la anciana madre del homenajeado, doña Francisca Santiago. El cura párroco del pueblo, don León Vicario—alma del homenaje—, pronunció un discurso desde el balcón de la casa en que nació el padre Urbel; luego se procedió a la dedicación de una calle y descubrimiento de una lápida en la Escuela municipal, con esta inscripción:

«Bien haya este lugar, que al dulce idioma
de mis padres me dió el amor primero,
para con él servir a Dios y a España
y hacer ilustre el nombre de mi pueblo.»

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL.

Este doble origen nos explica el enigma de aquellos versos estampados al frente de un libro suyo:

Mi alma: a veces la veo
cual moneda que en armario,
luciente de su museo
guarda piadoso anticuario.
El anverso una figura
de guerrero en brava lid,
con escudo y armadura
cual nuestro señor el Cid.
Al reverso: un montañés
a su solana asomado,
un verde prado a los pies,
vacas pintas en el prado, etc.,

El Valle de Pas, recluso en las entrañas de la geografía cántabra, valle de pasturajes e invernales, de breñas y bosques, permanece limpio de contaminaciones; conserva su virginidad huraña y su montaracía intacta. La vida se simplifica hasta adquirir formas elementales y hechizo de rusticidad primitiva. Fray Justo ha cantado la vida y las costumbres del Valle de Pas en un *Cancionero Pasiego* (Silos, 1933), a que hace un momento nos hemos referido, que es una joya, y evoca, a lo Pereda, los paisajes, los días y las obras del país de sus abuelos.

«Un aire bonancible de predestinación—escribe el padre Félix García (1)—, le llevó a anclar la nave de su alma en el Monasterio de Silos, esa gran ensenada, abierta como un paréntesis de recogimiento en la paramera castellana.»

«¡Oh, bello claustro de Silos! Yo lo conozco desde mi infancia —escribe Fray Justo (2)—; viejo maestro, ¡cuántas cosas me ha enseñado! Dios me transportó a él como una madre que coge en brazos a su niño dormido y de una cuna le traslada a otra cuna; yo me sentí tan bien en la mía, que no puedo creer que haya lecho más mullido en el mundo.»

Silos conserva su pasado, protegido por la sombra de Santo Domingo. Es un pasado largo y glorioso. Antiguas tradiciones aseguran que existía desde el tiempo de los primeros Reyes Católicos de Toledo, y que uno de ellos fué su fundador. Luego vienen los tiempos del dominio feudal de la Abadía hasta que termina la Edad Media, que llenó el Monasterio de magnificencias artísticas. Después empieza una era de recogimiento, más silenciosa, más monástica, hasta que llega la guerra de la Independencia y luego la exclaustración de 1835. Durante cuarenta años los claustros permanecen desiertos. La vida parecía extinguida para siempre; hasta que en 1880 los monjes de Solesmes inician una nueva restauración .(1).

Después de trece siglos, la gran Abadía sigue en pie, oculta en su estrecho valle que parece replegarse con pertinacia para huir de los ruidos mundanos. La separan de Burgos 57 kilómetros.

«El paisaje es hosco y fuerte—escribe fray Justo en el prólogo al *Claustro de Silos*—, un paisaje que bruñe el alma y la invita a reconcentrarse. Un río pequeño cruza el estrecho valle. A uno y otro lado, montes altísimos, montes grises, cárdenos, rocosos, desnudos, o cubiertos, a lo más, de menudos esquenos, de enebros raquíticos, o de alguna añosa encina, que se agarra obstinada a las peñas. Sin embargo, entre los lanchares, crecen hierbas muy finas, casi microscópicas, y de sus jugos sacan las abejas la miel más exquisita de España. Esto es un presagio. Bajo la corteza negra y amarga se esconden dulzuras de mieles. El fenómeno del paisaje se repite en el Monasterio.

»Los que han vivido largo tiempo en esos claustros, y los han atra-

---

(1) *Religión y Cultura*. Abril, 1934. *A través de almas y libros* (Barcelona, 1935)

(2) *Semblanzas benedictinas*. T. III.

(1) Vide: *El Real Monasterio de Santo Domingo de Silos*.—P. Luciano Serrano, O. S. B. (Burgos).
Los benedictinos españoles en el siglo XIX.—Lázaro Seco (Burgos, 1931).
El Monasterio de Silos.—S. Magariños (Madrid).
Monasterios de España.—S. de Robles (Barcelona, 1934).

vesado todos los días para ir a Maitines, cuando las sombras se cobijan todavía bajo sus arcadas, y han meditado envueltos en la atmósfera de su místico silencio, saben que de esos capiteles y de esas esculturas se desprende algo más puro y sutil que el más alto placer artístico, algo que se mete en el alma deleitosamente. y la nutre de confianza y de dulzura, y la alegra y la ilumina y la llena de valor.»

II. INICIACION EN LA VIDA RELIGIOSA Y LITERARIA

El padre Urbel abrazó la vida benedictina en 1911, emitiendo los votos religiosos el 8 de diciembre de 1912, y en 1918 recibió la ordenación sacerdotal.

Siendo aún estudiante de teología, se le confió la formación intelectual de la juventud silense; desde 1915 hasta 1925 fué, sucesivamente, profesor del curso superior de humanidades, filosofía, apologética, patrística e historia eclesiástica. Estos mismos años los dedicó a su formación intelectual, que es tan extensa como profunda.

En poco tiempo llegó a leer corrientemente el inglés, alemán, árabe y hebreo y otros idiomas modernos.

Respondiendo hace poco a una encuesta que le propuso *La Estafeta Literaria*, redactada en estos términos: «¿Cómo, cuándo y por qué comenzó a dedicarse a la literatura?», decía el padre Urbel:

«¿Cuándo? Cuando pude. En el claustro ha sido siempre mal mirado dedicarse a escribir mientras se estudian las Humanidades, la Filosofía y la Teología. El que no ha terminado la carrera. no tiene nada que decir. No obstante, siendo pequeño todavía, parecíame que la mayor alegría de este mundo debía ser escribir un libro que mereciese la alabanza de todos; y ya entonces, a los doce o catorce años. me apenaba ver que no acertaba a hacer versos latinos y castellanos como alguno de mis compañeros. Al terminar la carrera sacerdotal—veinticuatro años—, cogí la pluma y no he vuelto a dejarla todavía.

»¿Cómo? Como Dios me dió a entender. No me guió nadie, ni me ayudó nadie. Un curso superficial de Retórica que hice no me había servido para nada. Hacía versos imitando lo que leía. Al principio, siguiendo a Zorrilla y Bécquer. Cuando conocí a Machado y Rubén Darío, combió completamente mi concepto de la poesía, y por una especie de pudor, empecé a hacer menos versos y me dediqué a la Historia, poéticamente entendida.

»¿Por qué? Porque había que llenar las siete horas que en los monasterios benedictinos deben dedicarse al trabajo; porque había que embellecer la vida; porque era necesario obedecer a los superiores y a los editores; porque la pluma me parecía el instrumento que Dios ponía a mi disposición para servir a mis tres grandes amores: la Iglesia, la Orden y la Patria; y, sobre todo, porque me salía de dentro.»

Hacia 1918 hizo sus primeros ensayos como escritor en el *Boletín de Santo Domingo de Silos*, fundado en 1898 por los hermanos don Eduardo y don Francisco Buchot, y poco después en la *Revista Eclesiástica*, órgano del Clero español, adquirido por la Comunidad silense en 1907, de la que ha sido el principal redactor durante largos años. Desde el primer momento se mostró como un escritor correcto, lleno

de amenidad y de ciencia. Los centenares de libros por él reseñados le han puesto en contacto directo con los mejores autores nacionales y extranjeros. En sus críticas literarias, el padre Urbel ha tenido ocasión de manifestar las múltiples facetas de su espíritu.

También sus *Amenidades catequísticas* constituyen un completo y hermosísimo florilegio del sentir de los grandes pensadores acerca de los problemas de la religión y de la vida.

Sus artículos literarios han culminado en semblanzas como los de Osio, San Efrén, San Jerónimo, San Benito, Belarmino, fray Luis de León, Arias Montano, Manjón, etc., con las que podría formarse un volumen de estas grandes figuras de la Iglesia semejante a sus célebres *Semblanzas benedictinas*.

En el *Boletín de la Academia de la Historia* ha publicado diversos trabajos acerca de problemas históricos. Ha colaborado en la revista francesa *Christ-Roi* y en el *Dictionaire d'Histoire et Géographie Ecclesiastique* (París). Colaboró en *El Debate*, con notables artículos litúrgicos y hagiográficos, y en *La Epoca*, en su «Hoja Literaria del Domingo», donde ha publicado multitud de artículos de crítica, llenos de erudición y amenidad, al lado de otros de carácter histórico.

Son innumerables las revistas y periódicos donde han aparecido trabajos suyos, en prosa y en verso, de historia, de literatura, de arte, de liturgia y de investigación.

Desde 1938, el padre Urbel, obedeciendo a las órdenes de sus superiores y a la insinuación del Gobierno del general Franco, se encarga de la Dirección de las revistas infantiles *Flechas y Pelayos* y *Maravillas*, donde, entre otros trabajos, ha publicado una serie de biografías que llevan el título de «Héroes de la Patria».

Orador y conferenciante eminente, ha dado diversas series de conferencias litúrgicas en Bilbao (1929, 1930, 1931, 1932), en Gibraltar (1930), en Madrid (1930), publicadas en la colección *La predicación contemporánea* (Madrid ,1932); en la Sorbona de París (1934 y 1935), en Grenoble (1935), en Portugal (1939), en Palma de Mallorca (1941), etc.

Durante la guerra de la Cruzada, el padre Urbel ostentaba la estrella de alférez, por sus trabajos en pro del Movimiento y por su acendrado patriotismo. Desde entonces es asesor religioso nacional de la Falange Femenina y ostenta los cargos de procurador en Cortes y consejero nacional de Falange, puesto en los que su influencia y su prestigio han obtenido la concordia y la armonía entre los distintos pareceres en materias que afectaban más o menos a las prerrogativas de la Iglesia y al bien de la Religión.

El padre Urbel es, desde el año 1935, académico de Ciencias Morales y Políticas, y es también miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el Instituto Jerónimo Zurita, y posee, entre otras condecoraciones, la Encomienda de Isabel la Católica y la Gran Cruz de Alfonso el Sabio.

Y en el Monasterio es el monje que desahoga el misticismo de su alma en el cultivo de la música gregoriana. En medio de su ir y venir de conferenciante y de hombre de acción, no puede olvidar los años de Silos, en que era el segundo cantor de esas divinas melodías uno de los más ricos legados de la Edad Media, y que hacen aflorar a los la-

bios las profundas reacciones de nuestro espíritu ante los motivos religiosos, en el transcurso de la corona de festividades que nos depara la benignidad del Señor durante el año.

III. OPERA OMNIA Y SU CRITICA

Fray Justo Pérez de Urbel es uno de los escritores españoles contemporáneos más leídos. Sus maravillosas cualidades de narrador; sus versos impregnados del ambiente del Monasterio; sus obras de erudición y sus artículos de investigación y crítica, de resonancia europea; sus divulgaciones hagiográficas en libros y periódicos, han hallado un amplio eco en distintas clases de lectores, como iremos viendo en las notas bibliográficas que a continuación ordenaremos, subdividiendo su producción por materias y ordenándola por años.

a) Poesía

Fray Justo es radicalmente poeta. Comenzó a publicar versos en el ya citado *Boletín de Santo Domingo de Silos*. En 1921 llamó poderosamente la atención su romance *El Cid en Silos*; pero la poesía que le ha consagrado como verdadero poeta es la titulada *El ciprés del claustro*, publicada primero en *A B C* y que ha recorrido toda España y América en diversas ediciones. «Es una joya lírica que pasará a las antologías», ha dicho Félix García; y este anuncio se ha cumplido. Las sencillas emociones de la vida claustral están reflejadas en su primer libro de poesía *In terra pax* (Silos, 1929), en versos cristalinos, de una gran fuerza musical. «Este poeta—dice un crítico—posee el sentido moderno del verso; sus imágenes, vivas y transparentes, son flores frescas en altares centenarios.» Ultimamente (1947) se ha publicado la cuarta edición.

En 1932 salió a luz en Burgos el segundo libro de versos de fray Justo *El Salterio de la Virgen* (segunda edición, dirigida por A. Mayol de Romaní. Palma de Mallorca, 1942). Al fin de la obra, como apéndice, es donde publicamos el estudio bibliográfico completo, hasta la fecha, de las obras del padre Pérez de Urbel, que nos ha servido para la composición del presente, aunque notablemente reformado. En el *Salterio de la Virgen*, el padre Urbel canta los gozos y dolores de Nuestra Señora en versos muy inspirados y devotos que suenan a salmodia litúrgica y a requiebro de enamorado.

El *Cancionero Pasiego* (Santo Domingo de Silos, 1933) es la ofrenda lírica del poeta a su valle natal. Las costumbres patriarcales, el ambiente, el paisaje de ese reducto montañés estaban vistos con pupila fiel y reflejados con sugestiva gracia. La joya del volumen—según el padre Félix García—es el poema *Neluco*, el poema narrativo en que el autor madrigaliza los amores del protagonista y de Rosuca sobre el fondo de égloga del paisaje, en que reviven con toda su pureza las costumbres locales. En este poema hay acentos auténticamente mistralianos y logros de expresión como no había alcanzado desde el salmo del ciprés.

* * *

La nota distintiva de fray Justo es la espontaneidad. El verso brota ágil y fresco de su pluma. El verso parece su lenguaje habitual, por el dominio que ha logrado en el manejo de la estrofa. Cultiva con preferencia el verso de cuaderna vía, el alejandrino, de gregoriana cadencia; el parsimonioso y grave alejandrino, que tan bien se presta a la descripción y a las efusiones místicas. Es el metro en que Verlaine y Francis James, el arcipreste de Hita y Gonzalo de Berceo, Valle Inclán y Antonio Machado, han escrito sus mejores poemas. Su inspiración, fecunda y original, ungida de sentimiento cristiano se nos presenta con vistoso ropaje moderno.

b) Liturgia

La divina alabanza forma parte de la virtud de justicia: Dios tiene derecho a ser alabado. Las obras divinas nos revelan constantemente grandezas escondidas. El Universo, con todas sus bellezas, los acontecimientos de la Historia, las circunstancias de nuestra vida; todo es motivo de divina alabanza para el monje.

La sagrada liturgia está enriquecida con las gracias y con la paz de Cristo. La grandeza de la Oración litúrgica—la oración oficial de la Iglesia, y por eso sólo estimable—le viene de que está unida al sacerdocio de Jesucristo y al sacrificio del Altar.

Nuestro divino Salvador es, además, el objeto de todo el ciclo del año litúrgico. Podríamos decir que se produce un rendimiento anual de gracias con la celebración de sus misterios y nos apropiamos los frutos espirituales que de la celebración de cada festividad se desprenden. Las festividades de la Santísima Virgen y de los santos evocan un poder de irradiación propio de cada una de ellas. Su santidad ilumina; su ejemplo es una energía que hace germinar las virtudes sobrenaturales.

La liturgia tiene, pues, un espléndido valor educativo dogmático, estético y moral.

La oración litúrgica es elemento principal de la vida del monje, la gran obra de la Abadía—*Opus Dei*, de San Benito—; resultando así la Abadía una escuela perfecta del «divino servicio» (Santa Regla). El monje, cuya vida debe ser enteramente sobrenatural, habrá de vivir constantemente del espíritu de fe y de oración, que es la atmósfera ordinaria en la cual se desarrolla el germen de la santidad.

Hay que tener también muy presente que la vida en la paz del claustro no es la inacción; es, al contrario, la acción perfectamente desarrollada, sin desorden ni agitación, como muy bien expone el padre Rojo del Pozo. Mas para que el trabajo tenga toda su eficacia no solamente se requiere orden y método, sino organización. A este respecto, el trabajo benedictino «tiene, sobre todo, la inmensa ventaja del trabajo en común, que pone entre las manos del hombre de talento fuerzas extraordinarias». Cada Abadía es una escuela, en el sentido elevado de la palabra, que, por los conocimientos de sus miembros el valor y el número de sus publicaciones, puede tener sobre el movimiento intelectual de una época una influencia considerable» (1).

(1) *La Vida en la Paz del Claustro*.—Madrid, 1946.

La forma de trabajo más frecuente entre los monjes de coro, en nuestros días, es el estudio de las letras. «Después que la Iglesia elevó la Orden benedictina, formada casi toda ella en sus principios por hermanos legos o conversos, al estado y dignidad sacerdotal—dice el padre Agustín Rojo en la obra citada—, el primer trabajo del monje debe tener por objeto el estudio de las ciencias sagradas.»

La Orden benedictina no tiene especialización propiamente dicha; todo lo que tiende al sumo Bien, a la suma Belleza y a la suma Verdad, encuentra cabida en ella.

Puede decirse que la obra del padre Urbel se polariza hacia dos amplias secciones literarias, que se descomponen en múltiples facetas: Liturgia e Historia.

Se abre esta sección, bajo el epígrafe de *Liturgia*, con el *Origen de los himnos mozárabes* (Burdeos, 1926), trabajo puramente científico y de gran trascendencia para la Liturgia española. Sobre ese aspecto de la ciencia litúrgica, que los benedictinos de Silos han estudiado con cariño y ahinco, publicando estudios meritísimos que versaban sobre el mismo, saca a luz el padre Urbel, en Santander (1931), *La Misa mozárabe*.

El *Itinerario litúrgico* (Madrid, 1939) guarda las características de esa pluma ágil y brillante, emotiva y evocadora. Los caminos no están trazados en el mapa, sino indicados con estrellas desde la altura. «Tiene la imprecisa ruta de un parpadeo de astros que en sus órbitas se revuelven seguros y rítmicos—ha escrito Vicente Franco—, pero cuyos destellos tiemblan a los ojos extáticos del caminante que por su luz se guía.» Aunque se nos llame la atención sobre bellezas particulares, lo primero, lo que predomina, es la visión de conjunto, la magnífica variedad y armonía de pensamientos y lecciones. Es un guía para recorrer con conocimiento y provecho las diversas festividades del año.

Las almas piadosas sentirán con su lectura acrecentado su fervor; las distraídas y apartadas de la religión práctica descubrirán ignorados panoramas de hermosura perenne que les servirá de pórtico para entrar en el pleno y verdadero conocimiento de Dios, de Cristo y de su Iglesia, de la Gracia y de las fuentes de la Gracia: los Sacramentos.

Lo anterior podría aplicarse con más motivo al *Misal, devocionario y ritual* (Barcelona, 1943), que publicaran los padres Urbel y Díez. Es un «misal para los fieles» que lleva el sello de lo hispánico, con vislumbres, hasta en la parte tipográfica, de aquel sentimiento que informaba las producciones de las antiguas escuelas españolas de arte religioso, de que tan bellas muestras quedan en los archivos silenses; de aquel arte visigótico y mozárabe, interpretado en la parte artística por sensibilidades modernas. Hace tan sólo un año apareció la segunda edición.

Finalmente, publica en Madrid (1947) *La doctrina cristiana en los Evangelios y fiestas del año;* desarrollando ese tema sugestivo, que evoca en el transcurso del año el sentir de nuestros mayores en la Fe y, por ende, los sentimientos que debemos experimentar nosotros, e indica cuál debe ser nuestra reacción como cristianos ante los problemas de la vida y de la muerte.

Completa esta sección la edición crítica del *Liber Commicus* de la Liturgia mozárabe, precedida de un largo y concienzudo estudio, obra de investigación paciente, que, escrita por el padre Urbel, con la ayuda de su discípulo Atilano González y Ruiz Zorrilla, mereció el premio Antonio de Nebrija, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de 1946, y está actualmente en curso de publicación.

c) Hagiografía

A principios de 1928 el padre Urbel consiguió un resonante triunfo literario con su obra *San Eulogio de Córdoba*, a la que se adjudicó por unanimidad el premio de 5.000 pesetas en el concurso organizado por la Editorial Voluntad para premiar la mejor vida de algún santo español. *San Eulogio de Córdoba* constituye una de las obras maestras de nuestro autor: en ella ha hermanado en un conjunto admirable sus cualidades literarias de poeta, historiador y crítico. Forma un cuadro completo y vivísimo de toda la época mozárabe. Sus profundos conocimientos del árabe le han permitido presentarnos, al lado de la gran figura española de San Eulogio y sus amigos, los escritores y sabios musulmanes con quienes tuvo que batallar el santo. Acerca de este libro ha dicho el padre Félix García: «En el campo de la hagiografía es donde (el autor) ha producido los frutos más copiosos y más en sazón. Aquellas inolvidables *Semblanzas benedictinas*, tan bien labradas, y aquel *San Euogio de Córdoba*, no se parecían a las vidas de santos, que, por lo general, solían escribirse según un módulo desusado y con poca entonación literaria; delataban una perfilada vocación de hagiógrafos bien provistos de erudición y de saber, con gran habilidad para hacer revivir figuras y paisajes antiguos, y con una pluma lozana y no tasada.» Podemos rastrear algo de las afinidades electivas del monje de Silos para tratar ese tema por aquellas palabras suyas: «Hace algunos años que estudiaba yo aquellos siglos remotos, los primeros en que afincó la curiosidad de mi espíritu, cuando estaba terminando los estudios de la escuela. Después, otras tareas me alejaron de aquellos entusiasmos de adolescente; pero desde que hojeé por vez primera la vida y los escritos del gran maestro de la mozarabía, era yo su admirador emocionado.»

«También aquí, en este rincón de Castilla—la Castilla que estaba naciendo cuando él murió, como si hubiera transfundido en ella su aliento—, desde esta pobre celda de la vieja abadía de Silos, que era ya vieja cuando él vivía, a través de la amplia ventana, por donde se asoma una parra cargada de blancos racimos, se ve el gran huerto monacal, con sus tilos y sus manzanos, sus tablares y sus paseos, y sus cuadros de fresas y alubias, y en el fondo la alta tapia vestida de hiedra, dónde canta un ruiseñor, y algo más lejos la montaña abrupta y pelada, de faldas grisáceas y cenicientas, de cumbres matizadas de violeta, que el sol tiñe en estos instantes con tonos dorados y sangrientos.»

«Suena la campana de la portería, y poco después llama a la puerta de mi celda el hermano portero. Huéspedes de la Abadía, peregrinos de Santo Domingo... Así llegó un día san Eulogio a las puertas de

los Monasterios navarros. Hay que enseñar el claustro a los recién venidos, acompañarlos a través del museo y archivos, hablarles de las joyas preciosas, de los venerables recuerdos. Pero este claustro maravilloso es el viejo claustro románico, decorado con motivos árabes, persas, orientales; los versos que se leen en sus paredes son como los que hacían Alvaro y Eulogio; las joyas del archivo podrían haber estado lo mismo en la iglesia de San Zoilo: arquetas milenarias, donde se guardaban las reliquias de Santos; figuras bizantinas y esmaltes finísimos de Oriente, libros visigóticos y mozárabes, códices antiguos que los escribas castellanos copiaban al mismo tiempo que Eulogio y Alvaro copiaban los suyos en la residencia fastuosa de los sultanes, con la misma letra, con las mismas iniciales, con las mismas miniaturas; bellos vasos litúrgicos de orfebrería mora: el profundo cáliz ministerial, la gran patena, en que se ven los ocho lóbulos donde el sacerdote mozárabe colocaba las partículas en que dividía el Cuerpo de Cristo; la paloma eucarística, que guardaba el sacramento del amor... Sigo en plena Edad Media, en un puro ambiente de orientalismo y de mozarabismo: cuando al fin puedo volver a mi sillón frailero, continúo sin esfuerzo la frase interrumpida, o abro nuevamente el *Apologético*, el *Indículo Luminoso*, el *Memorial de los Mártires*.»

De esta obra *San Eulogio de Córdoba* existe una traducción inglesa con el título de *A Saint under moslem Rule* (The Bruce Publishing Company, Milwankee, 1937).

Siguen en orden cronológico tres deliciosas biografías, publicadas en la colección «Flores y Frutos de Santidad»: *San Tarsicio* (Barcelona, 1931), *Santo Dominguito del Val* (Barcelona, 1932) y *San Benito* (Barcelona, 1933). De breve extensión, editadas con profusión de artísticos dibujos, estas bellísimas monografías se recuerdan con placer una vez leídas.

* * *

Si alguien había en España capacitado para escribir el *Año cristiano*, cuya falta se notaba en los hogares cristianos, en sentir del eminente crítico agustino ya citado, era el padre Urbel. A fines de 1933 comenzó, en efecto, con la publicación del tomo IV—para acomodarse al trimestre en que se inició su publicación—la obra a que puso el fabuloso y prestigioso título de *Año cristiano* (cinco volúmenes; varias ediciones).

En poco más de dos años dió el padre Urbel una obra de gran empeño, de gran novedad, de profunda piedad, de sólida erudición, literaria y amena como pocas, que destila suave emoción junto con solidez ascética e histórica. Parece que nada faltase; la edición es de un cuño artístico muy interesante por su decoración románica. La gracia del lenguaje oculta para los incautos la profundidad de la investigación, pero una observación sagaz puede descubrir en cada una de esas biografías largas horas de estudio en los infolios de los Bolandos, en la Patrología de Migne y en otras colecciones por el estilo.

Forman la obra cuatro tomos, que en una prosa aérea como una melodía y rigurosa como una estrella nos presentan las fiestas de los Santos y las solemnidades que en el curso del año acaecen siempre en

el mismo día, completados con el tomo V para las domínicas y fiestas movibles, más un Santoral o martirologio enriquecido con un índice alfabético. A través de toda la obra nos va guiando con esa suavidad y dulzura que destilan de la pluma del monje benedictino.

Sin claudicar en cuanto a los principios clásicos que han de informar una obra de tal índole, sin bajar del nivel que debe a su propio renombre, el autor ha sabido adaptar la materia a las exigencias y gustos del lector moderno. Con rica variedad de colores y matices pone a la vista del público que los Santos no son iguales, que por muchos caminos y en las más diversas circunstancias se puede llegar a la perfección siguiendo las huellas de los Santos y de su Santificador, Cristo Jesús.

«Vida de Dios es la santidad—escribió el cardenal Gomá—, y esta vida, simple y única, por don gracioso de Dios se ha comunicado, según su misma naturaleza, a las criaturas de Dios dotadas de inteligencia y libertad. El Verbo de Dios, origen de toda semejanza sobrenatural con Dios, "en el cual está la vida de Dios" es el que nutre la vida divina de los Santos, desde los altísimos querubines, que tienen en El el Pan de inteligencia y de amor, hasta el pobre labriego y el débil niño que, como todo hombre, reciben la vida de Dios por el Verbo humanado. Como el Verbo de Dios "en su forma de Dios" es el Pan de los Angeles, así en su "forma de siervo" es el divino alimento de las almas: *Verbum nutritorium animarum*.

»Este concepto fundamental en la Teología cristiana no sólo es de formidable valor apologético, capaz él solo de triturar toda falacia del moderno criticismo, sino que da todo su relieve al lado estético y pedagógico de nuestro Martirologio. Porque supuesta esta idea de la esencia y comunicabilidad de Dios, ya no aparece el Martirologio como un catálogo esplendido de héroes y heroínas en que, más o menos disociados, se encuentran todos los órdenes de la vida de las criaturas racionales, ángeles y hombres, jerarquías celestes y jerarquías sociales, diversidad de tipos, temperamentos y *fisonomías;* sino que aparece la misma vida de Dios, no en una simplicidad que no podemos ver ni alcanzar, sino en esta irisación, de tonos infinitos, determinada por su penetración en los diferentes medios que atraviesa y por los que se manifiesta.»

* * *

Estamos en los años de la Cruzada y la evocación jacobea es ineludible. En ellos se fragua—en medio de las preocupaciones del ir y venir por los campamentos del monje-alférez—la vida de *Santiago Apóstol*, que *Signo* nos venía anunciando desde Burgos y que aparece en Madrid en el año 1939, el año de la victoria sobre las huestes rojas, emisarias de Moscú. De pluma erudita y jovial calificó don Salvador Minguijón a la de fray Justo, y al transcribir aquel juicio pensamos en su *Santiago Apóstol*. Editado por el Consejo Superior de la Juventud de Acción Católica, en su centenar de páginas el autor ha explanado lo que los Evangelios y los actos de los Apóstoles nos dicen acerca del Patrón de España, encaminándolo en los ambientes palestinenses e hispanos en que movió su existencia.

La Editorial Labor, después de terminada la guerra española, ha proseguido la publicación de la Colección Pro Ecclesia et Patria, que por encargo del Consejo Superior de la A. C. E. fué iniciada con la publicación del *Raimundo Lulio*, de don Lorenzo Riber, versión de la obra que el vate mallorquín había escrito en la lengua del beato años atrás. Una de las primeras obras editadas es el *San Isidoro de Sevilla*, del padre Urbel (Barcelona, 1940).

El autor trata con arte y conocimiento preciso del gran arzobispo de Sevilla. Si una vida es el retrato perfecto de un alma y las resurrecciones literarias constituyen el éxito de los ensayos biográficos, esta semblanza de San Isidoro es una glorificación y un panegírico completo del gran hispalense.

Es un monje quien escribe de un reformador de monjes, de un gran arzobispo, apasionado de unidad y de precisión. En esta obra el lenguaje del padre Justo adquiere una maleabilidad apta para expresar fácilmente todas las ideas y todos los sentimientos con veracidad extraordinaria y con noble sobriedad.

Los monasterios fueron siempre, pero de una manera singular en la Edad Media, un refugio para los que buscan la ciencia y la virtud. Europa, que siente la necesidad de conducirse por cauces nuevos, dilacerada como está por tantos desengaños, volverá sus ojos hacia la vida monástica, en la que se cultivan las virtudes fuertes y ejemplares y se forman los caracteres mejor templados.

Ved aquí cómo en pocas líneas nos da el padre Urbel una imagen de San Isidoro: «Benigno siempre y discreto en lo que se refiere a estas cosas exteriores (ayunos, vigilias, oraciones, penitencias), es inflexible en lo que la experiencia le muestra como esencial de la vida religiosa: renuncia completa del yo, pobreza estricta, estabilidad, oración litúrgica, lección y trabajo»; y estableciendo un parangón entre la Regla isidoriana y la que San Benito acababa de promulgar unos años antes en Montecasino, dice: «Hay una cosa en la cual San Benito se nos presenta superior a San Isidoro: es esa sabiduría profunda con que ha sabido entretejer la parte dispositiva con la doctrina espiritual y la exposición de los principios firmemente formulados con los preceptos más insignizcantes.»

«Todas las corrientes literarias, todas las ramas del saber, todas las escuelas, quedaron reflejadas en esa inmensa recapitulación isidoriana, que ha salvado del olvido muchas ideas, muchos nombres y muchos textos de la literatura pagana, y no pocos de los Santos Padres.» «Tiene la clara visión histórica, o mejor, providencial. Colocado entre un mundo que agoniza y otro que nace, está allí para recoger lo que puede salvarse del naufragio.» «La España visigótica vivía del impulso de Isidoro, lo mismo en el aspecto religioso que en el literario y social.» «Más prodigiosa fué aún la propaganda de los escritos de San Isidoro y la duración de su influencia en los demás países de la cristiandad occidental. Aquella España, que había permanecido replegada sobre sí misma desde los últimos días del Imperio romano, sin el espíritu peregrinante de las cristiandades célticas, sin el anhelo misional de los monjes merovingios, penetró de súbito en todos los círculos de la sociedad nueva por medio de los libros de su gran doctor. Estos libros pasan las fronteras antes de morir Isidoro, y aún no ha terminado aquel glorio-

so siglo VII cuando ya se leen en los centros científicos de Italia, Francia, Irlanda, Inglaterra y las orillas del Rhin.»

En el año siguiente publicó el padre Urbel (Colección «Breviarios del Pensamiento Español») la *Antología de San Isidoro de Sevilla* (Madrid, 1941; Ed. FE). Otras dos obras notables saca a la luz en 1941, en Madrid: *Vida de San Pablo Apóstol* y *Vida de Cristo*

Una juventud recta, bien formada en Cristo, pletórica de vida y de audacia, ha sido la que ha salvado a España. Y el fruto más precioso de nuestra Cruzada ha sido también esa nueva generación de muchachos que saben vivir una vida nueva, esa generación de valientes que saben ya de heroísmo, que saben ya de dolor, de trabajo y de aspereza, y por quienes se ha podido decir que España es una Cristiandad-ejemplo. Para ellos parecen escritas las dos obras que acabamos de citar.

En el prólogo de la *Vida de Cristo* dice el autor: «En estas páginas quisiera yo presentar la vida que necesita en España la generación que ha hecho la guerra más heroica de todos los tiempos, y que después de haber liberado la Patria tiene el compromiso de renovarla y engrandecerla. Me dirijo a hombres que están empeñados en una gran tarea, pero que si quieren restaurar una sociedad fundada en la doctrina de Cristo no pueden menos de estudiar y de vivir el espíritu de Cristo.»

En la *Vida de San Pablo* nos presenta «la figura tierna y compasiva, como cuando hacía llorar a sus discípulos en las playas del Mileto; íntima y familiar, como en las epístolas de Timoteo y Filemón: grave y serena, como cuando se encontraba frente a los poderes del mundo; ardiente y dominadora, como cuando subyugaba los ímpetus de las muchedumbres; apasionada y terrible, como cuando deshacía los engaños de sus enemigos»; «en todas partes trabajando con un ardor heroico, combatiendo sin tregua el buen combate, predicando y enseñando, tejiendo tiendas y formando espíritus, caminando y luchando, siempre enfermo y siempre infatigable.»

Aquella actividad por Asia y Europa sólo es comparable a la que siglos adelante se llamó la novela de los viajes lulianos. «Historia sublime, apropósito para despertar entusiasmos nobles, ansias vivas, grandes anhelos», nos dice fray Justo. Vasta erudición y cultura histórica y teológica fluyen con el encanto del estilo del padre Urbel.

Dice el padre Félix García en *Ecclesia* que quizá al lector un poco precipitado pueda parecerle la *Vida de Jesucristo* «una obra más» acerca del Salvador. Y no lo es. «Yo creo más bien que el padre Urbel ha puesto en esta obra un esmero especial y una unción recibida directamente de la lectura reverente del texto sagrado; y que, incluso en el estilo, de una fluidez láctea y de una gran vivacidad gráfica y descriptiva, supera al de sus obras anteriores.» «Fray Justo Pérez de Urbel —ha escrito R. López Izquierdo—se afirma en esta obra como un escritor de la más alta consideración.»

De la incansable pluma del padre Pérez de Urbel salió en 1942, en Madrid, la biografía de la gran figura monástica *San Basilio,* con que se cierra hasta ahora la serie de sus libros hagiográficos.

d) Historia monástica

Alguien ha podido escribir que fray Justo Pérez era el mejor conocedor de nuestra historia monástica, y seguramente por eso la Editorial Espasa-Calpe, S. A., le había encargado la dirección de esa sección en su conocida *Enciclopedia.*

Don Rafael García y García de Castro, refiriéndose a las obras que sobre este tema tiene escritas fray Justo, ha dicho en *Los apologistas españoles* que el padre Urbel «ha ensanchado los horizontes de nuestra historia eclesiástica y aumentado las glorias de las Ordenes religiosas, penetrando en el espíritu de la Edad Media y descubriéndonos el monacato medieval con los encantos de un estilo flexible y de una risueña y cándida fantasía».

* * *

Hace años presentó en un Certamen de la Academia de la Historia una voluminosa obra crítica titulada *El Monacato en España hasta la invasión árabe*; pero lo que colocó al padre Urbel en la primera fila de los escritores católicos contemporáneos han sido sus tres bellísimos tomos de *Semblanzas benedictinas*: I. *Santos* (Madrid, -1925); II. *Monjes ilustres* (Madrid, 1926); III. *Las grandes Abadías* (Madrid, 1928). La impresión que causa la lectura de esta obra de edificación y de erudición no se borra jamás. De entonces y para siempre nos sentimos espiritualmente ligados a la Orden que tales y tan esclarecidos varones y tantos monumentos de ciencia, santidad y arte produjo. La Prensa de todos los matices elogió unánimemente con vivo entusiasmo las dotes de historiador y literato que resplandecen en dicha obra. El tercer tomo de esta obra ha sido reeditado recientemente con notables ampliaciones (Madrid, 1945).

En 1933 y 1934 aparecen, respectivamente, el primero y el segundo volumen de los *Monjes españoles en la Edad Media.* Es una obra monumental, que ha merecido los honores de la reedición en 1946 y cuyo contenido nos explica de esta guisa el autor: «La historia de nuestros monjes antiguos no ha sido estudiada todavía con un criterio moderno. Y. sin embargo, son muchos los motivos que solicitan y dirigen ahincadamente nuestras miradas hacia ellos. En primer lugar, son los campeones de una vida heroica, que el hombre ha de admirar... Además, no viven aislados: toman parte en los concilios, intervienen en las disputas doctrinales, suben a los puestos más altos de la jerarquía eclesiástica, aparecen en los Consejos de los reyes, se mezclan con la muchedumbre del pueblio en las ciudades y en las aldeas...

»En primer lugar, hemos recogido las noticias fragmentarias que existen de los siglos IV y V: la aparición de los ascetas, de los solitarios y de los monjes; su vida, en cuanto es posible reconstruirla... Penetrando luego en el ambiente de la monarquía germanica, estudiamos el gran desarrollo monacal, que se refleja, sobre todo en la historia de las grandes figuras. Después viene la vida interior del monasterio: la iniciación religiosa, la jerarquía monacal, la oración, las penitencias, el régimen económico y las relaciones de la Abadía con el mundo que

la rodea. La últma parte está destinada a estudiar las vicisitudes por que atraviesa la vida monástica durante los siglos de la Reconquista: la reorganización, encauzada por los primeros príncipes de los señoríos cristianos; las reformas de Cluny y el Císter, y los días confusos y azarosos que siguen a ellos, hasta que aparecen las Congregaciones modernas.»

«El campo en donde he tenido que trabajar estaba en gran parte sin desbrozar siquiera.»

Si, por tanto, nadie como el padre Urbel conoce hoy la historia del monacato español, ninguno como él para darnos concretamente un espécimen de lo que la Iglesia y España deben a la Orden benedictina.

Por las páginas amenísimas de la *Historia de la Orden benedictina* (Madrid, 1941), cargadas de erudición y de saber, pero en las que el saber y la erudición se agilizan, no hacen sentir su carga y pesadumbre, va desfilando en rápida y sorprendente visión el panorama espléndido de la vida interna y de su proyección en el mundo de la cultura, de la Orden. Historia el padre Urbel con imparcialidad e independencia. El tema es aquí más amplio y universal que en sus obras anteriormente reseñadas: no es el destacar algunas de las más preeminentes figuras y relatar los hechos, sino el cuadro general, la acción total y conjunta de la Orden en la Cristiandad, y ello no enmarcado en los límites de determinada época, sino en el transcurso de toda su existencia.

Pasan ante nuestra vista las grandes figuras, altamente ejemplares, de los patriarcas benedictinos, desde nuestro Padre San Benito hasta don Gueranger y los hermanos Wolter y Dom Columba Marmión.

Cuando leemos páginas como las de *El monasterio en la vida española de la Edad Media* (Barcelona, 1942), tenemos la sensación de penetrar en una selva refrigerante, como las que imaginaba Ramón Llull. Nos apartamos de las durezas del vivir hodierno para adentrarnos en amenas y devotas exploraciones históricas, que reconfortan el ánimo. Un libro de ésos siempre es esperado con ansiedad como esperamos las *Leyendas hagiográficas* en verso, que el padre Urbel nos tiene prometidas.

e) La Hispanidad

El monje, antiguamente, detentaba el saber. En el caos de la Edad Media, producido por el hundimiento del Imperio romano y el nacimiento de las nuevas nacionalidades regidas por los Bárbaros, él hacía de mentor, de secretario, de maestro, de cronista. Las crónicas de los príncipes y los condes fueron pergeñadas por plumas monásticas. Ahí tuvo nacimiento el cultivo de la Historia en los Monasterios y la afición se convirtió, andando los siglos, en ciencia. Los grandes centros de investigación ya están habituados a la frecuentación del monje paciente, estudioso, que del polvo de los archivos saca conclusiones que esclarecen toda una época, que agotan, en lo posible, un aspecto de la ciencia que yacía olvidado o que nadie había tenido el tesón de esclarecer completamente. Luego suena aquel noble esfuerzo en las ciuda-

des del saber y la fama aureola el nombre de aquel que con audacia y ahinco ha merecido el respeto y la civilizada admiración de sus contemporáneos.

* * *

Como se ha dicho anteriormente, el padre Urbel ha publicado diversos trabajos en el *Boletín de la Academia de la Historia*

Es colaborador de la gran *Historia de España* de Espasa-Calpe, en cuyo tomo III (Madrid, 1940) ha publicado el capítulo *referente a las letras* en la época visigoda (págs. 381-435), teniendo ya entregados para el tomo IV los trabajos relativos a la *historia política de Asturias, León y Castilla* desde 711 a 1030, y la *historia literaria* de los *mozárabes* y los *reinos cristianos* en la misma época.

Fernán González (Madrid, 1943) es una de las mejores y más duraderas contribuciones a la conmemoración del milenario de Castilla. El autor, como siempre, ha aunado la erudición con la amenidad y la poesía,, evocando no sólo la figura del héroe castellano, sino el cuadro animado, vigoroso y pintoresco de la Castilla medieval. En las páginas, literalmente perfectas, de este *Fernán González*, la figura del héroe tiene la serena majestad de una estatua.

* * *

Los tres volúmenes de que consta la *Historia del Condado de Castilla* agrupan las investigaciones históricas realizadas por fray Justo sobre las fuentes más modernas, más varias y de más rigurosa autenticidad. Su presentación a certamen en el año del milenario de Castilla le valió la consecución del premio de 50.000 pesetas, que le fué entregado por el Generalísimo.

Sus propias investigaciones y las que en pacientes años de labor realizó el eminente historiador padre Luciano Serrano, abad de Silos, han contribuído, al ser organizadas en la obra que comentamos, a que nos formemos un concepto perfecto de ese fenómeno interesantísimo que es la historia de Castilla, metrópoli de la Hispanidad.

Es preciso infundir alma a los viejos documentos, a los cartularios, a las crónicas, para que el conjunto resulte un «animal perfecto», como decían los griegos, y no un informe montón de papeletas de fichero. Es indiscutible que esa cualidad la posee en alto grado el padre Urbel, que al desentrañar la conciencia medieval realiza una labor brillante, en gran parte sin hacer, por lo que se refiere al tema de esta obra.

«Le enamora el tema—comenta Angel Zúñiga—y le indaga entre las cartas y documentos, así como su entronque con el Romancero de nuestra última Edad Media. Y al par que brilla en la obra el sereno y concienzudo análisis, resuenan en ella voces de gesta, ecos de la epopeya vivida por ese pueblo de Castilla que supo imprimir su sello característico a la Historia.»

Este amor a los viejos pergaminos, este afán de captar y de resucitar el alma del pasado, han llevado al padre Urbel a las altas y fecundas tareas de la Universidad. En la primavera de 1950, tras una oposición notable como suya, se le adjudicó por unanimidad la cátedra de Historia de España en la Edad Media de la Universidad de Madrid;

y desde entonces alterna las dulces tareas de la enseñanza con los deberes patrióticos y sacerdotales que le impone su cargo de Asesor Nacional Religioso de la Sección Femenina, sin olvidar por eso de enseñar y deleitar con la palabra escrita, por medio de artículos y ensayos que se disputan las revistas y los periódicos, y de libros, unos históricos y otros religiosos, unos de teología y de literatura, otros de pura investigación, que en fray Justo nunca serán ayunos de poesía, como la gran biografía de *Sancho el Mayor*, que es la resurrección de una vida enormemente dramática, como el estudio sobre *Sampiro y la monarquía leoneso en el siglo X*, que se encara con problemas difíciles y largamente discutidos de la historia patria.

f) Libros escolares

Quedé sorprendido no ha mucho al descubrir sobre la mesa de estudio de un amigo mío, ocupada ordinariamente por venerables ediciones de místicos y ascéticos, de Santos Padres y de filósofos, un pequeño libro con tapas de colorines, cual si fuera de cuentos. Pero cuando lo tuve en mis manos noté que se trataba de una *Historia Sagrada* del padre Urbel, y nada menos que en su tercera edición de Burgos, 1941, que a mí, infatigable explorador de la bibliografía urbeliana, me había pasado por malla.

Comencé a hojear el libro por las ilustraciones y dibujos de Fernando Marco, como siempre acostumbro cuando las hay, y vi que éstos se acordaban bellamente con la prosa a que nos tiene acostumbrados fray Justo en esta clase de manuales escolares, desde el *Plus Ultra* (Barcelona, 1926), crónica novelada del viaje aéreo del aviador Franco, *La escuadrilla de Elcano* (Barcelona, 1926), del de Galarza y Lóriga a Filipinas y el popular *Libro de España* (Barcelona, 1931), amenísimo y erudito, transformado y ampliado recientemente en su séptima edición.

Prosa sencilla y emotiva, que la infancia asimila fácilmente y que place a los que ya estamos alejados de aquella hermosa edad; prosa tan sin tropiezos, igual, fluyente como un arroyo cantarín que discurre por la pradera, acompañado por cantos de pájaros y risas de niños.

* * *

Las dos obras siguientes, editadas en Barcelona, año 1940, son textos para la Enseñanza Media: *La Iglesia de Jesucristo: Su historia y su liturgia* y *La vida sobrenatural*. Y a ellas hay que añadir un *Curso completo de religión*, editado ya varias veces

g) Traducciones

En 1922 tradujo del inglés las obras místicas del célebre benedictino Dom Savinien Louismet, de las que sólo ha publicado el primer tomo: *El conocimiento místico de Dios* (Bilbao, 1922). Ha traducido también *Más allá de la Arquitectura*, de A. Kingsley Porter

En 1925 tradujo del alemán la autobiografía del benedictino Verkade (fallecido hace poco; e. p. d.), que tituló en español *Por la inquietud a Dios* (Fr. de Brisgovia, 1925). Se leen con sumo gusto el capítulo dedicado por el autor a su estancia en Italia (Florencia, Roma) y aquel en que relata su primera llegada a la Abadía bávara de Beuron, en que nos da a conocer la intimidad del monasterio con una exquisitez insuperable. Maurice Denis, el pintor de fama mundial, ha podido decir al leer estas páginas: «He aquí que el *viejo Jan* viene otra vez a nosotros en los umbrales de la vejez; este libro se le devuelve a sus amigos. Aquí se hallan su imagen y su pensamiento; aquí se encuentra su vida. Quiere que juntamente con él consideremos con una mirada espiritual nuestros años pasados, y lo poco que de vida nos queda. Vuelve como un misionero. Como ha encontrado la alegría, quiere comunicársela a los demás. A manera del Buen Pastor, anda buscando a los que todavía no han entrado en el redil. Pero no entiende de sermones: lo único que sabe es cantar el milagro de su vida. Estas páginas nos dan su propia leyenda, para la gloria de Dios y el servicio de la Verdad.»

El silencio es el lenguaje de los fuertes. Enseña las virtudes fuertes y las convicciones profundas. Del fondo de su desierto—la gran Abadía de Beuron—nos adoctrina su archiabad padre Baur con sus tres libros de meditaciones que ha vertido al español nuestro benedictino y que llevan por título el ya conocido de *Sed luz*. El reverendísimo padre Baur firma su prólogo en Roma en 1937, donde siguió el curso del Año en las iglesias estacionales, y el tomo tercero, que fué el primero que apareció en español, salió a luz en 1939 en Friburgo de Brisgovia, de la casa Herder. Ha sido uno de los acontecimientos literarios de estos últimos años. «En la presente obra—dice el autor—tratamos de inspirar a los fieles el amor a las festividades, a las enseñanzas y a los pensamientos del Misal Romano, para que todo ello les sirva de materia para su oración privada y de ayuda y sostén para su vida espiritual. Las ideas y reflexiones que sugiere la literatura de la Misa son inagotables.» «La obra del padre Baur—ha escrito el padre Gutiérrez en la *Revista Litúrgica Argentina* (1939)—es indiscutiblemente el mejor libro de meditación para las personas que usan el Misal diario. Se trata de una obra espiritual de honda raigambre, y que está llamada a producir inmensos frutos en las almas.» «En las nociones previas—dice otro crítico—canta un himno de tonos profundamente teológicos a la vida sobrenatural empalmada con la liturgia. Estilo benedictino de gran escuela, por la madurez del estudio, por los conocimientos sólidos sin alardes de erudición, por la claridad y por la ascética profunda, segura, asimiladora y tan eficaz como convincente. *Sed luz* es una obra fundamental tan provechosa al Movimiento litúrgico como a cualquier método de meditar, y que encontrará tantos adeptos cuantos sean los que la mediten.»

h) Investigación, crítica y arte

En 1920 publicó un estudio sobre *San Pirminio*, que ha provocado varias publicaciones, sobre todo en Alemania, donde fueron aceptadas por los críticos sus conclusiones. Merecen también especial mención

sus largas disputas con Morrondo acerca del *Milenarismo*, en las que se encuentra, aparte la cuestión polémica y personal, el tratado más completo y documentado de la tradición antimilenarista.

Corresponde a 1930 la publicación de *Los manuscritos del Real Monesterio de Santo Domingo de Silos*, por Walter Muir Withehill y Justo Pérez de Urbel (Madrid), y *Manuscritos de Berceo en el Archivo de Silos* (Burgos).

El libro más notable del padre Urbel en estos años es *El Claustro de Silos* (Burgos, 1930), espléndido volumen de más de 300 páginas, profusamente ilustradas, que constituye, al decir de Porter, no sólo el mejor trabajo entre lo mucho que se ha escrito sobre el famoso Claustro, sino una de las monografías artísticas más acabadas de nuestros días. Pocas veces se ven tan bella y discretamente hermanadas la erudición con la literatura. *El Claustro de Silos* es como un rosario de madrigales, la historia minuciosa, dilucidada del Claustro, un itinerario artístico por sus galerías, la interpretación detalladísma de su riqueza histórica y ornamental. Muchos peregrinos del arte se acercaron a ese lugar de devoción e historia; trataron de descifrar su enigma; de estudiar sistemáticamente lo que era una creación libre y genial. ¿Guardarían aquellas arcadas, figuras y relieves un alto simbolismo, que era preciso adivinar? Todo se intentó generosamente. Pero el claustro de Silos seguía recatando su secreto a tantos pertinaces rondadores que esperaban a que el alma del Claustro asomara la belleza de sus ojos al ventanal florido de silencio por donde vagaba, como una novia romántica, como una Beatriz huidiza, esquivando la gracia de su misterio. Allí se respiraba un encanto impreciso; se conjeturaba que en el encaje de aquellos capiteles maravillosos se escondía el alma, como una perla en la concha intocada, y que con el Ciprés sostenía apasionados coloquios. También, también fray Justo había vagado con poética obstinación, bajo los claros de luna y al caer de los atardeceres, esperando la amorosa cita... Hasta que un día, al conjuro de fray Justo—conjuro de historiador y de poeta—el alma del claustro bellísimo respondió sumisa y azorada, le abrió la fragancia intacta de su hermosura—teología y símbolo ficción y realidad—y trabó un largo discreteo con el monje afortunado, confiándole el secreto de su secular enigma.

* * *

Corresponde a 1931 la aparición de *La iglesia románica de San Quirce*, por Justo Pérez de Urbel y Walter Muir Withehill. Sr. (Madrid), y a 1932 el volumen de *Conferencias* (Madrid).

Entre los muchos artículos y trabajos de estos últimos años hay que recordar los que publicó con motivo de una gran polémica que surgió últimamente dentro del campo científico religioso, en *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, t. XXXIV, 1938, Louvain, con los títulos siguientes: *La Regle du Maître* y *Le Maître et Saint Beneit*. Sobre el mismo tema volvió a tratar recientemente en los dos primeros números de la revista *Hispania*, en un trabajo que se titula: «El Maestro, San Benito y Juan Biclarense (núm. I, 1940, págs. 1-41; número II. 1941, pági-

nas 1-52). Entre los artículos, conferencias y estudios más importantes citaremos los siguientes:

«El monacato español en los siglos VIII y IX». *Boletín de la Real Academia de la Historia,* 1932.

«Fragmentos visigóticos». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* 1932, 10 páginas.

«San Pimenio». *Boletín de la Real Academia de la Historia,* 22 páginas.

«Penitencial mozárabe del siglo X». *Anuario de Historia del Derecho Español,* Madrid, 1944.

«Historia y leyenda en el poema de Fernán González». *Escorial,* número 43, 1944.

«Oración fúnebre del Rvdmo. P. D. Luciano Serrano». *Ora et Labora,* año II, número 9.

«Las mujeres en la gesta y en la vida de Fernán González». *Investigación y Progreso,* año XV, 1944, 193-204.

«El milagro del nacimiento de Castilla». *Arbor,* 1945, número 9, páginas 465-503.

«Relaciones entre los Reyes de Navarra y los Condes de Castilla». Pamplona, 1945, 55 páginas.

«Los vascos en el nacimiento de Castilla». Bilbao, 1946.

«El milenario de Castilla». (Lección para los niños españoles.) Burgos, 1943, 15 páginas.

«Los manuscritos del Real Monasterio de Santo Domingo de Silos», Madrid, 1930, 100 páginas, en colaboración con W. Muir Whitehill.

«El arte y el imperio». *Jerarquía,* Pamplona, 1938.

«La Misa mozárabe», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo,* 25 páginas, Santander, 1931.

«La liturgia de Navidad», en *Verdad y Vida,* Madrid, 1943.

«Lucha y abrazo de la musa y el ángel», en *Escorial,* marzo, 1941.

«El canto gregoriano», en *Música Sacro-Hispana,* 1944-1945.

«Relaciones entre España y Francia durante el siglo X», en *Estudios Hispánicos,* Madrid, 1934.

«La teología de Prisciliano», en *Revista de Teología,* Madrid 1947.

«Inscripciones litúrgicas», en *Liturgia,* 1936, números 1-5.

«A Festa da Asunçao na liturgia mozárabe». Estudos, *Lisboa,* 1928 VII, 208-220.

IV.—SEMBLANZA DEL AUTOR DE LAS «SEMBLANZAS»

En octubre de 1948 se hizo pública la siguiente carta que fray Justo Pérez de Urbel recibió del Cardenal Maglione, digna de figurar en la lauda románica que le labrarán sus hermanos—en el Claustro—, de aquí a muchos años.

«Reverendo Padre: Tengo el gusto de dirigirme a vuestra reverencia para comunicarle que el Augusto Pontífice ha acogido con paternal agrado el filial homenaje que le ha hecho de sus publicaciones.

»Su Santidad se ha dignado examinar sus numerosas e interesantes obras, frutos de investigación y celo laudables, y no ha podido menos de complacerle el ver la constante actividad que vuestra reverencia

desarrolla en este campo, en el que sus libros, apreciados y alabados por la crítica, han dado un estimable tributo a los estudios históricos, ascéticos y literarios para bien de la Iglesia, provecho de las almas y gloria de las letras patrias.

»El Santo Padre, que le agradece de todo corazón este obsequio, hecho por vuestra reverencia, como testimonio de devoción al Vicario de Cristo, y de inquebrantable adhesión a la Sede de Pedro y expresado con tan piadosos sentimientos, pide al Espíritu Santo que le ilumine siempre con sus divinas luces para que pueda continuar sus trabajos con idénticos resultados. Con estos votos el Augusto Pontífice envía benévolamente a vuestra reverencia una particular bendición apostólica.

Con las seguridades de mi distinguida y religiosa consideración, soy de vuestra reverencia devoto servidor. (Firmado.)—*Cardenal Maglione.*»

La honrosa distinción que supone esta carta no necesita comentario. Para quien, desde que vistió la cogulla, fué recogiendo con avara mano el fruto de las horas, supone el broche de oro, la corona suprema a la Obra bien hecha. Pues es cierto que para fray Justo cada día llega con un nuevo afluente que nutre el vasto saber adquirido en largas y afanosas horas de estudio, sin perder un momento de los que la Regla destina al trabajo.

Pero él es la encarnación de la naturalidad; es el hombre que se quitó importancia, lo cual rubrica su valía.

Y tratado, predispone inexorablemente a la cordialidad y a la simpatía.

Con ocasión de mi primer contacto personal con fray Justo, escribí bajo el epígrafe *He visto a un monje* estas impresiones: «Por primera vez en mi vida he hablado con un monje benedictino. Yo, que he leído las historias de los monjes, no conocía a ninguno de ellos personalmente. Y ante el monje de Silos, soñaba en las viejas historias pletóricas de perenne vitalidad—que el mismo padre Urbel nos ha revelado a nosotros, hijos del siglo XX, como Montalambert lo hiciera en el siglo XIX.»

Como otro discípulo del abad Brendano—cuya leyenda ha traspasado a la lengua vernácula Mossén Lorenzo Riber en la brillante pompa barroca de su estilo latinizante—, que buscando el perdido Paraíso encontró en sus derroteros por los mares, islas maravillosas, así el padre Urbel ha ancorado su nao unos días en estas riberas de la isla mediterránea, de la calma proverbial, de la bondad de cielo y clima, y de la amenidad de paisaje.

El tiempo volaba en alas de la amenísima y amical conversación con ese monje que, con la capucha calada, semeja un monje exangüe de Pedro de Mena. El don de la simpatía, que funde el hielo que en el inicio de toda conversación puede haber, acabó al momento la obra que habían iniciado los libros de fray Justo. Una sonrisa clara y franca como su mirada. Mirada cordial, y un espíritu que no pierde nunca el dominio de sí mismo; palabras buenas y alentadoras; uno de

esos monjes, en fin, que descubría Veuillot en Solesmes, «dulces, sencillos, serios y amables» (1).

Sus maneras no están exentos—a veces—de aquella ruda energía de los viejos hidalgos de su tierra, como los pintó Pereda, ante quien, según Galdós, se imponía el tratamiento de *usarcé*. Hecho parece de un manojo de nervios, como los santos y los próceres de Castilla, pero hermano es también de Dom Lebannier, el poeta litúrgico. Debajo de todo eso, sustentándolo, está el hombre de vida interior, de vida espiritual, de vida ascética.

¡Qué obra de caridad su conversación, que es continuamente lección, con esa ingenuidad que atrae y enseña en qué haya de consistir la verdadera modestia!...

Manos llenas de vida, manos llenas de sentido, manos de ascetismo que sonríe...

—¿Que cómo conocí sus libros? Yo no sé. Sus *Semblanzas*, hará unos diez años (escribía en 1941); antes, el libro sobre el viaje del aviador Franco a América, en mi infancia; luego, lo demás... ¿Pero es que no conoce el padre Justo aquello de que el bien es difusivo? Y también, después de un recital de versos monacales. Sobre un fondo de arcos románicos—el Claustro—, un viejo ciprés, poblado de pájaros, móvil campanario lleno de trinos, torre musical, que, como un monje en éxtasis, ha perdido la cuenta de los años. Este ciprés es hoy ya un símbolo, como el *Pi de Formentor*, o el laurel que crece sobre la tumba de Virgilio, pero mucho más que éste, porque aquél está ungido de liturgia. Como tantos árboles místicos y que encarnan un símbolo. Símbolo de superación, de juventud y de esperanza que no puede ser contrarrestada por los pasajeros sufrimientos. Y la poesía es eso.

En la Abadía, fray Justo aprende a ver las cosas con la mirada tierna y cándida del poeta... «La gran biblioteca de Silos—escribió el padre Félix García—, sabe de sus afanes y vigilias, de las horas fecundas en que el monje, en el verdor de sus años, iba abriendo el surco de cada día en la vasta heredad de la Patrología griega y latina, de los Bolandos, de la Historia eclesiástica, de los textos medievales, de la erudición moderna, alternando las tareas de la vida monacal con el estudio de idiomas y la lección apacible del *Poema del Mío Cid*, de los *Milagros de Nuestra Señora*, del *Libro del Buen Amor*, de los autores místicos y de los modernos, en los que formó su gusto y acendró su estilo.»

V.—EPILOGO

Desde un fondo lejano de siglos, llegan las leyendas de oro de los siglos, y son recibidas en el Claustro—remanso, concha marina caracola que suena sonoramente—y el eco se expande y llega a todas partes, a múltiples latitudes.

(1) Dom Besse: *Le moine bénédictin*.

El monje trovador de Cristo opera la resurrección de almas, cubiertas del polvo ominoso del olvido, y las coloca en la galería de su *Año Cristiano*, de sus *Semblanzas*, de sus grandes biografía: *San Eulogio de Córdoba, San Pablo, Apóstol de las gentes, San Isidoro de Sevilla*; descifra el hermetismo de los personajes históricos y de las obras de arte; nos muestra la hermandad de los héroes sobrenaturales con nosotros, miembros del mismo Cuerpo Místico

La silueta del ciprés se dibuja vagamente en el fondo del claustro. Los versos aletean:

> Silencioso ciprés que en la limpia tersura
> del estanque, retratas tu severa figura...
>
> ... ...
>
> Silencioso ciprés, cuya negra silueta,
> como un dedo gigante, me señala una meta
> allá lejos, muy lejos...
>
> ... ...
>
> Grave seor teólogo, árbol dulce y amigo,
> de los monjes hermanos, de sus luchas testigo...
>
> ... ...
>
> Y un día dibujaste, ciprés meditabundo
> que eran los aristócratas del amor en el mundo.

Aquí, en primer término, como en el óleo de Chicharro o en el busto de Aladrén, la figura que con la capucha calada semeja un monje exangüe de Pedro de Mena. Es uno de tantos que, en el Ecúmenos y en las Edades, han respondido al espíritu de Benito el Patriarca: espíritu de paz, de oración y de trabajo.

MIGUEL CASTAÑER, *Pbro.*

Mallorca, 21 marzo 1947.



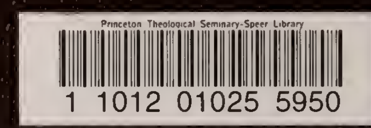
INDICE

INDICE

Páginas

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE JOSÉ RUIZ ALONSO, QUIÑONES, 2, MADRID, EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE MCMLI, FIESTA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN INMACULADA

LAUS DEO


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01025 5950

80 Pts